



FLOR DEL NORTE

James Oliver Curwood



Lectulandia

“Flor del Norte” relata el viaje de Philip Whitemore hacia el norte de Canadá a una tierra que creía conocer. Sin embargo, escondido entre las rocas y colinas se encuentra con el castillo “Fort O’God”, desconocido para él, cuyos habitantes y sus historias están envueltos en el más profundo misterio.

Lectulandia

James Oliver Curwood

Flor del Norte

ePub r1.0
mandius 24.02.18

Título original: *The Flower of the North*
James Oliver Curwood, 1912
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo Primero

Qué cabello...! ¡Qué ojos! ¡Qué cutis...! Ríete si quieres, Whittermore, pero te juro que es la joven más hermosa que he visto en mi vida.

El rostro aniñado e ingenuo de Gregson expresaba un entusiasmo de artista, en tanto que miraba a Whittermore a través de la mesa y encendía un cigarrillo.

—No se dignó siquiera dirigir los ojos hacia mí cuando la miré fijamente —añadió—. Y, sin embargo, no puedo remediarlo: mañana mismo voy a retratarla para Burke, a quien le vuelve loco publicar dibujos de mujeres bonitas en su revista. Pero, hombre, ¿de qué diablos te ríes?

—No te ofendas, Tom —disculpóse Whittermore—. Es que pienso...

Dirigió una mirada en torno suyo, al tosco interior de la pequeña choza iluminada sólo por una lámpara de aceite colgada de una viga transversal del techo, y lanzó un débil silbido.

—Pienso que, indudablemente, no has ido nunca a ninguna parte donde no hayas encontrado a “la mujer más hermosa del mundo”. La última fue en Río Piedras, ¿verdad? Creo que era una joven española o criolla. Me parece que conservo todavía tu carta; te la leeré mañana. No me sorprendió: en Puerto Rico hay mujeres preciosas... Lo que nunca pude creer es que fueras capaz de descubrir una aquí, en pleno desierto.

—Esta de ahora supera a todas —afirmó el artista sacudiendo la ceniza de la punta de su cigarrillo.

—¿Incluso a la joven aquella de Valencia?

Había una nota de alegría en la voz de Felipe Whittermore mientras tendía su mano a través de la mesa, iluminado por el resplandor de la lámpara su hermoso rostro bronceado por la nieve y el viento. Contrastando extraordinariamente con él, Gregson, con sus redondas y suaves mejillas y sus finas manos, de aspecto un tanto afeminado, se inclinaba para corresponder al ademán de su amigo. Era ya, por lo menos, la vigésima vez que los dos hombres se estrechaban las manos aquella tarde.

—No has olvidado Valencia, ¿verdad? —preguntó el artista, sonriendo alegremente—. ¡Vaya, que estoy satisfechísimo de volver a verte, Felipe! Parece que haya transcurrido un siglo desde que subimos juntos al Old Ned y, sin embargo, no hace aún tres años que regresamos de Sudamérica. ¡Valencia!... ¿Podremos olvidarla nunca? Cuando, hace un mes, Burke me mandó llamar y me dijo: “Tom, su trabajo está adoleciendo de falta de descanso”, pensé en Valencia; añoraba aquellos días en que tú y yo estuvimos a punto de armar una revolución y poco nos faltó para que nos arrancaran el cuero cabelludo... Bueno, estuve indeciso durante una semana... ¡Qué

tiempos aquéllos, chico! Tú te los pasaste peleando y yo asediando a una muchacha preciosa.

—También tú hiciste lo tuyo —corrigió Whittermore, estrujando la mano de su amigo—. Allí comprendí que eras el hombre más vigoroso del mundo, Gregg. ¿Has sabido alguna vez lo que se hizo de doña Isabel?

—Apareció dos veces retratada en la revista de Burke, una bajo el título de “la diosa de las Repúblicas del Sur” y otra como “la joven de Valencia”... Se casó con aquel hacendado de Carabobo, y creo que son felices.

—Sí, sí; pero... —añadió Whittermore, reflexionando un momento con burlona seriedad—. Ahora recuerdo a otra joven de Río Piedras a quien jurabas que labrarías tu fortuna si se dignaba dejarse retratar por ti y cuyo marido estuvo a punto de meterte en el cuerpo seis pulgadas de acero por haberle dicho eso... Gracias que le di a entender que eras joven e inocente y un poco ligero de cascos...

—Sí, con la fuerza de tus puños —exclamó Gregson alegremente—. ¡Vaya un golpe certero, chico! Creo estar viendo todavía aquel cuchillo. Empezaba yo a rezar lo que creía mi último padrenuestro, cuando le atizaste de firme... Realmente no merecía otra cosa. Yo no había dicho nada malo a su mujer; me había limitado a preguntarle, en el más correcto español que supe, si quería dejarse retratar por mí. ¿Por qué diablos consideró eso como un insulto?... ¡Y la verdad es que era guapísima!

—¡Naturalmente! —asintió Whittermore—. Si mi memoria no me es infiel, era la criatura más bella que habías visto jamás. Lo malo es que luego encontraste otras veinte, cada una más hermosa que la anterior.

—Ellas constituyen mi vida entera —indicó Gregson con mayor seriedad de la que demostrara hasta entonces—. Es lo único que acierto a dibujar bien. Si un editor me pidiera algún trabajo en el que no figurara una mujer bonita, creería que se había vuelto loco. Quiera Dios que pueda seguir viéndolas siempre como ahora. Si algún día no supiera discernir la belleza en la mujer, preferiría morirme.

—Y, por lo visto, te gusta discernirla además en grado superlativo.

—Naturalmente. Si les falta algo, como, por ejemplo, el color a doña Isabel, se lo pongo con la imaginación y resultan una maravilla. Pero la que he visto esta mañana es perfecta sin fantasía alguna. Lo que deseo saber ahora es de quién se trata...

—... Dónde se la puede encontrar y si se dignará servir de modelo para la revista de Burke; dos o tres bocetos solamente, más un estudio destinado a la exposición anual —interrumpió Whittermore—. ¿No es eso?

—Exactamente. Estás dotado de una penetración especial para comprender las intenciones de los demás, Felipe.

—¿No te dijo Burke que descansarás?

Gregson ofreció un cigarrillo a su amigo.

—Sí; Burke es una excelente persona, dotado de un alma poética y de un invencible horror a las arañas, a las serpientes y a los periquitos. Me dijo: “Mira,

Greggy; vete, busca la paz de la Naturaleza en cualquier rincón apartado y tranquilo, y durante quince días o un mes olvídalos todo, excepto tus trajes y media docena de cajas de botellas de cerveza”. ¡Descanso! ¡Paz! ¡Cerveza!... Eran ideas agradabilísimas, Phil^[1]; pero lo cierto es que yo soñaba con doña Isabel, en Valencia y demás lugares donde la Naturaleza está adulterada... ¡Decididamente, tu carta fue muy oportuna!

—Bueno, lo cierto es que todavía no hemos hablado del asunto que me llevó a escribirla —indicó Felipe levantándose rápidamente y paseando con desasosiego a lo largo de la cabaña—. Te prometía emociones fuertes, suplicándote que, si podías, te reunieras conmigo lo antes posible. ¿Sabes por qué? —Volvióse repentinamente y se encaró con Gregson a través de la mesa—. Te escribí que vinieras, recordando aquellas inolvidables aventuras que corrimos juntos en Valencia y en Río Piedras, porque necesito tu ayuda, ¿comprendes? No lo tomes a broma; estoy jugándome mi porvenir a una sola carta, en un juego que parece perdido. Nunca he tenido tanta necesidad como ahora de contar con el apoyo de un valiente luchador. Por eso te llamé.

Retirando su silla, Gregson se levantó. Era mucho más bajo que su compañero, y, a primera vista, de constitución delicada. Pero había algo en el frío color verde azulado de sus ojos, una dureza especial en las líneas de su mentón, que inducía a uno a mirarle dos veces y a rectificar el juicio primero. Sus delgados dedos, duros como el acero, estrecharon los de Felipe.

—¡Vamos! ¡Al fin te decides a hablar! —exclamó—. Lo estaba esperando vestido con la paciencia de Job, o, si lo prefieres, con la de Robertito Tuckett, que empezó a cortejar a Minnie Sheldon hace siete años y se casó con ella al día siguiente de recibir yo tu carta. Estaba demasiado preocupado pensando que no me había invitado a la boda, para leer entre líneas. No he pensado en otra cosa desde que salí de Le Pas, y sigo sin comprender. Me llamaste, y aquí me tienes: ¿qué ocurre?

—En primer lugar, aunque parezca una tontería —confesó Whittermore encendiendo su pipa—, quiero que admires un espectáculo de sin par belleza. ¡Mira!

Y cogiendo a Gregson del brazo lo llevó a la puerta.

Brillaban las estrellas en el despejado firmamento norteño. La cabaña, con sus paredes de troncos, mondas por la muerte de las verdes enredaderas que crecieran a su alrededor durante el verano, estaba construida en la cima de uno de aquellos cerros asolados por el viento que se llaman montañas en el lejano Norte. Todo era allí absolutamente salvaje. Abajo, a sus pies, erguíanse las copas blancas y grises de los abetos, que la distancia ennegrecía. Hasta ellos llegaba el monótono y débil lamento del mar al estrellarse contra la playa. Con una mano en el hombro de Gregson, Felipe señalaba el desolado paisaje que se ofrecía a sus ojos.

—Poca distancia hay entre nosotros y el Océano Ártico, Greggy —dijo—. ¿Ves allá lejos aquella luz semejante a una hoguera que parece extinguirse de pronto y en seguida vuelve a arder? ¿No te recuerda la noche que abandonamos Carabobo,

cuando doña Isabel nos indicó el camino, mientras la luna se deslizaba por encima de las montañas como un guía? Eso que ves no es la luna: es la aurora boreal. Desde aquí puedes oír a lo lejos el rumor del mar y, si tienes buena vista, descubrir incluso la masa de los icebergs. Allí está Fort Churchill, a un tiro de fusil de la falda del cerro. Entre nosotros y la civilización, que queda a cuatrocientas millas de aquí, sólo hay la factoría de la compañía de la bahía de Hudson, algunos campamentos indios y las chozas de varios cazadores. ¿Verdad que esto parece la comarca más tranquila y pacífica del mundo? Hay algo en el ambiente que induce a uno a pensar si, al fin y a la postre, no será éste el mejor sitio de la tierra. ¡Escucha! ¿No oyes los aullidos de los perros indios en Churchill? Esa voz salvaje es aquí la principal; hasta el rugido de las olas está impregnado de ella, de una voz misteriosa que refiere al hombre lo que ignora, pero en un lenguaje que él no puede comprender. Tú eres un hombre inteligente en cuestiones de estética, Greggy. Este espectáculo debe impresionarte hondamente.

—Así es, en efecto —asintió Gregson—. Pero ¿dónde diablos pretendes ir a parar, Phil?

—No te impacientes, Greggy; deja que llegue gradualmente el fin. Voy a decirte lo que me ha inducido a solicitar de ti que te reunieras conmigo, pero... vacilo. Considerando tu código de estética, me parece algo violento pasar bruscamente de todo eso, de la misteriosa belleza del Norte, de doña Isabel, de las caras bonitas, a un asunto tan vulgar como la pesca.

—¿La pesca?

Gregson, que se disponía a encender un nuevo cigarrillo, sostuvo la cerilla de modo que la vacilante llama iluminara por un momento el rostro de su compañero.

—¡Mírame! —le ordenó—. Tú no me has hecho venir aquí para ir de pesca.

—Sí... y no —declaró Felipe—. Pero aunque así fuera...

Cogió nuevamente a Gregson por el brazo, y había tanta firmeza en la presión de sus dedos, que su amigo quedó convencido de que estaba hablando en serio.

—¿Te acuerdas de lo que motivó que estallara la revolución en Honduras a las dos semanas de nuestra llegada a Puerto Barrios, Greggy? Fue una muchacha, ¿verdad?

—Sí; y por cierto que no era lo bastante guapa para justificar aquello.

—Tal vez, pero por ella fue —prosiguió Felipe—. ¿Recuerdas? Lugar de la escena, la plaza de las Palmeras de Ceiba. El presidente Belize está tomando un refresco con su prima, la novia del general O’Kelly Bonille, mitad irlandés, mitad americano del Sur, cabecilla de las fuerzas del presidente y su mejor amigo. En un momento que no hay nadie en la plaza, Belize da a su prima un inocente beso, sin sombra de mala intención. Casualmente, O’Kelly llega a tiempo de presenciar el hecho. Desde aquel momento, su amistad hacia Belize se convierte en odio y en celos. Tres semanas después ha promovido la revolución, derrota las fuerzas del gobierno de Ceiba, arroja a Belize de la capital, logra que Nicaragua se mezcle en el

embrollo y hace intervenir a tres buques de guerra franceses, dos alemanes y dos americanos. Seis semanas más tarde, el general es presidente de la república, defacto. Todo eso a causa de un beso, Gregg; pues bien: si un beso puede producir una revolución, destituir a un presidente y acabar con un gobierno, ¿qué podrá lograrse con... un pescado?

—El asunto empieza a interesarme —aseguró Gregson—. Trata de abreviar en lo posible, Phil... Admito que pueden lograrse cosas enormes con un... pescado. ¡Adelante!

Capítulo II

Durante un momento, los dos hombres permanecieron silenciosos, escuchando el sordo rumor del mar, que rugía más allá de la oscura faja del bosque. Finalmente, Felipe volvió a penetrar en la cabaña y Gregson le siguió. A la luz de la gran lámpara de aceite que colgaba del techo, notó en el rostro de Whittermore algo que no observara antes: una acusada contracción de su boca, una viva inquietud en sus ojos, cierta rigidez en sus mandíbulas, un aspecto general de emoción contenida, que dejó perplejo al dibujante. Agudo observador, comprendió que aquellos síntomas no eran momentáneos en la fisonomía de su amigo. El placer de volver a verle después de una separación de unos dos años había ahuyentado fugazmente aquella tarde el desaliento que ahora se reflejaba de un modo evidente en el rostro y en la actitud de su compañero, y el largo preámbulo con que dio comienzo Whittermore a la explicación de los motivos que le indujeron a llamarle había contribuido a que examinara su aspecto con mayor detención. Recordó entonces un cuadro que pintó una vez, en el que figuraba Whittermore tal como él le había conocido en otros tiempos agitados, recientes todavía en la memoria de ambos; un cuadro representando al antiguo Whittermore, frío, insensible, sonriendo ante el peligro, en la actitud del que está dispuesto siempre a luchar y siempre con una palabra humorística en los labios. Pintó aquel cuadro para Burke y lo tituló *El Luchador*. Burke criticó su obra a causa de la sonrisa; pero Gregson sabía que aquella sonrisa no estaba de más. Conocía perfectamente a su modelo: era Whittermore.

Actualmente estaba cambiadísimo; había envejecido de un modo sorprendente. Alrededor de sus ojos aparecían profundas arrugas; su cara había adelgazado... Comprendía ahora Gregson que la animación primera de Felipe, aquella tarde, había sido únicamente un destello pasajero de su antigua alegría; que el entusiasmo y la exaltación de otros días le habían abandonado. Juzgó que los dos años transcurridos debían de haber tejido en la vida de su amigo algo que no podía comprender él, puesto que durante tan largo espacio de tiempo no había recibido la menor noticia de su antiguo condiscípulo.

Sentáronse cada uno a un lado de la mesa; sacó Felipe un legajo de papeles del bolsillo y separó de ellos un mapa que desdobló cuidadosamente.

—Sí; pueden lograrse grandes cosas, Gregggy —indicó—. No te pedí que vinieras aquí para luchar con tu misma sombra a la luz de la luna, aunque te prometí una lucha. ¿Has visto nunca a un ratón encerrado en una trampa cuya puerta, a punto de ser abierta, guarda un perro sediento de sangre? Es un espectáculo que nada bueno permite presagiar para el prisionero, ¿verdad? Pero cuando ese ratón es humano...

—Creí que se trataba de un pescado —interrumpió Gregson suavemente—. A no dudarlo, va a resultar que hay una joven en la trampa o en el extremo de la caña de pescar...

—¿Y si fuera así? —inquirió Felipe, mirándole fijamente—. Si te dijese que hay en esta trampa no una, sino varias mujeres, un centenar tal vez, ¿qué dirías entonces, Greggy?

—Diría que consideraba una empresa muy gloriosa salvarlas.

—En efecto, es la empresa más importante y menos vulgar entre las de su clase, Greggy. Va a ser una lucha cruentísima, en la que es muy posible que tú o yo, o ambos a un tiempo, seamos arrastrados por el remolino. Somos dos solamente y vamos a luchar contra fuerzas que podrían hacer por sí solas una docena de revoluciones sudamericanas. Además, estamos en una comarca donde es seguro que la gente va a levantarse airada, por el mismo motivo que lo hicieron siglos atrás Elena de Troya y su gente. Mira aquí...

Acercó el mapa a Gregson y señaló un punto con el índice.

—¿Ves esa línea roja? Es la nueva línea de los ferrocarriles de la bahía de Hudson, en construcción. Ahora están trabajando en Le Pas y los constructores tienen el proyecto de terminarla la próxima primavera. Es el tendido de vía férrea más hermoso de cuantos se construyen en el continente americano, Greggy. Hermoso por los beneficios que ha de proporcionar. Ha permanecido largo tiempo abandonado, privando de la importancia de su valor a cientos de miles de personas, para quienes su realización equivale a despertar de un largo y penoso sueño. Esa vía que atraviesa cuatrocientas millas de comarcas incultas hará accesible una región tan grande como la mitad de los Estados Unidos, de la que, durante los próximos cincuenta años, podrá extraerse una riqueza minera superior a la que ha producido jamás Yukon o Alaska. Esa línea acorta el camino desde Montreal, Duluth, Chicago y demás ciudades del Este, a Liverpool y demás puertos europeos, en miles de millas. Significa la construcción de un gran puerto en la bahía de Hudson, de importantes ciudades y de grandes fundiciones de acero junto al círculo ártico, donde hay carbón y hierro suficientes para surtir al mundo entero durante centenares de años. Cuanto acabo de decirte es sólo una pequeña parte de lo que significa esa línea, Greggy. Hace dos años (recordarás sin duda que te pedí que te unieras a mí en la aventura) vine aquí en busca de fortuna. No me imaginaba yo entonces... —Whittermore se detuvo y un destello de su antigua sonrisa iluminó su rostro—. No me imaginaba yo entonces lo que me reservaba el destino, Greggy —prosiguió—. Seguí el trazado de la vía férrea en construcción, buscando la oportunidad de lograr mi propósito. El Canadá entero tenía los ojos fijos en el Este y sus intereses invertidos en las importantes minas de hierro o en las grandes explotaciones de carbón de allí, por lo que no tuve competencia. Seis meses estuve viviendo entre indios, franceses y mestizos, cazando y poniendo trampas con ellos. La vida me sonreía; me convertí en norteño de pies a cabeza; los bastones de golf, las pelotas, las ciudades, existían para mí sólo en el recuerdo. Sabes

de sobra que había odiado siempre la vida artificiosa de las urbes y te consta que la sociedad me había tratado con excesiva dureza, poniéndome un dogal al cuello, dificultando mis esfuerzos para arrancármelo. Aquí, en lo alto, aprendí a odiarla más aún. Era completamente feliz en mi nueva existencia, cuando...

Había doblado cuidadosamente el mapa y del legajo de papeles sacó otro, dibujado con lápiz.

—Cuando di con la apetecida oportunidad de labrarme un porvenir —prosiguió, extendiendo el nuevo mapa en el sitio que ocupara el otro—. Vino a mi encuentro a medianoche, llenando mi cerebro de fantásticas visiones, semejantes al aturdimiento que produce un golpe. Me pareció que una mina de oro acababa de situarse al alcance de mi mano y me preguntaba, sorprendido, cómo era posible que hubiera en el mundo tantos seres inconscientes. Fíjate un momento en este mapa, Gregg: ¿qué ves?

Greggson había escuchado a su amigo con suma atención. Los alardes y las fanfarronadas no solían hacer mella alguna en él y, generalmente, no dejaba entrever sus sensaciones. La indiferencia que parecía denotar constantemente su actitud y la inmutable expresión de su rostro ante los más graves asuntos, tal vez habrían hecho de él un fracasado en negocios. Pero ahora no podía disimular la intensidad de su interés; conservaba entre los dedos un cigarrillo sin encender y sus ojos no se apartaban ni un segundo del rostro de su compañero. Algo que Whittermore no había dicho todavía, excitaba profundamente su curiosidad. Obediente a la indicación de su amigo, miró el mapa.

—Sólo veo en él lagos y ríos —dijo.

—¡Eso es! —exclamó Felipe levantándose de su silla con rapidez y empezando a pasear a lo largo de la cabaña—. Lagos y ríos, a centenares, a millares. Desde aquí a la civilización hay más de trescientos lagos a menos de cuarenta millas de la nueva vía férrea, y de cada diez lagos de éstos, nueve están llenísimos de peces; pescado blanco y truchas. En este mapa aparece representado un volumen de agua tres veces superior al de los cinco lagos Mayores. Y, sin embargo, ni los canadienses ni el gobierno han fijado su atención en lo que ello significa. En esta tierra norteña hay peces bastantes para alimentar al mundo entero, y esta serie de lagos que están indicados a lo largo de ambos lados de la vía férrea, próxima a terminarse, representan un valor de millones. Ésa fue la idea que acudió a mi mente a medianoche y en seguida pensé que si podía lograr una concesión exclusiva de pesca en varios de esos lagos antes de que se inaugurara el nuevo ferrocarril...

—Serías millonario —indicó Greggson.

—No es eso solamente —contestó Felipe interrumpiendo un momento su paseo—. Al principio no pensé en el dinero: fue una consideración secundaria que se me ocurrió más tarde. Comprendí que mi idea podía servir para asestar un golpe de muerte a los intereses de quienes se dedican a acaparar víveres en el Sur, pues podría mandarse allá una ilimitada cantidad de pescado que se vendería ventajosamente en Nueva York, Boston o Chicago, a la mitad del precio que piden los *trusts* por él. No

creas, sin embargo, que mi plan obedeciera a sentimientos filantrópicos; sólo veo en ello el medio de perjudicar a muchos de los que contribuyeron a arruinar a mi padre y que se ensañaron luego con él, hasta que, vencido, murió. Ellos le mataron; ellos me robaron, unos años más tarde; ellos me hicieron odiar lo que antes fuera un factor alegre y bullicioso de la vida de allí; ellos me obligaron a ir al Norte, a Ottawa primero, a Toronto y a Winnipeg después. Una vez madurado mi plan acudí con él a Brokaw, el antiguo socio de mi padre. Creo haberte referido ya en otra ocasión que Brokaw es uno de los más perspicaces y atrevidos negociantes del Oeste. Al año de morir mi padre, había reconstituido ya su fortuna y era más poderoso que nunca. Solicitó Brokaw el concurso de dos o tres financieros de su mismo calibre y pusimos manos a la obra. Desde el principio nos vimos obligados a sostener constante lucha; apenas se hicieron públicos nuestros planes, encontramos una poderosa oposición; se organizó rápidamente una sociedad con capital canadiense, solicitando iguales concesiones que nosotros. Brokaw sabía perfectamente a qué atenerse; veía en ello la mano del *trust*, disimulada tras unos polichinelas de capitalistas canadienses. Decían que éramos “miserables acaparadores americanos que pretendíamos robar a los canadienses lo que en justicia les pertenecía”; alzaron las dos terceras partes de la prensa contra nosotros e incluso...

Las facciones de Whittermore se distendieron y sonrió, al mismo tiempo que sacaba su pipa y empezaba a llenarla.

—Tenían el proyecto de dar una paliza a Brokaw. Ignoro cómo se las compuso él para evitarlo, pero lo cierto es que cuando se hubo expulsado de nuestra organización a tres miembros del Parlamento y a media docena de políticos que eran socios honorarios, lo que costó a Brokaw un centenar de miles de dólares, nuestros contrarios habían creado tal animosidad contra nosotros, apelando al patriotismo de la región y afirmando que la gente del Norte tendría que lamentar aquella invasión de extranjeros, que sólo pudimos alcanzar una concesión condicional, que podía retirarnos el gobierno en cualquier momento en que las circunstancias parecieran justificarlo. No vi en ello obstáculo alguno para mi plan, puesto que abrigaba la certidumbre de llevar el negocio de tal forma, con tan estricta equidad, que un año más tarde la región entera simpatizaría con nosotros. Con gran entusiasmo expuse mi criterio en nuestra última reunión, cuando sólo quedábamos siete para llevar a término nuestros planes. Brokaw y los cinco restantes dirigirían el negocio en el Sur y me dejaban a mí la dirección absoluta en el Norte. Un mes después comencé mi trabajo. Aquí —indicó inclinándose por encima del hombro de Gregson y señalando con el índice un punto del mapa— establecí mi cuartel general con Mac Dougall, un ingeniero irlandés, como ayudante. En seis meses tuvimos ciento cincuenta hombres en nuestro campamento del Blind Indian Lake, cincuenta piragüeros que nos abastecían de víveres y un pelotón de vigilancia que tenía a su cuidado una extensión de más de cien millas en la región de los lagos. Marchaba todo viento en popa, mejor todavía de lo que había esperado yo mismo. En Blind Indian Lake teníamos un

astillero, dos almacenes, mucho material de repuesto y una población de trescientas almas. Habíamos terminado unas diez millas de tendido de vía para una línea de ferrocarril que nos uniera a la principal. Estaba tan por completo embebido en mi trabajo, que llegaba a veces a olvidar la existencia de Brokaw y de los otros. Ponía especial cuidado en la inversión de los fondos que me remitían y hubiera terminado mi trabajo a un coste algo inferior a cien mil dólares, pero a los seis meses, cuando me disponía a hacer una visita al Sur, se incendió uno de nuestros almacenes, quedando hecho cenizas con una cantidad de víveres valorados en diez mil dólares. Era el primer contratiempo que sufríamos, pero resultaba considerable. Fue lo primero que referí a Brokaw apenas nos hubimos estrechado las manos.

Felipe tenía el rostro mortalmente pálido, mientras permanecía inmóvil en el centro de la habitación, mirando a Gregson.

—¿Qué creerás que me contestó, Greggy? Me miró un momento con un fruncimiento especial de las comisuras de su boca y dijo al fin: “Un asunto tan insignificante no debe preocuparle a usted, Felipe. Tenga en cuenta que hemos colocado ya acciones por valor de un millón en el negocio del pescado”.

Gregson se levantó de un salto.

—¡Un millón!

—Sí: un millón, Greggy —repitió Felipe suavemente, con su antigua sonrisa de luchador—. Tenía cien mil dólares a mi disposición en uno de los primeros Bancos nacionales. Era una sorpresa agradabilísima, ¿verdad?

Gregson había dejado caer el cigarrillo y sus delgadas manos se aferraban con fuerza al borde de la mesa; pero no contestó palabra, esperando que Whittermore prosiguiera.

Capítulo III

Durante breves minutos, Felipe paseó nerviosamente, sin hablar: se detuvo al fin y dirigió los ojos hacia Gregson, que le estaba mirando fijamente.

—¡Un millón, Greggy! —repitió con la misma entonación de voz—. ¡Cien mil dólares a mi disposición en un primer Banco nacional! Mientras yo permanecía aquí, en el Norte, esforzándome en afianzar el negocio sobre una base de trabajo para demostrar al gobierno y a los naturales lo que era capaz de hacer venciendo al *trust*, y afirmándome todos los días en mi plan de lograr que el Norte, con su riqueza natural, asestara un golpe de muerte a los acaparadores, en el Sur trabajaban también mis compañeros. Mientras yo soñaba y obraba al mismo tiempo, Brokaw y sus compañeros habían constituido la Gran Compañía Explotadora de Pescado del Norte, ciñéndose a las leyes del Estado de Nueva Jersey, y habían logrado cubrir ya por valor de un millón de dólares en acciones. El negocio estaba en su apogeo cuando llegué a las oficinas principales. Había autorizado a Brokaw a actuar en mi nombre y me hizo nombrar vicepresidente de una de las mayores sociedades que procedían al robo legalizado. Habíase invertido más dinero en anuncios que en la explotación del trabajo. Cientos de miles de copias de mis cartas, todas llenas en extremo del entusiasmo que sentía yo por la empresa y por mis proyectos, habían sido repartidas sirviendo de cebo a los posibles accionistas. En una de aquellas cartas decía que si la mitad de los lagos indicados en el mapa estuvieran poblados de peces, el Norte podría llegar a suministrar un millón de toneladas de pescado al año. Se mandaron doscientas mil copias de aquella carta, pero Brokaw y sus asociados habían omitido en ellas las palabras "...si la mitad de los lagos indicados en el mapa estuvieran poblados de peces". Semejante cantidad requeriría quince mil obreros, un millar de coches refrigeradores y un capital de cinco millones para la explotación. Quedé estupefacto ante la enormidad del fraude. Luego, cuando le amenacé con provocar el fracaso de la empresa, Brokaw se echó a reír y me indicó que no había omitido la precaución más insignificante. En todos los anuncios constaba claramente que nuestra concesión era condicional, pudiendo sernos retirada si la Compañía no se mantenía dentro de los límites de la ley. Aquella indicación era algo más que un aviso: era una amenaza destinada sólo a atemorizar a los pequeños accionistas, a quienes ataba de pies y manos. Las acciones eran de diez dólares, intransferibles; cinco demandas de cada seis eran de una a cinco acciones; el noventa y nueve por ciento no excedían de las diez acciones. ¡Era una infamia! Los mismos a quienes deseaba yo favorecer habían sido estafados en millón y pico de dólares. En menos de un año, Brokaw y los suyos habían tramado un plan de negocio mucho peor que el de cualquier *trust*,

puesto que éstos compensan una parte de sus robos con los dividendos que pagan. ¡Y yo el responsable! ¿Comprendes, Greggy? Era a mí a quien se me había ocurrido la idea; eran mis cartas, desde el Norte, las que inducían a adquirir acciones a los humildes. ¡Soy fundador y vicepresidente de una compañía de ladrones amparados por la ley!

Felipe dejóse caer en una silla; su rostro, que volvió hacia Gregson, aparecía bañado en sudor, a pesar de que la habitación estaba helada.

—¿Seguiste en ella? —inquirió Gregson.

—Seguí. No tenía escape. No podía basarme en el hecho más insignificante para atraer a Brokaw y a los demás. Eran seis Bismarcks, seis verdaderos estrategas, astutos y endiablados; no se habían apartado un ápice de la ley; colocaron un millón y pico de acciones en un negocio real de cien mil dólares en efectivo. Brokaw se burló de mí porque me indignaba por ello. “Eso es natural, Felipe —me dijo—. Nosotros valoramos nuestra existencia en un millón, y no existe ley alguna que nos impida asignarle semejante valor o más”. A mí sólo un recurso me quedaba, uno solo: dimitir, negarme a aceptar mi parte y anunciar públicamente el motivo que me llevaba a separarme de la Compañía. Me disponía a obrar de esta forma, pero me contuve tras fría y concienzuda reflexión. Pensé que si me retiraba tendría que procederse forzosamente a un ajuste de cuentas que resultaría desastroso para los accionistas; en tanto que si permanecía en mi puesto... ¿Comprendes, Greggy?... Existía todavía una probabilidad de lograr que la compañía procediera como una empresa legítima, a pesar de haber empezado bajo los auspicios de una negra bandera de piratería. Brokaw y los demás quedaron estupefactos al conocer mi decisión, como si se tratara de una atrocidad. Brokaw fue el primero en reponerse y no tardó en claudicar; en una entrevista particular que tuvimos se puso de mi parte y le convencí por completo de las grandes posibilidades que teníamos de vencer. Con gran sorpresa mía, empezó a demostrar sumo entusiasmo en mi favor. Contamos que, si el negocio se desarrollaba satisfactoriamente, podríamos llegar a pagar un dividendo de cincuenta centavos por acción, teniendo en cuenta las existencias que podríamos vender durante dos años. Me pareció que eso equivaldría, por lo menos, a reintegrar en parte el dinero robado. Brokaw arregló el asunto a su manera; estaba autorizado para votar en nombre de uno de los directores, que se hallaba a la sazón en Europa, y logró convencer a otros dos. A consecuencia de ello se aprobó por mayoría la total inversión del dinero que había en caja —alrededor de seiscientos mil dólares— en el negocio, y el resto de las acciones no cubiertas todavía guardarlo como fondo de reserva. Propuso entonces Brokaw que la Compañía admitiera la renuncia de quienes no estuvieran conformes con el nuevo plan; dos de los consejeros y un agente de Toronto vendieron inmediatamente sus partes respectivas en cincuenta mil dólares cada uno. Teniendo en cuenta que sólo se habían aportado cien mil entre los seis, resultaba de la venta un beneficio considerable, aunque, en rigor, era un robo inicuo. ¡Qué admirable jugada! ¿Verdad, Greggy? Ya ves: me había propuesto constituir una

empresa grande y noble, había concebido un gigantesco proyecto para favorecer a los humildes, ¡y me resultaba aquello!

Hizo una pausa, crispando las manos hasta que las venas aparecieron en relieve, tensas como cuerdas.

—¿Y...? —preguntó Gregson, expresándose con dificultad—. ¿Y nada más?

Los dedos de Felipe aflojaron algo la presión que en el borde de la mesa ejercían.

—Si no hubiera más, no te habría pedido que vinieras —prosiguió—. Te he referido detalladamente el proceso del asunto porque deseaba que comprendieras perfectamente la situación. Al separarme de Brokaw, regresé nuevamente al Norte, disponiendo de fondos suficientes para organizar honradamente el negocio de la Compañía Explotadora de Pescado del Norte. Contraté doscientos hombres más, dispuse otras veinte estaciones de pesca, emprendí la construcción de una segunda línea de ferrocarril que empalmara con el trazado principal y empecé una presa inmensa en el Blind Indian Lake. Disponíamos de treinta caballos y de veinte yuntas... En una palabra: caminábamos francamente hacia el éxito, y había recobrado ya casi por entero mi antiguo entusiasmo, cuando Brokaw hizo estallar una nueva mina bajo mis pies. Recibí una extensa carta suya, escrita casi inmediatamente después de haberme separado de él, carta que tardó en llegar a mi poder por haber sufrido varias demoras en diversos puntos. Me indicaba en ella que había descubierto un complot tramado por una poderosa entidad de esta misma región para llevar al fracaso a nuestra empresa. Me di clara cuenta de que Brokaw estaba sumamente asustado cuando escribió aquella carta y que por primera vez se acobardaba ante los manejos de una sociedad rival, aquilatando exactamente la magnitud del peligro que yo tardé algún tiempo en comprender. Manifestaba tener la evidencia absoluta de que los capitalistas del *trust* a quienes había vencido estaban dispuestos a atacarnos en otra forma. Sus secuaces accionaban ya en el Norte con el objeto de amotinar la región contra nosotros y llevarnos a una lucha enconada contra los naturales, obligando con ello al gobierno a quitarnos la concesión. Como te he dicho ya, nuestro privilegio era sólo condicional y, por lo tanto, a la población norteña correspondía decidir si nosotros podíamos seguir o no entre ellos. Si se revolvían contra nosotros, el gobierno se limitaría a acatar los designios del pueblo. Al principio, la carta de Brokaw no me produjo grave desazón; conocía a los habitantes de estas alturas y sabía que lo mismo los indios que los blancos de esta región son tan invulnerables al soborno como el mismo Brokaw lo es a los reproches de su conciencia; los apreciaba y tenía fe en ellos; sabía que poseen una noción del honor desconocida en las grandes urbes. Contesté a Brokaw en términos de gran indignación, motivada por sus insinuaciones relativas a los crímenes que la gente semisalvaje puede llegar a cometer inducida por una insignificante cantidad de dinero y un poco de *whisky*... Pero luego...

Whittermore se pasó el pañuelo por el rostro; el rictus de su boca se acusó con mayor profundidad.

—Una noche, una semana después de haber recibido aquella carta, se incendiaron dos almacenes en Blind Indian Lake. Teniendo en cuenta que estaba a trescientos metros de distancia uno del otro, era indudable que se trataba de un incendio provocado.

Detúvose Felipe un momento, pero Gregson no dijo palabra y permaneció sentado, mirándole asombrado y silenciosamente.

—Aquello fue el comienzo; la ruptura de las hostilidades. Desde entonces una fuerza misteriosa ha estado ensañándose constantemente con nosotros. Una semana después del incendio de los almacenes, una draga y una lancha fueron pasto también de las llamas. Unos días más tarde, una explosión *casual* de dinamita nos costaba diez mil dólares y el trabajo de cincuenta hombres durante dos semanas... Organicé un servicio de vigilancia especial compuesto de cincuenta de mis mejores hombres, pero no me dio el menor resultado. A partir de entonces perdimos tres millas de vía férrea, destruidas por un hundimiento; una cantidad enorme de dinamita fue usada no se sabe por quién para que se nos precipitara encima el agua de un lago situado en lo alto de una colina cercana al camino de nuestra derecha. Dondequiera que se encontraran nuestros enemigos, parecían conocer mis menores movimientos y nos atacaban por donde teníamos un punto vulnerable. Y escucha ahora lo más sorprendente del asunto: a pesar de mis esfuerzos para mantener secretas nuestras pérdidas, por cientos de millas a la redonda se esparció el rumor de que los nortños habían declarado la guerra a nuestra empresa y estaban decididos a echarnos. Dos terceras partes de mis hombres sabían eso; entre mis operarios, todos indios, franceses y mestizos, se había incubado lentamente un sentimiento de sospecha y de recelo que crecía constantemente... todos los días... a todas horas... Prosiguiendo en tal forma, resultará la ruina para nosotros y el triunfo para quienes tan cobardemente nos atacan desde la sombra. Si no se pone inmediatamente remedio al mal, en un plazo máximo de un mes, o tal vez antes, correrá por la región, desde Churchill a Barrens, la sangre de la venganza. Sí ocurre lo que temo, no se terminará la línea del ferrocarril del gobierno a la Bahía, los edificios recién construidos en Churchill quedarán deshabitados para siempre, los tesoros del Norte permanecerán improductivos, la región entera sufrirá un retraso de un centenar de años y los nortños odiarán a cuantos forasteros se atreven a pisar su suelo, mientras pase de padres a hijos la historia de la gran canallada, del crimen que va a cometerse...

El rostro de Felipe estaba pálido, frío, rígido, por la formidable tensión de sus facciones. Sacó del bolsillo una extensa carta escrita a máquina y se la entregó a Gregson.

—Esta carta encierra el desenlace de la situación —indicó—. En ella hallarás lo que falta a mi relato. Ignoro por qué casualidad se mezcló con mi correspondencia y no descubrí el error hasta después de abrirla. Proviene de las oficinas de nuestros enemigos y va dirigida al hombre que tiene a su cargo la ejecución material del complot.

Conteniendo el aliento, esperó que Gregson leyera las páginas dactilografiadas, observando ansiosamente el efecto que la lectura le producía; vio la crispación de los dedos de su amigo al volver la hoja, la pérdida de color que sufrió el rostro del artista hasta adquirir un tono gris blanco, la rigidez de sus brazos y de sus hombros al terminar...

Al fin levantó Gregson los ojos.

—¡Dios Santo! —exclamó.

Y durante un minuto, ambos estuvieron mirándose a través de la mesa sin pronunciar palabra.

Capítulo IV

Felipe fue el primero que rompió el silencio.

—¿Comprendes ahora?

—¡Es imposible! —murmuró Gregson—. No puedo creerlo. Bueno que eso ocurriera hace mil o dos mil años, pero en nuestros días no puede ser, ¡vive Dios! —Y añadió excitadísimo—: No irás a decirme que crees que eso se realice, ¿verdad?

—Sí —contestó Felipe.

—¡Es imposible! —repitió Gregson estrujando la carta entre sus manos—. No puede existir hombre alguno capaz de semejante villanía, ni plan tan infame puede prosperar.

Felipe sonrió espantosamente.

—Pues existe el hombre, y el plan se llevará a efecto —indicó lentamente—. He conocido individuos que han elaborado planes indignos, invirtiendo millones en llevarlos a término; que lo han sacrificado todo, honor: y dignidad; que han arrastrado a miles de hombres, mujeres y niños a la miseria, o a algo peor aún, sólo para alcanzar una victoria en las altas esferas financieras. He conocido tipos que con sus planes han violado todas las leyes humanas y divinas en la lucha por alcanzar dinero y poder. Tú mismo has hecho amistad con varios de esos hombres, has reído y hablado con ellos y has comido en sus mesas. Estuviste una semana veraneando en la casa de campo de Selden, y fue Selden quien acaparó el trigo hace tres años y subió el precio del pan en dos centavos, promoviendo con ello sediciones en; Nueva York y Chicago y otras ciudades importantes y abriendo de par en par las puertas de la cárcel a millares de hombres. Sus millones fueron ganados a costa de la miseria, del crimen y hasta de la muerte. Y Selden es sólo uno de los numerosos seres que viven hoy día buscando una ocasión propicia para destrozar a quienes pueden caer arrollados por el alud del capital. No vivimos en la época de las recriminaciones sin importancia, Gregg: vivimos en la era del dólar todopoderoso y de la lucha por alcanzarlo, y en esta lucha no existe ni cabe la caballerosidad, ni la clemencia, ni se concede cuartel. Los hombres como Selden no se detienen ante consideración alguna, ni les importa que sus víctimas sean mujeres o niños. El dólar de la mujer que friega los suelos tiene el mismo valor que el tuyo o el mío; y si puede desarrollarse un plan para que cada mujer que friega los suelos en América pueda ser desposeída impunemente de un dólar, encuentras en nuestras ciudades miles de hombres dispuestos a ponerlo en práctica sin pérdida de tiempo. ¿Crees tú, pues, que a tales hombres puede importarles algo el sacrificio de unas cuantas mujeres del Norte?

Gregson dejó caer la estrujada carta encima de la mesa.

—Si no he comprendido mal —indicó, mirando el lívido rostro de Felipe—, indudablemente esta carta es sólo la palabra final de una larga correspondencia y demuestra que tus enemigos han conseguido su propósito de soliviantar a la gente del Norte contra ti, infundiéndoles necias sospechas a las que intentan dar visos de realidad con el golpe que preparan.

Hizo una pausa y Felipe asintió a la horrorizada pregunta de sus ojos.

—Hay aquí, en el Norte, una ley que impera por encima de todas las demás. Cuando, hace un año, estuve en Prince Albert, me encontraba una tarde sentado en la terraza del antiguo Hotel Windsor y tenía a mi alrededor una docena de norteros que habían ido a pasar uno o dos días a orillas de la civilización; la mayor parte de aquellos hombres llevaban un año en el bosque y había dos de Barrens que acudían a echar un vistazo a la vida civilizada, después de cinco años de ausencia. Mientras estábamos sentados allí, una mujer cruzó la calle, dirigiéndose al hotel; de pronto bajáronse respetuosamente las voces a mi alrededor, y al pasar la dama, aquellos doce hombres se levantaron de sus asientos y se mantuvieron con la cabeza inclinada y el sombrero en la mano hasta que hubo desaparecido. Yo fui el único que permanecí sentado. Pues bien, Greggy: ésa es la gran ley de la vida del Norte; el culto a la mujer, por ser mujer. Un hombre puede robar, puede matar, pero no puede quebrantar esa ley. Si roba o mata, la Real Montada entregará el ofensor a la justicia; pero si quebranta esa otra ley, recibirá el castigo del pueblo mismo. Esta carta propone precisamente que la ley del Norte sea quebrantada, pero de modo que la culpa parezca recaer por entero en nosotros. Y si consiguen sus propósitos... ¡Dios nos asista!

Esta vez fue Gregson quien se levantó, dio media docena de pasos nerviosos, se detuvo, encendió un cigarrillo y miró atentamente a Felipe.

—Empiezo a comprender la idea de tus enemigos —dijo—. Si su plan prospera, tu gente se insubordinará, y no sería raro que te borrarán del mapa. Indudablemente, tratarán de vengarse en ti, y lo más fácil es que se salgan con la suya. Pero —añadió de pronto— ¿por qué no pones el asunto en manos de las autoridades, la policía o el gobierno? Forzosamente tienes que conocer el nombre de la persona a quien iba dirigida esta carta.

Felipe le entregó un sobre blanco lacrado, de la misma clase que suele emplearse para el envío de documentos oficiales.

—Aquí lo tienes.

—Lord... Fitzhugh... Lee... —leyó Gregson en voz baja y lentamente, como si no acertara a creer lo que veían sus ojos—. ¡Dios Santo! ¡Un par de Inglaterra!

La sonrisa irónica de Felipe se acentuó visiblemente.

—Quizá lo sea —indicó—. Pero si hay aquí un lord británico, estará sin duda de incógnito, Greggy. Nadie sabe una palabra de él, nadie le ha oído mencionar jamás. Por eso no he podido dirigirme a la policía ni al gobierno. Mis palabras hubieran merecido poco crédito y carecía de pruebas, puesto que a esta carta no le concederían

el valor más mínimo. Además, no podemos acudir al gobierno; está demasiado lejos y sus procedimientos son excesivamente lentos. Respecto a la policía, sólo hay tres individuos de ella en una región de quince mil millas cuadradas de llanuras, montañas y bosques. Es necesario que encontremos a lord Fitzhugh entre tú y yo; si logramos dar con él, estaremos en disposición de atajar rápidamente el complot. Si fracasamos y dejamos que se escurra de entre nuestras manos...

—¿Qué ocurrirá entonces?

—No quiero pensarlo. Te he referido ya cuanto sabía y estás, por lo tanto, en iguales condiciones que yo para formar juicio. Al principio creí comprender los móviles que guiaban a quienes tan cobardemente han planeado nuestra ruina, pero empiezo a dudar. Es verdad que con su modo de proceder nos arruinan, pero al mismo tiempo destruyen la posibilidad de que otra compañía usurpe nuestro lugar. Por eso, yo...

—Debe de haber en juego otros factores también —indicó Gregson, en tanto que Felipe vacilaba.

—Sí, los hay. No los conozco, pero indudablemente existen. Lo cierto es que lord Fitzhugh constituye la clave de la situación. No cabe dudar que es uno de los principales interesados en ese complot, puesto que toma a su cargo la ejecución material de él. A mi juicio, no tiene tanta importancia el que escribió la carta como aquel a quien iba dirigida. Evidentemente, este último pensaría estar en Churchill, ya que allí le fue dirigida la misiva; pero no se ha dado a conocer. Al parecer, nadie le ha visto jamás por aquí.

—Daría mi trabajo de un año por tener a mi disposición en este momento un ejemplar del *British Peerage* o de *Who's Who*^[2] —murmuró Gregson sacudiendo la ceniza de su cigarrillo—. ¿Quién diablo puede ser lord Fitzhugh? ¿Qué clase de noble inglés es ése, que se mezcla en un asunto de índole tan poco delicada? Al parecer debiera tratarse de uno de esos hombres como Brokaw, que trabajan desde lugar seguro; pero ¡caramba!, si hay que dar crédito a la carta en cuestión, ése prepara personalmente el final.

—Veo que empiezas a reflexionar como es debido, Gregg —indicó amablemente Felipe—. Durante estos últimos días me he dirigido un centenar de veces la misma pregunta que tú y no he podido hallarle todavía una contestación satisfactoria. Si se tratara de un Tom Brown o de un Bill Jones, nada hubiera sugerido el nombre una vez leída la carta; pero en cambio, ahora... ¿A santo de qué puede estar mezclado ese lord Fitzhugh en este asunto?

Los dos hombres estuvieron mirando uno a otro en silencio unos segundos.

—Creo... —empezó Gregson.

—¿Qué?

—Que los móviles del plan deben ser mucho más importantes de lo que nos figuramos. Me induce a suponerlo el empeño especial que ponen en que los nortños se amotinen contra ti por un motivo tan poderoso que no les baste con arrojarte de la

región y obligar al gobierno a que te retire la concesión. Decididamente, creo que hay algo más en el fondo del asunto.

—Opino lo mismo —asintió Felipe lentamente.

—¿Sospechas cuál puede ser ese motivo tan poderoso?

—No. Me consta que hay grandes capitales británicos sumamente interesados en las minas del Este; pero en Churchill no hay mina alguna. Todas se encuentran en la región que abarca de Montreal a Toronto.

—¿Has escrito algo a Brokaw acerca de esa carta?

—Tú eres el primero a quien revelo su contenido —contestó Felipe—. Había olvidado decirte que Brokaw está tan interesado en el asunto, que vendrá a reunirse conmigo en el Norte. Si no cambia de parecer, embarcará en Halifax en el buque de la compañía de la bahía de Hudson, que viene un par de veces al año y llegará dentro de ocho o diez días. Y al mismo tiempo —añadió Felipe levantándose y hundiendo las manos en las profundidades de sus bolsillos mientras hablaba a Gregson medio sonriente— tengo el gusto de darte una agradable noticia: la señorita Brokaw, su hija, una bellísima joven, viene con él.

Gregson se quedó atónito, con la cerilla encendida en la mano, hasta que, al quemarse, volvió en sí.

—¿Qué es lo que oigo? ¿Has dicho...?

—He dicho que es una joven bellísima. No lo dudes; no soy un entusiasta como tú en lo que a la belleza femenina se refiere, Greggy; pero en este caso estoy dispuesto a confirmar la opinión que te merecerá la señorita Brokaw. Dirás que es la joven más hermosa que has visto en tu vida y querrás hacer su retrato para Burke. Y ahora supongo que te preguntarás qué diablos viene a hacer aquí, pero te confieso que igual pregunta me dirijo yo.

En los ojos de Felipe apuntaba una vacilación, que hubiera notado Gregson a no haberse dirigido hacia la puerta a mirar al exterior.

—¿A qué se debe que las estrellas sean tan grandes y tan brillantes en esta región? —preguntó.

—A la absoluta nitidez de la atmósfera a cuyo través las vemos —contestó Felipe, tratando de comprender las ideas que cruzaban por la mente de su amigo—. Al contrario de lo que ocurre en las grandes ciudades, el aire que se respira aquí está limpio de impurezas.

Gregson estuvo un momento silbando entre dientes y de pronto exclamó sin volverse:

—Tendría que ser algo extraordinario para sobrepasar a la que he visto esta mañana, Phil.

El silencio con que acogió Felipe sus palabras hizo que se volviera riendo.

—Perdóname, chico; estoy hablando subjetivamente y tal vez no me entiendes. Me refiero a la señorita Brokaw.

—No me gusta apostar sobre las gracias de una mujer hermosa —contestó Felipe

—; pero, por una vez, rompo mi costumbre, y apuesto el mejor sombrero que se encuentre en Nueva York a que la sobrepujará.

—¡Acepto! —exclamó Gregson—. Una apuesta de esta clase servirá para distraernos de lo demás. Bueno; esta noche hemos hablado ya bastante de negocios, Phil. Voy a terminar un croquis que he empezado de ella, antes de que se me olviden algunos detalles de sus rasgos. ¿Tienes algo que objetar a ello?

—Nada —contestó Felipe—. Entre tanto, saldré a tomar el fresco.

Se puso la americana y descolgó la gorra de una percha clavada en la pared. Gregson se había sentado bajo la lámpara, y estaba sacándole punta a un lápiz. Cuando Felipe se disponía a salir, el artista sacó un sobre del bolsillo y lo dejó encima de la mesa.

—Si ves alguna joven que se parezca a ésta —indicó, señalando un dibujo de lápiz hecho en una de las caras del sobre—, haz el favor de avisarme. Es un boceto trazado a toda prisa y no está muy bien.

Felipe cogió el sobre riendo:

—La más hermosa... —empezó; pero de pronto se detuvo.

Levantando la cabeza, Gregson vio desaparecer la sonrisa de los labios de su amigo y un débil rubor cubrió sus bronceadas mejillas; durante medio minuto estuvo mirando la cara dibujada en el sobre y luego dirigió una mirada a Gregson, que reía suavemente, sin la menor sospecha por la sorpresa de Felipe.

—¿Mantienes todavía tu apuesta? —inquirió.

—Realmente es muy hermosa —murmuró Felipe dejando el sobre y dirigiéndose a la puerta—. No me esperes, Greggy; acuéstate.

Oyó a Gregson reírse alegremente, y mientras se alejaba, preguntóse qué diría su amigo si le indicaba que lo que había dibujado en el reverso de aquel sobre ¡era precisamente el bello rostro de Elena Brokaw!

Capítulo V

A pocos pasos de la puerta, Felipe se detuvo a la sombra de un frondoso abeto, indeciso entre regresar o alejarse. Desde donde estaba podía ver a Gregson inclinado sobre la mesa, entregado en cuerpo y alma a su trabajo. Confesábase Felipe que el croquis del sobre le había llenado de sorpresa; sabía que la sangre se había agolpado a su rostro al verlo y que sólo debido a una afortunada casualidad pudo Gregson atribuir su turbación a una causa muy distinta de la verdadera. La señorita Brokaw se encontraba a un millar de millas o más de distancia; en aquellos momentos estaría navegando en algún punto del norte del Atlántico, suponiendo que su buque hubiera salido ya de Halifax. Por otra parte, la joven no había estado nunca en el Norte y le constaba a él que Gregson no vio jamás a la señorita Brokaw, que oyó hablar de ella por primera vez aquella noche y que sólo podía conocerla por las notas de sociedad de los periódicos. ¿Cómo explicar, pues, la posesión de aquel croquis?

Dio uno o dos pasos en dirección a la puerta abierta y se detuvo de nuevo. Si regresaba para interrogar a Gregson, se vería precisado a ponerle en antecedentes del único secreto que deseaba guardar a su amigo. Al fin y a la postre, el parecido del dibujo era sólo obra de la casualidad; no podía ser de otro modo, a pesar de lo cual resultaba algo tan inusitado y sorprendente, que momentáneamente le había desconcertado. No cabía la menor duda de que, cuando volviera a mirarlo algo más tarde, descubriría su error.

Reanudó su camino bajo la sombra de los abetos, y siguiendo un estrecho sendero que conducía a la árida cumbre de la colina, avanzaba con las manos extendidas para evitar los obstáculos, cuando la frondosidad del bosque no daba acceso a la luz de la luna y de las estrellas. Salió al fin a un claro en que resplandecía el firmamento, en tanto que el mundo quedaba envuelto a su alrededor en un misterioso manto negro y gris. Al Norte distinguíase la bahía como una extensa llanura negra. A media milla de distancia, dos o tres luces indicaban el emplazamiento de Fort Churchill, ojos de fuego que escudriñaban en la profunda oscuridad; hacia el Sur y el Oeste, hacia la parte de la civilización, predominaba el gris.

Apoyóse en una roca y descansando los codos en una alfombra de musgo volvió los ojos hacia aquellas misteriosas profundidades. El mar de copas de árboles que se extendía a sus pies, más allá de la áspera llanura, murmuraba suavemente, agitado por el viento de la noche; debilitado por la distancia, oíase temblar el grito penetrante de un búho; en la inmensa desolación del otro lado reinaba un fantástico y absoluto silencio. Más de una vez el alma de la noche había interrumpido el sueño de Felipe, haciéndole levantarse e instalarse bajo las estrellas, donde se complacía en imaginar

lo que la mencionada alma le diría si supiera comprender su voz en el murmullo de los árboles y en la augusta paz que le rodeaba. Nunca había estado aquella alma tan cerca de él como aquella noche. La sentía a su lado, tan cerca que parecía notar su aliento, la sensación vibrante de su presencia junto a él... Parecía más cerca desde que había visto y hablado a Gregson; se le antojaba más cerca desde que, unos minutos antes, viera el sobre en que creyó descubrir dibujado el rostro de Elena Brokaw.

Allí radicaba el secreto de todo el camino de su vida. Preguntóse si Gregson habría notado aquel cambio y preguntóse también si la señorita Brokaw se daría cuenta de él cuando llegara y si sus dulces y grises ojos leerían en el fondo de su alma como lo hicieran en otro tiempo, en una época que parecía muy remota. Semejantes ideas le trastornaban profundamente; por segunda vez en aquel mismo día había llegado a sentirse dominado por una sensación casi de dolor físico, provocada por el convencimiento de la completa soledad de su corazón. Lamentaba ahora haber apartado de su vida a Gregson y, especialmente, a Elena Brokaw, y al pensar en ello sentía arder su frente, a pesar de que el aire de la noche que llegaba a él desde la bahía estaba saturado del frío de los icebergs del Norte. Sin que su agitado espíritu tuviese parte en ello, los recuerdos de hechos y figuras de su vida pasada acudieron en tropel a su mente, resucitando al Felipe Whittermore que fue y había muerto ya. Y aquellos fantasmas del pasado parecieron animar con su presencia la soledad que le agobiaba y le llenaba de angustia. Desaparecieron a sus ojos la negra llanura de las copas de los abetos que se extendía a sus pies y las tonalidades grises de bosques y montañas que se alzaban en la lejanía, y en su lugar dibujóse, clara y precisa, la visión de su existencia de otros días, cuando la vida le brindaba deleites, le hizo concebir esperanzas y ambiciones y susurrábale promesas que no cumplió luego.

Inconscientemente, juntó las manos al recordar lo ocurrido después, los negros días de la ruina, la destrucción de cuanto había esperado y soñado. Su alma de luchador le indujo entonces a seguir luchando; volvió a levantarse una y otra vez, pero sólo para encararse siempre con el fracaso. Al principio rióse de ello y achacólo a mala suerte pasajera; pero la mala suerte le persiguió con encono, acechándole con tenaz persistencia que frustraba todos sus esfuerzos. Abandonó lo que fueran antes sus placeres, aprendió a considerar el valor real de hombres y mujeres como jamás lo había hecho antes, y consecuencia de ello fue que naciera en su interior una extraordinaria repulsión hacia las miserias de la sociedad. El nuevo espíritu que acababa de despertar en él sentíase atraído hacia otros horizontes, hacia la agreste libertad que ya gozara algún tiempo con Gregson, hacia una vida que no estuviera emponzoñada por los ambientes malsanos de los salones de baile durante la noche, y por el de la emocionante lucha por el dólar durante el día. Cuantos le rodeaban no acertaron a comprender el cambio que se había efectuado en su modo de ser. No encontró una sola persona que simpatizara con sus nuevas ideas, ningún otro pecho que vibrara al unísono con el suyo, compenetrándose con él. Creyó hallarlo y...

Un profundo suspiro salió de sus labios al recordar la noche aquella que asistió por última vez a una fiesta en casa de los Brokaw. Creía escuchar todavía las risas y la charla de hombres y mujeres, el roce suave de las faldas de ellas... Y le parecía verse todavía medio oculto por unas palmeras, mirándose en el fondo de los grises ojos de Elena Brokaw, mientras sonaban en el salón los dulces y suaves acordes de su vals favorito. Veíase claramente en su imaginación tal como estaba entonces, peligrosamente inclinado sobre los delicados y blancos hombros de la joven, embriagado por su hermosura, pálido por la gravedad de las palabras que iba a pronunciar, en tanto que Elena, con la hermosa cabeza ligeramente echada hacia atrás de modo que su dorado cabello rozaba casi los labios de Felipe, esperaba con ansia que hablara. Había luchado meses enteros contra la fascinación irresistible de la belleza de la señorita Brokaw, pero al fin tuvo que declararse vencido y se entregó a ella en cuerpo y alma. Sabía que aquella joven de aspecto tan puro como un ángel había herido profundamente los corazones de otros hombres y él mismo oyó su risa y sus frases burlonas referentes a las heridas que había inferido; sabía que en aquellos claros ojos y límpidos como el agua de una laguna bajo los rayos del sol, se ocultaba la ambición del poder, el afán de admiración, el entusiasmo por los placeres frívolos que constituían el eje de aquel mundo que los rodeaba, y a pesar de ello, cuando los hermosos ojos grises se miraban en los suyos, creía leer en ellos la expresión de cuanto le parecía noble y glorioso en la mujer.

Echóse a reír de pronto al evocar a Ranson paseando jadeante por entre las palmeras, secándose el sudor de su rostro y hablando de asuntos triviales con la señorita Meesen. Ranson era siempre inoportuno, pero aquella vez su inoportunidad salvó a Felipe. Las frases apasionadas murieron en sus labios, y cuando Ranson y la señorita Meesen se alejaron, riendo aturdidamente, él no pronunció ya palabras de amor; abrió su corazón a aquella joven, a la que hubiera amado si ella hubiese sabido comprenderle... Y ésta fue su última esperanza; que le comprendiera; que viese, como él, el vacío de aquella frívola vida y simpatizara con sus aspiraciones...

¡Y se rió de él...!

Elena se había levantado; en sus ojos brilló por un momento un rayo de ardiente fuego y su voz temblaba ligeramente cuando habló. En su actitud notábase su resentimiento; sus rojos labios demostraban desdén y disgusto; odiaba a Ranson por la inoportunidad de su llegada y sentía, despechada, que Felipe contribuyera con su silencio a que aquella interrupción frustrara el triunfo que creía ya seguro. El desengaño, que no supo ocultar la joven, obró en Felipe como un tónico; echóse a reír alegremente al encontrarse solo en la noche, y Ranson no supo jamás por qué fue Felipe en su busca antes de partir y estrechó con tanta fuerza su regordeta mano.

Seguía Felipe sumido en los recuerdos de aquella noche al reanudar su camino, descendiendo de la colina en dirección a la bahía. Pensaba qué habría sido del cabezota y buenazo de Ranson, cuyo mayor empeño parecía cifrarse en derrochar su patrimonio lo antes posible. Y de Ranson sus pensamientos se dirigieron al joven

Harry Dell, a Roscoe, a Dan Philips y a otros tres o cuatro que habían puesto sus corazones a los pies de la señorita Brokaw. Hizo una mueca al pensar en Dell, que besaba la tierra que pisaba ella, en su desesperación al ser rechazado; preguntó también dónde estaría Roscoe, el pretendiente que más probabilidades tenía de vencer, a no haberle ocurrido la desgracia de ser arrastrado por una quiebra que le arruinó totalmente. A raíz de ella se dijo que se había marchado a Colombia para rehacer su fortuna. En cuanto a Dan...

Tropezó Felipe con una piedra y cayó de bruces, lastimándose una rodilla. El dolor le hizo volver a la realidad y unos minutos más tarde estaba junto a la orilla del mar, humedeciendo su rodilla y llamándose loco por permitir que le asaltaran viejos recuerdos. Verdad era que venían Brokaw y su hija; pero que Elena acompañara a su padre era un hecho sin importancia para él; por lo menos así se lo confirmó, dirigiendo los ojos hacia Churchill.

Aquella noche la luna y las estrellas parecían más brillantes que de costumbre. A su alrededor, las grandes masas de las rocas, las olas que morían en la playa, las lindes del bosque, la bahía entera, aparecían iluminadas como en pleno día. Consultó su reloj y vio que era más de medianoche. Estaba levantado desde el amanecer y a pesar de ello no sentía el menor cansancio ni necesidad de dormir. Quitóse la gorra y paseó con la cabeza descubierta bajo la luz suave, atentos los ojos a cuantas bellezas le ofrecía aquel mundo maravilloso. Ante él se levantaba la masa gigantesca de una roca resbaladiza, alisada por la acción del agua que la azotaba en las grandes tempestades desde incontables siglos atrás. Subió por ella y dirigióse hacia donde descansaba Fort Churchill, tendido a lo largo de la orilla de la bahía.

Cruzó el antiguo muelle de piedra construido ciento cincuenta años antes por los viajeros de los primeros buques que llegaron allí; se detuvo junto a la antigua construcción del fuerte y vio la luz de la luna reflejarse en uno de los cañones de bronce que yacían inmóviles y mudos desde los días pretéritos que atronaron con sus salvas de bienvenida o rugieran su desconfianza y su odio en la inmensa soledad; paseó lentamente a lo largo de la playa, en cuya orilla, que las olas azotaban constantemente, dormían el sueño postrero, encerrados en féretros, que fueran antes cajas de fusiles, aquellos audaces aventureros que llegaron a la región en tiempos lejanos. ¡Qué hombres aquéllos! Vivieron y murieron en una época en que el mundo desconocía gran parte de las modernas ciencias, cuando el valor y la audacia constituían la mayor fortuna de los corazones fuertes, vencedores de la vida; y con ellos iban mujeres; mujeres que con ellos vinieron y murieron con el sol, en la colonización del nuevo mundo. Era a los hombres de aquel temple, a las mujeres de tal categoría, a quienes admiraba y amaba Felipe. Y con la cabeza respetuosamente descubierta atravesó el no delimitado dominio de los muertos.

Siguió luego por entre las primeras casas de madera de Churchill, envueltas en el profundo silencio del sueño; pasó junto a los grandes edificios, semejantes a inmensos cuarteles, donde vivían los hombres que trabajaban por unos dólares en la

construcción de los nuevos muelles; ante los sombríos almacenes sin ventanas; frente a las oficinas de hombres que luchaban y se aniquilaban unos a otros por lograr la supremacía y el poder. Había comenzado ya la gran batalla del dólar, la cual se le antojaba a Felipe monstruosa y grotesca, cual un escarnio a los olvidados esfuerzos de aquellos cuyas tumbas besaba el mar. Y de pronto comprendió Felipe que el mar, velando el descanso de los muertos, no era el enemigo de los seres desconocidos de los féretros de cajas de fusiles, sino un amigo, constante a través de los siglos, que los redimía ahora, con su proximidad, de la profanación que iba a consumarse más allá, en la tierra firme. Y por un momento volvióse cara al mar con una oración de gracias en lo más hondo de su corazón.

Al volverse nuevamente, descubrió una luz que acababa de aparecer en uno de los edificios de madera, en el que estaban instaladas las oficinas de la Keewatin Mines and Lands Company. La silueta del viejo Pearce, que apareció un momento en una de las ventanas, encaminó las ideas de Felipe en otra dirección. Desde su llegada a Churchill había trabado conocimiento con Pearce y ocurríasele ahora que precisamente un hombre de aquella ralea podía ser lord Fitzhugh Lee. La Keewatin Mines and Lands Company no tenía mina alguna y los terrenos que poseían eran muy escasos; sin embargo, Pearce le había dicho que estaban realizando un gran negocio en el Sur, procurándose capitales con la garantía de minas que no existían o no podían ser explotadas en muchos años. Pero, al fin y a la postre, ¿era él mejor que Pearce?

La amargura apoderóse nuevamente de él; no, no era mejor que Pearce, ni mejor siquiera que lord Fitzhugh Lee; y eran el destino y los hombres quienes le habían hecho así.

Andaba ahora ligeramente, siguiendo la playa hasta llegar a un campamento de indios situado en los linderos del bosque, detrás de los edificios de la compañía. Un perro descubrió su presencia y ladró furiosamente; sonó a continuación un grito gutural de uno de los indios ordenando al perro que callara y volvió a reinar impenetrable silencio.

Dobló hacia la derecha, internándose más profundamente cada vez en el gran silencio del Norte, buscando insensiblemente la soledad, que cuadraba a las ideas que cruzaban por su mente... El destino, la fatalidad y las circunstancias habían ido contra él. Se lo había repetido un centenar de veces, burlándose de ellas con la confianza del que sabe que algún día se elevará triunfalmente por encima de esas cosas. Pero los que más contribuyeron a su fracaso fueron los hombres. Pensando en ello sintióse oprimido por un poderoso resentimiento. Los hombres, sus semejantes, eran los verdaderos culpables de su derrota y no la mala suerte ni las circunstancias. Hombres y mujeres eran quienes habían hecho de él un fracasado, y no el destino. Por primera vez se le ocurrió la idea de que los hombres y las mujeres engañados por Brokaw, los que Pearce estaba engañando, engañarían a otros a su vez, de igual modo, si se les ofrecía oportunidad para ello, y que, por su parte, si se hubiera puesto al lado de los vencedores, si hubiese sumado sus energías a las de hombres como

Brokaw y Pearce, luchando solamente por ambición de poder y de dinero y no por lo que tan poco parecía valer a los ojos de los demás, tal vez habría tenido mayores probabilidades de conseguir las atenciones de Elena Brokaw con preferencia a cuantos aspiraban a ella, venciendo en la doble lucha por alcanzar una fortuna y una mujer hermosa.

De pronto se detuvo; parecióle haber oído una voz. Dirigióse hacia donde creyó haberla escuchado, avanzando por la escollera que se adentraba en el mar en el centro de la bahía, cual la punta de un enorme cuchillo que guardara a Churchill. Un bloque de granito se levantaba en mitad del camino que recorría; desvióse un poco para pasar junto a él, pero casi instantáneamente se detuvo, apoyándose en la peña.

Una docena de pies más allá, a la clara luz de la luna, en el borde de la escollera, había tres figuras en una inmovilidad tan completa que parecían talladas en la roca. Instintivamente la mano de Felipe se dirigió a la culata de su revólver, pero la dejó caer al notar que una de las tres figuras era la de una mujer. A su lado estaba tendido un enorme perro lobo y al lado de éste un hombre sentado, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla descansando en las palmas de las manos, en una postura habitual en los indios, mirando fijamente, en silencio, en dirección a Churchill, al otro lado de la bahía.

Su compañera fue la que llamó especialmente la atención de Felipe. Permanecía inmóvil, ligeramente inclinada hacia delante, mirando también fijamente hacia Churchill. Llevaba la cabeza descubierta, y la cabellera, esparcida por los hombros, deslizábase a lo largo de su espalda hasta caer sobre la roca, brillando a los reflejos de la luz de la luna. Una sola mirada bastó a Felipe para convencerse de que no se trataba de una india.

De pronto irguióse la joven, se levantó de un salto y volvióse casi de cara a Felipe, dejando que la brisa agitara su cabello alrededor de su rostro y de sus hombros, mientras dirigía los ojos hacia la amplia llanura gris que se extendía más allá del bosque. Durante un momento, la luz de la luna cayó de lleno sobre ella y le pareció entonces a Felipe que los ojos de la joven le habían descubierto en la sombra de la roca y miraban directamente a los suyos. Nunca viera belleza semejante entre la gente del bosque. Sólo en su imaginación había contemplado rostros parecidos a aquél, cuando, junto a las hogueras de los campamentos, en las interminables noches pasadas en el Norte, evocaba lo que Elena Brokaw pudo haber sido para él si hubiera nacido allí, entre aquella gente. Temeroso de ser descubierto, pegóse más aún a la roca. La joven se volvió nuevamente de cara al mar y su silueta perfilóse claramente sobre el fondo estrellado del firmamento. Inclinóse sobre el perro, y Felipe oyó su dulce y acariciante voz, aunque no pudo comprender las palabras que decía. El hombre que iba con ella levantó la cabeza, permitiendo descubrir claramente en su atezado rostro los rasgos acusados de un mestizo.

La voz de la joven se elevó clara y vibrante:

—¿Y aquello es Churchill, Pedro?... ¿Ese Churchill de que tanto me has hablado,

donde llegan los buques?

—Sí, aquello es Churchill, Juana.

Siguió una breve pausa y luego en voz baja y penetrante, en la que palpitaba un sollozo contenido que emocionó a Felipe, exclamó la joven:

—Lo odio, Pedro, lo odio..., lo odio..., ¡lo odio!...

Abandonó de pronto Felipe audazmente su refugio junto a la roca y exclamó:

—También yo lo odio.

Capítulo VI

Apenas habló, hubiera querido poder retirar las palabras que pronunciaron sus labios como un eco de aquel sollozo contenido de pena y de aflicción que vibraba en la voz de la joven. Había creído escuchar en ella la misma protesta que llegara un rato antes a sus oídos en el rumor de las olas, en los susurros del viento y en los murmullos de los árboles del bosque; pero ahora el espíritu que inspirara su rebelión hablaba por medio de una voz humana que hacía vibrar cada fibra de su cuerpo al unísono con ella. Permanecía inmóvil, descubierto, ardiendo en un deseo salvaje de hacer comprender a aquella gente que simpatizaba con ellos y alarmado por el efecto que su presencia había producido.

La joven le miró con repentino temor en sus brillantes ojos. Veloz como el rayo, el mestizo se levantó con el rostro alterado, llevándose la diestra al cinto, a tiempo que se inclinaba hacia delante, en la postura de una fiera, pronta a saltar sobre su presa. A su lado relucían los blancos colmillos del perro lobo; la joven enroscó los dedos en el leonado pelo del cuello del animal y Felipe la oyó hablar, pero a pesar de ello no separó los ojos de su rostro. Durante un segundo permanecieron inmóviles todos; únicamente se movió la mano del mestizo para desenvainar el acero, cuyo brillo hirió los ojos de Felipe.

—Deténgase, *m'sieu* —indicó señalando la espada—. Siento haberles molestado. Algunas veces acostumbro venir aquí a fumarme una pipa en la soledad, escuchando el rumor del mar. Oí decir a usted que odiaba a Churchill y por eso no pude contenerme y hablé. También yo lo odio.

Y volviéndose hacia la joven, añadió:

—Siento infinito haberles asustado; les ruego que me perdonen.

Miróla fascinado; había echado hacia atrás su abundante cabellera, y permanecía erguida y esbelta, iluminada por la luna, mientras sus oscuros ojos le miraban ahora tranquilamente, sin temor alguno. Vestía un rico traje de piel de ante, suave como gamuza, que dejaba su garganta al descubierto; un cuello de encaje caía por sus hombros; una de sus manos, abandonada en el seno, descubría una amplia bocamanga de felpa o púrpura, perteneciente a una moda dos siglos anticuada. Tenía los labios entreabiertos, permitiendo entrever el tenue brillo de los blancos dientes. Felipe sintió aumentar los latidos de su corazón. Sin embargo, aunque se había dirigido a la joven directamente, no dio ella la menor señal de haberle oído.

—En realidad, sólo ha sido un susto, caballero —indicó Pedro en voz baja; se expresaba correctamente en inglés y mientras hablaba saludaba a Felipe con una profunda reverencia—. Yo soy quien debe pedirle perdón a usted por haber

demostrado tanto recelo.

Felipe le tendió la mano.

—Me llamo Whittermore, Felipe Whittermore —dijo—, y estoy en Churchill desde que llegó el último buque. Espero que ahora me permitirán ustedes sentarme aquí.

Estrechó Pedro su mano a tiempo que volvía a inclinarse profundamente como un cortesano. Entonces vio Felipe que también él llevaba unas bocamangas anchas y pasadas de moda y que lo que colgaba de su cinto no era un cuchillo como creyera, sino una corta espada.

—Pues yo me llamo Pedro, Pedro Couchée —indicó—, y esta joven es mi hermana Juana. Venimos de Fort O'God y no pertenecemos a Fort Churchill. ¡Buenas noches, caballero!

La joven había retrocedido un paso y se inclinaba ahora en una reverencia tan exagerada, que su cabello se esparció por sus hombros. No pronunció palabra alguna y se alejó rápidamente con Pedro; y mientras Felipe permanecía aturdido y silencioso, desaparecieron ambos velozmente entre las sombras de la noche.

El joven vio perderse sus siluetas sin decir palabra. Largo rato permaneció en el mismo sitio, maravillado por lo sorprendente de lo que acababa de ocurrirle. Una hora antes había cruzado con la cabeza descubierta por encima de las sepulturas de los primeros habitantes de Churchill y ahora, en la escollera, acababa de ver con vida los mismos a quienes creyera muertos. Nunca había visto gente como Pedro y Juana; su rara vestimenta, la espada que llevaba al cinto el mestizo, su cortesana reverencia, la profunda y graciosa cortesía de la joven, cuanto en ellos viera, le trasladó a los tiempos remotos de los personajes de los antiguos retratos colgados en las paredes del aposento del factor de Churchill, cuando los galanes de sangre azul y capa y espada ostentaban en su pecho, junto a su corazón, los colores de sus damas. De pie en la escollera, con la mano en la empuñadura de la espada, Pedro podía representar perfectamente la encarnación viva de Grosellier, el príncipe favorito, y Juana...

Algo blanco que había encima de la roca, cerca del lugar en que estuviera sentada antes la joven, llamó la atención de Felipe. Un segundo después tenía en la mano un minúsculo pañuelo y una ancha cinta; en su prisa por marcharse había olvidado aquello. Se disponía Felipe a correr hasta el extremo de la escollera y llamar a grandes voces a Pedro Couchée, pero antes se acercó al rostro el pañuelo y la cinta; y el delicado perfume de heliotropo que de ellos se desprendía le hizo detenerse. Había en él algo que le era familiar, algo que le dejó pensativo y vacilante durante un momento, hasta que se dio cuenta de que había perdido ya la oportunidad de llamar a Pedro y a su compañera, toda vez que ya estarían demasiado lejos para oírle. Entonces miró detenidamente el pañuelo: era de un tejido delicadísimo, tan suave que apenas daba la sensación de haber sido tocado luego de estrujarlo en la palma de la mano. La cinta le sumió en una gran perplejidad durante unos segundos, pero no tardó en comprender cuál había sido su verdadero uso: sujetar el cabello de Juana.

Rióse suave y alegremente mientras arrollaba la cinta en sus dedos y dirigía sus pasos hacia Churchill. Llevóse el delicado pañuelo al rostro una y otra vez, aspirando su fragancia; y de pronto despertó en su memoria un recuerdo. Era aquél el mismo perfume que aspiró la noche del baile de los Brokaw, cuando miraba extasiado el bello rostro de Elena. Recordaba ahora que a Elena Brokaw le gustaba el heliotropo y que llevaba siempre uno purpúreo en su blanca garganta o en su dorado cabello. Sorprendióle algo que fuesen tantas las cosas que en un mismo día vinieran a recordarle a la hija de Brokaw. Este pensamiento le hizo apresurar el paso; ansiaba mirar nuevamente el dibujo, convencerse a sí mismo de que se había equivocado...

Cuando penetró en la cabaña, Gregson dormía ya. La lámpara estaba medio apagada, por lo que Felipe se apresuró a dar la vuelta a la llave. El dibujo permanecía encima de la mesa, tal como Gregson lo dejara. Esta vez no había duda: el croquis representaba el rostro de Elena Brokaw. En broma, había escrito el artista al pie del retrato: "La esposa de lord Fitzhugh".

A pesar de lo absurdas que eran, aquellas palabras afectaron profundamente a Felipe. ¿Era posible que la señorita Brokaw hubiese llegado a Fort Churchill en otra forma que en un buque? Y en caso contrario, ¿era posible que en aquel remoto confín del globo existiera otra mujer tan parecida a ella?...

Avanzó Felipe un paso hacia Gregson, decidido a despertarle, pero se detuvo en seguida, comprendiendo que nada podría aclararle su amigo. Aunque el artista hubiera conocido su antiguo amor por la señorita Brokaw y hubiese logrado proporcionarse un retrato de ella con el único objeto de gastar una broma a su amigo, no habría llevado ésta tan lejos. Estaba convencido de que Gregson había dibujado una cara que viera realmente aquel mismo día. Volvió a leer las palabras del pie del croquis y experimentó nuevamente la extraña sensación de antes: una sensación que su mente no conseguía analizar.

Dejó otra vez el dibujo encima de la mesa y sacó del bolsillo el pañuelo y la cinta. A la luz de la lámpara pudo apreciar que eran ambos tan raros, como pintorescos fueron los trajes de la joven y su compañero. A pesar de su completa inexperiencia en el asunto, le pareció que evidenciaban una gran riqueza, dentro de una moda de siglos atrás. El trabajo manual de ambas prendas resultaba exquisito. La cinta era de un delicado color de marfil; en cuanto al pañuelo, tenía la forma de un corazón y en uno de sus extremos, tan tenuemente bordado que se descifraban con dificultad las letras de seda, podía leerse un nombre: *Camila*.

El olor a heliotropo resultaba más penetrante en el aposento cerrado. Del pañuelo, los ojos de Felipe se dirigieron hacia el rostro de Elena Brokaw, que parecía mirarle desde el croquis de Gregson. Era una coincidencia sorprendente. Volvió el dibujo al revés y, llenando luego su pipa, sentóse a fumar, dejando que su pensamiento se trasladara desde aquella mesa a la solitaria escollera donde había encontrado a Pedro y Juana. Entornó los ojos mientras se elevaban a su alrededor densas nubes de humo, y le pareció ver nuevamente a la joven como si estuviera allí; vio a la luz de la luna,

brillando en su cabello, la admirable belleza de sus ojos oscuros, que se volvían hacia él; oyó de nuevo el sollozo ahogado de su voz cuando declaraba su odio a Churchill...

Olvidó a Elena Brokaw, olvidó cuanto hablaron Gregson y él aquel día... Sus planes, sus temores, su febril ansiedad de dar comienzo a la lucha contra sus enemigos; desaparecieron de su mente al recuerdo de la hermosa joven que aquella noche se había mezclado en su vida. Le parecía ahora que la conocía desde mucho tiempo atrás, que había formado siempre parte integrante de sí mismo y que era su espíritu el que estuvo buscando siempre, sin encontrarlo jamás. En aquellos breves momentos pasados en la escollera, había logrado la joven librarle del vacío y de la soledad de su corazón y llenarle de un deseo ardiente de hacerse escuchar por ella, de hablar con ella, de sentarse junto a Pedro en la noche, como un compañero.

De pronto, sus dedos apretaron fuertemente el pañuelo; volvióse y miró a Gregson. Su amigo dormía, con el rostro vuelto hacia la pared. Y una idea tenaz se posesionó de la mente de Felipe: ¿no volvería Pedro a la escollera en busca de aquellas prendas que su hermana había dejado olvidadas? Aquella idea hizo que tomara una decisión repentina; volvería allí y aguardaría a Pedro... ¿Pero y si Pedro no volvía a la escollera hasta el día siguiente?

Rióse quedamente de sí mismo mientras sacaba papel y cogía el lápiz que había usado Gregson. Durante unos minutos escribió rápidamente; al terminar dobló lo escrito y lo anudó en el pañuelo. En cuanto a la cinta que había sujetado el cabello de Juana, la guardó cuidadosamente en la cartera. Al dirigirse luego en silencio a la puerta, débil rubor coloreaba su rostro. ¿Qué diría Gregson si supiera que él, Felipe Whittermore, el hombre a quien idealizara una vez como “El Luchador”, el hombre que creía fuerte contra el amor de las mujeres, obraba de aquella forma?... Suavemente abrió y volvió a cerrar la puerta.

Al fin podría mandar su mensaje a aquella extraña gente de la selva; sabrían que no formaba parte de aquel Churchill que odiaban y que su corazón había cesado de pertenecer a aquella raza aborrecida... Excusábase nuevamente en su misiva de su repentina aparición, pero la disculpa era sólo para justificar algo más que escribió, descubriendo su corazón a quienes sabía le comprenderían y pidiéndoles su amistad. Ocurriósele que lo que estaba haciendo era algo infantil y, sin embargo, mientras subía la colina y se acercaba a Churchill, estaba emocionado como nunca lo estuviera antes.

Al acercarse a la escollera empezó a temer que el mestizo no regresara en busca de lo que Juana había olvidado o que hubiera vuelto ya. Esta última idea le hizo apresurar el paso hasta echar casi a correr. La escollera estaba totalmente desierta cuando llegó a ella. Miró su reloj: había transcurrido una hora justa desde que Juana y Pedro se alejaron.

A la brillante claridad de la luna, depositó el pañuelo en una roca y se deslizó luego por las peñas hasta la orilla de la bahía. Llegaba apenas a la playa cuando oyó a

lo lejos el aullido de un perro, en el que reconoció al perro lobo de Juana. El lastimero y desmayado aullido de infinita tristeza del animal murió lentamente a lo lejos, perdiéndose entre los murmullos del bosque y el dulce susurro del mar. Pedro regresaba; regresaba por el bosque y tal vez Juana iba con él.

Por tercera vez, Felipe trepó a lo alto de la escollera, iluminada por la luna. Ansiosamente dirigió su mirada hacia el Norte, de donde viniera el agudo lamento del perro, pero nada vio; volvióse entonces hacia donde dejara el pañuelo y su corazón latió con fuerza: en la roca no había nada: ¡el pañuelo había desaparecido!

Capítulo VII

Felipe permaneció indeciso, con el oído alerta para sorprender el más débil ruido. No habían transcurrido diez minutos desde que dejara el pañuelo. No podía Pedro, por lo tanto, haberse alejado mucho; era posible que estuviera oculto cerca de allí... Le llamó fuertemente por su nombre:

—¡Pedro!... ¡Pedro Couchée!

No obtuvo respuesta y lamentó en seguida haber llamado. Abandonó silenciosamente la escollera y llegaba a Churchill cuando oyó de nuevo el lejano ladrido del perro a su espalda, en el bosque. Se detuvo para localizar con la máxima precisión posible el punto de donde provenía el sonido y creyó comprender que el perro no volvió con Pedro, sino que permaneció con Juana en su campamento.

Cuando penetró Felipe en su cabaña, Gregson estaba despierto y sentado en el borde del lecho.

—¿Dónde diablos has ido? —le preguntó—. Empezaba a pensar en salir en tu busca; temía que te hubiesen secuestrado, te hubieras perdido o algo parecido.

—Me entretuve reflexionando —contestó Felipe tranquilamente.

—Lo mismo me ha ocurrido a mí —añadió Gregson—. Desde que regresaste, escribiste la carta y te volviste a marchar...

—Pero si te miré y estabas dormido —protestó Felipe.

—Lo estaría quizá cuando me miraste, pero recuerdo confusamente que te sentaste a la mesa y escribiste con verdadera furia. Pero dejemos eso; lo cierto es que he meditado mucho desde que saliste, y me gustaría volver a leer la carta de lord Fitzhugh.

Felipe se la entregó; por el modo de hablar de su amigo estaba segurísimo de que no vio nada de lo relacionado con el pañuelo y la cinta.

Gregson cogió el papel perezosamente, bostezó y deslizólo debajo de la sábana que había doblado para que le sirviera de almohada.

—No te molestará que la guarde durante unos días, ¿verdad, Felipe?

—Ni por asomo; pero ¿para qué la quieres? —preguntó Felipe a su vez.

—Te lo diré cuando descubra yo mismo el motivo —contestó fríamente su amigo, tendiéndose en el camastro—. ¿Recuerdas que un día soñé que aquel plantador de Carabobo te amenazaba con un cuchillo, y al día siguiente ocurrió tal como lo soñara? Bueno, será tal vez una tontería, pero deseo dormir encima de esta carta durante una semana por lo menos. Y ahora, lo mejor que puedes hacer es acostarte, si quieres echar un sueñecito durante lo que queda de noche.

Luego de desnudarse y apagar la luz, Felipe permaneció todavía media hora

despierto, pasando revista a los incidentes de aquella nocturna aventura. Abrigaba la certeza de que su carta estaba en manos de Pedro y Juana, pero no tenía la seguridad de que contestaran a ella. Suponía que no lo harían y, sin embargo, sentíase satisfecho por haber obrado de aquella forma; si volvía a encontrarlos, ya no sería para ellos un extraño... Y que volvería a encontrarlos era indiscutible, puesto que si no aparecían en Fort Churchill, iría a buscarlos a su campamento.

Dirigióse a sí mismo una docena de preguntas, a ninguna de las cuales podía contestar. ¿Quién era aquella joven de porte de reina de la selva y aquel hombre de modales cortesanos? ¿Era posible que pertenecieran a la región de los bosques? Y... ¿dónde estaba situado Fort O'God? Nunca había oído aquel nombre hasta entonces; y pensando en el raro atavío de Juana, en la esencia de heliotropo del pañuelo, en la espada antigua que llevaba Pedro y en la exquisita gracia con que la joven le había saludado al despedirse de él, preguntóse si en el corazón de aquella desolada tierra norteña podía existir realmente un lugar como aquél. Pedro había dicho claramente que venían de Fort O'God; pero ¿dónde estaba aquello?

Quedóse dormido, tras haber tomado la decisión de investigarlo apenas se le ofreciera ocasión para ello; indudablemente, en Churchill los conocería alguien o, por lo menos, conocerían Fort O'God.

Cuando, unas horas más tarde, abandonó Felipe la cama, encontró a Gregson levantado ya, terminando de preparar el desayuno.

—Eres admirable con tus huéspedes —gruñó el artista—. Cuando vuelvas a salir de paseo a la luz de la luna, me haces el favor de llevarme contigo. ¡Ea! Mete la cabeza en ese cubo y vamos a desayunarnos. Me estoy muriendo de hambre.

Felipe pudo ver que su compañero había clavado el croquis en la pared.

—Es muy bonito, Gregggy —dijo moviendo la cabeza—. Burke se entusiasmará con eso si se lo haces en colores.

—No se lo mandaré a Burke —contestó Gregson tranquilamente, sentándose a la mesa—. No es para vender.

—¿Por qué?

Esperó Gregson a que Felipe se sentara, para contestar:

—Mira, chico: sé que vas a echarte a reír, pero lo cierto es que la joven que vi ayer me produjo una impresión extraordinaria. ¿Cómo podría decírtelo para que me comprendieras?... Bueno, que moriría con gusto por ella.

—Te comprendo perfectamente —afirmó Felipe.

Gregson miró a su amigo, sumamente sorprendido.

—Pero... ¿no te ríes? —preguntó.

—No encuentro en ello motivo de risa —contestó Felipe—. He dicho que te comprendo y lo repito: te comprendo perfectamente.

Los ojos de Gregson se dirigieron del rostro de su amigo al retrato.

—¿Te gusta, Felipe?

—Es muy hermosa.

—Es más que eso —declaró el artista con entusiasmo—. Si he visto alguna vez el rostro de un ángel, fue ayer. Sólo un momento encontré sus ojos...

—Y... ¿cómo eran?

¡Admirables!

—Me refiero al color —indicó Felipe empezando a comer.

—Eran azules o grises, no lo sé a punto fijo; es la primera vez que he visto unos ojos de mujer sin estar luego seguro de su color. Tenía el pelo dorado, de un rubio de ensueño. Júzgame necio si quieres, pero en cuanto termine de desayunarme voy a tratar de averiguar quién es y dónde vive.

—¿Y lord Fitzhugh?

El rostro de Gregson se ensombreció. Comió silenciosamente unos segundos y al fin dijo:

—Eso es lo que me mantuvo despierto anoche cuando saliste: la relación que pudiera tener lord Fitzhugh con esa joven. Fíjate bien, Phil: no pertenece a la raza de la gente de aquí; se descubre en ella una distinción natural, unida a una educación refinada... Pero temo que pueda tener algo que ver con tu enemigo, a pesar de que no lo desearía. Sin embargo, comprendo que es muy posible. Las mujeres jóvenes y hermosas como ella no acostumbran viajar solas por este solitario rincón del mundo, ¿verdad?

Felipe no insistió en el asunto. Un cuarto de hora después, los dos jóvenes dejaron juntos la cabaña, descendieron la colina y se encaminaron a Churchill. Al llegar allí, Gregson penetró en el almacén de la compañía, mientras Felipe se dirigía al edificio que ocupaba Pearce. A la sazón estaba instalado éste ante su mesa. Tenía los ojos hinchados y sus flácidas manos descansaban descuidadamente en los brazos del sillón. A pesar de los esfuerzos del viejo por aparentar animación, comprendió Felipe que había pasado la noche en vela. Sacó el joven un par de cigarros y ocupó una silla, frente a Pearce.

—Tiene usted aspecto de cansancio, Pearce —empezó—. Trabaja demasiado. Anoche, después de las doce, vi luz en su ventana y estuvo en un tris que viniera a su casa. Pero pensé que tal vez no le agradaría ser interrumpido, y aplacé mi visita para esta mañana.

—Sufro de insomnio —indicó Pearce con premura—. No podía dormir, y por eso... ¿Me vio usted trabajando a través de la ventana? —inquirió con mal disimulada ansiedad.

—Sólo vi la luz —replicó Felipe, sin dar importancia a sus palabras—. Usted conoce muy bien esta región, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Como que llevo ocho años de exploraciones, esperando esa maldita vía férrea —asintió Pearce entrelazando sus gruesos dedos.

—Entonces, indudablemente podrá usted indicarme la situación de Fort O'God.

—¿De Fort O' qué?

—Fort O'God.

Pearce quedó confuso.

—Ese nombre es totalmente nuevo para mí —indicó al fin—. Nunca lo había oído.

Levantóse del sillón y se acercó a un gran mapa colgado en la pared, que recorrió detenidamente con el índice.

—Éste es el último mapa editado por el gobierno —añadió, vuelto de espaldas a Felipe— y en él no figura ese nombre. Entre los cincuenta y tres fuertes instalados en el Norte, sólo hay un God: God's Lake, al Sur de Nelson House.

—Tiene que estar más al Norte —indicó Felipe levantándose.

Los ojillos de Pearce se clavaron en él.

—Nunca he oído semejante nombre —repitió—. ¿Qué clase de lugar es? ¿Un correo?

—No tengo la menor idea de ello —contestó Felipe—. Sólo he venido a informarme por curiosidad. Debí entender mal el nombre. A pesar de todo, muchas gracias.

Despidióse de Pearce y se encaminó directamente a las oficinas del factor. Bludsoe, el factor jefe de la Compañía de la Bahía de Hudson en el Norte, no supo informarle mejor que Pearce. No había oído nombrar jamás Fort O'God y no recordaba el nombre de Couchée. Durante las dos horas siguientes habló Felipe con franceses, indios y mestizos, con numerosos cazadores, e interrogó asimismo al cartero, que había regresado del Sur aquella mañana; nadie le dio dato alguno acerca de Fort O'God.

Pedro había mentido. Su rostro enrojció de cólera a esta idea, pero en seguida aseguróse a sí mismo que no era Pedro hombre capaz de mentir. Le consideraba un luchador, pero en modo alguno un farsante. Además, indicó que Juana y él procedían de Fort O'God. ¿Qué necesidad tenía, pues, de mentir?

Procuró, adrede, dejar en libertad completa a Gregson, sospechando que su amigo estaría trabajando por su parte con un fin parecido al suyo, y no fue, por lo tanto, en su busca. Comió con el factor, y un poco más tarde volvió audazmente al punto de la escollera donde encontrara a Juana y Pedro la noche precedente. A pesar de abrigar la convicción de no recibir la menor respuesta a su escrito, examinó cuidadosamente las rocas a su alrededor y se encaminó luego, a través del bosque, a la dirección en que oyera el aullido del perro lobo.

Buscó hasta muy avanzada la tarde, pero no encontró la menor huella de un campamento aislado. Siguió varias millas a lo largo de la vía férrea en construcción, cruzó tres veces la región comprendida entre aquella línea y la orilla de la bahía, buscando descubrir alguna columna de humo desde la cumbre de cada colina a que trepaba, atento al menor ruido que pudiera ofrecerle una pista. Visitó la choza que habitaba un viejo mestizo en la profundidad del bosque que comenzaba cerca de la escollera, pero el anciano no pudo darle informe alguno. No había visto a Juana ni a Pedro, ni oyó el ladrido del perro.

Cansado y contrariado, regresó Felipe a Churchill y se encaminó directamente a su cabaña, donde encontró a Gregson aguardándole. El artista miró interrogativamente a su amigo, pero Felipe nada le refirió. Durante aquellas breves horas que permanecieron separados, el aspecto de Gregson había sufrido una completa alteración. El sudor y el polvo, mezclados, habían dejado en su rostro unas líneas oscuras, y sus manos se hundían con desaliento en los bolsillos del pantalón. Se levantó y, acercándose a su compañero, le dijo:

—¡Mírame, Phil; mírame bien!

Felipe fijó la mirada en él.

—¿Estoy despierto o sueño? —preguntó el artista—. ¿Estoy en posesión de mis cinco sentidos o no? ¡Habla!

Volvióse y señaló el dibujo colgado en la pared.

—¿Vi o no vi a esa joven? —prosiguió sin esperar la contestación de Felipe—. ¿Soñé acaso que la veía? ¡Rayos y centellas! —exclamó, volviéndose hacia su amigo con un destello de indignación en los ojos que substituía su anterior aspecto de cansancio—. Me ha sido imposible dar con ella; en vano he investigado hasta en los más ocultos rincones de Churchill y de sus alrededores. He andado tanto y estoy tan cansado que apenas puedo sostenerme en pie; y a pesar de ello no he podido dar con nadie que sepa algo de la joven o la haya visto como yo. Cuando me crucé con ella no llevaba nada en la cara, pero ahora recuerdo que de sus hombros colgaba algo parecido a un grueso velo, con el que se disponía a cubrirse al pasar. De todos modos, nadie la vio tampoco cubierta. Se ha desvanecido por completo sin dejar rastro, como si hubiera venido volando y se hubiese marchado del mismo modo. Ha desaparecido, a menos que...

—¿Qué?

—A menos que esté de incógnito en Churchill. O se ha marchado o está oculta.

—En efecto, es muy posible que esté escondida —asintió Felipe disimulando el efecto que le producían las palabras de su amigo.

Gregson estaba nervioso; encendió un cigarrillo, le dio dos o tres chupadas y lo tiró por la puerta abierta. De pronto fue en busca de su americana y sacó del bolsillo un sobre abierto.

—El diablo me lleve si sé lo que me ocurre —exclamó—. Ya se me olvidaba. Esta mañana vi venir al cartero; me dirigí a él audazmente y le pregunté si tenía algo para lord Fitzhugh. Le enseñé la otra carta y le dije que era el agente de Fitzhugh. Sin duda debió creerme, porque me dio esto.

Apoderóse Felipe vivamente de la carta que le tendía Gregson y con los dedos temblorosos desdobló el papel. Sólo había escrita en él una línea:

Ha llegado el momento. Pegue firme.

No había más, excepto una gran mancha de tinta debajo de las palabras escritas.

El sobre era de la misma mano que el que recibiera antes. Los dos hombres se miraron fijamente.

—Es singular, muy singular —prosiguió Gregson—. Esas breves palabras son importantísimas. El que las escribió esperaba sin duda que llegarían inmediatamente a manos de lord Fitzhugh y que apenas las recibiera empezaría la lucha. ¿No es éste su significado? Repito que la llegada de esa joven misteriosa que desaparece de pronto, en los actuales momentos es singularísima, máxime teniendo en cuenta que, dos horas antes de llegar el cartero del Sur, otra persona preguntó por la correspondencia de lord Fitzhugh.

Felipe se estremeció.

—¿Pudiste averiguar quién era?

—Sólo en parte. Era forastero y no dejó nombre ni señas. Ahora bien: si es el que acompañaba a la joven cuando la vi y consigo dar con él, encontraremos muy fácilmente a lord Fitzhugh. De lo contrario, sin pérdida de tiempo, tenemos el deber de partir hacia tus campamentos y organizarlos para la lucha. ¿No te parece?

—Sin embargo —indicó Felipe—, puesto que la carta está en nuestro poder, lord Fitzhugh no recibirá la orden final, lo que retrasará el desenlace del complot.

—Con razón dije siempre que tu eras el luchador y yo el diplomático, Phil; tú representas la fuerza y yo el cerebro. Apostaría mi mano derecha a que esas palabras han sido remitidas a lord Fitzhugh desde dos o tres lugares distintos, a fin de tener la certeza de que lleguen a sus manos. Indudablemente ha recibido ya una copia de la carta que tenemos en nuestro poder. No eches en olvido mis palabras: es necesario dar con lord Fitzhugh dentro de breves días o luchar.

Felipe se dejó caer en una silla, respirando pesadamente.

—Mandaré aviso a Mac Dougall —dijo—. Pero por mi parte, tengo que aguardar la llegada del buque.

—¿Por qué no dejas una carta para Brokaw y te reúnes con Dougall?

—Porque creo que al llegar el buque se aclarará gran parte del misterio —contestó Felipe—. Debo permanecer aquí; además, con ello dispondremos de algunos días para proseguir nuestras pesquisas.

Gregson no insistió, pero se guardó en el bolsillo la segunda carta, con la primera. Por la tarde permaneció en la cabaña, en tanto que Felipe volvió a Churchill. Durante una hora permaneció éste sentado en las ruinas del antiguo fuerte, esforzándose en poner orden en el caos de las diversas ideas que le sugirieran los distintos acontecimientos de los dos últimos días. Parecíale casi un deber referir a Gregson cuanto sabía y, sin embargo, vacilaba: si la señorita Brokaw se encontraba a bordo del *Londres* a su llegada a Churchill, no habría la menor necesidad de revelar aquella parte de su historia que guardaba en secreto; si, por el contrario, no viajaba Elena en el buque, quedaba plenamente demostrada su presencia en Churchill o cerca de allí, y en tal caso no podía dudarse de la existencia de una estrecha relación no sólo entre la joven y lord Fitzhugh, sino también entre ambos y Juana y Pedro e incluso con los

manejos del mismo Brokaw. Pero, de momento, sólo dos cosas podía hacer: esperar y vigilar. Si Elena no acompañaba a su padre, confiaría a Gregson todo lo ocurrido.

Por la mañana del día siguiente mandó una carta a Mac Dougall, advirtiéndole del peligro que los amenazaba y encargándole preparar a su gente en previsión de un posible ataque. Durante aquel día, Gregson permaneció también encerrado en la cabaña.

—No puedo exhibirme demasiado —indicó—. Me puse en evidencia pidiendo la correspondencia de lord Fitzhugh, por lo que es preferible que permanezca oculto hasta el momento oportuno.

Entre tanto, Felipe recorrió nuevamente el bosque en todas direcciones, esperando encontrar alguna huella de Juana y de Pedro. Los habitantes de la región dirigíanse todos hacia Churchill para asistir al mayor acontecimiento del día: la llegada del *Londres*, y Felipe interrogaba a cuantos encontraba a su paso; pero nadie había visto a los que buscaba.

Los días cuarto y quinto transcurrieron sin la menor novedad. A juzgar por el resultado de sus pesquisas, Felipe debía suponer que Fort O'God era un mito y que Juana y Pedro Couchée no existían. Estaba sumamente contrariado. El sexto día lo pasó entero en la cabaña con Gregson. Por la mañana del séptimo llegó a sus oídos el estampido profundo de un cañón.

Era aquél el saludo que desde hacía doscientos años dirigían los buques a los habitantes de Churchill al penetrar en la bahía.

A los pocos momentos, los dos jóvenes habían concluido su almuerzo y trepaban a la cumbre de la colina para examinar desde allí el buque anclado en la bahía, a media milla de distancia.

A sus pies, donde descansaba Churchill, esperaban los norteños, formando silenciosos grupos. Felipe señaló el bote del factor, que llevaba recorridos ya dos tercios de la distancia que separaba al buque de la tierra firme.

—Debíamos haber acompañado a Bludsoe —dijo—. Brokaw pensará que le dispensamos una recepción muy poco cortés y la señorita Brokaw tal vez se considere ofendida. Por lo menos, vamos a ver si podemos lograr un buen sitio en el muelle.

Quince minutos después penetraban por entre la abigarrada muchedumbre de hombres, mujeres, niños y perros congregados en el muelle de piedra, junto al que descansaría el buque dos o tres horas. Felipe se situó entre unos grupos de *crees* y mestizos y apoyó una mano en el brazo de Gregson.

—Aquí estaremos bastante cerca y en el mejor sitio para que no estés demasiado en evidencia —dijo.

El bote regresaba. Felipe sacó un pitillo y lo encendió. A medida que la lancha iba acercándose, sentía latir descompasadamente su corazón. Miró a Gregson: el artista daba lentas chupadas a su cigarro sin separar los ojos de la embarcación que se aproximaba.

Hasta que el bote llegó junto al muelle, la vela ocultó a sus ocupantes. Bludsoe

saltó a tierra con una cuerda en la mano, seguido de tres o cuatro de sus hombres. Con débil ruido metálico, la vela cayó como una enorme cortina blanca y Felipe dio un paso hacia delante, conteniendo difícilmente la exclamación que acudió a sus labios a la vista de la figura que quedó al descubierto; de pie en la pequeña embarcación, inclinada su esbelta silueta en disposición de saltar, tendiendo una mano a Bludsoe, estaba Elena Brokaw. Inmediatamente subió al muelle, mirando a la extraña gente que se encontraba allí, en tanto que su padre salía del bote en pos de ella. Mientras examinaba los oscuros y silenciosos rostros de los nortños, había en los labios de la joven una sonrisa expectante. Comprendió Felipe que le estaba buscando a él, y su pulso se aceleró. Y deseoso de sorprender el efecto que la aparición de la joven había hecho a Gregson, volvióse hacia él.

Las dos manos del artista presionaron con fuerza su brazo, apretádoselo como garras de acero; tenía el rostro pálido y los labios convertidos en finas líneas. Permaneció así un momento, mientras la señorita Brokaw miraba a su alrededor sin dar con ellos, y de pronto abandonó rápidamente su presa y se deslizó entre los mestizos y los indios, con el rostro vuelto hacia Felipe en una rápida súplica de silencio.

Su fuga fue sumamente oportuna, pues apenas se había alejado, advirtió la señorita Brokaw la elevada estatura de Felipe en el muelle. Pero Felipe no se dio cuenta de la seña que le hacía la joven, miraba frente a sí, a la muchedumbre que se agitaba, entre la que acababan de abrirse paso dos personas. Y de repente vibraron todos los músculos de su cuerpo con un estremecimiento de excitación y de alegría. ¡Eran Pedro y Juana!

Contuvo la respiración, esperando el desarrollo de los acontecimientos; vio que Juana vacilaba un momento; iba ahora vestida como todas las mujeres que la rodeaban, y Pedro, que estaba tras ella, no era ya el elegante caballero de la escollera. El mestizo se inclinó hacia la joven, susurrándole algo al oído, y entonces Juana salió de entre la muchedumbre para dirigirse hacia Elena y abrazarla, rojo de placer y de alegría su bello rostro. Descubrió Felipe una rápida mirada de asombro en los ojos de la señorita Brokaw, expresión que desapareció con igual rapidez que se produjera. Miró Elena con fijeza a la joven nortña, se irguió orgullosamente y, dirigiéndole una palabra que no pudo oír Felipe, volvióse hacia Bludsoe y su padre. Juana permaneció un momento como si hubiera recibido un fuerte golpe, y a continuación se volvió lentamente. De su rostro había desaparecido el color, su hermosa boca temblaba y Felipe creyó escuchar la anhelante respiración de su pecho, danzando un grito dirigido a la joven, a pesar de no articular en él nombre alguno, se precipitó hacia el claro que dejaba la gente en el muelle. La joven le vio y se apresuró a retroceder, mezclándose entre los suyos. Iba Felipe a seguirla, pero la señorita Brokaw se dirigía hacia él con la mano tendida y tras ella llegaban Brokaw y el factor.

—¡Felipe! —exclamó Elena.

No añadió palabra alguna al estrechar su mano. Consideró, indudablemente, que

la ardiente presión de sus dedos y el visible rubor de su rostro eran bastante elocuentes para no necesitar el refuerzo de discurso alguno.

Estrechó Felipe la mano a Brokaw, y mientras seguían los tres al factor, sus ojos buscaron en vano a Pedro y a Juana.

Y de pronto, instintivamente, sintió un estremecimiento de repugnancia al sentir la suave presión de la mano de Elena Brokaw en su brazo.

Capítulo VIII

No vio Felipe los centenares de ojos que siguieron maravillados a la esbelta y hermosa joven que caminaba junto a él; tenía sólo una vaga idea de que la señorita Brokaw estaba hablando y riendo y de que él movía la cabeza y le contestaba, en tanto que su cerebro buscaba una idea que le proporcionara un pretexto para poder separarse de Elena y seguir a Juana y a Pedro. La extraña fuga de Gregson, la llegada de Elena con su padre, que, en lugar de esclarecer el misterio en que tan a su pesar estaba envuelto, lo hacía más impenetrable, todo lo había olvidado momentáneamente en su deseo de alcanzar a Juana y a Pedro antes que pudieran abandonar Churchill. Elena misma le ofreció la oportunidad que buscaba.

—No parece usted muy contento, Felipe —exclamó con voz dulce, en la que vibraba un suave reproche—. Pensaba yo que quizá mi llegada iba a llenarle de alegría.

Dispúsose Felipe a aprovechar la coyuntura que se le ofrecía.

—Siento no haber sabido disimular mi impaciencia —apresuróse a decir— y me disgustaría que achacara usted a indiferencia mi falta de no haber salido a recibirla en el bote, pero es que estaba en el muelle al acecho de un hombre a quien busco hace muchísimo tiempo. Por cierto que le vi precisamente cuando llegaba usted a mi lado. Por eso estoy algo aturdido —indicó riendo—. Me perdonará usted que la deje, ¿verdad? Discúlpeme con los demás; regresaré dentro de unos minutos y entonces gozaré por entero de la felicidad de estar a su lado.

La señorita Brokaw retiró su mano del brazo del joven.

—¡Claro está que le perdonaré! —exclamó—. Pero no pierda un segundo, no vaya a marcharse su individuo. ¡Lo que me gustaría acompañarle! ¡Debe ser emocionante una persecución así!

Volvióse Felipe a Brokaw y al factor, que los seguían de cerca, y les indicó:

—Me veo precisado a separarme de ustedes. He presentado ya mis excusas a la señorita Brokaw y volveré en seguida.

Sin perder tiempo encaminóse hacia la playa de la bahía, pero, como supusiera, no pudo divisar ya a Juana y su compañero. Sólo una dirección podían haber tomado para desaparecer tan aprisa, y era hacia la escollera. Cuando el bosque le ocultó a las miradas de los curiosos, apresuró el paso hasta echar casi a correr. Llegaba ya a la base de la enorme masa de rocas que se adentraba en el mar, cuando por el estrecho sendero que conducía a la escollera una figura salió a su encuentro. Era un chiquillo indio, al que se acercó con la intención de preguntarle si Pedro y Juana habían pasado por aquel camino, ya que, en tal caso, el muchacho tenía que haberlos visto; pero

antes de que hablara, el chico corrió hasta él tendiéndole algo que tenía en la mano. La pregunta que temblaba en los labios de Felipe se convirtió en una exclamación de alegría al reconocer el pañuelo que encontrara en la escollera unas noches antes, o uno tan parecido que podía confundirse con él, atado formando un nudo. Bajo la presión de sus dedos sintió crujir un papel y en su afán de sacarlo desgarró casi la finísima tela y el rico encaje. Contenía sólo tres líneas escritas a mano con una hermosa caligrafía; sin embargo, decía lo bastante para acelerar los violentos latidos de su corazón:

¿Quiere molestarse, monsieur, en acudir a la escollera esta noche, entre nueve y nueve y media?

La nota no tenía firma, pero Felipe sabía que sólo Juana podía haberla escrito, porque la letra era diminuta y delicada como el pañuelo de encaje que envolvía el papel. El estilo singularísimo en que estaba redactado el billete contribuía a acrecentar el impenetrable misterio que rodeaba a aquella gente. Leyó Felipe las breves palabras media docena de veces, y luego, al volverse, vio que el niño se alejaba, deslizándose por entre las rocas.

—¡Espera! —le gritó en inglés—. Ven.

Sonrió el chicuelo, mostrando sus blancos dientes, y movió la mano, mientras seguía alejándose; sus ojos se dirigieron hacia el extremo de la escollera en una rápida e inquisitiva mirada. Siguió Felipe la dirección de los ojos del chiquillo y comprendió el significado de su mirada: indudablemente, Juana y Pedro habían sido testigos de su llegada, y su encuentro casual con el muchacho indio les había facilitado poder comunicarse con él en aquella forma. Tal vez estaban mirándole todavía... Y en la momentánea alegría, Felipe sonrió a las áridas rocas y agitó la gorra por encima de su cabeza para indicar que aceptaba encantado la extraña invitación recibida.

Sorprendíale vagamente aquella cita nocturna, puesto que en tres o cuatro minutos podía reunirse con ellos en pleno día. Pero la trama principal del misterio que se había desarrollado a su alrededor durante los últimos días transcurridos era demasiado asediante para permitirle fijar excesiva atención en detalle de tan poca monta como aquél. Regresó, pues, a Churchill con la instintiva convicción de que iban a mejorar las circunstancias en su favor. Dentro de unas horas vería a Juana y a Pedro y aclararía fácilmente el embrollo. Pero, más que a las explicaciones que estaba a punto de recibir, debíase al pensamiento de que volvería a ver a Juana el hecho de que sintiera arder su sangre mientras se encaminaba hacia el fuerte.

Su primera intención fue volver junto a Elena y su padre, pero por el camino mudó de parecer y decidió ir antes en busca de Gregson y averiguar el motivo de su rara conducta. Sabía que el artista estaría esperándole en la cabaña, por lo que hacia allá se dirigió en derechura, siguiendo a lo largo del bosque para escapar a posibles

miradas indiscretas.

Gregson estaba paseando nerviosamente por el interior de la choza cuando llegó Felipe. Llevaba metidas las manos en los bolsillos del pantalón, y esparcidas por el suelo yacían las colillas de innumerables cigarros. Detúvose al entrar su amigo y durante uno o dos minutos lo miró silenciosamente.

—¡Bueno! —exclamó al fin—. ¿No tienes nada que decirme?

—Nada —contestó Felipe—. Eres tú quien debe aclararme lo ocurrido, Greggy. ¡Por Dios Santo, explícate de una vez!

No había en las duras líneas del rostro de Gregson la sombra de una sonrisa al indicar fríamente:

—Tú sabías muy bien que la señorita Brokaw y la joven que dibujé eran una sola y única persona. ¿Con qué objeto me lo ocultaste?

No esperaba Felipe aquella pregunta. Avanzó unos pasos en dirección a Gregson y lo cogió del brazo.

—¡Es imposible! —exclamó en voz baja—. No pueden ser la misma persona. El buque no ha tocado tierra desde que dejó Halifax; hasta llegar a la vista de Churchill ha permanecido constantemente a más de doscientas millas de distancia de toda costa de esta parte de la bahía de Hudson. La señorita Brokaw no ha estado en esta región antes de ahora; no hay motivo fundado para suponer lo contrario.

—Sin embargo —insistió Gregson—, la joven que vi el otro día era la señorita Brokaw y de ella es el retrato ese.

Señaló el dibujo y libertó su brazo de la presión de la mano de Felipe para encender un cigarrillo. Había en el tono de su voz una convicción tan firme, que demostró a Felipe la inutilidad de intentar convencer a su amigo con los más lógicos razonamientos, seguro de que en nada alteraría su opinión.

—Era la señorita Brokaw —repitió Gregson mirando a su compañero por encima de la cerilla encendida—. Tal vez llegó a Churchill en globo, quedóse a comer aquí y volvió a marcharse en el globo, descendiendo, por un maravilloso prodigio de precisión, a bordo del buque que conducía a su padre. Lo indudable es que estaba en Churchill hace unos días, y sobre esta base voy a emprender mis pesquisas. Para ello necesito que me prestes indefinidamente la carta de lord Fitzhugh y me prometas no hablar a nadie de ella, de momento.

—Sin embargo, juzgo casi imprescindible enseñársela a Brokaw —insinuó Felipe, vacilante.

—Casi, pero no totalmente imprescindible —afirmó Gregson—. Brokaw conoce ya la gravedad de la situación sin necesidad de leer esa carta. Mira, Felipe; vete y lucha y deja que yo me encargue del resto del asunto. No hables de mí a los Brokaw de ninguna manera; no quiero encontrarme ahora con la hija, y bien sabe Dios el trabajo que me cuesta no acompañarte. Estaba hoy más hermosa que cuando la vi el otro día.

—Entonces reconoces que hay una diferencia —indicó Felipe riendo.

—No hay diferencia alguna: lo que ocurre es que hoy he podido verla un poco mejor —corrigió el artista.

—¡Cuánto me gustaría encontrar ahora a la otra joven para llenarte de confusión, Gregg! Lo cierto es que, junto a su parte trágica, este asunto empieza a tener su lado humorístico. Daría mil dólares por ver aparecer en escena a esa otra rubia.

—Te los doy si la encuentras —repitió Gregson.

—¡Perfectamente! —exclamó Felipe levantando la mano—. Trataré de presentártela hoy mismo por la tarde o por la noche.

Sin embargo, no estaba Felipe de muy buen humor cuando dirigió sus pasos hacia Churchill. Había tratado de empezar su labor aclarando lo ocurrido con Gregson, y Gregson le había sumido en nuevas dudas con su persistencia en creer que la señorita Brokaw era la joven cuyo rostro vio él en el Norte una semana antes. ¿Era posible que el buque hubiese tocado en algún punto de la costa? Resultaba absurdo suponerlo.

Antes de reunirse con los Brokaw, habló con el capitán, que le aseguró que el buque vino directamente desde Halifax, sin detenerse ni sufrir alteración alguna su ruta habitual. La afirmación del capitán aclaró sus dudas por una parte, pero las aumentó por otra. Ahora estaba seguro de que Gregson no había visto a la señorita Brokaw antes de aquella mañana, pero ¿quién era entonces el doble de Elena? ¿Dónde se hallaba en aquel momento? ¿Qué singular coincidencia de circunstancias había traído a ambas a Churchill en momentos tan significativos? Instintivamente asociaba Felipe la presencia de la joven que viera Gregson, y que tanto se parecía a Elena, con lord Fitzhugh y el complot tramado contra su compañía. Y repentinamente le sobrecogió el temor de que Juana y Pedro estuvieran mezclados también en el asunto. ¿No se equivocó Juana saludando a Elena como si fuera una amiga querida?

Encaminóse directamente a la casa del factor y llamó a la puerta que daba a las habitaciones que ocupaban Brokaw y su hija. Recibióle el primero, y al ver que Felipe dirigía la mirada alrededor del aposento, le señaló con la cabeza una puerta cerrada, indicando:

—Elena descansa. Hemos tenido una mar muy agitada, y en las dos noches transcurridas desde que salimos de Halifax no ha podido pegar un ojo.

Una rápida inspección del rostro de Brokaw demostró a Felipe que tampoco él había dormido mucho. Tenía los ojos hundidos y las ojeras ligeramente hinchadas, pero, por otra parte, no daba signo alguno de cansancio o de sueño. Indicó a Felipe que se sentara en una silla junto a la chimenea, en la que ardía un haz de ramas de abedul, le ofreció un cigarro y empezó a tratar inmediatamente del negocio.

—Lo que ocurre es horrible, Felipe —dijo con voz dura, como si tuviera que esforzarse en contener una explosión de cólera—. Durante tres meses iba todo viento en popa; estábamos en camino de lograr un beneficio de un quinientos por ciento, y de pronto... ese maldito inconveniente.

Arrojó al fuego el cigarro medio consumido y lo substituyó viciosamente por

otro. Felipe estaba encendiendo el suyo, por lo que se produjo un breve silencio, que rompió el financiero con una pregunta:

—¿Están dispuestos sus hombres a la lucha?

—Si es necesario —contestó Felipe— podemos contar con un buen número de ellos, especialmente los que tenemos en Blind Indian Lake. Pero ¿qué le induce a usted a pensar que tengamos que ir a la lucha? Si peleamos, estamos arruinados.

—Si los nortehños se levantan contra nosotros como un solo hombre, estaremos arruinados, en efecto; pero no debemos permitir que se llegue a eso. En evitarlo está nuestra única probabilidad de vencer. He hecho cuanto estaba en mi mano por lograr que ese movimiento iniciado contra nosotros abortara y he fracasado totalmente. Nuestros enemigos siguen ocultos en el más impenetrable incógnito. Por medio de los periódicos han logrado inclinar la opinión pública a su favor, y contando ya con ella irán ahora a la lucha abierta. Ignoro con exactitud lo que va a ocurrir, pero, sea lo que fuere, sucederá pronto. Supongo que su plan consiste en atacarnos y destruir nuestra propiedad, pretextando un desquite por malvados ultrajes imaginarios perpetrados por nuestros hombres. Es posible que en el ataque no tomen parte solamente los nortehños, sino también hombres traídos con este solo fin. El resultado sería el mismo para nosotros. El mayor peligro del ataque está en la sorpresa, pues nos puede pillar desprevenidos. Nuestra única probabilidad de triunfo consiste en descubrirlo con anticipación, frustrarlo completamente y apoderarnos de varios de nuestros asaltantes para que sus declaraciones demuestren palpablemente que somos inocentes.

Expresábase Brokaw con suma exaltación, acompañando sus palabras con encolerizados movimientos de brazos, apretando los puños y enrojando intensamente. No era ya el antiguo Brokaw, sagaz, indomable, completamente dueño de sí mismo, que no perdía nunca la sangre fría. La metamorfosis sorprendió a Felipe; había esperado que el despejado cerebro de Brokaw aportaría alguna solución al problema, algún plan de acción para lograr la derrota de sus enemigos, y en lugar de ello, Brokaw, el hombre que se escudaba siempre en la legalidad y se preciaba de no separarse jamás un ápice de ella para no dar armas a nadie contra él mismo, se alistaba ahora voluntariamente para una lucha declarada. Felipe había dicho a Gregson que preveía una lucha, y estaba plenamente convencido de ello, pero nunca pudo creer que Brokaw tomara parte activa en la misma.

Volvióse Felipe hacia Brokaw con el rostro enrojado por el calor del fuego y por el convencimiento de que el financiero se abandonaba por completo en sus manos. Si ganaba la batalla, reiterarían todos la confianza que tenían depositada en él; pero en el caso contrario...

—¿Cuál sería el resultado si venciéramos? —preguntó.

—Si logramos obtener la declaración de quienes pueden proporcionarnos la evidencia que necesitamos, o sea que el movimiento va encaminado, única y exclusivamente, a destruir nuestra sociedad, podemos contar con la ayuda del gobierno —contestó Brokaw—. Expuse claramente la situación a las autoridades,

denuncié el complot y obtuve la promesa de que el asunto sería confiado a un comisionado de la policía para su esclarecimiento. Pero antes que hayan conseguido ellos un resultado satisfactorio, nuestros enemigos nos atacarán. No disponemos de tiempo para perderlo en formulismos ni investigaciones; tenemos que salvarnos nosotros mismos, y para ello es necesario luchar.

—¿Y si nos vencen?

Brokaw levantó las manos y se encogió de hombros con ademán significativo.

—El efecto moral sería desastroso —dijo—. Quedaría demostrado que el Norte entero se opone a nuestros proyectos, y el gobierno anularía la concesión. Eso significa la ruina para nosotros, y para nuestros accionistas la pérdida total hasta del último céntimo invertido.

Cuando se imponía un considerable esfuerzo mental, no podía Felipe permanecer quieto. Levantóse y empezó a pasear lentamente a lo largo de la alfombrada habitación, llena de humo de tabaco. ¿Iba a faltar a la palabra empeñada a Gregson y a hablar a Brokaw de lord Fitzhugh? Pero una sensata reflexión le contuvo: ¿qué ganaría con ello? Brokaw conocía ya la gravedad de la situación; había logrado informarse a su modo del próximo ataque de sus enemigos, y la carta dirigida a lord Fitzhugh nada nuevo añadiría a sus convicciones. Así, pues, decidió cumplir la promesa hecha a Gregson de guardar silencio respecto a ella durante uno o dos días. Una hora permanecieron los dos hombres solos en el aposento y aprovecharon aquel espacio de tiempo para determinar el plan de campaña a seguir: Felipe partiría al día siguiente en dirección al Blind Indian Lake con el fin de organizar a sus hombres para la batalla, y Brokaw le seguiría dos o tres días después.

Al separarse de Brokaw parecióle a Felipe sentirse libre de un peso enorme que agobiara sus hombros. Tras largos meses de angustias y semanas de inacción física, veía claramente su camino por primera vez. Y por primera vez también algo parecía haber penetrado en su vida, llenándole de una rara alegría y haciéndole olvidar la tristeza que invadiera su alma durante los últimos meses. Aquella noche vería a Juana. Estremeciéndose de alegría ante esa idea y llegó incluso a olvidar por un momento que tenía que ver a Elena y hablar con ella. Unos días antes afirmó a Gregson que pelear con los norteños equivaldría a suicidarse; pero ahora sentíase con audacia para entrar en combate, para empezar y terminar la lucha, para ganarla o perderla sin restricciones. Si se hubiese detenido a analizar el cambio efectuado en su interior, habría comprendido que la imagen de la hermosa joven que vio por primera vez en la escollera, a la luz de la luna, estaba fuertemente impresa en el fondo de su alma. Y sin embargo, Juana era una norteña, una de aquellas contra quienes iba a pelear. Pero tenía confianza en sí mismo y en lo que iba a ocurrir aquella noche. Le parecía encontrarse libre de una esclavitud que le había oprimido largo tiempo, y el hecho de que iba a luchar contra los amigos de Juana no bastaba a aminorar su alegría por aquella nueva esperanza y aquel nuevo interés que había hallado en su vida. Mientras se dirigía hacia su cabaña, decíase que indudablemente Juana y Pedro habían leído la

carta que les envió envuelta en el pañuelo; su contestación era una prueba fehaciente de ello y de que le habían comprendido. Y una voz interior susurraba en su oído que si los tres, Juana, Pedro y él, peleaban, vencerían o caerían juntos. Unas horas habían bastado para transformarle nuevamente en el intrépido luchador que tanto apreciaba Gregson. Habían terminado ya los largos y aburridos meses de diplomacias, de intrigas, de sobornos, de vil mercantilismo, en los que él representó el papel de víctima silenciosa. Ahora era dueño absoluto de la situación, puesto que Brokaw lo abandonaba todo en sus manos. Se disponía a pelear franca y noblemente y por ello corría la sangre por sus venas con acrecentado ardor. Aquella noche, en la escollera, les confesaría la verdad a Juana y a Pedro, refiriéndoles la existencia del complot encaminado a quebrantar la sociedad y las medidas tomadas por él para frustrarlo. Y luego...

Abrió la puerta de su cabaña, resuelto a comunicar su entusiasmo a Gregson, pero el artista no estaba allí. La cartuchera y el revólver que solía tener colgados encima del camastro habían desaparecido también. No entraba nunca Felipe en la cabaña sin dirigir una mirada al retrato de Elena Brokaw; en él había algo que parecía fascinarle... El dibujo no ocupaba ya su sitio en la pared...

Quitóse el sombrero y la americana, llenó la pipa y empezó a recoger sus efectos para empaquetarlos. Llegó el mediodía y Gregson no había regresado. Hirvió un poco de café y sentóse a esperarle; pero como no llegaba, viose en la precisión de marcharse, puesto que estaba invitado a comer con los Brokaw, y el factor y Elena, por mediación de su padre, le habían encargado que fuera a su encuentro una o dos horas antes. Sin embargo, esperó hasta las cuatro y al fin partió, dejando una breve nota a Gregson encima de la mesa.

Empezaba ya a oscurecer; desde la cumbre de la colina contempló Felipe los últimos destellos rojos del sol, que desaparecía a lo lejos, por el Oeste. Un tenue rayo de él acarició su cabeza y fue a morir en la gris oscuridad del mar norteño. A través de la bahía, la vasta extensión del agua parecía reflejarse más cerca bajo la fantástica claridad. Durante breves momentos, una línea encarnada dibujó el horizonte, donde se desvanecía y ocultaba el fuego dorado, que se le antojaba a Felipe una gigantesca antorcha que le hiciera una seña. Unas horas después, donde se posaba ahora aquella luz, vería a Juana; pero antes, allá abajo, le aguardaba Elena.

Su pulso latía con fuerza al cruzar, junto al antiguo fuerte, por el cementerio. Al llegar a Churchill no encontró a nadie en la casa del factor, pero la puerta del aposento de Elena estaba sólo entornada. Un alegre fuego chisporroteaba en la chimenea, y al brillante resplandor de él vio a Elena sentada, sonriéndole al entrar. Cerró la puerta, y al volverse habíase levantado ya la joven y le tendía ambas manos. Iba vestida casi como la noche aquella del baile de los Brokaw. A la juguetona luz de las llamas aparecían deslumbrantes de belleza sus exquisitos brazos y sus delicados hombros, refulgía el oro de su ondulada cabellera y sus ojos sonreían al recién llegado. Acercóse a él lentamente, llenando el aposento de un delicioso perfume de

esencia de heliotropo, el mismo que notara una noche de fiesta, lejana ya; el mismo que aspirara en el pañuelo caído en la escollera, el mismo que perfumaba la cinta que sirviera para sujetar el cabello de Juana.

Elena se acercó a él y le preguntó:

—¿No se alegra usted ahora de verme, Felipe?

Capítulo IX

La voz de la joven rompió el encanto que envolviera un momento a Felipe.

—Me alegro muchísimo de verla a usted —exclamó rápidamente, cogiéndole ambas manos—. Pero confieso que creo estar soñando, tan maravilloso y sorprendente me parece lo que ocurre. ¿Es posible que sea usted, en efecto, aquella misma Elena de otros días, que temblaba al oírme hablar de la selva y de las fieras y se burlaba de mí porque me gustaba dormir al raso y vagabundear por las montañas, en lugar de permanecer tranquilamente en mi casa? Tiene usted que referirme detalladamente los motivos de tan asombroso cambio.

—He cambiado, en efecto —asintió la joven—. Siéntese, Felipe.

Se acurrucó en un taburete, a sus pies, y levantó la mirada hacia él, apoyando la barbilla en ambas manos, radiante de hermosura.

—Una vez me dijo usted que las jóvenes como yo revoloteaban por la vida como mariposas; que no comprendían la existencia de otra forma y que nos convendría algunas veces tocar de cerca la realidad. ¿Se acuerda usted? Su franqueza, que juzgué entonces impertinencia, me llenó de ira; sin embargo, no pude apartar de mí el recuerdo de sus palabras y estoy experimentando la gran verdad que encierran.

—¿Y le gusta a usted su nueva existencia? —preguntó vivamente Felipe.

—Sí.

Mirábale fijamente Elena, posados sus grises y hermosos ojos en los del joven. Nunca la había visto tan hermosa como entonces. ¿Era tal vez el resplandor del fuego en su rostro, la danza roja de las llamas, lo que daba a su piel tan rico matiz? ¿Era acaso la mezcla de luz y sombras lo que oscurecía sus mejillas? Un impulso irresistible obligó a Felipe a pronunciar las palabras que acudieron instintivamente a sus labios:

—Lo demuestra usted cumplidamente —dijo—. Lo declara su rostro; es necesario pasar muchas semanas en el bosque para obtener ese resultado.

Los grises ojos vacilaron y el rubor cubrió el delicado cutis.

—Sí, lo he demostrado pasando la mitad del verano en nuestra casita del lago.

—Pero no ha sido únicamente viviendo en el campo como ha podido curtirse su piel de esa manera —insistió Felipe, momentáneamente emocionado por los descubrimientos que hacía—. La vida al aire libre, el peligro, el humo de los fuegos de los campamentos, los efluvios de la resina de los cedros y de los pinos... Todo eso descubro yo en su atezado rostro... a menos que sea una ilusión debida a la engañosa claridad de la lumbre.

—La claridad del fuego influye algo en su juicio —indicó Elena—. El curtido de

mi cara se debe sólo a la brisa de los mares que he cruzado y al azote de las heladas emanaciones de los icebergs. Realmente, parece que tenga ortigas en el rostro.

Se frotó las mejillas con ambas manos y luego tendió una a Felipe.

—Mire —dijo—. También mis manos son ásperas como papel de lija. ¡Qué cambio! ¿Verdad? Mientras estuve en el buque, no me puse guantes una sola vez. Soy una entusiasta de sus teorías; estoy decidida a ir al campamento con usted y a pelear a su lado. ¿Tiene ahora algo que decir contra mí, señor Felipe?

Aunque sus palabras eran frívolas y ligeras, el tono de su voz contrastaba con ellas. Había además en sus modales un gran desasosiego, mezclado a una vivacidad infantil al contestarle, que no comprendía Felipe. Incluso una o dos veces creyó notar un débil síntoma de quebranto en la voz de Elena.

—¿Piensa usted realmente arriesgarse en esa aventura? —exclamó sorprendido—. ¿Usted, a quien, según me dijo un día, no conseguirían llevarla al Norte ni arrastrándola atada a un caballo salvaje?

—Sí —afirmó la joven separando del creciente calor del fuego el taburete en que estaba sentada, con lo que su rostro quedaba ahora casi en la penumbra. No miraba ya a Felipe—. Empiezan a gustarme las aventuras —prosiguió con voz sin matices—. Deseo intervenir en alguna, y sin embargo, al desembarcar me ocurrió algo que parecía el principio de una y me asusté. ¿No vio usted a una joven que creyó conocerme?...

Se detuvo y un destello repentino iluminó sus ojos, fijos con insistencia en los del joven.

—Sí; vi que corría hacia usted y le decía algo —contestó Felipe, sintiendo que su corazón latía descompasadamente e inclinándose de modo que viera de frente el rostro de la señorita Brokaw.

—¿La conoce usted? —preguntó la joven.

—Era aquélla la segunda vez que la veía.

—Si vuelvo a encontrarme con ella, me disculparé —prosiguió Elena—. Su confusión me asustó; al verla dirigirse hacia mí corriendo, con las manos extendidas, creí que se trataba de una mendiga.

—¡Una mendiga! —repitió Felipe—. ¡Una mendiga! —soltó una carcajada y para ocultar su emoción volvióse y arrojó al fuego otro leño—. Aquí no hay mendigos.

Abrióse en aquel momento la puerta y entró Brokaw con el rostro enrojecido y congestionado. Durante la media hora que siguió, lamentó Felipe no poseer la aguda inteligencia y la perspicacia de Gregson. Notaba en Elena Brokaw un profundo cambio que no era obra exclusivamente de la Naturaleza, como deseaba creer él. Durante la comida intentó profundizar su examen: notaba a veces el sonido metálico de su voz, que inducía a dudar de la veracidad de las palabras que pronunciaba; otras veces parecía agitada por emociones, que añadían una gran dulzura a sus frases; estaba nerviosa, fijaba a menudo los ojos en el rostro de su padre en misteriosa interrogación, cual si en el cerebro de Brokaw se agitaran ideas nuevas para ella y

luchara por comprenderlas. No fascinaba a Felipe como en otro tiempo y, sin embargo, consideraba que estaba más hermosa que nunca. Jamás había visto hasta entonces una sombra de tristeza en sus ojos, ni oscurecerse como ahora, cuando escuchó con interés casi febril las palabras que se cruzaban entre él y Brokaw. Dudaba de la posibilidad de que fuera un capricho lo que la llevó al Norte. No podía creer que su viaje obedeciera sólo a una herida de su vanidad que la indujo a entrar en acción, como insinuó ella mientras estaban sentados al amor de la lumbre. ¿Era posible que hubiera acompañado a su padre porque él, Felipe Whittermore, estaba en el Norte?

Semejante idea agolpó a su rostro una oleada de rubor y su malestar aumentó al darse cuenta de que ella le estaba mirando. No se sintió descansado hasta el momento de terminar la comida, cuando Elena se retiró para dejarles que fumaran a gusto sus cigarros. Abrióle la puerta y le indicó que probablemente no volverían a verse hasta el otro día, puesto que tenía una cita importantísima aquella noche. Le dio la mano y durante unos segundos sintió la presión de los dedos de la joven en los suyos.

—Buenas noches —murmuró Elena.

—Buenas noches.

Retiró Felipe la mano y dirigió de pronto los ojos hacia los de su compañera: estaban tranquilos, hermosos, serenos y, sin embargo, temblaba la voz en la garganta de Elena cuando se inclinó hacia él, tan cerca, que rozaba casi su pecho, y le dijo:

—Será mejor, mucho mejor para todo y para todos, que consiga usted que mi padre permanezca en Fort Churchill.

Y abandonó el aposento sin esperar contestación. Felipe, perplejo, la siguió un momento con la mirada, y avanzó luego un paso, como si se dispusiera a seguirla; pero refrenó instantáneamente su impulso y fue a reunirse con Brokaw y el factor.

Consultó el reloj. Eran las siete. A las siete y media estrechó la mano a ambos hombres, encendió un cigarro y se internó en la noche. Era temprano aún para su cita con Pedro y Juana, pero a pesar de ello se encaminó hacia la playa, avanzando lentamente en dirección a la escollera. Llegó al lugar de la cita con una hora casi de anticipación y se instaló en una roca, cara al mar.

Era aquélla una noche blanca y radiante que recordaba la de los trópicos, con la diferencia de que aquí, en el Norte, el campo visual alcanzaba distancias mucho mayores. Churchill descansaba inerte en aquella laguna de luz pálida; a lo lejos, el buque destacaba su negra silueta, coronada por una nube de negro humo que se elevaba en línea recta de sus chimeneas, esparciéndose por el firmamento cual monstruo de ébano cuya sombra se extendía por encima de la bahía. Aquella sombra llamó la atención a Felipe. Tomaba de pronto el aspecto de un rostro silencioso, luego parecía una bestia apocalíptica, adoptaba después la figura de una gran mano amenazadora, cual si viera en algún punto del misterioso Norte una víctima importante...

Repentinamente se deshizo el encanto. Desde él extremo de la línea de sombra

que proyectaba la mole de la escollera llegó a oídos de Felipe un ruido sorprendente. Era el sonido metálico y vibrante del choque de unos remos contra el agua. Inclínose sobre el borde de la escollera y escrutó la bahía, alumbrada por el suave reflejo de una luz plateada. Siguió oyendo claramente el chapoteo de unos remos, y de pronto una lancha salió de las tinieblas internándose en el mar de la claridad de la luna y de las estrellas.

Era una lancha grande, en la que había cuatro personas: tres de ellas remaban y la cuarta permanecía sentada, inmóvil, en la proa. Cruzaron rápidamente por debajo de él, dirigiendo la lancha de tal modo que no tardó en quedar oculta en la sombra de la escollera. Al tenue reflejo del agua alborotada pudo ver Felipe que los ocupantes de la embarcación habían hecho un esfuerzo para refugiarse en la densa oscuridad.

Sólo aquel débil rumor de los remos al chocar con el agua, llamándole la atención, habíale permitido verlos.

En tiempo normal, el paso de una lancha por la bahía en aquella hora nocturna hubiera carecido de importancia para él; pero en las circunstancias actuales le sorprendió. El empeño de sus ocupantes en ocultarse en la sombra, la cautela con que fue dirigida la barca hacia la escollera, eran motivos suficientes para inducir a la desconfianza. ¿Era posible que el incidente tuviera algo que ver con Juana y Pedro?

Esperó hasta oír el débil sonido de su reloj al dar la media, y entonces situóse de pie en lo más alto de las rocas iluminadas por la luna, mirando hacia el Norte. Seguramente Juana y Pedro llegarían en aquella dirección. Saliendo a su encuentro, tenía que dar con ellos a la fuerza. Decidióse, pues, y anduvo un trecho, sin que sus pies, calzados con mocasines, produjeran el menor ruido. Llegó al extremo de la escollera y se detuvo a mirar la bahía. Ante él, a doscientos o trescientos metros de profundidad, el mar azotaba las rocas con fuerza, desplegándose en una extensión de una milla como una bruñida hoja de plata. Buscó Felipe la lancha, pero hasta donde alcanzó su mirada no vio ni sombra de ella.

Anduvo un cuarto de milla a lo largo de la escollera y regresó luego al lugar de la cita. Eran las nueve, la hora indicada por Juana en su carta. Reanudó el paseo y a medida que transcurrían los minutos aumentaba su inquietud. ¿Era posible que Juana le hubiera engañado?... ¿Que no acudiera a la cita? Esta sola idea hizo que su corazón se estremeciera con penoso impulso. Hasta entonces no se le había ocurrido que la joven podía haberse burlado de él, que quizá no cumpliera su promesa. Tenía una fe suprema en aquella muchacha que sólo había visto dos veces.

Por segunda y tercera vez volvió a recorrer el cuarto de milla de la escollera. Su reloj marcó nuevamente una media, advirtiéndole con ello que acababan de transcurrir los últimos segundos de la cita. Por tercera y última vez llegó hasta el límite de la escollera, escudriñando detenidamente la blanca extensión que desde allí se divisaba. Una suave brisa llegaba de la bahía, agitando las copas de los abedules y de los abetos del bosque cercano, que susurraban una débil melodía; bajo él oía distintamente el lamento continuo del agitado mar. Y juzgándose burlado, dejóse

dominar un momento por la desesperación.

De pronto, el viento trajo a sus oídos una sensación de sonidos distintos que llegaban de la parte baja de la escollera: una exclamación enérgica primero, un fuerte grito después y finalmente el agudo chillido de una mujer, ligeramente amortiguado por el murmullo del agua y el susurro creciente del viento entre los árboles.

Durante un momento estuvo escuchando con ansia; amainó el viento y el grito de la mujer llegó de nuevo hasta él, un grito de terror elevado en salvaje invocación de socorro. Lanzando un alarido de respuesta, corrió a lo largo de la escollera como fiera acosada: ¡era Juana quien llamaba! ¿Quiénes podían encontrarse allí, de noche, más que Juana y Pedro? Mientras corría, ningún nuevo ruido llegó a sus oídos. Se detuvo al fin y lanzó un grito penetrante, para advertir a la joven de que acudía en su ayuda.

Su corazón latía con fuerza y su respiración era jadeante; nuevamente oyó un rumor que no procedía del viento ni del mar. Echó a correr otra vez y llegó al extremo de la escollera, junto a una gran hendidura en la roca, desde la que pudo ver una inesperada escena: a la brillante claridad de la luna, apoyado de espaldas en la roca, con su centelleante espada en la mano e inclinado el esbelto y flexible cuerpo, rechazaba Pedro la acometida de tres hombres que le atacaban. De pronto, los asaltantes se arrojaron sobre su presa. Oyéronse gritos ahogados, golpes, choques de aceros y la voz de Pedro se elevó entre el fragor de la contienda:

—¡Por el amor de Dios, *m'sieu!* ¡Ayúdeme!

Había visto a Felipe en el borde de la grieta de la escollera y mientras luchaba repitió:

—¡Tire, *m'sieu!* ¡Tire antes de que sea demasiado tarde!

Había sacado Felipe su pesado revólver y esperaba el momento propicio para hacer uso de él; pero los atacantes estaban situados de tal modo, que Pedro quedaba entre ellos y la brecha de la roca. No era posible disparar sin herirle.

—¡Corra, Pedro! —gritó Felipe—. ¡Sepárese!...

Obedeciendo la orden recibida, Pedro se apartó, permitiendo a Felipe disparar contra los atacantes, que contestaron a sus disparos con otros. Sintió el joven silbar una bala junto a sus oídos y de pronto Pedro cayó entre las rocas como muerto. Disparó Felipe por tercera y cuarta vez y uno de los tres que iban a desaparecer en la oscuridad tropezó y cayó como cayera Pedro. Sus compañeros se detuvieron, recogieronle y se lo llevaron. El último disparo de Felipe no tuvo la menor eficacia, y antes que pudiera volver a cargar el revólver, los asaltantes habían desaparecido por entre las enormes rocas de la escollera.

—¡Pedro! —llamó entonces—. ¡Eh...! ¡Pedro Couchée...!

No obtuvo contestación. Corrió a lo largo del borde de la grieta en la dirección del bosque, hasta que encontró un sitio adecuado para descender. En su apresuramiento, resbaló y cayó; al llegar a la parte baja de la escollera tenía las manos llenas de arañazos, brotaba la sangre de un corte de su frente y sus casi sobrehumanos esfuerzos le habían dejado sin voz. Al dirigirse hacia Pedro, silbábale

el aliento entre los entreabiertos labios.

Pedro estaba apoyado en una roca; tenía el rostro lleno de sangre y conservaba todavía en la mano un pedazo de su espada, que se había roto junto a la empuñadura. Brillaban sus ojos como los de un loco y su cara aparecía contraída en una mueca de agonía que produjo un estremecimiento de horror a Felipe.

—Mis heridas carecen de importancia, *m'sieu* —balbuceó, comprendiendo el temor de Felipe—. Pero Juana no está aquí... ¡Se han ido llevándose a Juana!

Deslizóse de su mano la espada y él mismo se dejó caer al suelo desfallecido. Arrodillóse Felipe y empezó a restañar con su pañuelo la sangre que llenaba el rostro del mestizo. Durante breves momentos la cabeza del herido descansó inerte en el hombro del joven.

—¿Qué sucede, Pedro? —inquirió ansioso—. ¡Pronto!... ¡Dígame!... ¡Se han llevado a Juana!

El cuerpo de Pedro estaba rígido... Con un esfuerzo supremo reunió el mestizo todas sus energías y refirió:

—Oiga usted lo ocurrido, *m'sieu*. Se nos echaron encima cuando nos dirigíamos a la escollera a reunirnos con usted. Eran cuatro; uno de ellos yace muerto allí. Los demás han huido en la lancha, llevándose a Juana, lo que equivale para ella la muerte... o algo peor aún...

Recorrió su cuerpo un estremecimiento; encolerizado, intentó levantarse, pero lanzando un gemido volvió a dejarse caer pesadamente. Durante un segundo, creyó Felipe que el mestizo estaba muriéndose.

—Iré en su busca, Pedro —exclamó—, ¡volveré con ella, se lo juro!

La mano de Pedro le detuvo cuando se disponía a levantarse.

—¿Dice que lo jura usted?

—Sí.

—En la próxima cala encontrará una canoa que le permitirá perseguirlos. Se dirigen hacia el río Churchill.

La voz de Pedro iba debilitándose por momentos; en un espasmo de terror repentino, al sentirse desfallecer nuevamente, agarróse al brazo de Felipe.

—Si consigue usted salvarla —murmuró roncamente—, no la traiga aquí de ninguna manera: llévela a Fort O'God sin perder una hora, ni un minuto siquiera. No haga caso de nadie; escóndase, luche, mate si es necesario, pero llévela a Fort O'God. ¿Lo hará usted así, *m'sieu*? ¿Me lo promete?

Cayó desvanecido y Felipe lo levantó suavemente, sosteniendo su cabeza de modo que podía mirar en el fondo de los ojos, que permanecían abiertos todavía y conservaban el destello de la inteligencia.

—Lo haré, Pedro —afirmó—. La llevaré a Fort O'God. Y en cuanto a usted...

Una sombra empezaba a nublar los ojos del herido, que luchaba por comprender, esforzándose en conservar la noción de la realidad, que iba esfumándose en su cerebro.

—¡Óigame! —exclamó Felipe intentando levantarlo—. No morirá usted porque la bala sólo ha rozado su cabeza y la herida ha dejado ya de sangrar. Vaya mañana a Churchill y busque a un hombre que se llama Gregson, el mismo que estaba conmigo cuando usted y Juana acudieron al muelle a la llegada del buque. Dígale que ha ocurrido algo importantísimo y que diga a todo el mundo que me voy al campamento. Con eso comprenderá de qué se trata. Dígale... dígale...

Buscó con ahínco una palabra que resumiera su pensamiento. Pedro seguía mirándole, con los ojos semicerrados ya.

—Dígale —añadió Felipe inclinándose hacia el herido— que estoy sobre la pista de lord Fitzhugh...

Apenas hubo pronunciado aquel nombre, los ojos cerrados de Pedro se abrieron repentinamente. Un gemido salió de entre sus labios y como si aquel nombre hubiera despertado en él un último destello de vida y de fuerza, incorporóse, intentando hablar. Una gota de sangre se deslizó por su rostro; de su garganta salieron inarticulados sonidos y, rendido por la magnitud de su esfuerzo, se desplomó sin sentido. Ató Felipe su pañuelo alrededor de la cabeza del herido, anudando fuertemente las puntas; levantóse luego y cargó el revólver con mano firme. Su cerebro discurría con claridad; el estremecimiento de su cuerpo había cesado; únicamente su corazón latía con la rapidez de una máquina veloz.

Volvióse y echó a correr en la misma dirección que tomaron los asaltantes de Pedro. Llevaba la cabeza baja y el revólver ante sí, a la altura de su pecho. Había recorrido apenas un centenar de metros cuando se vio obligado a detenerse: en mitad del camino, con el rostro vuelto hacia el despejado firmamento, descansaba el cuerpo de un hombre. Inclinóse sobre él y se estremeció: la hoja rota de la espada de Pedro brillaba bajo la garganta del hombre y una mano sin vida se aferraba a ella, cual si la muerte le hubiera sorprendido tratando de arrancarla. Tenía la faz convulsa, los ojos abiertos y los labios separados; sin duda debió de morir repentinamente.

Inclinóse Felipe más aún y examinó el rostro del muerto. ¿Dónde había visto él aquella cara?

Y de pronto recordó; irguióse y un frío sudor bañó su cuerpo. Aquel hombre que tenía hundida en la garganta la hoja de la espada de Pedro Couchée había llegado aquel mismo día de lejanas tierras, en el *Londres*, el mismo buque en que viajaron Elena y su padre.

Durante un breve espacio de tiempo permaneció Felipe anonadado por el descubrimiento. Todo lo ocurrido recientemente —su primer encuentro con Juana y Pedro en la escollera, la llegada del buque, lo sucedido en el muelle al encararse Juana con Elena— se presentó de nuevo a su mente al mirar los ojos vidriosos del hombre tendido a sus pies. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué bastó el nombre de lord Fitzhugh para sacar al mestizo de su inconsciencia? ¿Qué sentido tenía aquella extraña asociación de circunstancias que insistía en mezclar a Pedro y a Juana en el complot que contra él se tramaba? ¿Resultarían verdad tal vez las últimas

palabras del mensaje a Gregson que confió a los debilitados sentidos de Pedro Couchée?

No se atrevió a contestarse a ninguna de aquellas tres preguntas y trató de dar un nuevo rumbo a sus pensamientos. Al día siguiente alguien encontraría a Pedro, o el mismo Pedro se arrastraría hasta Churchill; de todos modos, le pedirían cuentas de aquella muerte. Y de pronto se decidió a emprender una tarea desagradable, pero necesaria para salvar a Pedro: guardó el revólver; levantó, estremeciéndose, el cadáver del suelo y, doblegándose bajo su peso, lo llevó al borde de la escollera. Oíase en el fondo el murmullo del mar. Arrojó su carga al vacío y escuchó; un momento después llegó hasta él el sordo ruido del cuerpo al chocar con el agua...

Y entonces se dirigió hacia donde le había indicado Pedro.

Capítulo X

No tardó Felipe en acortar el paso, mirando ansiosamente a su alrededor. Desde donde se encontraba, la escollera empezaba a descender en abrupto declive hasta la playa, que se extendía en la noche, cerrada en uno de sus extremos por la negra faja del bosque. En la mitad de la pendiente aparecía una línea oscura en la que creyó reconocer el sendero que conducía a la cala. Al principio no tuvo la menor dificultad en bajar por él. Las paredes de roca que se alzaban a ambos lados eran lisas como si el agua las hubiera desgastado; en el suelo, la arena blanca y seca crujía bajo sus pies. Siguió avanzando y no tardó en encontrarse en el seno de la más completa oscuridad. A medida que descendía, el camino iba haciéndose más escabroso; al llegar cerca de la playa tropezó en varias rocas y montones de pizarra, lo que le indujo a preguntarse por qué elegirían Juana y Pedro semejante camino, cuando podían haber ido por uno mejor. En la cala, junto a la rocosa playa, donde la luz era algo mejor, descubrió la canoa que Pedro había dejado oculta.

Apenas la llevó a la orilla del agua, la luz de la luna le permitió darse cuenta de que estaba equipada para un largo viaje. Atado en la popa había dispuesto un enorme lío y atravesado encima de él un rifle; en el centro aparecían unos sacos de piel de reno y en la proa una mullida piel de oso, destinada indudablemente a Juana.

Cautelosamente empezó Felipe a remar, moviendo silenciosamente los remos, que apenas hacían un débil ruido al rozar la superficie del agua, y se dirigió hacia la desembocadura del Churchill. Los raptos de Juana le llevaban una considerable ventaja; pero confiaba en su habilidad para darles alcance en breve, si Pedro no se equivocó al manifestarle la dirección que habían de haber tomado. Tuvo entonces ocasión de observar las precauciones que adoptaron los asaltantes de Pedro para acercarse a la escollera y estaba seguro de que las mismas precauciones habrían sido duplicadas al regreso, con tanto mayor motivo cuanto que su ataque había sido interrumpido en el último momento. Por ello remó sin prisa, resguardándose en cuantos escondrijos encontraba en la playa, con el oído y los ojos atentos al menor signo que revelara la presencia de los que perseguía.

Al doblar la punta de la escollera se detuvo, poniéndose de pie en la canoa. El viento había dispersado la sombra del humo, por lo que entre él y el buque distante mediaba un mar sin nubes. A dos tercios de la distancia del barco descubrió la lancha que perseguía, levantándose y descendiendo, siguiendo las suaves ondulaciones del oleaje.

Volvió a sentarse y cogió el rifle de Pedro para examinarlo: al parecer estaba cargado. Y seguro, además, de que en la canoa había provisiones de boca, siguió

remando.

Entre tanto, su cerebro razonaba con rapidez. Si quería, dentro de media hora podría alcanzar a la lancha; pero ¿qué ocurriría entonces? Si entablaba una lucha, llevaba las de perder, puesto que eran tres contra uno, y sin luchar, ¿cómo era posible rescatar a Juana? La sangre ardía en sus venas y sentía casi un placer al pensar en las emociones que le aguardaban.

El buque aparecía ahora más cerca y la lancha desapareció tras él. Felipe se detuvo indeciso; acababa de ocurrírsele la idea de solicitar la ayuda de los tripulantes del barco. ¿No sería aquél, al fin y a la postre, el mejor camino a seguir? Vaciló un momento; si la tripulación se unía a él para libertar a la joven, ¿qué podía alegar para negarse a llevarla a Churchill? Y ¿qué ocurriría si regresaba allí con ella? ¿Por qué había realizado Pedro el magno esfuerzo de levantarse, cuando estaba casi medio muerto, para decirle que, sobre todo y sin perder tiempo, llevara a Juana a Fort O'God?

A la sola evocación del nombre de Fort O'God sintió su cuerpo poseído de nuevo vigor que le incitaba a luchar. Si conseguía rescatar a Juana solo y se marchaba con ella, como prometió a Pedro, muchas cosas que le sorprendían ahora se explicarían cumplidamente. Ocurriósele de nuevo que Juana y Pedro poseían la clave del complot que amenazaba destruir la vida de la empresa que había fundado él en el Norte y encontró poderosas razones que apoyaban su convicción. ¿Por qué se estremeció Pedro al oír el nombre de lord Fitzhugh? ¿Por qué figuraba entre sus asaltantes aquel hombre que: acababa de llegar en el mismo buque que había traído a Elena y a su padre? Indudablemente, Juana podría aclararle aquello tan bien como su hermano; podría darle una explicación acerca de la extraña escena desarrollada en el muelle, cuando permaneció un momento turbada y cariacontecida ante Elena. Ella podría esclarecer también el misterio del croquis de Gregson, puesto que si existían realmente dos Elenas Brokaws, Juana debía saberlo... No vaciló ya: iría solo. Tuvo que confesarse que tenía un motivo mucho más poderoso para obrar de aquella forma. Aceptaría con gusto contrariedades mucho mayores de las que se le preparaban, sólo por tener el placer de llevar a cabo, por sí solo, el rescate de Juana, y acompañarla a Fort O'God. Esta última idea le hacía estremecer de alegría por anticipado. No hacía una hora aún, se consideraba feliz ante la certidumbre de verla unos minutos en la escollera, y en lugar de ello, el Destino Se había complacido en alterar sus proyectos; tenía ahora que salvar a Juana, defenderla y llevarla a Fort O'God. No vaciló un segundo ante el peligro que ello suponía, pero no descuidaba la menor precaución. Gregson, el diplomático, hubiera considerado mejor detenerse en el buque en demanda de ayuda: Felipe confiaba en sí mismo. Sabía que, por lo menos, tendría que luchar contra tres, aunque el que hirió en la escollera no estuviera apto tal vez para el combate; pero podía encontrar a otros con quienes no contaba.

Pasó tan cerca de la popa del buque, que la canoa rozó uno de sus lados. Durante unos momentos el barco le había impedido ver; pero ahora pudo descubrir

nuevamente, a un cuarto de milla de distancia, la embarcación que perseguía. Los raptos de Juana se dirigían directamente hacia el río, y puesto que la lancha quedaba ahora medio ladeada, podía distinguir fácilmente las figuras, aunque no con bastante precisión para estar seguro de su número. Rápidamente apartóse del sitio iluminado y, en lugar de seguir su anterior dirección, se encaminó hacia la playa. Por lo tanto, si, como era muy probable, sus perseguidos le veían, creerían que venía del buque. Una vez en la amplia faja de sombra que se extendía a lo largo de la playa, podía doblar la velocidad y acercarse a ellos sin ser observado.

Apenas alcanzó la protectora oscuridad, se inclinó sobre los remos de madera de abedul, que silbaron suavemente a su contacto con el agua. Había decidido adelantarse a sus perseguidos y aguardarlos en la desembocadura del Churchill. Y en efecto, quince minutos más tarde llegó al gran delta de cañas de arroz que extendíase hasta la bahía. La probabilidad de triunfar estaba sólo en el hecho de que la lancha que se acercaba pasara precisamente por el canal más cercano, en cuyo caso no pasaría más allá de unos veinte metros de donde se encontraba Felipe.

Emboscado, vio llegar la embarcación que se acercaba, asombrándose de la lentitud de su marcha. Parecía a veces detenerse, pero no por ello acertaba a descubrir el menor movimiento entre sus ocupantes. Creyó al principio que estaban indecisos acerca del camino que debían seguir, pero unos breves momentos de observación bastaron para demostrarle que no era aquélla la causa de su inusitada lentitud, puesto que la barca se dirigía en línea recta hacia el primer canal. La solución se la dio un silbido claro pero apagado, que salió de la embarcación y al que, casi instantáneamente, contestó otro que procedía de la parte alta del canal.

La sorpresa aceleró la respiración de Felipe; comprendía ahora que la lucha que se preparaba era mucho mayor de lo que supusiera al principio.

Apenas sonó la segunda señal, oyó un rápido movimiento de remos y la lancha avanzó en línea recta hacia él. Montó el percutor del rifle de Pedro y abrió un boquete entre las cañas para tener libre la vista del canal. Tres o cuatro disparos bien dirigidos, una rápida zambullida en la corriente y Juana estaría en su poder. Pero esta primera idea fue rápidamente substituida por otras que refrenaron su impulso. La oscuridad de la noche no es muy a propósito para apuntar bien; ¿qué ocurriría si equivocaba la puntería y hería a Juana, o en la confusión momentánea de la sorpresa producida por el ataque zozobraba la lancha? El más leve error, el menor contratiempo equivaldría al fracaso total de sus esperanzas. Y aunque acertara y diera en el blanco, lo mismo él que Juana se encontrarían casi inmediatamente bajo el fuego de los que quedaban más arriba.

Así, pues, volvió a ocultarse tras la cortina de cañas. La lancha se acercaba; unos segundos más y pasaría por delante de él... Su corazón le golpeaba el pecho como un martillo a un yunque, cuando vio a Juana en la popa. Permanecía tendida, desmayada al parecer. No podía distinguir su rostro, pero como la embarcación pasaba a unos diez metros del lugar donde estaba escondido, vio el brillo de su oscura cabellera,

esparcida encima del objeto sobre el cual descansaba. Fue una rápida visión que se desvaneció en un segundo. No había mirado siquiera a los tres hombres de la lancha; su atención se había concentrado por completo en Juana; no vio signo alguno de vida, ningún movimiento en su cuerpo, ni una oscilación de su mano... Mil temores asaltaron su cerebro torturándole como ascuas encendidas. Pensó en el complot inhumano que le había revelado la carta de lord Fitzhugh e inmediatamente recordó las palabras de Pedro de Couchée: “Para ella representa la muerte o algo peor aún”.

¿Era Juana la primera víctima de aquel plan diabólico encaminado a excitar las iras de los habitantes del Norte? Dominado por loca ansiedad, Felipe sacó su canoa del escondite en que se encontraba cuando existía aún el peligro de que le vieran. Afortunadamente ninguno de los perseguidos miró hacia atrás, y un recodo del canal fue causa de que se perdieran de vista muy pronto. Al llegar a la revuelta, había recobrado Felipe la posesión completa de sus sentidos. Se dijo a sí mismo que Juana no había sufrido daño alguno y que debía de estar desmayada por el terror. Lo malo que debiera ocurrirle no le sucedería hasta llegar a algún punto determinado de los frondosos y tranquilos bosques que se extendían a lo largo de las orillas del Churchill. La única esperanza de Felipe consistía en permanecer oculto y rescatar a la joven en el momento de ser conducida a la playa por sus raptos.

Siguió, pues, avanzando sin separarse de los cañaverales ni abandonar nunca la sombra. Al poco rato oyó rumor de voces y vio aparecer una segunda embarcación. Tras una breve pausa, las dos lanchas reanudaron su marcha a lo largo del canal, una al lado de otra. Un cuarto de hora después, perseguidos y perseguidor llegaron a la corriente principal del río, que discurría en la más negra oscuridad entre frondosos bosques que interceptaban toda claridad, excepto el resplandor de las estrellas.

Allí no podía Felipe distinguir a los que le precedían, pero se guiaba por las voces y el ruido de los remos. A veces, cuando el río tendía a estrecharse y la densidad del bosque intensificaba la oscuridad, se acercaba peligrosamente para escuchar lo que decían, pero sólo pudo entender una o dos palabras. En vano esperó escuchar la voz de Juana. Oyó pronunciar su nombre una vez, seguido de una ahogada carcajada de uno de los ocupantes de la lancha que se había unido a la de los raptos en la desembocadura del Churchill. La misma carcajada hirió los oídos de Felipe una docena de veces durante la media hora que siguió a su entrada en el río.

Al poco rato, entre los perseguidos se produjo un gran silencio, turbado sólo por el ruido de los remos que golpeaban acompasadamente el agua, y la rapidez de ambas embarcaciones aumentó considerablemente. De pronto, a lo lejos, de la parte alta del río, llegó una voz, débil al principio y más fuerte después, entonando una canción salvaje, de las que suelen cantar los mestizos que viven en el bosque. El canto rompió el silencio que reinaba entre los ocupantes de ambas lanchas; dejaron de remar y Felipe se detuvo también. Oyó cuchicheo de voces y a continuación las embarcaciones se dirigieron hacia la orilla. Imitóles Felipe a prudencial distancia y ocultó su canoa a la sombra de un gran sauce que se alzaba junto al río.

La voz del cantor se acercaba rápidamente. Cinco minutos más tarde una gran lancha salía de la oscuridad y pasó tan cerca de donde estaba oculto Felipe, que le permitió ver en la popa la figura del cantor, a tiempo qué iba remando; en la proa, sentado sobre las rodillas, un indio remaba también en estoico silencio, y entre ambos, en el centro de la embarcación, había dos hombres sentados, dos blancos, según pudo ver. Los desconocidos y su séquito se deslizaron por la corriente con la rapidez de una sombra.

Oyó nuevamente Felipe el ruido de los remos de sus perseguidos y reanudó también su marcha. Sorprendióle que Juana no hubiese pedido socorro al pasar la gran canoa, y dedujo que, si no estaba herida o desmayada, sus raptos debían haberse visto obligados a ponerle un pañuelo o una mano brutal sobre la boca o sabe Dios si en su cuello. Semejante idea hizo hervir la sangre en sus venas.

Por espacio de tres cuartos de hora prolongóse la marcha sin interrupción, hasta que al fin llegaron a un lugar donde el río se ensanchaba, formando un pequeño lago, lo que obligó a Felipe a permanecer inmóvil hasta que las dos lanchas, que podía ver ahora claramente, hubiesen cruzado la peligrosa área.

Aquella parada le hizo perder gran ventaja sobre los raptos de Juana. Cuando penetró en la corriente del río por la parte superior del lago, no oía ya el rumor de los remos, por lo que redobló sus esfuerzos, poniendo en ellos sus máximas energías, y redujo las precauciones. Cinco minutos, diez minutos transcurrieron y no vio ni oyó nada. Remó con mayor rapidez, haciendo que la canoa hiriera el agua como el filo de un cuchillo. Empezó a cubrirse su rostro de sudor y sobrecogióle de pronto un escalofrío de espanto. Cinco minutos después se detuvo. El río se deslizaba ante él en una extensión de más de un cuarto de milla y no aparecía por ningún lado el menor vestigio de lanchas, a pesar de que allí se ensanchaba la corriente y la luna lo iluminaba de orilla a orilla.

Durante breves momentos permaneció inmóvil, dejando que la canoa se deslizara por la corriente, aterrado ante la idea de que los raptos de Juana hubieran conseguido escapar. ¿Habíanle oído acaso y se escondieron en la playa hasta que pasara? Dio vuelta a la canoa y deshizo el camino. Si la mencionada suposición era cierta, no perdería la pista con tal que tomara algunas precauciones. Pero si, por el contrario, habían penetrado en alguna cala disimulada y se alejaban ahora por algún canal secreto que nacía en el río, entonces...

De sus labios salió un gemido al pensar en Juana. Indudablemente, podía encontrar con facilidad el sitio por donde desaparecieron sus perseguidos, pero tal vez fuera ya demasiado tarde. Sin embargo, fue descendiendo a lo largo del río, examinando detenidamente la oscuridad de las orillas. Pero nada encontró, y con el corazón oprimido llegó al lago. Sólo una cosa podía intentar ya, y era ir siguiendo la orilla, buscando una abertura. Así lo hizo, pero avanzando lentamente, pues penetró entre los cañizares y los arrozales y metióse más de una vez bajo las salientes raíces de los árboles para investigar hasta las más ocultas reconditeces. Había recorrido dos

terceras partes de la distancia total del lago cuando la proa de su canoa rozó un banco de arena que apenas salía del agua. Pero de pronto, con poderoso esfuerzo, hizo retroceder su embarcación e instantáneamente levantó el rifle de Pedro, dirigiéndolo amenazador hacia la playa, donde, frente al banco de arena, estaban varadas las dos lanchas de sus perseguidos.

Un momento creyó Felipe que su presencia sería la señal de un ataque desde tierra, pero no tardó en convencerse plenamente de que no había sido descubierto. Retrocedió entonces hasta ocultarse en la sombra y se dirigió hacia la orilla. Desembarcó, tiró de la canoa para dejarla en seco y se arrastró, por entre los árboles, hasta las dos lanchas. Nadie las custodiaba; no oyó ninguna voz, ni el menor ruido, ni el más leve movimiento de cañas. Estuvo un minuto escuchando atentamente, y seguro de que no había nadie, se acercó hasta llegar a un punto donde las cañas y la hierba aparecían pisoteadas, formando un sendero que se alejaba del río.

Estremeciéndose de alegría y penetró por el sendero, rifle en mano, dispuesto a usarlo si era preciso. La pista seguía a través de una extensa pradera y penetraba en el bosque, doscientos metros más allá del río. De pronto llamó la atención el resplandor de una hoguera, encendida en un hueco profundo que ocultaba totalmente su existencia a los ojos más agudos de quienes pasaran por el río. Avanzando cautelosamente hasta la cumbre de una loma que se alzaba entre él y el fuego, llegó Felipe a cincuenta pies del improvisado campamento.

Una tienda de tela fue lo primero que llamó su atención, y ante ella, adosada a una roca, la hoguera cuyo resplandor le guiara. Junto al fuego, un hombre iba atizándolo con un pedazo de madera. Del interior de la tienda no tardó en salir un segundo personaje, provisto de dos grandes cacerolas y un enorme frasco. Comprendió Felipe que se disponían a preparar la comida, y no precisamente para los dos solos, sino para muchos. Ávidamente buscó con la mirada a Juana, tratando de descubrirla entre las sombras, pero nada consiguió. No estaba la joven en el campamento, ni tampoco los cinco o seis hombres de las lanchas. Crispáronse sus manos al darse cuenta de ello y sintióse nuevamente sobrecogido por terribles temores. Sin duda la habrían llevado más adentro del bosque...

Arrastróse por el suelo, ocultándose entre los matorrales, y de aquella manera descendió la loma, hasta encontrarse a unos diez pasos de distancia de los hombres que cuidaban de la fogata. Desde allí los tenía a su merced y podía obligarlos a decirle dónde se habían llevado a Juana sus compañeros. Bastaba para ello amenazarlos con su revólver... Tenía en su favor todas las ventajas; nada más fácil que apresarlos y dejarlos atados mientras perseguía a sus cómplices.

Resuelto a llevar a feliz término su plan, no separaba los ojos de ambos hombres, pendiente de sus menores movimientos. Y así llegó muy cerca de ellos y asomó la cabeza por entre unos matorrales, preparado el revólver en la diestra. Un ligero ruido junto a la tienda le hizo detenerse de pronto. Oyóse un lamento ahogado que no distrajo en modo alguno la atención de los que cuidaban del fuego, pero que obligó a

Felipe a volverse.

Bajo un árbol que no había podido ver hasta entonces estaba sentada Juana, rígida e inmóvil. Tenía vuelto hacia él su blanco rostro; refulgían como estrellas sus bellos ojos, y sus labios estaban entreabiertos, dando paso a una respiración entrecortada. Indudablemente le había visto y reconocido. Pudo leer Felipe en su cara la alegría y la esperanza y comprendió el esfuerzo que se imponía para repeler el impulso de llamarle, como tuvo que esforzarse él por no proclamar a voces su regocijo y entusiasmo. Olvidó, sin embargo, la presencia de aquellos dos hombres por un momento y con el rostro iluminado de placer irguióse extendiendo los brazos en dirección a Juana y sonrió para infundir aliento a la joven.

Volvióse en seguida de cara a los raptos, dispuesto a precipitarse contra ellos, pero en aquel momento se produjo una trágica interrupción. Crujieron los arbustos tras él, oyóse un aullido amenazador y un enorme perro lobo se abalanzó a su garganta. El instinto natural de conservación hizo que el tiro destinado a los hombres que estaban junto al fuego fuera dirigido a aquel inesperado asaltante. Tenía Felipe las patas del animal junto a su cara y el cuerpo de la fiera ante la boca de su revólver cuando disparó, y aunque pudo librarse de las patas, no consiguió evitar el choque del cuerpo de la bestia, que le derribó de espaldas al campamento. Antes de que Felipe pudiera incorporarse, tenía sobre sí los guardianes de Juana. Precipitadamente recogió su revólver, que cayera al suelo, y disparó a ciegas, pero al mismo tiempo sintió un duro golpe en la cabeza que le hizo caer de nuevo. Confundiéronse sus ideas, distendiéronse sus músculos y el revólver se deslizó de su mano. Sintió en la garganta los dedos de sus asaltantes y no tuvo fuerzas para luchar. Permaneció un momento inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo que por su rostro se deslizaban unas gotas de sangre caliente. Algo parecido le había ocurrido ya otra vez, hacía años, y esforzóse en concentrar sus ideas para recordar lo ocurrido mientras permanecía tendido de espaldas. De pronto, la presión de los dedos se aflojó y el peso que le oprimía el pecho cedió un poco; el guardián creyó que estaba sin sentido, y Juana, que había muerto. Aterrada, lanzó un grito de agonía y desesperación, un grito terrible que hizo entrar en acción a Felipe con excesiva precipitación. Habíase levantado ya su enemigo, no sin cierta precaución, nacida del recuerdo de más de un episodio de lucha, cuando Felipe se abalanzó sobre él con rápido movimiento, entablado un horrible cuerpo a cuerpo; y con horror que nunca conociera antes, con angustia indescriptible, dióse cuenta Felipe de que iba perdiendo la fuerza de sus brazos por momentos. Miró a Juana, que, horrorizada, seguía la escena. Y de pronto, cual si hubiera leído una orden o una súplica en la mirada del luchador, corrió la joven hacia el fuego para regresar en seguida con un leño encendido en la mano. Vio Felipe el resplandor de la madera ardiendo junto a sus ojos, sintió su calor, y en seguida, de labios de su antagonista brotó un feroz alarido de dolor. Retrocedió el hombre, llevándose la mano a la nuca, donde había aplicado Juana el ascua ardiendo, y Felipe se incorporó, asestando un formidable puñetazo en la mandíbula del segundo

guardián, que cayó pesadamente al suelo como una masa de plomo.

Al mismo tiempo oyóse un gran ruido que llegaba del bosque y a continuación el crujido de numerosos pies pisando las malezas.

Capítulo XI

Juana y Felipe permanecieron frente a frente, a la luz de la lumbre.

—¡Vamos! —exclamó él—. Es necesario apresurarse.

Recogió el revólver del suelo y lanzó luego una sorda imprecación al ver que Juana se tambaleaba como si fuera a desmayarse y caía antes de llegar a su lado.

—¿Está usted herida? —inquirió con ansiedad—. ¡Juana! ¡Juana!...

Estaba de rodillas junto a ella, sosteniéndola entre sus brazos, y repetía su nombre fuertemente.

—No, no. No estoy herida; no es nada —contestó la joven intentando sostenerse—. Me torcí el pie en la escollera y ahora...

Demostraron sus ojos infinita desesperación; no podía huir, no conseguía dar un paso... Levantóse Felipe vivamente y la cogió en brazos. El crujido de la maleza se oía ya a poca distancia, pero en aquel momento no sintió el más leve temor. Sentíase lleno de vida y desechaba toda desconfianza mientras corría hacia el río llevando a Juana. Sentía contra él el calor de su cuerpo; sus labios rozaban el pelo de la joven; latía violentamente su corazón junto al de ella; uno de los brazos de la muchacha rodeaba su cuello... Ardían en sus venas la vida, el amor, la delicia de la posesión, y le parecía que si dirigía la palabra a Juana entonces, cuando sentía su contacto suave, escaparía de sus labios el apasionado lenguaje de su alma. Por gozar de un momento semejante a aquél hubiera dado con gusto la vida, habría renunciado a todo, a todo, y sin embargo, nunca se imaginaría ni por asomo lo que aquel momento representaba para él. Mientras corría, miró el blanco rostro de la joven; sus hermosos ojos estaban fijos en él; tenía los labios entreabiertos y su mejilla descansaba sobre su pecho. No se dio cuenta de la presión de su abrazo hasta que se detuvo en el lugar en que dejara la canoa. Notó entonces los latidos del corazón de la joven, cual si sintiera el temblor de un pájaro asustado aprisionado en sus manos. Cuando abrió los brazos, levantó ella la cabeza y dio un profundo suspiro, a tiempo que su suelta cabellera se esparcía por el pecho y las manos de Felipe.

No dijo el joven palabra alguna al colocarla en la canoa, ni pronuncióse entre ellos ninguna frase al alejarse rápidamente de la orilla. Cien metros más allá dirigió Felipe la embarcación en línea recta a través del río, penetrando en la sombra de la parte opuesta.

Juana estaba a su lado; podía oír su respiración... De pronto sintió que le tocaba la mano.

—¿Puedo preguntarle qué ha sido de Pedro, *m'sieu*?

En la voz de la joven temblaba el temor. Inclínose profundamente en la densa

oscuridad y Felipe se inclinó también hasta sentir su aliento y la dulce suavidad de su pelo. Rápidamente le refirió lo ocurrido; le indicó que Pedro estaba herido, aunque no de gravedad, y que le había prometido llevarla a Fort O'God.

—¿Está hacia lo alto del Churchill? —preguntó.

—Sí —asintió la joven.

Oyeron fuerte murmullo de voces y pudieron ver numerosas siluetas que se dirigían hacia las lanchas varadas en el banco de arena.

—Indudablemente creerán que hemos huido hacia Churchill —insinuó Felipe con regocijo—. Es el refugio más próximo. Mire...

Una de las embarcaciones estaba ya dispuesta y se deslizaba río abajo apresuradamente. Al poco rato siguió la segunda. No tardó en morir en la lejanía el chapoteo de los remos y entonces Felipe se echó a reír alegre y suavemente.

—Hasta la madrugada nos estarán buscando desde aquí a la bahía y luego tratarán de encontrarnos en Churchill.

Aunque casi no podía verla, comprendía Felipe que Juana había escondido el rostro entre los brazos y desahogaba ahora su dolor. Pero hasta que oyó un ahogado sollozo que ella luchó por reprimir, no se atrevió a acercársele para consolarla. Aunque su corazón latiera con violencia, consideraba que debía disimularlo.

—¿Leyó usted mi carta? —inquirió afectuosamente.

—Sí, *m'sieu*.

—Entonces, espero que comprenderá usted que a mi lado; se encuentra segura.

Había en su acento firmeza y orgullo; temblaba en su voz la emoción de un gran amor, del convencimiento que abrigaba de ser protector de una criatura a la que quería más que a nadie en el mundo. Comprendió Juana y se estremeció, y tendiendo ambas manos en la oscuridad las posó sobre una de las de Felipe, que durante un momento mantuvo inmóvil el remo.

—Gracias, *m'sieu* —murmuró—. Confío en usted como confiaría en Pedro.

Nunca palabras de mujer alguna le afectaron tan profundamente como aquella sencilla frase de Juana, y la delicada presión de sus dedos resumía para él el máximo placer posible. Hasta que las manos de ella abandonaron la suya permaneció inmóvil.

—Voy a llevarla a Fort O'God —indicó al fin, luchando por vencer el temblor de alegría de su voz—. Pero es necesario que usted me guíe.

—Está muy lejos de Churchill —dijo la joven, comprendiendo la pregunta que no se había atrevido a precisar él—. Está a doscientas millas de la bahía.

Estuvo Felipe remando durante diez minutos y luego dirigió la canoa hacia la orilla hasta vararla en la arena. Saltó a tierra e indicó a la joven:

—Podemos detenernos unos momentos aquí para atender la torcedura de su tobillo. ¿Quiere usted que la lleve en brazos?

—Puede usted ayudarme —contestó Juana.

Le dio la mano e hizo un esfuerzo para levantarse, pero instantáneamente se dejó caer de nuevo, lanzando un gemido.

Era sorprendente, pero el dolor de la joven llenaba de maravillosa alegría a Felipe. Sabía que Juana estaba sufriendo, que no podía andar ni permanecer de pie sin ayuda ajena... Y sin embargo, en el campamento se había levantado y había corrido en su ayuda. La idea de que había hecho aquello por él le produjo una exquisita y placentera sensación.

—Es necesario que la lleve yo —indicó con voz decidida y firme, como si hablara a una chiquilla.

No hizo ella observación alguna cuando la levantó en sus brazos; durante un breve momento volvió a descansar sobre su pecho, y al depositarla en el suelo, una de sus manos rozó casualmente el rostro de la joven.

—Soy especialista en torceduras —le dijo alegremente, queriendo infundirle valor para el momento de prueba que le esperaba—. Durante los últimos tres meses he curado media docena de ellas. Haga usted el favor de quitarse el mocasín y la media y le pondré un vendaje.

Sacó el pañuelo del bolsillo y lo empapó de agua; buscó luego por la playa hasta encontrar un abedul indio y con su cuchillo arrancó un pedazo de corteza; la metió en el agua, la escurrió entre sus manos y regresó al lado de la joven. El diminuto pie de Juana aparecía desnudo a la luz de las estrellas.

—Tendré que hacerle daño un momento —le dijo afectuosamente—, pero no hay otro remedio. Mañana estará usted en disposición de mantenerse perfectamente en pie. ¿Podrá soportar un poco de dolor? —repitió vacilante.

De rodillas ante ella, esperaba su contestación mirándola, temiendo casi tocar su pie antes de que hablara.

—¿Puedo gritar? —preguntó ella a su vez.

Asintió Felipe y puso manos a la obra. Envolvió la corteza de abedul con el pañuelo y muy suavemente cogió el pie de Juana con una mano y el tobillo con la otra.

—Sólo le dolerá un momento —murmuró—. Un momento brevísimo.

Apretó los dedos y con toda su fuerza tiró del pie y del tobillo en sentido contrario, hasta que, lanzando un grito ahogado, apoyó Juana sus manos en las de él.

—¡Ya está! —indicó riendo nerviosamente.

Rodeó el tobillo con el improvisado vendaje con tal fuerza que no podía la joven mover el pie, y lo ató con tiras de tela. Después volvióse de espaldas, mientras ella se ponía la media y el mocasín.

Temblaba; sentíase dominado por loca alegría. No tardó en llegar a sus oídos la voz de Juana, suave y tímida como la de un niño; complacíale que la noche ocultara su rostro, pero hubiera dado cualquier cosa por ver el de la joven.

—Ya estoy —dijo ella.

La llevó a la proa de la canoa y la instaló allí cómodamente, disponiendo una especie de almohada por si deseaba dormir. La luna permitióle verla perfectamente mientras la colocaba en el lugar dispuesto para ella; los ojos de ambos se encontraron

un momento.

—Puede usted dormir —indicó—. Yo remaré toda la noche.

—¿Está usted completamente seguro de que la herida de Pedro no es grave? —inquirió la joven con voz temblorosa—. ¿No es que... ha tratado usted de ocultarme la verdad?

—Sólo estaba aturdido del golpe —aseguró Felipe—. Su herida es de muy poca monta, pero como no había tiempo que perder, vine sin él. Sin embargo, no tardará en seguirnos.

Ocupó su sitio en la popa y Juana se tendió sobre las pieles de oso. Durante largo rato estuvo Felipe remando silenciosamente. A pesar de su indicación de que descansara, esperaba el joven que Juana tratara de proseguir la conversación; pero no dijo ella una palabra. Media hora después diose cuenta de que Juana estaba durmiendo.

Era un chasco, una desilusión y, sin embargo, le produjo un vivo placer. Juana había confiado en él; bajo su protección dormía tranquila, dulcemente, como un niño. El miedo a sus enemigos no la mantuvo despierta ni la llenó de horror. Bajo las estrellas, entre la selva que les rodeaba, habíase puesto bajo su amparo y sentíase segura... Las mejillas de Felipe ardían. Para no turbar el tranquilo sueño de la joven, remó suavemente, procurando no hacer ruido. En la plenitud de su alegría experimentaba sólo el deseo de ver el lindo rostro que descansaba entre las pieles.

Para él el silencio no era tal: lo llenaban los latidos de su corazón, el canto de su amor, la suave respiración de Juana, semejante a un suspiro... Era un silencio embriagador, lleno de vibraciones. Sentíase feliz; en aquel momento en que no sonaba siquiera el eco de sus voces, Juana le pertenecía sólo a él. Notaba el calor de su presencia; creía sentir todavía los latidos de su corazón sobre el suyo, la caricia de su pelo en los labios, la suave presión de sus brazos... El espíritu de Juana no dormía: estaba despierto, le hablaba como la voz de las tinieblas, que tantas veces se había comunicado con él en la soledad. Concluía el ensueño para dar paso a la realidad.

Alzó los ojos al cielo. La luna había descendido hacia el Sudoeste y quedaba ahora oculta por los bosques de la orilla. En la bóveda gris-azul que no velaba nube alguna, sólo las estrellas brillaban con tenue claridad que no llegaba a descubrir a Juana en su nido. Ocurriósele entonces una idea que aceleró los latidos de su corazón e inundó de radiante alegría su rostro: hasta los astros velaban por Juana, procurando mantener el misterio de su tranquilo sueño. Rióse quedamente, sintió vibrar todo su ser, y de pronto, sin poder contenerse, exclamó suavemente:

—¡Juana! ¡Juana! ¡Juana querida!

Demasiado tarde reprendióse Felipe por su exaltación; había pronunciado en voz alta las anteriores palabras. Por vez primera había invocado de viva voz al antiguo espíritu de ensueño, convertido ahora en realidad. Asustado por lo que acababa de decir, inclinóse Felipe y escuchó: la respiración de Juana era más fuerte y acompasada que antes; indudablemente dormía.

Irguióse y siguió remando. Alegrábase ahora de haber hablado; tras aquellas palabras, Juana parecía más cerca de él.

Hasta aquella noche no había comprendido cuántas bellezas encerraba la Naturaleza, cuán completa podía ser. Háblele ofrecido visiones esplendentes de vida nueva, pero nunca consiguieron aquellas visiones ahuyentar de él su antigua tristeza. Miró y escuchó. La estela que dejaba su canoa en el agua alejábase cadenciosamente, temblando, hacía la orilla, murmurando suavemente entre las cañas y los matorrales, riendo de vez en cuando con delicado tintineo de pequeñas campanillas. Nunca había sabido comprender antes las delicias de la vida agreste; nunca había asociado ésta a su idea de felicidad. Pero ahora era muy distinto; todos los ruidos de la noche llegaban hasta él, adquiriendo diversos significados, produciéndole sensaciones distintas a las de antes. Al llegar a una curva del río oyó un fuerte chapoteo junto a la canoa y vio un murciélago que bebía, medio sumergido en el agua. Tiempo atrás, aquel rumor le hubiera hecho buscar instintivamente el rifle, pero ahora formaba parte integrante del gran concierto de la noche. Oyó después leves crujidos en la orilla y el aullido solitario de un lobo. Escuchaba los mil murmullos de la selva con verdadero placer, porque cada murmullo le hablaba de Juana; de Juana y de su mundo, en el que cada movimiento de los remos iba adentrándole.

No se le ocurría siquiera que Juana era sólo una extraña para él, una criatura misteriosa. Mirándola dormida en la proa de la embarcación, tuvo que confesarse que la amaba a pesar de no conocerla todavía. Anhelaba que llegara la mañana, esperando que entonces aclararía ella gran parte de sus dudas o todas tal vez. Al fin podría averiguar algo de la joven y el motivo del ataque de que fue víctima en Fort Churchill.

Estuvo remando una hora más y, al fin, a la luz de un fósforo consultó el reloj: eran las tres.

Juana no se había movido, pero al encender el fósforo sorprendióle con una pregunta:

—¿Falta mucho para amanecer, *m'sieu*?

—Una hora —contestó Felipe—. Ha dormido usted mucho rato... —El nombre de la joven temblaba en sus labios, pero no se atrevió a pronunciarlo, a pesar de que había algo en el *m'sieu* de Juana, en el modo afectuoso de pronunciarlo, que le dio valor—. ¿Tiene usted apetito? —Limitóse a decirle.

—Pedro y mi padre suelen dirigirme siempre esa pregunta cuando están muertos de hambre —indicó Juana incorporándose y sentándose en su nido de pieles, permitiendo a Felipe ver su rostro y el débil resplandor de su cabello—. En el paquete hay muchas cosas de comer, *m'sieu* Felipe; hasta aceitunas.

—¡Bravo! —exclamó Felipe, encantado—. Pero ¿quiere usted hacerme el favor de abandonar ese ceremonioso *m'sieu*? Sería un placer para mí que me llamara por mi nombre; ¿quiere usted?

—Puesto que tal es su gusto, le complaceré —asintió Juana—. Hay aquí todo lo

preciso para preparar una comida y hacer café, *m'sieu...*

—¿Cómo?

—Felipe.

En la voz de la joven había una risa contenida. Él se estremeció ligeramente.

—Veo que lo tenían ustedes dispuesto todo para el viaje —dijo—, lo que indica que pensaban marcharse después de hablar conmigo en la escollera. Pensaba yo en cuál puede ser el motivo que los indujera a interesarse tanto por mí...

Sabía que estaba diciendo un desatino y su rostro enrojeció en la oscuridad; pero Juana era deliciosamente diplomática.

—Nos inspiraba usted curiosidad —indicó con hechicero candor—. Pedro es la persona más cortés del mundo y deseaba darle las gracias por haberme devuelto mi pañuelo. Por cierto que siento no encontrara usted una cinta que perdí al mismo tiempo.

—¡La encontré! —exclamó Felipe.

Se detuvo y maldijose a sí mismo por su poco meditada contestación, Juana permaneció un momento silenciosa y al fin dijo:

—¿Quiere que le prepare café?

—¿Podrá? Su pie...

—Es verdad. Como ya no me duele, lo había olvidado —dijo ella—. Pero puedo enseñarle a prepararlo.

Su natural ingenio, la dulzura de su voz, la sencillez sin afectación de sus modales, encantaron a Felipe al mismo tiempo que le sumieron en una gran perplejidad. Nunca había conocido ninguna mujer nortea como Juana. Su belleza, su porte de reina cuando estaba con Pedro en la escollera, le habían sorprendido y admirado. Pero ahora su voz, la música de sus palabras, su facilidad de comprensión, multiplicaron extraordinariamente la impresión primera. Podía muy bien haber sido la señorita Brokaw quien estuviera hablándole desde la proa; únicamente que la voz de Juana era mucho más dulce que la de Elena, y había además en sus palabras mayor encanto de sinceridad. Pensó Felipe que Juana debía de haber sido educada en un convento, donde oyó siempre voces amables y el lenguaje era una deliciosa música. No podía ser de otro modo.

—Podemos dirigirnos hacia la orilla —indicó el joven—. Todo eso debe de resultarle a usted muy molesto, no estando acostumbrada a ello.

—¿Acostumbrada a ello, *m'sieu...* Felipe? —exclamó Juana corrigiéndose a sí misma—. ¡Si he nacido aquí!

—¿En la selva?

—En Fort O'God.

—Pero no habrá usted vivido siempre allí.

Juana permaneció un momento silenciosa y exclamó al fin:

—Sí, siempre, *m'sieu*. Tengo dieciocho años y es ésta la primera vez que he visto lo que llaman los suyos civilización. Es la primera visita que hago a Fort Churchill;

es la primera vez que he salido de Fort O'God.

Hablaba Juana en voz baja y subyugante que sonaba a verdad. Había en ella algo que era casi una tragedia. Durante breves segundos el corazón de Felipe pareció detener sus latidos. Inclínose el joven mirando fija e interrogadoramente el bello rostro de su compañera, sorprendido cual si acabara de producirse un hecho sorprendente que no acertaba a comprender.

Capítulo XII

La sorpresa de Felipe hizo que permaneciera inmóvil mientras la canoa se deslizaba por entre los cañaverales.

—No hace mucho rato me pidió usted que le dijera la verdad —murmuró, buscando las palabras adecuadas para expresar su pensamiento—. Y en cambio, esto...

—Es verdad —interrumpió Juana algo fríamente—. ¿Qué necesidad tengo yo de mentirle, *m'sieu*?

La misma pregunta se había dirigido Felipe poco después de su primer encuentro en la escollera; pero ahora, en el tono de voz de la joven había una tácita invitación a que fuera más discreto.

—No quise decir eso —exclamó rápidamente—. Le ruego que me perdone. Sólo pretendía darle a entender que realmente es maravilloso y difícil de creer. ¿Sabe usted lo que pensé después de encontrarlos a ustedes en la escollera? Pues me hizo el efecto de que venían hasta mí de un mundo distinto, un mundo de pretéritas centurias; que habían surgido ustedes de la majestad de alguna corte real, que un pintor de reinas hubiera querido hacerle un retrato y que sólo podía ser para mí la visión de un sueño. Y ahora me asegura usted que ha vivido siempre aquí...

Vio brillar los ojos de Juana. Había dejado su asiento de pieles y estaba ahora cerca de él, con el rostro ansioso, concentrado todo su ser en las palabras del joven.

—¿Fue ésa realmente la opinión que le merecimos, *m'sieu*... Felipe? —inquirió tímidamente.

—Sí; y ése fue el motivo de que escribiera yo la carta —contestó Felipe.

Y su rostro se inclinó hasta casi rozar el de Juana.

—Cuando los encontré a ustedes, acababa precisamente de cruzar por donde yacen enterrados hace un par de siglos hombres y mujeres de otros países. Usted y Pedro me indujeron a pensar en ellos, en *mademoiselle* d'Arçon, que desdeñó a un príncipe para seguir a su amado hasta la sepultura abierta allí, junto a Churchill, y pensé en Grosellier...

—¡Grosellier! —repitió la joven.

Respiraba viva y afanosamente. De pronto retrocedió un poco, riendo con risa nerviosa.

—Me complace mucho que mereciéramos a usted esa opinión —añadió—. Grosellier, *le grand chevalier*, fue el primero que vivió en Fort O'God.

No pudo Felipe contenerse más tiempo. Olvidando que la canoa permanecía inmóvil entre las cañas y que tenía que desembarcar, con voz que temblaba en su afán

de ser comprendido, de ganar la confianza de la joven, refirióle detalladamente lo ocurrido aquella noche en la escollera. Repitió las instrucciones que recibiera de Pedro, describió el miedo que pasó por ella, expúsole cuanto sabía, excepto el nombre de lord Fitzhugh Lee. Juana le escuchó atentamente, sin decir palabra. Permaneció sentada e inmóvil y sus oscuros ojos, más oscuros cuando terminó Felipe su relato, no se apartaban del rostro del narrador.

—Quiera Dios recompensar su bella acción, *m'sieu* Felipe —exclamó con voz ahogada, vibrante de pasión contenida—. Es usted muy valiente; valiente como soñé siempre que debían ser los hombres.

El corazón de Felipe aceleró sus latidos, pero, a pesar de ello, apresuróse el joven a decir:

—Nada de eso. Lo que he hecho nada tiene de particular; lo mismo hubiera hecho Pedro por mí. Y si mi acción sin importancia merece alguna recompensa, no puedo pedir cosa mejor que su confianza y la de Pedro. Tal vez no comprende usted la importancia que reviste para mí descubrir el misterio que me rodea.

—Lo comprendo perfectamente —contestó ella con igual entonación de voz—. En la escollera luchó usted a favor de Pedro y me ha salvado luego a mí; le debemos incluso nuestras vidas... Le comprendo, *m'sieu* Felipe —añadió con mayor suavidad, inclinándose más hacia él—, pero nada puedo decirle.

—Puesto que quiere dejar a Pedro el cuidado de hablar —indicó Felipe, algo contrariado—, le ruego a usted que me perdone.

—¡No, no! ¡No quise decir eso! —exclamó ella vivamente—. Quise decir que sabe usted del asunto tanto como yo misma o quizá más.

Su contenida emoción estalló en un sollozo ahogado; pero se repuso en seguida y fijó los ojos en Felipe.

—Fue un capricho mío lo que nos llevó a Churchill —prosiguió la joven antes que encontrara Felipe palabra alguna que pronunciar—. El motivo de abandonar nuestro campamento y dirigirnos a Churchill, precisamente el día de la llegada del buque, es el secreto de Pedro. Ignoro asimismo la causa probable del ataque; sólo puedo suponer...

—Y supone usted...

Juana permaneció un momento silenciosa y al fin indicó sin brusquedad alguna en la voz, pero con majestuosa entonación de reina:

—Mi padre podrá explicárselo cuando lleguemos a Fort O'God.

Y repentinamente volvió a inclinarse hacia él y le cogió ambas manos.

—¡Si supiera cuán agradecida le estoy! —exclamó vivamente.

Felipe se apoderó de sus manecitas y sintió que temblaban entre las suyas, mientras dos lágrimas brillaban en sus ojos.

—Se han desarrollado los acontecimientos en forma tan sorprendente —dijo él, latiéndole el corazón a la dulce caricia de los dedos de la joven a los suyos— que me indujo a suponer que usted y Pedro podrían ayudarme a esclarecer un asunto

particular mío. Tengo sumo interés en dar con determinada persona y por las palabras que me dijo Pedro después del ataque de la escollera pensé... —Vaciló un segundo y Juana retiró suavemente sus manos de entre las de él—. Pensé que tal vez le conocieran ustedes —terminó al fin—. Se llama lord Fitzhugh Lee.

Juana no demostró haber oído antes aquel nombre. La expresión de sus ojos seguía siendo la misma.

—¿No le ha oído usted nombrar nunca en Fort O'God? —preguntó el joven.

—Nunca.

Saltó Felipe de la canoa y arrastró la embarcación más hacia la orilla.

—Fort O'God debe de ser un lugar maravilloso —dijo a tiempo que se inclinaba para ayudarla a desembarcar—. Ha despertado usted en mí algo de lo que me creía totalmente libre: una enorme curiosidad.

—Es, en efecto, un sitio delicioso —asintió la joven, tendiéndole ambas manos—. Pero ¿qué es lo que le induce a suponerlo así?

—Su misma persona —contestó Felipe riendo—. Pero estoy viendo que encuentra usted un maligno placer en ponerme en un aprieto.

Buscó un sitio cómodo para Juana, extendió en el suelo una de las pieles de oso e instaló en ella a la joven, dedicándose luego a recoger cañas y ramas secas para encender lumbre.

—No me cabe la menor duda de ello —prosiguió, frotando una cerilla y prendiendo fuego a las ramas, iluminando con ello su rostro.

Juana lanzó un grito de espanto.

—¡Está usted herido! —exclamó—. ¡Tiene el rostro lleno de sangre!

Felipe retrocedió vivamente.

—Lo había olvidado. Voy a lavarme la cara.

Se acercó a la orilla del río y lavóse cuidadosamente. Al regresar, miró a Juana atentamente; el fuego iluminaba su pálido rostro, encuadrado por su oscura cabellera, que llevaba recogida ahora en una trenza que le caía sobre uno de sus hombros. Estaba todavía mucho más hermosa que la primera vez que la vio Felipe en la escollera; vestía el mismo traje, pero tenía ahora un gran desgarrón en el cuello y el borde de la falda manchado de barro. Sintió el joven arder la sangre en sus venas al darse cuenta de aquellos signos indudables de los malos tratos de sus atacantes, y su indignación culminó cuando, al acercarse a ella, pudo ver en su frente, junto al nacimiento del cabello, una lívida contusión.

—¿Le pegaron? —preguntóle.

Tenía cerrados los puños con rabia. La joven le sonrió.

—Yo tuve la culpa —dijo—. En la escollera les di bastante que hacer.

Al ver el enfurecido rostro de Felipe echóse a reír francamente, y había tanta dulzura en su risa que, a pesar suyo, aflojó el joven los puños y rióse con ella.

—Pero ¡qué simpática es usted! —exclamó.

—En el paquete hay café y víveres, *m'sieu* Felipe —recordó Juana dulcemente,

mientras él la miraba embobado.

Él se echó a reír con risa infantil y dirigióse hacia la canoa; regresó en seguida con el envoltorio, que colocó a los pies de Juana, abriéndolo. Entre ambos sacaron de él lo que necesitaban y a continuación Felipe cortó unas estacas para suspender dos botes encima del fuego. Silbando alegremente, alejóse un trecho para recoger un haz de leña; al regresar, Juana había abierto un bote de aceitunas y comía una, al mismo tiempo que le ofrecía otra en la punta de un tenedor.

—Las aceitunas me gustan muchísimo —dijo—. ¿Quiere usted una?

Aceptóla él y se la comió alegremente, a pesar de detestar las aceitunas.

—¿Dónde ha podido usted acostumbrarse a ellas? —inquirió—. Creí que a las jóvenes de aquí sólo podían gustarles cuando habían vivido algún tiempo en otra parte... En un colegio, por ejemplo...

—Estuve en un colegio —dijo Juana quedamente. Ahora el rubor coloreaba sus mejillas y había en sus ojos un brillo tentador mientras cogía otra aceituna—. Estuve estudiando, *a teneris annis* —añadió, dejando estupefacto a Felipe.

—Eso es latín —murmuró.

—*Oui, m'sieu. Wollen Sie noch eine Olive haben?*

Reía alegremente al ofrecerle otra aceituna. La luz de la fogata jugueteaba con su cabello, dándole tonalidades rojas y doradas.

—Estaba seguro —exclamó el joven, convencido—. O yo estoy loco de atar o antes habló usted en latín y ahora en alemán. ¿Dónde estudió?

—En un colegio de Fort O'God. ¡Pero dése prisa, *m'sieu* Felipe!; el agua está hirviendo y va a salirse.

Precipitóse Felipe hacia el fuego y preparó el café, mientras Juana disponía carne y pan. Por primera vez aquella noche sacó el joven su pipa y la llenó de tabaco.

—No le molestará a usted que fume, ¿verdad, señorita Juana? —suplicó—. El tabaco es lo único que contribuye a sostenerme en todas las circunstancias. Ya ve que le demuestro entera confianza.

—También yo se la he demostrado diciéndole sólo la verdad —replicó Juana ingenuamente.

Estaba atareada todavía preparando la comida, pero Felipe pudo ver el brillo de sus dientes al sonreír.

—Creo que se está burlando de mí —protestó—. Dígame: ¿dónde está situado Fort O'God y qué es?

—Está muy lejos, hacia lo alto del Churchill, *m'sieu* Felipe. Es un castillo edificado hace muchos años, ¡muchos!; siglos tal vez. Mi padre, Pedro, otra persona y yo vivimos allí solos como salvajes. Nunca había estado tan lejos de mi casa como ahora.

—Puesto que usted lo asegura —indicó Felipe—, debo creer que viven ustedes como salvajes..., pero como salvajes que saben latín, griego y alemán.

—Latín, francés y alemán —corrigió Juana—. No hemos incluido todavía el

griego en nuestro plan de estudios.

—Conozco una joven —murmuró Felipe, cual si hablara para sí mismo— que estuvo cinco años en un pensionado para señoritas, y sólo habla correctamente el inglés. Se llama Elena Brokaw.

Levantó Juana los ojos, pero sólo para mirar el café.

—Está ya en su punto —advirtió—, a menos que le guste amargo.

Capítulo XIII

Sabía Felipe que Juana estaba mirándole cuando apartó la cafetera de la lumbre y la puso en el suelo para que se enfriara. Su mente se hallaba sumida en un caos de ideas desordenadas y de preguntas que hubiera deseado hacer una tras otra. Y Juana parecía contribuir a aumentar su confusión y su intranquilidad; ninguna de sus referencias a nombres y hechos, de suma importancia para él, habían producido la menor alteración en la joven. ¿Desconocería, pues, totalmente lo que tanto deseaba saber Felipe? ¿Era posible que ignorara por completo la identidad del hombre que había atacado a Pedro en la escollera y que la secuestró a ella? ¿Era cierto que no conocía a Elena Brokaw, que ignoraba el nombre de lord Fitzhugh y que había vivido siempre en el Norte? ¿A qué se debía el milagro de que allí, en el corazón mismo del agreste Norte, pudiera hablarle aquella joven en alemán y en latín? ¿Estaría burlándose de él?...

Volvióse a mirarla y encontró sus límpidos ojos fijos en él. Sonrióle la joven con sonrisa cansada, pero franca; sólo dulzura y verdad había en su rostro. Desechó Felipe instantáneamente toda sospecha y recriminóse duramente por haberse permitido dudar de ella un solo instante; durante un segundo estuvo tentado de confesarle lo que pasara por su mente, pero una breve reflexión le hizo desistir de ello. Dirigióse hacia el río para fregar un cacharro cualquiera y entre tanto su cerebro siguió trabajando; Juana era para él un misterio, un misterio que le deleitaba y le llenaba el corazón de amor profundo. En cada movimiento, en cada ademán, en cada actitud de la joven, en la gracia de su delicado y flexible cuerpo, reflejábanse claramente la sencillez y el encanto de la vida de los bosques: brillaba en sus ojos, en la rica púrpura de sus labios, reflejábase en su belleza, en la exuberante riqueza de su cabello castaño dorado. Mil detalles permitían adivinar su estrecho contacto con la sencillez de la vida primitiva y agreste del Norte... Había dicho la verdad.

Cuando regresó junto a ella, sus ojos le sonreían francamente; nunca le habían mirado de aquella forma los ojos de mujer alguna, ni viera jamás otros tan hermosos. Y sin embargo, no había en ellos la expresión de ningún sentimiento que no pudiera confesarse en voz alta: franqueza, camaradería, agradecimiento de que estuviera allí protegiéndola... Ojos semejantes, espejo de un alma pura y sin tacha, sólo a una norteña de los bosques podían pertenecer. Aunque menos hermosos, los había visto parecidos en las mujeres *crees*. Recordó la mirada de los ojos de Elena Brokaw al posarse en Juana; también aquellos ojos eran hermosos, pero completamente distintos. Los de Juana no podían mentir.

Sobre un blanco mantel extendido en el suelo había dispuesto Juana fiambres,

pan, queso y conservas. Trajo Felipe el café y se dio cuenta de que la joven descansaba su peso sobre el tobillo lesionado.

—¿Sigue mejor? —preguntó el joven indicando el tobillo con un movimiento de cabeza.

—Mucho mejor —asintió Juana concisamente—. Voy a probar a sostenerme en él algunos minutos, pero no ahora, porque estoy muerta de hambre.

Sirvió el café y empezó a comer con excelente apetito; imitóla Felipe y los dos comieron como chiquillos hambrientos. Al ofrecerle una segunda taza de café, diose cuenta el joven de que la mano de Juana temblaba.

—Si Pedro estuviera con nosotros, seríamos completamente felices, *m'sieu* Felipe —dijo tristemente—. No acierto a comprender por qué le indicó que me llevara a Fort O'God. Si, como usted me dijo, su herida no es grave, ¿por qué no nos escondemos y aguardamos su llegada? Podría alcanzarnos mañana mismo.

—No... no había tiempo que perder ni podíamos entretenernos en trazar planes —contestó Felipe, algo confuso por la inesperada pregunta de Juana.

Cruzó por su mente la visión de Pedro, sangrando y sin sentido, allá en la escollera. Y la idea de haber mentido a Juana, de haberle hecho creer lo que sólo a medias era cierto, se le hizo insoportable. Era posible que Pedro no hubiera podido regresar a Churchill...

—Quizá creyó Pedro que seríamos perseguidos con saña —prosiguió, viendo la imposibilidad de dejar sin contestación la muda pregunta de los ojos de la joven—. En tal caso, comprenderá usted que lo mejor habría sido llevarla rápidamente a Fort O'God. Además, Pedro no pensó en sí mismo, sino en usted. Pero, de todos modos, dentro de dos o tres días habría recobrado por completo el dominio de... de su brazo —terminó indeciso.

—¿Tiene un brazo herido?

—Y la cabeza también —asintió Felipe—. Pero sólo una herida superficial; le aturdió momentáneamente, pero carece de importancia.

Señaló Juana el reflejo de las llamas en el río.

—Si fuéramos perseguidos... —insinuó.

—No hay peligro —aseguró Felipe, a pesar de haber dejado desabrochada adrede la funda de su revólver—. Nos estarán buscando entre su campamento y Churchill.

—*Citius venit periculum cum contemnitur* —dijo Juana sonriendo.

Estaba sumamente pálida, pero hacía un poderoso esfuerzo para mostrarse animada y valiente.

—Es posible que tenga usted razón, pero debo confesar que no he comprendido una palabra —exclamó Felipe riendo—. ¿Aprendió ese idioma entre los indios?

Descubrió el brillo de los blancos dientes de Juana mientras ella bajaba la cabeza.

—Tengo mi profesor en casa —repuso dulcemente—. Le conocerá usted apenas lleguemos a Fort O'God. Es el hombre más simpático del mundo.

Las palabras de la joven hicieron estremecer a Felipe; estaban llenas de exquisita

ternura, de orgullo. Miró a la joven, pero no se atrevió a dirigirle las preguntas que temblaban en sus labios; recordó sus palabras de un rato antes: “Mi padre, Pedro, otra persona y yo vivimos allí solos”. La otra persona debía de ser, indudablemente, el profesor, un hombre que abandonó la civilización para enseñar a aquella hermosa joven, lo que le sumía ahora a él en una gran perplejidad; y aquel hombre *era el hombre más simpático del mundo*. No acertaba a explicarse los sentimientos que nacían en él; sólo sabía que repentinamente había vuelto a agobiar sus hombros una gran parte de la carga que antes pesara en ellos y que el frío de la soledad llamaba nuevamente a la puerta de su corazón. Arregló en silencio el paquete y ayudó a Juana a volver a su puesto, entre las pieles de oso. En su desaliento no se dio cuenta de que los ojos de la joven estaban fijos en él, y sus labios se agitaron una o dos veces como si fueran a pronunciar palabras que luego no dijeron. Una revelación acababa de hacerse a los ojos de Juana en aquellos últimos minutos.

—Tendrá usted que facilitarme unos datos —indicó Felipe al disponerse a emprender la marcha—. ¿Dónde está emplazado Fort O’God? ¿A orillas del Churchill?

—Está situado junto al Pequeño Churchill, muy cerca del lago Waskiaowaka, *m’sieu*.

La oscuridad impidió que la joven viera el efecto que sus palabras producían en Felipe; durante un momento permaneció silencioso, ahogando la exclamación que pugnaba por salir de sus labios. Sintió que estaba temblando, y que si hablaba, su voz le traicionaría.

“Muy cerca del lago Waskiaowaka...” Y el lago Waskiaowaka estaba a treinta millas de su campamento del Blind Indian Lake. Una bomba que hubiese estallado bajo sus pies no le hubiera sobrecogido más que aquella indicación salida de los dulces labios de Juana. ¡Fort O’God estaba situado a treinta millas del lugar que iba a ser muy pronto teatro de la lucha, de la gran batalla de su vida! Hundió el remo en el agua y dirigió la canoa contra la corriente, hacia la parte superior del río. Ardía la sangre en sus venas con igual ímpetu que la de un caballo de pura raza en el último tercio de una carrera. De cuanto le había ocurrido, de todo lo que sabía, era esto lo más significativo; una idea se impuso a su mente con dominante tenacidad: ¿serían Fort O’God y sus moradores la clave del complot tramado contra él y su compañía? ¿Tendrían allí su punto de cita quienes luchaban para provocar su ruina? A pesar suyo, en aquellos breves momentos la duda, la sospecha, la certidumbre casi, cruzaron por su imaginación.

Miró a Juana. Apuntaba en el cielo la aurora gris y tras ella la luz que disipó las últimas neblinas. Debido al frío del amanecer habíase envuelto la joven en una de las pieles de oso, pero conservaba la cabeza descubierta. Su brillante cabellera caía en una pesada trenza sobre uno de sus hombros. En su postura, en su abandono, en el conjunto de su deliciosa figura había una ingenuidad infantil, al mismo tiempo que una ilimitada confianza en él. Inmediatamente desechó con disgusto los temores que

le dominaran un momento; y cual si comprendiera Juana perfectamente el proceso de sus ideas, sonrióle con afectuosa sonrisa, más elocuente que mil palabras. Aquella sonrisa tuvo la virtud de poner la fuerza de diez hombres en los brazos de uno solo, y alegremente correspondió Felipe a ella, sintiendo vibrar todo su ser al conjuro del mágico hechizo de los labios de la joven. Cualesquiera que fueran los acontecimientos que tuvieran su cuna en Fort O'God, Juana ignoraba totalmente el complot y era inocente de toda acción innoble. Felipe quedó convencido de ello.

La idea que llenaba la mente de Felipe se abrió paso por entre sus labios.

—Toda mí vida —dijo— conservaré el recuerdo de usted en mi memoria, como la he visto en tres momentos de su vida. Nunca olvidaré la imagen como la conocí en la escollera y como la veo ahora, sonriendo entre sus pieles de oso.

—¿Y el tercer momento?... —preguntó Juana, tratando de adivinar—. ¿Será acaso aquel en que quemé la nuca a aquel malvado o... o...?

Interrumpióse y frunció el ceño repentinamente, a tiempo que se extendía por sus mejillas un débil rubor que Felipe pudo notar fácilmente.

—¿Se refiere usted al momento en que curé su pie? —preguntó el joven riendo alegremente al advertir el gracioso desconcierto de su compañera—. No, no es ése el tercero, señorita Juana; la escena que no olvidaré nunca es la que tuvo efecto en el muelle de Churchill, al salir usted al encuentro de una joven que descendía del barco.

La sangre afluyó al rostro de Juana. Apretáronse sus labios, llamearon sus ojos y un repentino movimiento hizo que se deslizara de sus hombros la piel de oso. Unas pocas palabras, unas breves frases habían bastado para transformar a la ingenua chiquilla en una mujer que temblaba de emoción contenida, aunque mantenía erguida y orgullosa su linda cabeza mientras agitábase rápidamente su pecho bajo el impulso de su acelerada respiración.

—Aquello fue un error —dijo con voz temblorosa, pero sin el menor signo de cólera—. Sólo un error, *m'sieu* Felipe; creí conocerla y... me equivoqué. No debería usted recordar *aquello*...

—Soy un bruto —exclamó el joven, encolerizado consigo mismo—. Soy el idiota más grande del mundo y sólo sé decir tonterías. No acierto una. Le aseguro que no fue mi intención decir nada que pudiera molestarla.

—No me ha molestado usted en modo alguno —apresuróse a decir la joven, viendo retratada la angustia en el rostro de su compañero—. No ha dicho usted nada que no sea correcto. Lo que ocurre es que deseo que no recuerde usted *aquella* escena; prefiero que evoque mi imagen en el momento en que quemé la nuca al malvado aquel.

Reía alegremente, a pesar de que su pecho se agitaba todavía con excesiva rapidez y el rubor cubría aún sus mejillas.

—¿Quiere usted? —suplicó.

—Hasta la muerte —asintió Felipe.

Buscó Juana entre el equipaje y sacó un segundo remo.

—Ha sido usted demasiado indulgente, *m'sieu* Felipe —dijo poniéndose de rodillas en el fondo de la canoa—. Pedro me obliga siempre a que trabaje; me pongo de rodillas en la proa y remo también. Estoy avergonzada de mí misma; ha trabajado usted toda la noche.

—Pues a pesar de ello me siento tan ágil y despejado como si hubiera dormido una semana entera —declaró Felipe devorando con los ojos la delicada figura que tenía ante sí.

Durante una hora siguieron avanzando por el río sin pronunciar ni una palabra. Sus remos se levantaban y se hundían en el agua con movimiento rítmico; cantaba la corriente al deslizarse a ambos lados de la canoa; el encanto de las silenciosas orillas, de la Naturaleza despertando toda con el día, los mantenía callados. El sol rompió tímidamente el mando de la neblina y sus primeros rayos acariciaron el cabello de Juana, haciéndolo brillar con ricos y variados matices que entusiasmaron a Felipe. Ofrecía las raras tonalidades de la cabeza de un Ticiano, pasando del rojo al amarillo y al castaño oscuro con alternativas de claridades y sombras. La joven estaba hermosísima; y cuando le miró, pensó Felipe que era la mujer más bella del mundo. El movimiento de sus brazos, la graciosa curva de su silueta, inclinada sobre el remo, la posición de su cabeza, medio vuelta hacia él, permitiéndole ver el delicado perfil de su rostro, todo en ella llenábale de admiración. Y de pronto, ocurriósele que no era posible que aquella joven fuera hermana de Pedro Couchée. No había en ella la menor huella de sangre india; tenía el cabello sedoso y ondulado; el color de sus mejillas era suave como el pétalo de una flor; había recogido sus anchas mangas y mostraba sus brazos, blancos y finos... Pensaba Felipe en lo sorprendente de aquel parentesco, cuando volvió ella la cabeza para mirarle: tenía el rostro encendido por el ejercicio y brillaban sus ojos con la misma azul luminosidad del cielo... Si no lo supiera por la boca del mismo Pedro, juraría que no corría por las venas de la joven ni una gota de sangre igual a la del mestizo.

—Estamos a punto de llegar a los primeros rápidos, *m'sieu* Felipe —anunció Juana—. Empiezan al otro lado de esa montaña rocosa que tenemos delante y siguen durante un cuarto de milla. Están llenos de enormes peñascos y la corriente es tan veloz que Pedro y yo estuvimos a punto de zozobrar a la ida.

Eran las primeras palabras que se pronunciaban entre ambos durante aquella hora maravillosa que precediera a la salida del sol; dejando el remo en la canoa, Felipe se despezó y bostezó cual si acabara de despertar.

—¡Pobrecito! —exclamó Juana.

Y parecióle a Felipe que aquella palabra era extrañamente semejante a la que hubiera pronunciado Elena, de encontrarse allí; únicamente que en Juana un compañerismo sin artificios reemplazaba lo que en la señorita Brokaw hubiera sido falso tono de intimidad.

Con verdadera simpatía en la voz, añadió la joven:

—Debe usted de estar derrengado, *m'sieu* Felipe. Si estuviera Pedro en su lugar,

le obligaría a que descansáramos en la playa algunas horas. Pedro me obedece siempre; me llama su capitana. ¿Permite usted que le mande también?

—Si me autoriza a llamarla mi capitana, sí —repuso Felipe—. Pero con una sola condición: tenemos que seguir avanzando durante unas horas. En lo demás, puede usted mandarme como guste. Pero no tema: prometo que esta noche voy a dormir como un muerto. Por lo tanto, mi capitana —dijo riendo—, ¿me concede permiso para que trabaje hoy?

Juana dirigía la canoa hacia la orilla y estaba nuevamente de espaldas a él.

—Es usted implacable conmigo —murmuró—. Pedro sería bueno y pasaríamos el día pescando en aquella cala. Apostaría cualquier cosa a que está llena de truchas.

Sus palabras y el modo de pronunciarlas eran para Felipe una nueva revelación. Estaba deliciosa. Y alegremente, el joven echóse a reír con risa franca que resonó en la mañana como la de un chico. Aseguró Juana que no veía en sus palabras nada que excitara la hilaridad, y apenas la canoa llegó a la orilla, saltó ligeramente, sin esperar la ayuda de su compañero. Lanzando un alegre grito, tambaleóse y cayó. Instantáneamente acudió Felipe a su lado.

—No debía usted haber hecho eso —censuró el joven—. Soy su médico e insisto en que su pie no está todavía curado.

—¡Pero si no me duele! —exclamó Juana con risueños ojos—. Ha tenido la culpa el vendaje. Mi pie derecho parece el de una china. ¡Uf! Voy a desatarlo.

—¿También ha estado usted en China? —preguntó Felipe casi para su capote.

—Sé que está llena de muchachas amarillas que comprimen sus pies en esta forma —contestó Juana, a tiempo que se desabrochaba el mocasín—. Mi profesor y yo nos habíamos propuesto emprender un largo viaje a todo lo largo de la Gran Muralla, llegando hasta Pekín en automóvil, pero me dio miedo.

Lanzó Felipe un gemido y se acercó a la canoa. A su pesar, no pudo Juana reprimir una sonrisa que no vio el joven. Cuando hubo amarrado la canoa y se volvió, Juana paseaba lentamente, cojeando un poquito.

—Está completamente curado —dijo, contestando a la muda interrogación de los ojos de su compañero—. No siento el menor dolor, pero tengo dormido el pie. ¿Quiere usted hacerme el favor de darme el paquete pequeño? Si se aleja un poco con la canoa, voy a hacer mi tocado.

Alejóse Felipe un buen trecho por el río y se detuvo a prudencial distancia. Sus útiles de aseo habíanse quedado en la cabaña con los de Gregson, pero tomó un baño en el río y se peinó con los dedos.

Al regresar, habíase producido en Juana una transformación radical: su hermoso cabello caía en deliciosos rizos; había substituido su arrugada falda por otra de piel de ante, amarilla y suave; en la garganta llevaba una cinta carmesí que parecía reflejar su color rosado en las mejillas de la joven. Una idea, un recuerdo, acudió a la mente de Felipe al mirarla. Rememoró una tarde en qué la señorita Brokaw y su doncella necesitaron dos horas para disponer el tocado de la primera para un baile. Y en

cambio, en el corazón de la selva, Juana había conseguido en un momento aventajar en mucho la belleza de Elena. Ocurriósele de pronto pensar en la extraordinaria sensación que causaría Juana en un baile, y aquella idea, que no podía revelar a la joven y que ella por natural intuición comprendió que no debía pedirle que la expresara, hizo que se riera alegremente.

Transportó de nuevo los efectos a la canoa, acompañado de Juana, que insistió en llevar uno de los paquetes, y reanudaron la marcha. A pesar de su energía y de su extraordinaria resistencia física, Felipe empezó a notar las consecuencias de sus prolongados esfuerzos. Recordó que en las últimas cuarenta y ocho horas sólo había dormido seis; le dolían los hombros y sentía fuerte dolor en los brazos. No le sería difícil disponer un campamento, lo bastante disimulado entre los arbustos para no ser descubiertos, pero para ello estaban todavía demasiado cerca de Churchill; si, como era de suponer, los perseguían, la detención daría una ventaja a sus enemigos, facilitándoles que pudieran darles alcance. Era, pues, necesario evitar todo peligro.

Puso todo su empeño en lograr que Juana no advirtiera su debilidad; no se daba cuenta de que ella redoblaba sus esfuerzos al remar hasta hacer que le dolieran los brazos, porque comprendía la verdad.

El Churchill se estrechaba y su corriente iba haciéndose más rápida a medida que avanzaban. Hasta las once estuvieron remando y entonces comieron y descansaron un par de horas. Reanudaron su viaje, y a las tres, Juana se detuvo y volvióse hacia Felipe con el ceño fruncido. Sonrió el joven, pero a pesar suyo su sonrisa era cansada y sin alegría. Estaba pálido y empezaba a sentir agudo dolor en el sitio de la cabeza donde recibiera el golpe. Juana estuvo examinándole un buen rato en silencio y al fin dijo:

—¡Felipe! —Era aquélla la primera vez que pronunciaba su nombre así—. Insisto en que nos detengamos. Si no quiere, por mi parte voy a desembarcar y podrá usted marcharse solo.

—A la orden de usted, mi capitana —asintió sumisa mente Felipe.

Dirigió Juana la canoa hacia la orilla y fue la primera en desembarcar, mientras Felipe sujetaba la embarcación con el remo hundido en la arena. La joven señaló el equipaje.

—Es necesario armar la tienda —dijo— porque vamos a acampar aquí hasta mañana.

Al encontrarse en tierra, sintió Felipe que su energía le abandonaba, pero a pesar de ello adentróse con Juana en el bosque para buscar un lugar adecuado donde levantar su campamento. Siguieron un sendero trazado entre abetos y llegaron a un claro rodeado de grandes rocas por una parte y de grupos de abedules, abetos y pinos por otra. Cerca de allí, un delicioso arroyuelo deslizábase cantando, oculto a trechos por el musgo y los matorrales. Era un sitio ideal para acampar, que hizo lanzar a Juana un grito de alegría al encontrar el agua fresca del arroyuelo, no más ancho de un par de metros.

Volvió Felipe al río, ocultó la canoa, borró toda huella de paso y empezó a transportar los efectos para acampar en el claro del bosque. Montó la tienda de seda para uso personal de Juana y encendió lumbre a unos doce pasos de ella. Y a continuación, con mal disimulado placer, empezó a cortar ramas de bálsamo para preparar el lecho de la joven. Oscurecía ya cuando terminó. Al resplandor de la lumbre, las mejillas de Juana aparecían encarnadas como manzanitas; había convertido en mesa una gran piedra plana, y al mismo tiempo que disponía la comida empezó a cantar una alegre y dulce canción; pero recordando de pronto que no era Pedro quien estaba allí, se detuvo. Felipe se encontraba precisamente tras ella y reía alegremente cuando la joven se volvió a mirarle.

—¿Le gusta a usted la Naturaleza? —inquirió él.

—Extraordinariamente —asintió Juana, brillantes los ojos.

Parecía más alta; estaba de pie, con la cabeza ligeramente inclinada, entreabiertos los labios, contemplando los alrededores.

—Extraordinariamente —repitió entusiasmada—. Nada en el mundo podría obligarme a abandonar esto, *m'sieu* Felipe. Aquí he nacido y aquí quiero morir. Únicamente...

Ensombrecióse un momento su rostro, mientras sus ojos descansaban en él.

—La civilización de ustedes ha llegado al Norte para corromperlo todo —terminó, volviendo junto a la mesa de piedra—. La cena está dispuesta —indicó un momento después, sin sombra ya de su anterior emoción.

Era la primera referencia que hacía Juana a su gente, a la invasión civilizadora del Norte... A la mente de Felipe acudieron las palabras aquellas con que proclamara la joven su odio a Churchill. Pero no volvió Juana a traicionarse. Permaneció tranquila mientras comían, y Felipe pudo darse cuenta de que la dominaba el cansancio. Al terminar, permanecieron un momento silenciosos, contemplando las juguetonas llamas de la fogata. La oscuridad era ya muy densa a su alrededor. A medida que iban consumiéndose los leños, disminuía la claridad en sus rostros. Rodeábalos un gran silencio; desde un árbol cercano a ellos ululó un búho quedamente, cual si el pájaro nocturno temiera aún al día que espiraba. Llegaban hasta ellos extraños sonidos, voces misteriosas de los bosques, murmullos producidos por el viento o por una respiración jadeante, por las sombras acaso. Sobre sus cabezas agitábanse las copas de los pinos y cedros en susurros que nunca dejaban oír durante el día. Parecía que se moviera en ellas una muchedumbre de vidas que hacían llegar a oídos de Juana y de Felipe una tranquila sinfonía de descanso y de paz. Algo lejano, oyóse el profundo resuello de una gacela que se detuvo medrosa, sorprendida por la presencia, que su olfato le denunciaba, de seres humanos. Más lejos aún, desde algún pequeño lago desconocido, hacia el Sur, en las negras profundidades del bosque, un somorgujo norteño envióle su cobarde grito de desconfianza, sumergiéndose luego en el agua cual si estuviera asustado de su propio atrevimiento. Lentamente fue apagándose la lumbre y Felipe acercóse a la joven, cuya respiración podía oír.

—¡Juana! —le dijo suavemente, teniendo que hacer un gran esfuerzo para no cogerle la mano—. Comprendo su idea, lo que quiere usted decir. Hace dos años abandoné la civilización para buscar un refugio aquí. Me alegro en el alma haberle escrito como lo hice, porque ahora me creerá usted. Amo la vida de estas alturas y nunca más volveré al Sur...

Juana permanecía silenciosa.

—Sin embargo, hay en usted algo que no acierto a comprender —prosiguió Felipe nerviosamente—. Pertenece usted a esta tierra norteña, profesa un odio profundo a la civilización y a pesar de todo han traído a su lado a un hombre para que le enseñara los modales que en la civilización se estilaban. Me refiero al hombre de quien dijo usted que era el más simpático del mundo.

Esperó la contestación temblando; parecióle que transcurría una eternidad antes que Juana tomara la palabra.

—Es mi padre, *m'sieu* Felipe.

No pudo Felipe pronunciar palabra. La oscuridad le ocultaba a las miradas de Juana, impidiendo a la joven notar el cambio que se produjo en su rostro. Durante un momento estuvo Felipe a punto de arrojarse a los pies de su compañera.

—Dijo usted que en Fort O'God vivían usted, su padre, Pedro y otra persona —indicó Felipe, al fin—. Y creía que el otro era su profesor.

—No: es la hermana de Pedro —contestó Juana.

—¡Su hermana! ¿Tiene usted una hermana?

Felipe pudo oír la entrecortada respiración de Juana al responderle tras un momento de silencio:

—Oiga usted, *m'sieu*; creo que debo referirle algo relativo a Pedro; algo que ocurrió hace mucho, muchísimo tiempo. Fue a mediados de un invierno muy crudo, cuando Pedro era todavía un chiquillo. Un día, cazando, descubrió en la nieve las huellas de un ser humano, de una mujer que se arrastraba por la inmensa llanura, calzados sus pies con mocasines. Siguió la pista largo rato, hasta que dio al fin con la mujer: muerta de frío y de hambre. Una hora antes hubiera podido salvarla todavía, porque, abrazada a ella, apretada contra su pecho, encontró a una criaturita viva aún. Era una niña. Se la llevó a Fort O'God, *m'sieu*, dejándola al amparo de un hombre noble que vivía allí casi solo... Y desde entonces, en Fort O'God vivió y creció. Y como nadie sabe quién es su madre ni quién pudo ser su padre, ocurre que Pedro, que la encontró, para ella es su hermano, y el hombre que la prohió y cuidó, su padre.

—Esa niña será, pues, la otra persona de Fort O'God, la hermana de Pedro, ¿verdad? —inquirió Felipe.

Levantóse Juana y dirigióse hacia la tienda, difuminándose en la oscuridad. Su voz llegó triste y quebrantada a Felipe:

—No, *m'sieu*. La hermana verdadera de Pedro está en Fort O'God. Yo soy la niña que él encontró en la nieve.

Un sollozo angustiado se unió a los mil ruidos de la noche, y Juana desapareció

en el interior de la tienda.

Capítulo XIV

Felipe permaneció sentado en el mismo sitio en que le dejara Juana. No acertaba a moverse ni a pronunciar palabra alguna para llamarla. La pena contenida en aquel lastimero sollozo tenía-le abrumado. Permaneció silencioso y atento un buen rato, esperando que tal vez la cortina de la tienda volviera a abrirse y reapareciera la joven; pero aunque hubiera salido, no habría hallado él palabra alguna de consuelo. Involuntariamente había sondeado toda la profundidad de una de esas heridas incurables y lamentaba su inconsciente indiscreción; pero juzgó que pedir a la joven que le perdonara sería un disparate mayor todavía. Se indignó consigo mismo al pensar en lo ocurrido. En su deseo de conocer más y más detalles acerca de Juana y de su vida, había-le inferido un pesar. Lo que le había obligado a decir con sus preguntas y sus insinuaciones lo hubiese sabido más tarde por boca de Pedro o por la de su padre, en Fort O'God. Pensó que ahora Juana le despreciaría, considerando que había abusado de su desamparo y de la situación. Habíala librado de sus enemigos y, en justa correspondencia, ella le abrió su corazón, mostrándoselo desnudo y sangrante... Su narración no era una confidencia voluntaria: era una confesión arrancada por lo apremiante de sus preguntas, la amarga confesión de que era una criatura abandonada, que Pedro no era su hermano ni el dueño de Fort O'God su padre. Había penetrado arteramente en las profundidades de lo que era sagrado para ella y para quienes amaba...

Levantóse, removió el fuego y echó en él algunas ramas que se encendieron rápidamente, iluminando su pálido rostro. Sentía deseos de penetrar en la tienda, ponerse de rodillas ante Juana y pedirle que le perdonara, y sin embargo, sabía que no podía hacerlo, no podría al día siguiente, ni al otro, porque al disculparse le revelaría su amor. Había estado a punto de declarárselo ya dos o tres veces; pero ahora, después de lo ocurrido, abrir su corazón a Juana se le antojaba imperdonable crimen. La joven estaba sola con él en el corazón de la selva, confiada a él, a su honor... Estremecióse al pensar cuán poco tiempo hacía que la conocía, a pesar de lo cual había-se levantado en su corazón una alentadora esperanza. Para él no era Juana una extraña: era la encarnación real del espíritu amigo que tantas veces le alentara, y sentía ahora que la amaba más aún, porque Juana, la niña perdida, era mejor que Juana, hermana de Pedro. Pero ¿qué era él para Juana?...

Separóse del fuego y acercóse al improvisado camastro de ramas de bálsamo que había dispuesto entre dos rocas. Tendióse y se cubrió con la manta de Pedro, pero su cansancio y su deseo de dormir parecían haberle abandonado de repente, pues todavía tardó largo rato en conciliar el sueño. Pero al fin se durmió y no oyó ya ninguno de

los ruidos de la noche. Un murciélago chilló horriblemente sobre su cabeza, despertando a Juana, que se incorporó un momento, pálida y atemorizada; pero Felipe dormía.

Muchas horas después, algo cálido en el rostro le despertó. Abrió los ojos creyendo que llegaba hasta él el resplandor del fuego, pero era el sol. La voz de Juana, que cantaba dulcemente tras las rocas, volvióle en seguida a la realidad.

Pesábale horriblemente su falta y hubiera lamentado empezar la mañana encontrándose cara a cara con Juana; pero el sonido de su voz, baja y dulce, le llenó de alegría, haciéndole asomar una sonrisa de placer a los labios. Indudablemente, Juana le había comprendido y, si no pudo olvidar, le perdonó.

Diose cuenta de pronto de la altura del sol y levantóse de un salto. Juana vio aparecer su cabeza y sus hombros por encima de la roca y sonrióle desde la mesa de piedra.

—Hace ya más de una hora que tengo dispuesto el desayuno, *m'sieu* Felipe —exclamó—. Apresúrese a ir al río a lavarse o me lo como sólita.

Algo atontado, consultó Felipe el reloj.

—¡Las ocho! —murmuró—. A esta hora deberíamos estar ya a dos millas de aquí.

Juana le sonreía aún. Dirigió una mirada a su alrededor y comprendió que la joven se hallaba levantada hacía dos horas por lo menos. Los paquetes estaban ya atados y la tienda desmontada y envuelta. Había buscado leña, encendido la lumbre y preparado el desayuno, mientras él dormía. Y ahora estaba a doce pasos de distancia de él, ruborizada al verle tan azorado y aguardándole.

—Ha sido usted demasiado buena, señorita Juana —exclamó el joven—. No merezco tanta amabilidad.

—¡Oh! —exclamó Juana.

E inclinóse sobre el fuego, mientras Felipe se alejaba hacia el arroyuelo. Estaba decidido a conservar mejor el dominio de sí mismo. Mientras sumergía la cara en el agua fresca, afirmábase su resolución; en adelante se olvidaría de todo, para recordar solamente que tenía a Juana bajo su custodia y evitaría herir sus sentimientos y forzarla a hacerle confidencias.

A las nueve estaban ya en la canoa deslizándose por el río. Hasta las doce estuvieron remando casi sin descanso. Pero después de comer, Felipe le quitó el remo a Juana y la obligó a sentarse frente a él.

La tarde transcurrió para Felipe como un sueño. No hizo la menor referencia a Fort O'God ni a sus habitantes; no habló de Elena Brokaw, ni de lord Fitzhugh, ni de Pedro. Habló de sí mismo y de lo que había sido su vida hasta entonces. Evocó el recuerdo de sus padres, que habían muerto; recordó a su hermanita, a la que adoraba, pero que le abandonó también en el mundo. Expuso la soledad en que se encontraba como se la hubiera referido a su hermana si viviera, y los dulces y azules ojos de Juana le miraban llenos de ternura y de simpatía. Habló luego de Gregson, de su mundo, de aquel mundo que no hacía mucho tiempo llamaba todavía el suyo...

Juana era ahora la que le preguntaba. Inquiría sobre pueblos y ciudades, sobre libros y mujeres. La instrucción que poseía la joven dejaba perplejo a su interlocutor. Parecía que hubiera visitado el Louvre, que hubiese paseado por las calles de Berlín, París y Londres; hablaba de Johnson, de Dickens y de Balzac como si hubieran muerto el día anterior. Era como si hubiera estado en todas partes y lo hubiese visto todo a través de un velo maravilloso. Conocía el mundo, la gente, las ciudades, los encantos de la civilización... Y sin embargo, lo conocía todo como un ciego; sabía cómo era, pero no lo había visto nunca; y había en sus palabras una dulzura y sentimiento tales, que hacían vibrar todas las fibras del cuerpo de Felipe con inmensa y tranquila alegría. Comprendía ahora que el dueño de Fort O'God era realmente un hombre excelente, porque de una criatura de la nieve, del bosque, de las desoladas planicies, había hecho a Juana... Y Juana era una maravilla.

Por la tarde recorrieron treinta millas antes de detenerse y acampar por la noche. El próximo día y el siguiente siguieron viajando hasta que, por la tarde del cuarto, llegaron a la proximidad de los rápidos de Big Thunder, junto a la confluencia del Grande con el Pequeño Churchill, a sesenta millas de Fort O'God.

Aquellos días pasaron para Felipe con alegre rapidez, demasiado cortos a su juicio. Ocupaba Juana su alma de tal modo, que no quedaba en ella sitio para nada más. Sin embargo, su felicidad sentíase turbada a veces por un hecho que le apenaba a pesar de no tener nada de triste: dos días después llegarían a Fort O'God y allí no sería ya Juana tan suya como ahora. Aun en el corazón de las selvas había convencionalismos que pondrían fin a su camaradería. Un día de descanso, dos a lo sumo, y tendría que separarse de la joven para dirigirse al Blind Indian Lake... Acercábase el momento en que dejarían de ser camaradas para ser sólo amigos. A ratos, no podía disimular Felipe la tristeza que le dominaba. Nada revelaba de ella en sus palabras, pero Juana la había adivinado en las alteraciones de su rostro, que traicionaban los sentimientos de su corazón. Por el contrario, la joven sentíase más feliz a medida que el viaje se acercaba a su término; levantábase constantemente alegre, complacida, mirando en dirección a Fort O'God. Y aquello solo era ya una amargura para Felipe, a pesar de que se tachaba de loco a sí mismo por permitirse pensar así. Con torpe lógica masculina deducía que si Juana le tuviera en alguna estima, no tendría tanto afán de que terminara su camaradería... Pero aquellas rachas de amargura pasaban pronto y en aquella tarde del cuarto día alejéronse definitivamente por un incidente que ocurrió.

Cuatro días habían bastado para que se conocieran uno a otro mejor de lo que hubieran podido conocerse en cuatro años. La vida especial que les impusieran las circunstancias contribuyó a desarrollar su amistad; una hora que se aparte de lo vulgar puede poner un alma al desnudo. Pensó Felipe en Elena Brokaw, cuyo corazón era todavía un misterio para él, que seguía siendo una extraña, a pesar de los años que se conocían. Y en cambio, en cuatro días conocía a Juana a fondo y Juana le conocía mejor a él de lo que nunca le conociera Elena Brokaw. Y llegó a una conclusión que

le hizo considerar también con regocijo el término del viaje: en Fort O'God hablaría a la joven de su amor.

Juana estaba mirándole cuando se afirmó en aquella decisión; vio que desaparecía de su frente la nube que la oscurecía, y se ruborizó. Al ver los ojos de la muchacha fijos en él, echóse Felipe a reír, sin saber a punto fijo de qué.

—Si es algo gracioso —dijo ella—, hágame el favor de explicármelo.

Aquellas palabras constituyeron una tentación para él, pero supo resistirla.

—Es un secreto —contestó— que le comunicaré apenas lleguemos a Fort O'God.

Volvió Juana el rostro hacia la parte alta del río y prestó oído. Lo mismo había hecho media docena de veces durante la última media hora, y Felipe la había imitado. Habían oído primero un murmullo distante que iba creciendo a medida que avanzaban, semejante al rumor del viento en las copas de los árboles. Era el lamento lejano del agua entre las rocas, en los rápidos de Big Thunder. El murmullo transformóse en un quejido y el quejido en un alarido de trueno ensordecedor. La corriente se hizo tan rápida que Felipe se vio precisado a emplear toda su fuerza para lograr que la canoa avanzara, hasta que, al poco rato, dirigióla hacia la orilla.

Desde allí un abrupto camino conducía a la parte alta de uno de los acantilados que rodeaban los rápidos de Big Thunder. Todo era allí roca, roca resbaladiza, que formaba un estrecho camino por el que no podían pasar juntas dos personas. Felipe pasó primero con uno de los paquetes y Juana le siguió. El ruido atronador aumentaba por segundos hasta no dejarles oír sus mismas voces; encima precisamente de la cascada en que terminaban los rápidos, el camino se estrechaba más aún, limitado por la parte de tierra por una pared de roca y en la otra parte por el precipicio.

Volvióse Felipe y vio a Juana inmóvil, pegada materialmente a la pared; estaba mortalmente pálida y sus ojos brillaban de espanto. Dirigióle unas palabras, pero sólo pudo ver el movimiento de sus labios. Dejó entonces su carga y se acercó al borde del abismo.

A sesenta pies de profundidad quedaban los rápidos y la cascada de Big Thunder, agitado mar de espuma por entre la que asomaban las negras puntas de algunas rocas que parecían contraídas en espantosas muecas entre la rugiente corriente, cual monstruos jugando al escondite. Asomaba una como levantada por los brazos de un gigante y de pronto semejaba desaparecer bajo una ola de lechosa espuma. El abismo parecía lleno de vida, de una vida fea, horrible, cuya luz era un trueno que no moría jamás. Durante unos momentos permaneció Felipe inmóvil, fascinado por lo imponente de la escena que la Naturaleza desarrollaba a sus pies, hasta que sintió que le cogían del brazo: era Juana. Estaba de pie a su lado, temblando, pálida como la muerte, dominada por el vértigo y dispuesta a dar un último paso fatal... Cogióle Felipe con firmeza ambas manos entre las suyas y Juana levantó la cabeza, y entonces retrocedió, temblando, hasta junto a la pared.

El camino al borde del precipicio era corto, de unos doscientos metros escasos de longitud. En su parte superior terminaba en un pequeño prado verde, donde solían

acampar los que viajaban por el río. Faltaban todavía dos horas para la noche cuando Felipe terminó de transportar el equipaje.

—No acamparemos aquí —indicó a Juana, señalando las cenizas de numerosas hogueras y recordando las indicaciones de Pedro—. Resulta demasiado público, por así decirlo. Además, el ruido ese me molesta.

—Sí, vámonos de aquí —asintió Juana estremeciéndose—. Tengo miedo de... eso.

Llevó Felipe la canoa a la parte superior del río y Juana le siguió con las pieles de oso. La corriente era allí suave y tranquila, con pequeños remolinos borboteando aquí y allí como burbujas de agua hirviente. Quedóse Juana al cuidado de la canoa mientras se dirigía él en busca de otro fardo. Al llegar a lo alto, donde dejaran los paquetes, miró Felipe hacia abajo y vio a Juana en la canoa. Disponíase a regresar, cuando a sus oídos llegó un débil sonido elevándose entre el rugido del agua de la cascada. Escuchó.

—¡Felipe!... ¡Felipe!...

El grito fue repetido por dos veces. Su nombre resonó penetrante, quejumbroso como una invocación, entre el trueno de la cascada. Sin escuchar más, corrió hacia la orilla. Desde lo alto del precipicio pudo ver el sitio en que dejara a Juana, pero la joven ya no estaba allí. Había desaparecido junto con la canoa. Apoderóse de él un miedo atroz y quedó anonadado unos momentos. El grito de Juana llegó nuevamente a sus oídos.

—¡Felipe!... ¡Felipe!...

De pronto vio a la joven. Estaba en la canoa, en el centro del río, luchando inútilmente contra la fuerza de la corriente; vio que el remo escapaba de sus manos y oyó de nuevo su grito llamándole. Lanzó Felipe una exclamación y la joven dirigió los ojos a él. A cincuenta metros de la canoa estaban las primeras rocas de los rápidos; dentro de un minuto, antes quizá, Juana quedaría despedazada ante sus propios ojos. Rápidas y encontradas ideas cruzaron por su mente. Nada podía hacer por ella; indudablemente, no era posible salir con vida de entre los remolinos y las rocas aquellas; pero, a pesar de ello, la joven seguía llamándole y tendiéndole los brazos. Tenía en él plena confianza hasta frente a la muerte.

—¡Felipe!... ¡Felipe!...

No anteponía ahora la palabra *m'sieu* a su nombre, que lanzaba como una sollozante plegaría.

—¡Voy en su ayuda, Juana! —gritó él—. ¡Voy! ¡Agárrese fuertemente a la canoa!

Echó a correr, al mismo tiempo que se quitaba la americana. Junto a las primeras rocas, en una hendidura de las peñas, salía un árbol cuyas ramas inferiores quedaban a unos doce pies de altura sobre la corriente. Trepó por el tronco con la ligereza de una ardilla y se colgó con ambas manos de una rama, dispuesto a dejarse caer junto a la canoa. Sólo una probabilidad, una sola contra diez mil, tenía de salvar a Juana. Si acertaba a dejarse caer en el momento preciso, se agarraba a la parte posterior de la

canoa y formaba una especie de timón con su cuerpo, evitaría que la embarcación zozobrase y tal vez conseguiría guiarla entre las rocas. Pero aquella única esperanza fue destruida apenas nació: la canoa estrellóse contra la primera roca, haciéndose pedazos. Elevóse a su alrededor una nube de espuma y vio a Juana hundirse y desaparecer; pero reapareció en seguida, casi debajo de él, y entonces se arrojó al agua y pudo coger a la joven por el vestido. Con un esfuerzo supremo consiguió rodearle la cintura con el brazo izquierdo, con lo que le quedó completamente libre el derecho.

Ante ellos extendíase un hirviente y espumante mar, más espantoso todavía que cuando lo miraron desde lo alto. Las rocas desaparecían entre la neblina que levantaba la espuma... Entre Felipe y el tremendo remolino de la muerte había sólo una breve extensión de agua —tranquila al parecer— negra, sombría y veloz. Miró a Juana: tenía el rostro apoyado en su pecho y los ojos de la joven se encontraron con los suyos... Y repentinamente, en aquellos postreros segundos, cara a cara con la muerte, brotó impetuoso el amor. Iban a morir y Juana moriría en sus brazos; ahora le pertenecía para siempre. Su abrazo se hizo más estrecho y su rostro se acercó al de la joven; hubiera deseado decirle, darle a entender lo que le había prometido revelarle en Fort O'God; pero su voz habría sido un murmullo entre un huracán. ¿Le comprendería la joven?... Llegaban ya junto al temido remolino... De pronto se inclinó, oprimió su rostro contra el de Juana y la besó una y otra vez. Y luego, al ser engullido por el remolino, hizo girar su cuerpo para que fuera él quien recibiera el choque.

Sólo una idea le dominaba: interponer su cuerpo entre Juana y las rocas. Él podía ser estrujado, magullado, pero Juana sólo debía ahogarse. Y todos sus esfuerzos tendieron a protegerla; y cuando sintió que las fuerzas le abandonaban y que la corriente sepultaba su cuerpo, empujóla a ella hacia la superficie. Luchaba aún, pero no se daba cuenta de lo que ocurría; zumbaba en sus oídos el ruido atronador de un millar de cañones y le parecía estar viviendo una eternidad. No sentía el menor dolor ni el menor choque; parecía luchar contra el ruido solamente, sin que sintiera en su carne los pinchazos de los puñales de las rocas. La gritería de la batalla, el ruido ensordecedor fue alejándose, y de pronto se le ocurrió una rara idea: la Providencia le había librado del torbellino y no le empujó contra las rocas. Estaba salvado y tenía entre sus brazos a Juana.

Cuando comenzó aquella lucha era todavía día claro, y ahora, al abrir los ojos, era ya de noche. Notó que estaba en tierra y recordó que había llevado a Juana a la orilla. Oyó de pronto la voz de la joven que pronunciaba su nombre, y en su alegría echóse a reír y a llorar a un mismo tiempo como un pobre idiota. Estaba muy oscuro y sentíase cansado. Dejóse caer y sintió que los brazos de Juana se esforzaban en sostenerle y pudo oír la voz de la joven. Pero su voluntad no consiguió librarle del sueño, un sueño poblado de visiones y pesadillas. Era de día y veía el rostro de Juana inclinado encima del suyo; volvía a ser de noche y sólo oía el rugido del agua... Oyó luego la

voz de Juana y la de un hombre que no supo quién podía ser. Era un sueño raro y pesado. Finalmente, se desvanecieron los ensueños y despertó. A la noche había sucedido el día; se encontraba en el interior de una tienda y en el exterior brillaba el sol. Creyó que soñaba aún y se incorporó perplejo. A su lado estaba sentado un hombre: Pedro.

—¡Gracias a Dios, *m'sieu!* —exclamó el mestizo—. Al fin ha vuelto usted en sí; ya está usted salvado.

—¡Pedro! —murmuró Felipe.

Iba recobrando la memoria; estaba despierto. Sentíase débil, pero comprendió que lo que veía no era efecto de un sueño.

—Llegué al día siguiente de cruzar ustedes los rápidos —dijo Pedro, notando su sorpresa—. Salvó usted a Juana, que no está herida siquiera, pero usted está magullado y ha tenido fiebre, *m'sieu*.

—¿No está herida... Juana?

—No. Estuvo cuidándole a usted hasta mi llegada. Ahora duerme.

—No habré permanecido así mucho tiempo, ¿verdad, Pedro?

—Llegué ayer —contestó Pedro; e inclinándose hacia Felipe, añadió—: Debe usted permanecer quieto un momento más, *m'sieu*. Le he traído una carta de Gregson que puede usted leer mientras voy a buscarle una taza de caldo que tenemos ya preparada.

Cogió Felipe la carta y la abrió, mientras Pedro salía de la tienda; Gregson le había escrito sólo breves líneas. Decían:

Querido Phil: Espero que me perdonarás, pero estoy ya cansado de todo este lío. Nunca me ha seducido gran cosa la vida de los bosques y por lo mismo voy a dejarlos, deseándote mucha suerte. Ve y lucha. Eres un endiablado luchador e indudablemente vencerás. Por mi parte, no voy a esperar los resultados, pues pienso marcharme en el buque que saldrá dentro de tres o cuatro días. Pensaba decírtelo de palabra la noche que desapareciste y siento muchísimo no poder estrecharte las manos antes de partir. Escíbeme informándome de la marcha del asunto.

Tu siempre amigo

TOM

Felipe dejó caer la carta aturdido, levantó los ojos y lanzó un grito de sorpresa, aunque no por lo que la carta de Gregson decía, puesto que nada había en ella que lo motivara. La causa de tal grito había sido la aparición de Juana en la puerta de la tienda. Pero no era la misma Juana que conociera antes: llevaba ahora impresa en el rostro una profunda pena. Tenía los labios exangües y los ojos sin brillo; un gran pesar parecía haber trazado profundos surcos en sus mejillas. Cayó de rodillas a su lado y aprisionó una de las manos del herido entre las suyas.

—¡Qué contenta estoy! —murmuró. Durante unos segundos apretó la mano del

joven contra su rostro—. ¡Qué contenta estoy...!

Levantóse y se dirigió lentamente hacia la puerta. Y Felipe pudo oír sus sollozos mientras se alejaba.

Capítulo XV

Hasta que la cortina de la tienda hubo caído detrás de Juana, no encontró Felipe fuerza para moverse ni hablar. La llamó entonces por su nombre y se incorporó. Levantóse luego y notó que apenas podía sostenerse. Sentía en el cuerpo dolores agudos como sacudidas eléctricas; tenía el brazo derecho completamente yerto y entumecido y vio que lo llevaba fuertemente vendado. Le dolía la cabeza, y sus piernas se negaban a obedecerle. Quiso levantar la mano derecha a la altura de la cara, pero se detuvo antes de llegar a ella, y sonrió al comprender la verdad. Estaba hinchada y cubierta de lívidas señales. Pensó que indudablemente lo mismo le ocurriría a su cuerpo y se dejó caer desalentado sobre su lecho de hojarasca. Un minuto después compareció Pedro con un tazón de caldo en la mano.

Felipe miróle ahora con ojos algo menos febriles; en el aspecto del mestizo se había verificado un sorprendente cambio, lo mismo que en Juana. Su rostro parecía más delgado; profundos cercos morados rodeaban sus ojos y los hombros se inclinaban con desaliento. Aceptó Felipe el caldo y bebióselo lentamente, sin hablar. Sintióse con ello más fuerte y miró a Pedro. El antiguo orgullo del mestizo había desaparecido de su rostro como una careta inútil. Ante la mirada de Felipe, bajó los ojos. Tendióle éste la mano.

—¡Pedro!

El mestizo se la estrechó y aguardó con los labios apretados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Felipe—. ¿Qué le ha sucedido a Juana? Usted me dijo que no estaba herida...

—No está herida en su cuerpo, *m'sieu* —interrumpió Pedro vivamente, poniéndose de rodillas junto a la cama—. Atienda; es preferible que se lo diga a usted francamente. Creo que sabrá usted comprenderme sin necesidad de que se lo refiera completamente todo. He traído noticias de Churchill que necesariamente tenía que confiar a Juana. Son noticias terribles que han provocado su desesperación. Sin embargo, no puedo revelarle de qué se trata y creo que su honor le impedirá insistir, *m'sieu*. Sólo puedo decirle que el asunto origen de su desconsuelo afecta exclusivamente a una persona en el mundo y esa persona es ella misma. Ahora le suplico que finja usted no haberse dado cuenta de su tristeza; acháquela a la inmensidad del peligro que ha corrido. Más adelante se lo referiré todo y me comprenderá usted; pero ahora no es posible aún. He tenido en usted plena confianza y le he dicho todo eso porque... porque...

Tenía Pedro los ojos semicerrados y miraba por encima de la cabeza de Felipe, como si no viera.

—Le he dicho a usted todo eso —repitió lentamente— porque he creído adivinar que usted la ama.

De labios de Felipe salió un grito de alegría.

—Sí, Pedro, sí: la amo... la amo... ¡la amo!...

—Lo suponía —indicó Pedro—. Así, pues, me ayudará usted a salvarla.

—Aunque para ello tenga que dar mi vida.

—Entonces nos acompañará usted hasta Fort O'God y desde allí se marchará a su campamento del Blind Indian LaKe.

Sintió Felipe que el rubor cubría sus mejillas; estaba todavía muy débil y su voz temblaba ligeramente.

—¿Sabe usted?... —murmuró.

—Sí, lo sé, *m'sieu* —contestó Pedro—. Sé que tiene usted trabajo allí y Juana lo sabe también. Sabíamos quién era usted antes de habernos visto nunca, antes de citarle en la escollera. Debe usted regresar al lado de sus hombres.

Felipe permanecía silencioso; momentáneamente toda esperanza le estaba prohibida. Miró a Pedro: los ojos del mestizo brillaban febrilmente y sus macilentas mejillas estaban rojas.

—¿Es absolutamente necesario eso?

—Absolutamente necesario, *m'sieu*.

—En tal caso, iré. Pero antes debería saber algo más, Pedro; no puedo ir completamente a ciegas. ¿Se teme a mis hombres en Fort O'God?

—No, *m'sieu*.

—Otra pregunta, Pedro. ¿Quién es lord Fitzhugh Lee?

Por unos momentos los ojos del mestizo parecieron agrandarse, ennegrecerse y arder con un fuego raro y amenazador. Levantóse lentamente y colocó ambas manos sobre los hombros de Felipe. Durante unos minutos los dos hombres estuvieron mirándose fijamente, y, al fin, habló Pedro con voz dulce y baja, apenas más fuerte que un murmullo, pero en la que vibraba algo que hizo estremecer el corazón de Felipe.

—Antes que contestar a esa pregunta, le mataría, *m'sieu* —dijo—. Nadie ha hecho jamás con Juana y conmigo lo que usted; le debemos más de lo que podremos pagarle nunca... Pues bien: si insiste usted en que conteste a esa pregunta, me convierte en su enemigo; y si pronuncia usted ese nombre ante Juana, la aleja para siempre de su camino.

Y sin añadir más, Pedro salió de la tienda. Felipe permaneció largo rato en la misma posición. Parecíale que de pronto se hubiera abierto la tierra bajo sus pies, sumiéndole en un caos de encontradas ideas. Gregson desertaba de su lado sin darle apenas una explicación y, sin embargo, estaba dispuesto a apostar su vida acerca de la lealtad de Gregson. En otras circunstancias, la inexplicable fuga de su amigo hubiera sido para él un rudo golpe moral, pero ahora quedaba eclipsado por el cambio misterioso operado en Juana. Unas horas antes sentíase feliz y reía y cantaba ante la

sola idea de acercarse a Fort O'God; cada hora añadía brillo a sus ojos y alegría a su voz. La metamorfosis se había producido al llegar Pedro y en el fondo del asunto estaba indudablemente lord Fitzhugh Lee. El mestizo acababa de advertirle que no pronunciara el nombre de lord Fitzhugh delante de Juana y no hacía mucho tiempo que Felipe lo había mencionado ante ella, sin que la joven dejara traslucir el menor signo de temor ni de ira. Por el contrario, aseguró que no le había oído nombrar nunca y que era totalmente desconocido en Fort O'God.

Apoyó Felipe la cabeza en las manos y hundió los dedos entre su pelo. ¿Qué significaba todo aquello? Recordó la escena de la escollera, cuando Pedro se levantó al oír el nombre de lord Fitzhugh; pensó en todo lo que había ocurrido desde la llegada de Gregson a Churchill y el resultado de todo ello fue una confusión de ideas que hacía latir fuertemente sus sienes. Lo único que sabía seguro era que amaba a Juana, que la amaba más de lo que jamás creyera que podría querer a una mujer y que confiaba en ella como en sí mismo. Estaba seguro de que la joven no había oído pronunciar el nombre de lord Fitzhugh hasta que se lo dijo Pedro a su regreso de Churchill. Momentáneamente sólo una cosa podía hacer: seguir el consejo de Pedro, aceptando su promesa de confesárselo todo al final. El mestizo le inspiraba confianza.

Levantóse y se acercó a la entrada de la tienda. Ocurriósele de pronto una idea embarazosa y se detuvo, sonrojándose vivamente. En los rápidos, cuando la muerte aleteaba a su alrededor, había besado a Juana; habíala besado una y otra vez y con aquellos besos le había declarado su amor. Aquello le alegraba y le contrariaba a un tiempo; le placía que ella conociera su amor y a su vez comprendía que aquella revelación había alejado a la joven de su lado.

Juana fue la primera que le vio salir de la tienda. Estaba sentada a la sombra de un pequeño bálsamo; Pedro permanecía junto al fuego, de espaldas a ambos. Miráronse los dos jóvenes un momento en silencio, y al fin Juana se acercó a Felipe y le ofreció la mano. Vio Felipe que la joven se esforzaba en aparentar naturalidad, pero su rostro la traicionaba. La mano que le dio temblaba y sus labios se movían, temblorosos también. Por vez primera, los ojos de Felipe se encontraron con los de Juana y no leyeron en ellos la franqueza que los caracterizaba.

—Creo que Pedro le ha referido ya lo ocurrido —dijo la joven—. Fue un verdadero milagro y a usted le debo la vida. En realidad, he recibido un duro castigo por mi imprudencia —intentó sonreír y retiró su mano—. No choqué contra las rocas como usted, pero...

—Fue horrible —interrumpió Felipe recordando las palabras de Pedro y dispuesto a hacer lo imposible para que la joven se sintiera a sus anchas—. Pero usted ha resistido la prueba maravillosamente. Sin embargo, temo los efectos posteriores; es necesario que no desfalezca usted ahora.

Oyó Pedro sus últimas palabras y una sonrisa distendió su atezado rostro al encontrar la mirada de Felipe.

—Es cierto, *m'sieu* —dijo—. No conozco mujer alguna que hubiera sufrido

semejante prueba con el valor y la serenidad de Juana. *Mon Dieu!* Cuando encontré una parte de la canoa allá lejos, temí que hubieran muerto los dos.

Empezó Felipe a notar que había abusado sobremanera de sus fuerzas. Sentía una debilidad que le sorprendía y un frío repentino había reemplazado en sus venas el ardor de la fiebre. Colocó Juana una mano sobre su brazo y le empujó suavemente hacia la tienda.

—No debe usted esforzarse —le dijo, viendo la palidez de su rostro—. Es mejor que permanezca acostado hasta después de comer.

Felipe obedeció dócilmente a la presión de la mano de la joven. Penetró en la tienda, seguido de Pedro, y por un momento viose precisado a apoyarse pesadamente en el mestizo.

—Es la reacción natural, *m'sieu* —indicó Pedro—. Después de la fiebre está usted débil; si pudiera dormir...

—Creo que podré —murmuró Felipe dejándose caer sobre la yacija—. Pero antes, Pedro...

—¿Qué, *m'sieu*?

—Tengo que decirle algo... No se trata de ninguna pregunta...

—Luego, *m'sieu*; ahora no.

Y sin aguardar más, alejóse. Descansando su cuerpo en su improvisado lecho, Felipe sintióse mejor. Abandonáronle dos vahídos y las náuseas y durmió el sueño pro-fundo y refrescante que suele seguir siempre a la debilidad de la fiebre. Al despertar, encontróse mucho mejor, se levantó y salió de la tienda. Pedro estaba solo y al verle le hizo una seña, indicándole un mantel extendido a la sombra del bálsamo.

Felipe tomó el alimento que le había preparado Pedro, y al terminar se inclinó hacia él, diciéndole:

—Me ha rogado usted que no le hiciera preguntas y no voy a dirigirle ninguna. Pero no me ha prohibido que le dijera lo que sé, y voy a hablarle de lord Fitzhugh Lee.

Los ojos de Pedro centellearon.

—*M'sieu!*

—Atiéndame —indicó Felipe—. No pretendo abusar de su confianza, pero creo necesario referirle lo que se de lord Fitzhugh Lee, ¿comprende usted? Insisto en ello porque sus palabras me han inducido a creer que ese hombre era en cierto modo su enemigo y el causante principal de la pena de Juana. Es también enemigo mío y, cuando le haya dicho los motivos, puede usted, si quiere, alterar su decisión de mantenerme ajeno a su pena. En caso contrario, nada impide que siga usted guardando el mismo silencio que ahora.

Rápidamente, sin separar los ojos del rostro de Pedro, refirió Felipe la parte de su historia con la que estaba relacionado lord Fitzhugh Lee. Y a medida que avanzaba en su relato, operábase en el mestizo un extraño cambio. Al llegar al asunto de las cartas que revelaban el complot tramado para convertir a los norteños en enemigos de su

Compañía, Pedro lanzó un grito ahogado; sus ojos parecían salirse de las órbitas, gruesas gotas de sudor surcaban su rostro, crispábanse sus dedos convulsivamente y sentía que algo le subía a la garganta amenazando estallar. Al terminar Felipe, ocultó el mestizo la cara entre ambas manos y así permaneció unos momentos. Luego, de pronto, levantó la cabeza; lívidas manchas aparecían en sus mejillas.

—Si eso es verdad... Si no es mentira, *m'sieu*...

Se detuvo de pronto. Algo en los ojos de Felipe le indicó que no siguiera. Vio retratadas en ellos la franqueza y la verdad.

—Es cierto —afirmó el joven.

Con una carcajada sarcástica, extendió Pedro la mano como si fuera a hacer un juramento.

—Creo en usted, *m'sieu* —dijo hablando con esfuerzo—. Si usted le hubiese referido eso a Juana antes de llegar yo, ¿sabe lo que se me hubiera ocurrido pensar?

—No.

—Pues que ella trató de arrojarse a la muerte adrede en los rápidos de Big Thunder.

—¡Dios mío! ¿Quiere usted decir que...?

—He dicho ya cuanto podía; no puedo añadir una sola palabra más. ¡Ah! ¡Aquí está Juana! —exclamó con voz algo más fuerte—. Vamos a desarmar la tienda y partiremos.

Cuando Felipe se volvió estaba Juana a doce pasos de ellos. Saludóle la joven con una sonrisa y se apresuró a ayudar a Pedro a recoger los distintos trebejos esparcidos por el campamento. No estaba Felipe tan ciego que no se diera cuenta de los esfuerzos que hacía Juana para rehuir su compañía y comprendió perfectamente que la joven sentíase más descansada cuando estuvieron instalados al fin en la canoa de Pedro y emprendieron el viaje hacia la parte alta del río.

Navegaron hasta muy avanzada la noche, y al amanecer reanudaron el viaje. A última hora de la tarde del día siguiente, el Pequeño Churchill los condujo a través de la White Fox Barren, una comarca llana y sin arbolado. Más allá extendíase el bosque y comenzaban las colinas tras las que se ponía el sol en aquel momento. En lo más alto de uno de los cerros cercanos alzábase un edificio, una masa imponente de rocas a la que alcanzaban todavía los últimos rayos solares, arrancándole destellos brillantes como llamas de fantástica hoguera.

La canoa se detuvo y Juana y Pedro miraron hacia la gran roca. Volvióse la joven hacia Felipe y el resplandor del sol hizo arder sus mejillas.

—Allí está Fort O'God, *m'sieu* Felipe —dijo.

Capítulo XVI

La voz de Juana temblaba ligeramente. La canoa deslizóse despacio hacia la orilla, y Felipe observó sorprendido el cambio que acababa de verificarse en Pedro. El mestizo habíase descubierto y se puso de rodillas con el rostro vuelto hacia el último destello rojo del cielo, como si rezara; pero sus ojos permanecían abiertos, sonreían sus labios y respiraba precipitadamente. El orgullo y la alegría substituían en su rostro al dolor y al cansancio. Conservaba erguida la cabeza, y el fuego de la roca distante se reflejaba en sus ojos. Luego volvióse Felipe a mirar a Juana; también la joven había cambiado. Volvían a ser ambos los mismos que viera por primera vez en la escollera, a la luz de la luna. Pedro no parecía ya el mestizo, sino el príncipe del rico traje de anchas bocamangas y de la espada al cinto, y Juana, sonriendo orgullosamente, saludaba a Felipe desde la proa con un exquisito saludo, diciéndole:

—Sea usted bienvenido a Fort O’God, *m’sieu* Felipe.

—Gracias —contestó el joven.

Dirigió la mirada hacia la masa de rocas bañadas por el sol en su parte superior, pero nada acertó a ver más que los negros bosques, las colinas y la árida llanura.

La canoa empezó a avanzar lentamente y Juana se volvió y miró con atención la corriente del río. Una espesa pared de arbustos limitó la vista por ambas orillas; el río se estrechó y de pronto una colina cortada a pico a ras del agua los sumió con su sombra en la oscuridad. Nadie pronunció palabra. Felipe podía oír perfectamente detrás de sí la afanosa respiración de Pedro. El silencio, el sentimiento mismo de recogimiento que la proximidad de Fort O’God ponía en las almas de Juana y de Pedro, hizo estremecer a Felipe. Prestó oído, pero nada oyó; ni siquiera el ladrido de un perro. La oscuridad iba aumentando a su alrededor. Siguieron avanzando por espacio de media hora y al fin dirigió Pedro la canoa hacia una pequeña caleta, abriéndose camino entre una exuberante vegetación de arrozales y cañas silvestres.

A ambos lados del estrecho paso alzábanse cedros y bálsamos que enlazaban sus ramas en lo alto, ocultando la pálida claridad del firmamento. Apenas podía ahora Felipe distinguir a Juana, sentada ante él.

De pronto, prodújose un delicioso cambio. Salieron de la oscuridad como si abandonaran un túnel y ante ellos vieron una imponente masa negra en la que brillaban tres o cuatro luces amarillas. La canoa se detuvo silenciosamente en la orilla y Pedro saltó a tierra; siguióle Juana sin pronunciar palabra y Felipe desembarcó en pos de ellos.

Sacó Pedro la canoa del río y entre tanto Juana se acercó a Felipe, tendiéndole ambas manos. Estaba muy pálida y brillaba en sus ojos una dulce mirada que hizo

latir con apresuramiento el corazón del joven. Y mientras hablaba, dejó Juana que sus manos descansaran en las de Felipe.

—No hemos alarmado ni siquiera a los perros, *m'sieu* Felipe —murmuró—. Resulta delicioso, ¿verdad? Voy a sorprender a mi padre y entre tanto podrá usted permanecer con Pedro. Le veré después, pero de todos modos, deje que le diga desde ahora que...

Se puso de rodillas, colocando su rostro a peligrosa proximidad del de Felipe.

—Sea usted bienvenido a Fort O'God, *m'sieu*.

Y desapareció en la oscuridad, mientras Pedro permanecía junto a Felipe. Sonreía el mestizo, complacido, e indicó con voz suave:

—Es la primera vez que oigo semejantes palabras en Fort O'God, *m'sieu*. No acostumbramos dar aquí la bienvenida a hombre alguno que lleve en sus venas la sangre y la civilización de los suyos.

Lanzó Felipe una breve exclamación y volvióse hacia Pedro.

—¡Ah, vamos! ¿Esa es la razón de la marcha de Juana? Sin duda ha querido preparar el terreno para que fuera bien recibido. Empiezo a comprender.

—Indudablemente, no hubiera obtenido usted la excelente recepción que logrará ahora del dueño de Fort O'God —contestó Pedro con franqueza—. Por lo tanto, vamos a penetrar en la casa sin llamar la atención mientras le preparan el terreno, como usted dice.

Echó a andar y Felipe le siguió. Las líneas del negro edificio destacábanse con precisión a medida que iban acercándose a él. Era una construcción de troncos, alta, de dos pisos, cuya mitad desaparecía casi por completo en la sombra de una gran pared de roca. Fijóse Felipe detenidamente en aquel muro y convencióse de que se encontraba tras la roca en cuya cima viera antes reflejarse los últimos rayos del sol. A su alrededor no había la menor señal de otra vivienda o habitación. Pedro caminaba con rapidez. Pasaron por debajo de una ventana iluminada que estaba a un pie por encima de la cabeza de Felipe y dieron la vuelta a la esquina del edificio. En aquella parte reinaba la oscuridad más absoluta.

Dirigióse Pedro directamente a una puerta y lanzó una exclamación de placer al ver que estaba abierta. La empujó y tendió la mano para guiar a Felipe, cogiéndole del brazo. Tras ellos cerróse la puerta silenciosamente. Notó Felipe en el rostro la caricia del aire caliente y sus pies calzados con mocasines pisaron algo blando y aterciopelado. Débilmente, como si procediera de bastante distancia, oyó una voz que cantaba: era de una mujer, pero no de Juana.

A su pesar, su corazón latía descompasadamente. Como un espíritu extraño, de potencia desconocida, rodeábale el misterio de Fort O'God, envolviéndole con su hálito sutil, que le hacía estremecerse por mil pequeños temores imaginarios. Siguió Pedro avanzando y de pronto se detuvo y llamó con los nudillos a una puerta. La voz lejana había cesado ya de cantar y en su lugar dejóse oír el ladrido de un perro, una voz ininteligible y luego nada. Abrió Pedro la puerta e hizo entrar a Felipe en otra

habitación.

—Éste va a ser su aposento, *m'sieu* —indicóle—. Puede usted asearse si quiere. Creo que el dueño de Fort O'God deseará verle pronto.

Mientras hablaba, frotó un fósforo y encendió una lámpara; a continuación salió del aposento.

Felipe dirigió una mirada a su alrededor. Encontrábase en una habitación que tendría unos veinte pasos de largo e igual anchura, amueblada de un modo que le produjo profunda sorpresa. En un rincón había una pesada cama de nogal de cortinas de terciopelo, recogidas con unos cordones de seda. Junto a la cama había un antiguo tocador, de nogal también, con espejo biselado, y ante él una silla de respaldo recto, tallado con arreglo a los cánones de una remota y olvidada moda. A su alrededor todo ofrecía huellas evidentes de lujo y antigüedad. La gran lámpara que iluminaba el aposento era de hierro, repujado y parte de su pie desaparecía bajo los pliegues de un grueso damasco que cubría la mesa sobre la cual se encontraba. Era una mesa antiquísima, de patas torneadas, una reliquia de la lejana época en que el creador de aquella moda fue el favorito de una caprichosa y hermosa reina. Cubrían el suelo muelles alfombras y de la pared, junto a antiguos tapices, colgaban una serie de retratos con marcos dorados: rostros ceñudos, pálidos, sombríos; hombres con pecheras de encajes y bucles; mujeres de cabellera empolvada, que miraban a Felipe con altanería, como si les molestara su intrusión. Uno de aquellos cuadros estaba vuelto al revés, con el lienzo de cara a la pared.

Dejóse caer Felipe en un amplio sillón tapizado de terciopelo y quitóse la gorra. ¡Aquello era Fort O'God! Parecíale haber retrocedido dos siglos y esperaba advertir acaso alguna manifestación de vida en aquellos rostros que le miraban desde los cuadros. En Churchill había evocado a los muertos y aquí acudían casi a su invocación; sólo un movimiento, un suspiro, un aliento faltaba a los rostros pintados para parecer vivos. Volvió a mirarlos y sonrió nerviosamente. De pronto notó que uno de los cuadros se movía. Creyó que aquel movimiento era fruto de su imaginación y dio un salto, situándose junto al retrato en cuestión, el de una mujer joven y hermosa.

Una corriente de aire cálido que venía del suelo le dio en el rostro. Aquella corriente era la que movía el cuadro. Felipe miró hacia abajo y lo que vio deshizo el encanto que le abstraía. A su alrededor estaban las reliquias de una época remota; Rubens pudo haberse instalado en aquella habitación, lamentando que su obra quedara oculta en el corazón de la selva; en las patas torneadas de la mesa, el mísero Luis podía haber reconocido una de tantas extravagancias de sus predecesores, que tuvo que vender en bien de la real hacienda de Francia; un Gobelino pudiera reclamar uno de los tapices de la pared; el mismo Grosellier podía surgir en cualquier momento de entre las cortinas de la cama sin que su presencia resultara fuera de lugar; Felipe era allí un extraño... Pero algo le trasladó instantáneamente del siglo XVIII al XX: la corriente de aire cálido que subía del suelo. ¡A sus pies había un radiador de calefacción!

Hasta el propio dueño de Fort O'God, a quien Felipe empezaba a figurarse austero e intolerante, se hubiera reído a mandíbula batiente al ver la cara que puso el joven. No le habría sorprendido a Felipe recibir al caballero Grosellier, cual si su visita fuera tan natural como la de Juana, por ejemplo. Pero ¿encontrar un radiador de calefacción allí...! Introdujo las manos en las profundidades de sus bolsillos, lo que indicaba siempre en él el máximo asombro, y empezó a pasearse lentamente alrededor del aposento. Encima de la mesa había dos libros: una *Antología griega*, encuadernada en pergamino rojo pálido, y una *Ascensión del hombre*, de Drummond. En un esculpido anaquel, debajo del cuadro que estaba vuelto cara a la pared, había otros libros. Leyó Felipe los títulos. Eran novelas francesas: *Socialismo*, de Eloy; *Utopía*, de Tomás Moro; *Fabio y Virginia*, de Saint Pierre, y hasta una docena de volúmenes más, de Balzac y de Hugo, y la *Divina Comedia*, de Dante. Entre todos ellos había un volumen de tamaño algo menor, en cuyo dorso podía leerse el nombre de *Camila*. Algo en aquel libro, tan descentrado allí, llamóle la atención y excitó su curiosidad. El nombre que ostentaba en el dorso era el mismo que viera bordado en la punta del pañuelo de Juana. Impresionado, cogió el volumen y lo abrió; en la primera página, amarillenta por la acción del tiempo, aparecía impreso, en tinta que un día fuera negra, el título: *La voluntad divina*. Debajo, con elegante caligrafía masculina, aparecían escritas las siguientes palabras: “Una piel negra oculta a veces un alma blanca; una belleza femenina revela necesariamente un infierno”.

Volvió Felipe el libro a su sitio, algo emocionado. Aquellas palabras, brutales en su verdad, le hablaron de una ignorada tragedia que pudiera constituir la clave del misterio de Fort O'God. Su mirada dirigióse entonces al cuadro que estaba vuelto de cara a la pared; apoderóse de él la tentación de verlo y lo volvió, retrocediendo luego unos pasos, a tiempo que lanzaba una exclamación de placer.

Desde la tela condenada sonreíale un rostro de sin par belleza, el rostro de una joven que resultaba extraña allí, puesto que pertenecía a la época actual. Separóse un poco Felipe de modo que la luz de la lámpara diera de lleno en el lienzo y preguntóse si sería posible que el cuadro estuviera condenado a permanecer cara a la pared sólo porque simbolizaba el presente y no el pasado. Lo miró más de cerca y fue retrocediendo lentamente hasta encontrarse a la distancia adecuada para notar la expresión verdadera del hermoso rostro. Tenía el retrato un parecido sorprendente con Juana. Los ojos, el cabello, la dulzura de la boca, la sonrisa, todo en él recordaba extraordinariamente a Juana. Pero la mujer del retrato no era tan joven como ella; la idea primera de Felipe fue que debía de tratarse de su hermana o de su madre; pero en seguida recordó que no era posible aquello, puesto que la joven fue encontrada por Pedro en mitad de la nieve, junto al cadáver de su madre. Y aquella pintura respiraba vida, juventud y hermosura, y no muerte y miseria.

Medio avergonzado de su acción y de los pensamientos a que le había llevado su curiosidad, volvió a colocar el retrato como lo encontrara. Y acaso era algo más que curiosidad, según se confesó mientras se lavaba y arreglaba.

Una hora después llamaron a la puerta y entró Pedro. En aquel espacio de tiempo había sufrido el mestizo una radical transformación. Vestía una exquisita chaqueta de piel de ante amarilla, con las mismas bocamangas anticuadas que llevaba el día que le conoció, calzones cortos con una hebilla por debajo de la rodilla y botas de corte. Llevaba una nueva espada al cinto y el pelo alisado y peinado hacia atrás, cayéndole sobre los hombros. Fue el cortesano y no el mestizo quien saludó a Felipe.

—¿Está usted dispuesto, *m'sieu*? —preguntó.

—Sí —contestó Felipe.

—Entonces, vamos a presentarnos a *m'sieu* D'Arcambal, el dueño de Fort O'God.

Cruzaron el vestíbulo, que estaba ahora débilmente iluminado, de modo que Felipe pudo sólo entreverlo mientras seguía a Pedro. Entraron en un segundo vestíbulo algo menor, en cuyo fondo había una puerta abierta, por la que salía un chorro de luz, y ante ella se detuvo Pedro, invitando con una reverencia a su compañero a que le precediera. Inmediatamente encontróse Felipe en un aposento mucho mayor que el que acababa de dejar. Estaba iluminado por tres o cuatro lámparas y a su resplandor entrevió numerosos anaqueles llenos de libros, paredes atestadas de retratos, una recia mesa ante él... Y de pronto oyó una voz; salió un hombre de junto a la puerta y Felipe se encontró frente a frente con el dueño de Fort O'God.

Capítulo XVII

Era un anciano de barba y cabello blancos, alto como Felipe, más ancho de hombros y con el pecho más robusto. Bajo la luz de una de las lámparas, iluminado su rostro con pálido resplandor, puesta una mano sobre el pecho y tendida la otra, parecióle a Felipe que aquel anciano simbolizaba toda la grandeza y toda la gloria de Fort O'God, cualesquiera que hubiesen sido. Lo mismo que Pedro, llevaba un traje de piel de ante; su cabello y su barba crecían en salvaje desorden y bajo sus pobladas cejas ardían dos ojos profundos, del color gris azulado del acero. Era un hombre que podía inspirar miedo; viejo, pero de aspecto vigoroso, a pesar de su pelo cano, tenía la apariencia de un verdadero gigante. Parecía que de aquellos labios tenía que salir una voz profunda, sonora, temible como su apariencia, y no hubiera causado la menor sorpresa que fuera así. Pero tal como era en realidad, sí sorprendió a Felipe. Era ahogada, temblorosa, revelando una agitación en la que no podía discernirse fuerza ni orgullo.

—Felipe Whittermore, soy Enrique D'Arcambal. ¡Quiera Dios recompensar a usted lo que ha hecho!

Una mano férrea estrechó la del joven, y antes que Felipe encontrara palabra alguna que contestar, el dueño de Fort O'God le rodeó repentinamente el cuello con sus brazos y le abrazó estrechamente. Tocábanse sus hombros, estaban sus rostros muy cerca uno del otro... Durante un momento, aquellos dos hombres que querían a Juana más que a nada en el mundo estuviéronse mirando en el fondo de los ojos.

—Me han referido todo lo ocurrido —indicó D'Arcambal suavemente—. Ha traído usted a Juana a mi casa, salvándola de la muerte. Acepte la bendición de un padre y con ella cuanto poseo.

Retrocedió unos pasos y extendió los brazos señalando a su alrededor.

—Todo hubiera concluido con ella —prosiguió—. Si hubiese muerto, habría muerto yo también. ¡Dios mío! ¡Qué horrible peligro! Salvándola a ella, me salvó usted a mí; por lo tanto, sea usted bienvenido aquí como un hijo. Por primera vez desde que mi Juana era chiquitina, ofrezco a un hombre desconocido Fort O'God, y su hospitalidad no ha de faltarle mientras se mantengan en pie sus paredes, lo que equivale a decir que la amistad que le brindo no ha de tener fin.

Estrechó nuevamente las manos a Felipe, y dos lágrimas resbalaron por sus atezadas mejillas. Apenas pudo Felipe contener la alegría que le producían aquellas palabras, que en boca del padre de Juana le transportaban a un paraíso de esperanza. Por varias razones creía que no sería muy bien recibido en Fort O'God; había visto acercarse el término de su viaje con algo de temor, un temor casi indefinible, y he

aquí que el padre de Juana le abría los brazos. Pedro era indescifrable; la misma Juana constituía un misterio que ora le llenaba de esperanza, ora de desesperación; pero, en cambio, D'Arcambal le acogía como a un hijo. No encontraba palabras adecuadas a su emoción que pudieran describir su felicidad, a menos que hiciera una ardiente declaración de su amor a la joven a quien había salvado, lo que su buen sentido le aconsejó no hacer en aquel momento.

—Otro cualquiera habría hecho por su hija lo mismo que yo —dijo al fin—. Y me alegro infinito de ser el afortunado que ha podido prestarle un favor.

—Está usted en un error —interrumpió D'Arcambal cogiendo al joven por el brazo—. Es usted uno entre diez mil. Muchos retrocederían antes que arrojarse al Big Thunder voluntariamente, y entre los que se lanzaran a los rápidos, tal vez ninguno llegaría vivo al otro lado. Sólo conozco a uno que haya realizado semejante hazaña durante los últimos veinte años y es el mismo Enrique D'Arcambal. Sólo nosotros, usted, Juana y yo, hemos triunfado de aquellos monstruos de la muerte; los demás han perecido todos. Parece una extraña merced del Todopoderoso.

Felipe se estremeció.

—Sólo nosotros —repitió.

—Sólo nosotros —prosiguió el anciano—, y por lo mismo es usted un miembro más de Fort O'God.

Dirigió Felipe una mirada a su alrededor. Las paredes del aposento desaparecían casi por completo tras numerosos anaqueles atestados de libros, de papeles, de revistas, de mapas y de dibujos. Tanto la mesa como las sillas y el mismo suelo, cubierto con las pieles de quince o veinte fieras, estaban llenos también de libros. En un rincón, una vitrina contenía numerosas redomas, frascos y raros instrumentos de acero y cristal. ¡Un hombre de ciencia en plena selva! ¡Un sabio desterrado en aquella aridez!...

Allí, entre aquellas paredes centenarias, en aquel ambiente de silencio y de recogimiento, habíase educado Juana. Allí, en aquella habitación, separados del mundo y de sus miserias, Dios, la Naturaleza y su padre habían formado el espíritu de la joven. El anciano señaló a Felipe una silla junto a la mesa grande y sentóse a su lado. Y durante un momento estuvo D'Arcambal mirando un taburete forrado de piel de lince que tenía a sus pies, dulcificado su rostro por una sonrisa.

—Aquí, a mis pies, es donde acostumbra sentarse Juana —indicó—. Éste ha sido su sitio durante muchos años, y cuando ella no está aquí, estoy perdido y tengo la impresión de que me falta la vida. Esta habitación ha sido nuestro mundo. Hoy, esta noche, estamos en Fort O'God; mañana nos encontraremos en la casa de D'Arcambal; indudablemente habrá usted oído nombrarla, pero nadie le habrá hecho nunca mención de Fort O'God. Éste nos pertenece a Juana, a mí, a Pedro... y a usted. Fort O'God es el corazón, el alma, la vida de la casa de D'Arcambal. Es sólo esta habitación y dos o tres más. Cuando vienen forasteros, sólo ven en mi casa grandes habitaciones como las que habrá usted visto en muchos sitios, pero desconocen lo que

se oculta tras ellas. Allí vivimos para el mundo, aquí para nosotros mismos. He dado permiso a Juana para decirle un poco más tarde todo lo que desee, pero por mi parte soy algo curioso y quiero concederme antes el capricho de satisfacer mi curiosidad. Va usted a referirme lo que le ha ocurrido a Juana.

Estuvieron hablando una hora, durante la cual Felipe fue exponiendo uno por uno los acontecimientos que habían tenido lugar desde la lucha en la escollera, omitiendo sólo lo que comprendía que tanto Juana como Pedro hubieran deseado mantener secreto. Al terminar su relato, estaba seguro de que D'Arcambal ignoraba en absoluto cuanto se refería a la oscura nube que repentinamente había cernido sobre la vida de Juana. Profundas arrugas surcaban la frente del anciano, y tenía apretados los labios cuando Felipe le refirió la emboscada en que Pedro cayó herido y la subsiguiente fuga de los asaltantes llevándose a su hija. Supuso que sería con el fin de exigir un rescate, y Felipe cuidó de no sacarle de su error. Se lo había sugerido el mestizo y Juana participaba también de la misma opinión. ¿Qué otro motivo pudo inducir a que fueran atacados en Churchill? Según refirió a su interlocutor, habían ocurrido ya anteriormente hechos parecidos: la hija menor del factor de Nelson House había sido raptada y conservada como rehén... Cada detalle de su segunda lucha para salvar su vida y la de Juana en los rápidos fue interrumpido por un centenar de preguntas del anciano. No demostraba la menor excitación, ni aun en aquellos momentos en que la narración de Felipe presentaba a Juana pendiente entre la vida y la muerte; pero sus ojos ardían con poderoso resplandor. Finalmente, les interrumpió el sonoro y suave tintineo de una campanilla. El rostro de D'Arcambal iluminóse repentinamente.

—¡Caramba! ¡Lo había olvidado! —exclamó—. Perdóneme, Felipe. Hace ya media hora que nos espera la comida. Además...

Levantóse e hizo sonar un timbre que no había visto Felipe aún.

—Soy un egoísta.

Apenas había dicho estas palabras, oyóse en el vestíbulo ruido de pasos, y a pesar de su decisión de mantenerse tranquilo y no traicionar su emoción, levantóse Felipe de un salto. Acababa de entrar Juana y permanecía ahora bajo la lámpara, a unos doce pasos de distancia de él; era aquélla una visión tan exquisita e ideal que le absorbió por completo, impidiéndole ver a quienes entraban tras ella y oír la suave carcajada de felicidad que lanzó D'Arcambal junto a él. Parecióle de repente tener ante sí la imagen del cuadro vuelto cara a la pared, pero mucho más bella, con el fulgor radiante de la carne viva. Pero había en la joven algo más asombroso que aquel parecido. A la sazón alcanzaba Juana la plena realización del ensueño de Felipe; aparecía a sus ojos cual si viniera de otro mundo distinto y de otra época lejana. Vestía un traje antiquísimo de inmaculada blancura, de una tela finísima, que parecía flotar a su alrededor siguiendo el ritmo de su respiración suave. Asomaban sus blancos hombros por entre finísimos encajes que caían sobre su seno, y sus brazos esculturales estaban desnudos. Llevaba recogido el pelo en sedosos rizos alrededor de

la cabeza, sin más adorno que una flor prendida entre ellos. Con un gran esfuerzo consiguió Felipe reponerse y trató de disimular su primera impresión saludando profundamente para ocultar el rubor que le coloreaba el rostro. Correspondió Juana a su saludo con una ligera inclinación y pasó ante él para caer en los abiertos brazos de su padre.

Había una expresión de profunda alegría en el rostro del dueño de Fort O'God mientras miraba a Felipe por encima de la cabeza de Juana.

—¡He aquí lo que ha salvado usted para mí! —dijo.

Entonces dióse cuenta Felipe de que en la habitación había otras personas. Una era Pedro y la otra un linda joven de rostro bronceado, cuyo negro cabello brillaba a la luz de la lámpara como el ala de un cuervo. Separóse Juana de los brazos de su padre y tendió la mano a Felipe.

—Le presento a mi hermana, la señorita Couchée, *m'sieu* Felipe —indicó.

La hermana de Pedro estrechó la mano al joven, y tras ellos D'Arcambal echóse a reír de nuevo, a tiempo que exclamaba:

—Mañana, en casa de D'Arcambal, puede usted llamarla Otilia, Felipe. Pero esta noche estamos en Fort O'God.

Y volviéndose hacia Juana le dijo:

—¡Estás encantadora, Juana!

—¡Bella como un ángel! —murmuró Felipe para sí.

—Y a esta encantadora muchacha —prosiguió el anciano— va usted a acompañarla a la mesa, *m'sieu* Felipe. Esta noche creo que debo llamarle *m'sieu*, pero mañana, cuando lleve mis botines de cuero y mi gorro de piel, le llamaré Phil o Tom o Dick o Enrique, lo que se me ocurra. Es la primera vez que mi Juana se dirige al comedor del brazo de otro que no sea yo o Pedro; no le sorprenda, pues, que esté un poquito celoso.

Mientras se dirigían al comedor, no pudo Felipe evitar decirle a Juana, cuya mano descansaba en su brazo:

—¡Qué contento estoy, Juana!

—Fíjese usted en su vestido, *m'sieu* Felipe —exclamó D'Arcambal tras ellos, con el acento de un chiquillo feliz—. Aun prescindiendo de la que lo lleva puesto, es un verdadero honor servir de escolta a semejante indumentaria. Perteneció a una dama que se llamaba Camila y que murió hace un siglo.

—¡Por Dios, padre! ¡No seas malo! —protestó Juana.

—¡Oh, es verdad! —asintió el anciano—. Olvidaba que tenías que ser tú la que le refirieras todo eso a *m'sieu* Felipe.

Penetraron en el comedor, iluminado por una gran lámpara suspendida del techo sobre una mesa cubierta con un blanco mantel y dispuesta con servicio de plata. Aquella estancia causó a Felipe igual sorpresa que le causarían las otras dos. No había sillas en ella: adosados a la mesa había una especie de bancos de alto respaldo, tapizados con cuero de un color verdoso. Igual clase de asientos amueblaban los

rincones de la habitación. Los cuadros que colgaban de las paredes, la armadura colocada de pie, en un rincón, como un alerta centinela, todo en el aposento respiraba remota antigüedad. Encima de la gran chimenea, donde ardían media docena de gruesos leños, había colocadas algunas armas antiguas: un fusil de chispa, un par de pistolas de duelo francesas; una corta espada, semejante a la que llevaba Pedro, y dos enormes sables. Atada alrededor de cada una de las dos pistolas vio Felipe una cinta descolorida y ajada, como si el paso de los años le hubieran robado la hermosura y el color para reemplazarlos por la melancolía de la edad.

Durante la comida notó Felipe que Juana estaba bajo el peso de un dolor que en vano trataba de disimular. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes, con brillo casi febril. Dos o tres veces vio temblar ligeramente sus hombros, como si se estremeciera... Y descubrió que también Pedro se daba cuenta de ello y que había algo forzado en la jovialidad del mestizo. Pero D'Arcambal y Otilia parecían ignorar en absoluto que se hubiera efectuado el menor cambio en Juana. Recordó Felipe su última cena en Churchill con Elena Brokaw y su padre: también la señorita Brokaw obró entonces de una manera extraña, luchando por disimular alguna pena secreta, lo mismo que luchaba ahora Juana.

Alegróse al llegar al fin de la cena, cuya señal dio el dueño de Fort O'God levantándose.

—Juana le debe a usted una excusa y una explicación, *m'sieu* Felipe —indicó D'Arcambal poniendo una mano sobre la cabeza de Juana—. Vamos a retirarnos los demás y ella le iniciará en el secreto de Fort O'God.

Y seguido de Pedro y Otilia, dejó el aposento. Por vez primera desde hacía una hora, Juana sonrió francamente a Felipe.

—No hay mucho que explicar, *m'sieu* Felipe —indicó, levantándose de su asiento—. Conoce usted ya casi todo Fort O'God. Lo que ocurre es que parece que no haya tenido yo mucha confianza en usted hasta ahora. Debe juzgarme ingrata por haberle hablado tan poco de mí misma y de mi hogar, después de lo que hizo usted por Pedro y por mí...

—Nada deseo saber —interrumpió Felipe vivamente—. Si he demostrado otra cosa, será porque soy un estúpido, señorita Juana. Conozco ya bastante de Fort O'God; sé que es un lugar delicioso, y como usted no me debe nada...

—Pero yo insisto en referírselo —añadió la joven—. ¿No quiere usted escucharme, y ésta será la segunda vez que puedo hablar de mi casa? Además, la primera no me produjo placer alguno y ésta sí me lo producirá.

Una sombra oscureció los ojos de Juana, a tiempo que señalaba a Felipe un asiento a su lado, junto al fuego. La proximidad de la joven, el contacto de su vestido, la suave fragancia de su persona, hicieron estremecer a Felipe. Sintió que se acercaba el momento que iba a decidir su destino, trasladándolo a un eterno paraíso o sumiéndole en un caos de desesperación. Levantó Juana la mirada hacia las pistolas; la luz del fuego se reflejaba en las cintas de su seno, reverberaba en su cabello e

iluminaba su rostro con dulce resplandor.

—No hay mucho que explicar —repitió en voz tan baja que sólo era un murmullo—. Pero aunque sea poco, quiero que usted lo sepa, para que no se marche sin comprender lo que ocurre. Hace de ello un par de siglos, había en esta región una banda de caballeros aventureros a las órdenes del Príncipe Roberto, venidos aquí para constituir la Compañía de la bahía de Hudson. Es un hecho histórico que sin duda conoce usted mejor que yo. Uno de aquellos hombres era el caballero Grosellier. Un día de verano remontaron el Pequeño Churchill y se detuvieron en la gran roca en la que hemos visto ponerse el sol la tarde última y que los indios llamaban la Roca del Sol. A Grosellier le sedujo la belleza del lugar, y cuando regresó a Francia fue con el propósito de volver aquí y construirse un castillo en mitad de la selva, lo que llevó a efecto dos o tres años más tarde, bautizando su nueva propiedad con el nombre de Fort O'God. Durante más de un siglo, Fort O'God fue un lugar de placer y de algazara en mitad de los bosques, hasta que a principios del diecinueve pasó a poder de un hombre llamado D'Arcy, de quien se dice que hospedó en el castillo durante una temporada a veinte caballeros y otras tantas damas francesas. La parte de historia correspondiente a esa época queda confusa y oscura, pero parece que con la llegada de D'Arcy siguió siendo Fort O'God un lugar de recreo y de aventura, hasta que el dueño fue muerto por una de esas pistolas, junto a la Roca del Sol, en un duelo con uno de sus invitados. La causante del desafío era una mujer que, fundándonos en algunas cartas que se han encontrado, creemos se llamaba Camila. En mi aposento hay un arcón repleto de ropa que lleva toda su nombre bordado; el traje que llevo puesto es de aquel arcón y, por lo mismo, tengo que andar con mucho cuidado con él porque se rasga con suma facilidad. Tras la muerte de D'Arcy, el lugar quedó casi completamente abandonado hasta que hace cuarenta años mi padre tomó posesión de él. Tal es la sencilla historia de Fort O'God, cuyo nombre ha olvidado el mundo y sólo recordamos nosotros; los demás lo conocen por la casa de D'Arcambal.

—Sí, lo sabía ya —indicó Felipe.

Los dedos de Juana estrujaban nerviosamente una de las cintas de su seno.

—En realidad, eso no tiene ningún interés —prosiguió la joven—. Puede usted figurarse lo que falta. Mi padre, Pedro, su hermana y yo hemos vivido aquí completamente solos, sin que ninguno de los cuatro sintiera el menor deseo de abandonar nuestro mundo. Tal vez no quiera usted creerme, pero lo cierto es que consideramos desde lejos la civilización, nos burlamos de ella y nos disgusta profundamente. Hasta donde alcanza mi recuerdo, creo que me han enseñado a odiarla.

La voz de Juana temblaba ligeramente. Separó Felipe los ojos del rostro de la joven y los fijó en el fuego, luchando por retener las palabras que pugnaban por salir de sus labios. Y al fin dijo solamente:

—También yo odio profundamente la civilización de mi mundo, Juana; me ha obligado a odiarla él mismo... Por eso hablé aquella noche en la escollera.

—A veces pienso que estoy en un gran error —prosiguió la joven, pensativa—. Nunca he visto ese otro mundo de la civilización; nada conozco de él, excepto lo que me han referido... no tengo derecho a odiarlo y, sin embargo, lo odio, y no he deseado verlo nunca, ni nunca he querido conocer a su gente. Deseo comprenderlo, pero no puedo. Sólo sé que mi padre ha dispuesto para nosotros, para Pedro, para Otilia y para mí, este pequeño mundo de Fort O'God y nos ha enseñado a temer el otro. Sé que no hay otro hombre como mi padre y que lo que hace él es siempre lo mejor, y, sin embargo, cuando pretende que sabemos nosotros más del mundo civilizado que los que viven en él, me parece realmente que eso es imposible... Hemos crecido, pues, entre los recuerdos, los cuadros y las leyendas de Fort O'God y nos gusta vivir como vivimos, haciéndonos nosotros mismos nuestros códigos sociales, nuestras leyes, nuestro mundo. El espíritu de Fort O'God, la sombra de los rostros de hombres y mujeres que llenaron un día estas habitaciones con sus risas y sus voces, viven con nosotros en nuestra soledad; los conozco a todos por sus nombres y por sus caras. Poseo un daguerrotipo de Camila Poitiers, que debía de ser una mujer hermosísima; en el arcén que le perteneció están guardadas las zapatillas más diminutas del mundo y cintas como las que rodean esas pistolas. En el aposento de usted hay un retrato de D'Arcy. Es el cuadro más próximo al que tiene vuelta la cara hacia la pared.

Levantóse y Felipe la imitó. Había una nube en los ojos de la joven al tender la mano a su compañero.

—Me gustaría que... que... que viera usted ese cuadro —murmuró.

No acertó Felipe a decir palabra y limitóse a estrechar silenciosamente la mano de Juana mientras cruzaban el largo y oscuro pasillo. Se detuvieron ante la puerta abierta de su aposento y entonces pudo notar Felipe que la joven temblaba.

—¿Promete usted decirme la verdad? —suplicó como una niña—. ¿Me dirá con franqueza lo que opina del retrato?

—Sí.

Precedióle la joven y dio vuelta al cuadro de modo que el rostro pintado sonriera a ambos con toda su fantástica dulzura. La actitud de Juana tenía ahora mucho de patética. Permaneció de pie bajo el cuadro, mirando a Felipe con una tristeza contenida en los ojos, suplicante, una ansiedad en el rostro, indeciso entre el dolor y la alegría. Y desde el cuadro, la misma Juana, una Juana algo más vieja, sonreía invitando a la admiración, maravillosamente hermosa. Reprimió Felipe una exclamación y echóse a reír luego dulcemente, con risa emocionada, emoción de un alma alegre que no podía expresarse con palabras. Pero a los ojos de Juana tomó una expresión totalmente distinta, que hizo que de sus ojos resbalaran dos lágrimas por sus pálidas mejillas, y repentinamente ocultó la cara entre las manos y sollozando volvióse hacia el rostro que le sonreía desde la tela.

—También usted la odia —murmuró—. Todos la odian. Debió de ser muy mala... La odian todos... todos... menos yo... ¡Oh, sí! ¡Yo la quiero...!

Los sollozos agitaban su cuerpo. Durante unos segundos permaneció Felipe como herido por un rayo, y de pronto corrió hacia ella y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Juana... Juana... Atienda... —suplicó—. Esta noche, antes de ir a ver a su padre, miré ese retrato y me gustó sobremanera, porque se parece mucho a usted, Juana, amor mío... Te amo... Te amo...

Lloraba ella ahora contra su pecho. Cubrió Felipe su rostro de besos, y aunque los labios de la joven no se le ofrecían, vio en sus ojos una luz que le llenó de felicidad.

—Te amo... Te amo... Te amo... —repitió sin acertar a hallar otras palabras que aquéllas.

Durante un momento, los brazos de Juana rodearon sus hombros; pero de pronto, lanzando un grito de horror, rechazóle lejos de sí y abandonó precipitadamente el aposento.

Capítulo XVIII

El Felipe permaneció inmóvil en el mismo sitio en que le dejara Juana, tendiendo los brazos en dirección a la puerta por donde había desaparecido ella, entreabiertos los labios como si fuera a pronunciar su nombre, inmovilizado por la sorpresa. Un momento antes habíase sentido dominado por una alegría que llegaba casi a la locura: tenía a Juana entre sus brazos y se miraba en sus ojos; por un momento había sido la joven algo suyo y, de repente, cesó el encanto y se encontraba solo. El grito de Juana, rudo como un martillazo, resonaba todavía en sus oídos; había en él un profundo pesar que le atormentaba. Su alma, su corazón, su sangre toda, habíanse estremecido con la alegría de aquel momento glorioso, cuando los ojos de Juana y sus dulces labios aceptaron su amor, mientras los brazos de la joven rodeaban sus hombros; pero ahora había recibido un golpe de muerte. Sintió nuevamente la presión de las manos de Juana al desasirse de él; vio pasar otra vez ante sus ojos el temor y la tortura retratados en la mirada de la joven al rechazarle, como si su contacto fuera un sacrilegio... Bajó lentamente los brazos y salió al pasillo; no había nadie en él ni se oía el menor ruido, por lo que volvió a penetrar en el aposento y cerró la puerta.

El silencio era tan profundo que le permitía oír los latidos de su propio corazón. Miró nuevamente el cuadro y le produjo el raro efecto de que la imagen retratada en él ya no sonreía, sino que miraba tristemente en dirección a la puerta por la que había desaparecido Juana. Alejóse un poco, y al cambiar de sitio, su ilusión se desvaneció. Era otra vez Juana, una Juana más vieja y más feliz que la que él amaba, quien le miraba desde la tela. Por primera vez examinó detenidamente la pintura y en una de sus esquinas pudo leer el nombre del artista que la pintara: Bourret, y tras él la fecha: 1883. ¿Era posible que fuera el retrato de la madre de Juana? Confesóse a sí mismo que era imposible, porque la madre de Juana había hallado la muerte entre las nieves cinco años después de la fecha que se leía en el retrato, y Pedro, el mestizo, habíala sepultado en un punto cualquiera de la árida llanura, que sólo él conocía. Ni siquiera el dueño de Fort O'God, a quien llevó Pedro la criatura, había visto jamás a la mujer en cuyo regazo fue encontrada Juana.

Nerviosamente volvió a colocar el cuadro de cara a la pared y empezó a pasear por el aposento, pensando si D'Arcambal le mandaría llamar. Deseaba volver a ver a Juana aquella misma noche y, sin embargo, estaba seguro de que la joven se había retirado a su habitación, por lo que el mismo D'Arcambal ignoraba que estuviera solo. Con ello se le ofrecía una interminable velada de soledad y de tormento. Esperó tres cuartos de hora y al fin se le ocurrió la idea de buscar un pretexto plausible para ir al encuentro de su huésped. Disponíase a realizar su intento, cuando le sorprendió

un ahogado ruido de pasos en el pasillo, seguido de un claro pero tímido golpe en la puerta. Lleno de esperanza, pensando que Juana volvía a su lado, dirigióse Felipe apresuradamente a la puerta y la abrió.

Oyó que los pasos se retiraban por el extremo del pasillo, pero la ausencia de toda luz le impidió ver nada. A sus pies había algo; inclinóse y lo recogió: era un sobre cuadrado en el que estaba escrito su nombre por la delicada mano de Juana. Volvió a penetrar en el aposento y, latiendo de esperanza su corazón, abrió la misiva; pero lo que en ella leyó le hizo palidecer:

Monsieur Felipe: Si no puede usted olvidar lo incorrecto de mi conducta, le ruego que me perdone. Ninguna mujer en el mundo puede apreciar el justo valor del amor de usted con tanta exactitud como yo, puesto que las circunstancias se han encargado de demostrarme cumplidamente su rectitud y su honradez. Y, sin embargo, me es absolutamente imposible aceptarlo, como lo sería para mí abandonar Fort O'God, mi padre y mi mundo, aunque no puedo revelarle los motivos, que espero no me preguntará usted. Después de lo ocurrido esta noche no podría volver a verle, por lo que me atrevo a pedir a su amistad, que es para mí lo más sublime del mundo, que abandone Fort O'God. Nadie debe saber lo ocurrido entre nosotros; se marchará usted mañana por la mañana y mis oraciones le acompañarán siempre.

JUANA

El papel se deslizó de entre los dedos de Felipe y cayó al suelo. Tres o cuatro veces en su vida había recibido el joven golpes brutales que le atontaron y le pareció ahora que acababa de recibir uno más y que estaban sus ideas en confusión. Acercóse vacilante al sillón y se dejó caer en él, mirando fijamente al pliego de papel blanco que yacía en el suelo. Si alguien le hubiera dirigido la palabra en aquel momento, no le habría oído. En iguales circunstancias, Gregson se habría reído nerviosamente y hubiera fumado numerosos cigarrillos, empezando a trazar planes para proseguir la lucha al día siguiente; pero Felipe era luchador solamente cuando peleaba con hombres y no cuando lo hacía con mujeres. Había declarado su amor, había abierto su alma a Juana, y un corazón como el suyo, sencillo y franco, no podía hacer otra cosa. La negativa de la joven a aceptar su amor significaba para él la derrota final, por lo que acató sin protestar la decisión de ella. Hubiera luchado contra diez hombres, contra cien si fuera preciso, solo y sin armas, si la lucha debía proporcionarle la ocasión de ganar a Juana; hubiera muerto risueño y feliz peleando por ella. Pero era la misma Juana la que le asestaba el golpe de gracia.

Durante largo rato permaneció inmóvil en su asiento, mirando fijamente al fatídico papel; al fin se levantó, lo recogió del suelo y se acercó a una de las ventanas que daban al exterior. Había salido la luna y el cielo estaba cubierto de estrellas; el pálido fulgor de la aurora iluminó su rostro, mientras miraba la orilla negra del bosque de abetos y la extensa y árida llanura, envuelta en la oscuridad de la noche...

Intentó abrir la ventana, pero estaba fuertemente sujeta. Cruzó desde la habitación, abrió la puerta y siguió silenciosamente a lo largo del pasillo hasta la puerta por la que le hiciera entrar Pedro unas horas antes. No estaba cerrada; abrióla y salió. El aire fresco sirvió de sedante a sus nervios y durante largo rato anduvo a la luz de la luna, hasta que se dio cuenta de pronto de que estaba en la profundidad de la Roca del Sol, que se erguía sobre su cabeza como un gigantesco centinela. Siguió alrededor de su base y se detuvo al fin junto al sitio donde desembarcaran de la canoa. Junto a la de Pedro había ahora otra embarcación y el reflejo de la luna iluminaba claramente dos figuras cerca de ella.

Una de ellas era la de un hombre y la de una mujer la otra. Al detenerse Felipe a mirarlos, el hombre se acercó a la mujer y la estrechó en sus brazos. Oyó Felipe una voz apagada que reconvenía al hombre y le pareció reconocer en ella a la de Otilia. A pesar de su dolor, sonrió a aquel otro amor que había sabido hallar el camino de Fort O'God. Volvióse discretamente para no interrumpir a los enamorados, pero había dado apenas doce pasos cuando oyó las pisadas de la joven, que acababa de separarse de su compañero y se alejaba corriendo hacia donde estaba él. Se ocultó en la sombra de una roca para evitar que le descubrieran y la joven pasó por su lado, en el espacio iluminado por la luz de la luna. En aquel momento el corazón de Felipe cesó de latir y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para evitar que sus labios lanzaran un grito de angustia. Aquella joven no era Otilia: era Juana.

La muchacha desapareció rápidamente. Entre tanto, el hombre habíase embarcado en su canoa y se perdía también en la oscuridad. Entonces profirió Felipe un grito de angustia, y como un eco a él oyó un sollozo contenido. Y avanzando unos pasos hasta un lugar que iluminaba la luna, encontróse cara a cara con Pedro Couchée.

Pedro fue quien habló primero.

—Lo siento mucho, *m'sieu* —murmuró—. Comprendo que su corazón está despedazado lo mismo que el mío.

Algo nuevo y extraño en el rostro del mestizo, en el sonido gutural de su voz, llamó la atención a Felipe. Brillaba en los ojos de Pedro honda pena; de pronto avanzó Felipe, cogió la mano del mestizo y los dos hombres estuvieron mirando un momento a los ojos con fijeza. En aquella mirada, en el apretón de sus manos, en el dolor que expresaban los rostros de ambos, revelábase por sí misma la verdad desnuda.

—¿También usted la ama, Pedro? —preguntó Felipe.

—Sí, *m'sieu*; la amo —contestó Pedro suavemente—. La amo, no como a una hermana, sino como un hombre cuyo corazón está destrozado.

—Al fin comprendo... —indicó Felipe sin terminar la frase, con voz fría y sin matices, soltando la mano de Pedro—. He recibido una nota suya indicándome que abandonara Fort O'God mañana por la mañana —prosiguió mirando a Pedro primero y a lo lejos después, a la inmensa llanura—. Pero voy a marcharme esta misma noche.

—Es mucho mejor —asintió Pedro.

—Nada he dejado en Fort O'God y, por lo tanto, no es necesario que vuelva a mi aposento —añadió Felipe—. Juana comprenderá el motivo de mi marcha, y a su padre le dirá usted que he recibido un mensaje de Blind Indian Lake y que por no despertarle me voy sin despedirme de él. ¿Quiere indicarme el camino, Pedro?

—Le acompañaré hasta allí, *m'sieu*. Solamente hay veinte millas de distancia: diez en canoa y diez a pie.

No añadieron palabra. Dirigiéronse a la canoa y no tardaron en perderse entre las mismas sombras en que se perdiera la embarcación del desconocido. Sin embargo, no vieron rastro de ella. Pedro dirigió la canoa río abajo y durante dos horas los dos hombres permanecieron silenciosos, hasta que, transcurrido ese espacio de tiempo, el mestizo acercó la embarcación a la orilla.

—Vamos a desembarcar aquí, *m'sieu* —indicó.

Avanzaron a pie rápidamente, y de vez en cuando, al dirigir Felipe una mirada al rostro de Pedro, veía retratada en él una desesperación tan grande como la suya. El camino los condujo hasta una gran llanura junto a una colina. Avanzaban ambos silenciosos como sombras, a través de la árida extensión que parecía interminable. Treparon al fin a la colina, y media hora después llegaban a la cumbre. Pedro se detuvo y señaló hacia abajo, hacia la tierra que aparecía envuelta en misteriosas tinieblas.

—El campamento de usted está al otro lado de esa llanura, *m'sieu* —dijo—. ¿Conoce la región?

—He cazado muchas veces en esta colina —contestó Felipe—. El campamento está sólo a tres millas de aquí y encontraré un sendero que conduce directamente a él, media milla más abajo. Mil gracias, Pedro.

Le tendió la mano.

—¡Adiós, *m'sieu*!

—¡Adiós, Pedro!

Temblaban sus voces y sus manos se estrecharon con fuerza. Sintió Felipe un extraño nudo en la garganta y vio alejarse silenciosamente a Pedro hasta perderse en la grisácea oscuridad. Descendió entonces de la colina, y al llegar a la falda se detuvo y miró hacia atrás. Por un momento, destacándose sobre el horizonte, pudo ver la silueta de Pedro.

—¡Adiós, Pedro! —le gritó.

—¡Adiós, *m'sieu*! —Oyó débilmente.

Y la noche y el silencio le rodearon agresivos.

Capítulo XIX

Encontrarse solo, después de la triste caminata con Pedro, era para Felipe casi un alivio, pues con la desaparición del mestizo en el horizonte habíase alejado de él la última asociación física que le unía a Juana y a los suyos. Estando Pedro a su lado era como si estuviera todavía junto a Juana; pero ahora que el mestizo se había marchado efectuóse en él un cambio, uno de esos inusitados cambios que hacen que el pasado próximo se parezca más bien a un breve sueño que a una larga realidad. Avanzó lentamente por la llanura y al llegar al sendero trazado por su gente lo siguió de un modo maquinal. En el estado actual de sus pensamientos parecía que sólo hubieran transcurrido unas horas desde que pasó por aquel mismo camino para dirigirse a Fort Churchill. Las semanas que duró su ausencia habían transcurrido con maravillosa rapidez. Le parecían ahora cortas e insignificantes y, sin embargo, sabía que durante aquellas semanas vivió más intensamente de lo que nunca viviera antes y de lo que jamás volvería a vivir. Su vida había sido durante breves momentos una promesa de alegría y de esperanza, una promesa de felicidad, que un minuto a la sombra de la Roca del Sol había destruido para siempre. Había visto a Juana en los brazos de otro hombre; había leído la confirmación de sus temores en la cara descompuesta de Pedro, en el raro temblor de su voz, en las palabras que había pronunciado... Lo lamentaba por Pedro; nada hubiera tenido que decir si el hombre aquel fuera el amable mestizo; si Juana, en la poesía del amor y de la vida, se hubiese entregado al que salvó su vida muchos años atrás. Y sin embargo, en medio de su dolor, regocijábale inconscientemente de que Pedro sufriera lo mismo que él.

Esta última idea le dio ánimos y anduvo más aprisa y aspiró con mayor fruición el aire de la noche. Había sido derrotado en la gran lucha por la posesión de Juana, como lo fuera antes en otras luchas; pero al fin y a la postre quedábale el consuelo de otra y muy grande pelea que se preparaba y que comenzaría al día siguiente. La evocación de sus hombres, de sus campamentos y del próximo combate fortaleció su espíritu e hizo arder su sangre con creciente exaltación. Además, ¿estaba Juana realmente perdida para él? A la media hora de separarse de Pedro atrevíase ya a dirigirse esta pregunta, mientras su imaginación volaba hacia la habitación de los retratos, donde había confesado a Juana que la amaba y donde, por breves momentos, había leído en sus ojos y en su rostro una dulce expresión que le hizo entrever un paraíso de dichas. Pero ¿a qué obedecía aquel cambio repentino? Y luego, ¿qué significaba la escena aquella al resplandor de las estrellas?

Sólo unos latidos más fuertes de sus sienas contestaron a ambas preguntas. Juana le había indicado que en Fort O'God sólo había dos hombres: Pedro y su padre.

¿Quién podía ser, pues, aquel tercero? ¿Un enamorado con quien se encontraba clandestinamente?... Se estremeció y empezó a llenar la pipa mientras seguía andando. Estaba seguro de que el dueño de Fort O'God ignoraba la cita bajo la roca y estaba convencido asimismo de que Juana no sospechaba que Pedro tuviera conocimiento de ella. El mestizo había permanecido escondido lo mismo que él y dio a comprender a Felipe que no era la primera vez que asistía oculto a los encuentros de Juana y el hombre a quien habían visto desde la sombra de la roca. Y sin embargo, a pesar de la evidencia, no podía perder su fe en Juana:

Repentinamente vio algo ante él que alteró por unos momentos el penoso curso de sus ideas. Era una pálida faja de terreno que cruzaba el sendero diagonalmente y se extendía por la llanura hacia el Este. Lanzó Felipe una exclamación de sorpresa y aceleró el paso, con lo que no tardó en encontrarse en mitad de la carretera construida por sus hombres, que no otra cosa era lo que le había llamado la atención. Cuando se marchó de allí para dirigirse a Churchill, sólo estaban terminadas dos millas de aquella carretera. En poco más de un mes, Mac Dougall había adelantado extraordinariamente las obras en dirección al Gray Beaver Lake. En tan breve espacio de tiempo había llevado a feliz término el trabajo que Felipe no creía posible terminar en lo que quedaba de año. Pensaba que las nieves invernales le impedirían proseguirlo, y Mac Dougall lo había terminado tres semanas antes de la época de los primeros fríos.

Sintió hervir alegremente su sangre y anduvo con rapidez hasta el extremo de la carretera en construcción a un cuarto de milla del sendero. A su alrededor había esparcidas media docena de palas y montones de picos. La ceniza de una gran hoguera aparecía todavía en el sitio en que fue preparada la comida para los peones. Felipe permaneció un momento mirando a lo lejos. A milla y media de allí estaba situado el Gray Seaver y junto al Gray Beaver pasaba la línea férrea que venía del Sur.

Repentinamente ocurriósele a Felipe una idea: si Mac Dougall había conseguido construir dos millas y cuarto de carretera en cinco semanas, podían muy bien completar la milla y media que les faltaba antes que el invierno los obligara a detener las obras. En tal caso dispondrían ya de quince millas de carretera enlazando siete lagos, lo que constituiría un camino espléndido para los hombres, las yuntas y los perros. No había pensado comenzar las operaciones de pesca hasta la primavera, pero no veía ahora motivo alguno para no empezarlas durante el invierno, colocando sus redes bajo el hielo. Podían luego almacenar el pescado, conservándolo con hielo, gracias a aquella carretera que les permitiría trasladarlo rápidamente a Lobster Creek, donde tenían los almacenes. Quinientas o mil toneladas de existencia no serían mal principio: representaría un valor de cuarenta a ochenta mil dólares, la mitad de los cuales podrían destinarse al pago de dividendos.

Volvióse silbando; ardía en él un nuevo entusiasmo por entrar rápidamente en acción. Deseaba ver a Mac Dougall, y esperaba que Brokaw no tardaría mucho en

llegar al Blind Indian Lake. Mientras se dirigía hacia el campamento, iba planeando ya la instalación de estaciones en las que pudieran cobijarse hombres y animales. Levantarían una en la orilla del Gray Beaver y a partir de allí otras varias a intervalos regulares de cinco millas.

Faltábale muy poco para llegar al campamento, cuando descubrió la silueta que seguía el mismo camino que acababa de hacer él medía hora antes. Las precauciones que adoptaba el desconocido indujeron a Felipe a esconderse para observarle. A los pocos minutos cruzó ante él, y aunque no pudo distinguir su rostro con claridad, por el aspecto general del desconocido y por su cansado andar comprendió que lo que al principio creyera precaución era, en realidad, cansancio. Sorprendióle no haberse cruzado antes con él en la colina, toda vez que había seguido el mismo camino por dos veces e indudablemente se había adelantado a él en las últimas millas.

El hecho de que el hombre viniera de Fort O'God, que estuviera extenuado y que, evidentemente, se escondiera antes para rehuir encontrarse con Felipe, indujeron a éste a no perderle de vista, aunque procurando no llamarle la atención. En el transcurso de la última milla, el viajero se detuvo dos veces a descansar, pero apenas llegó a la vista del campamento apresuró el paso hasta detenerse por fin ante la puerta de una cabaña de madera, a la distancia de un tiro de pistola de donde se encontraba Felipe. La cabaña estaba construida recientemente, y su emplazamiento hizo dar a Felipe un silbido de sorpresa. Estaba, por así decirlo, aislada por completo del campamento, edificada a unos doscientos metros del lago y a un centenar de las demás cabañas, medio oculta entre los abetos. Oyó Felipe rechinar una llave en la cerradura y abrir y cerrarse la puerta. Un segundo después, una luz brilló a través de la ventana.

Dirigióse entonces Felipe apresuradamente hacia la cabaña que ocupaba con Mac Dougall, el ingeniero, y trató de abrir la puerta, pero tenía puesta la barra. En vista de ello, llamó fuertemente y estuvo llamando hasta que vio luz en el interior y oyó la voz del escocés junto a la puerta.

—¿Quién va? —preguntó Mac Dougall.

—Eso no te importa a ti —contestó Felipe al reconocer la voz del ingeniero, cayendo en el error de querer gastarle una broma—. ¡Abre!

Desde el interior quitaron la barra y la puerta abrióse lentamente. Felipe la empujó con mayor rapidez y entró. A la pálida luz de un lámpara encontróse cara a cara con los ojillos de Mac Dougall, que le miraban amenazadores, con la boca de un revólver que le apuntaba a la misma altura del rostro del ingeniero. Detúvose Felipe, estremeciéndose ligeramente, y Mac Dougall bajó el arma.

—¡Dios Santo, lo que ibas a ganarte si me descuido! —exclamó—. No es muy prudente gastar bromas de esa clase y mucho menos con Sandy Mac Dougall.

Tendió el brazo riendo, y los dos hombres se dieron fuerte apretón de manos hasta que casi les dolieron los dedos.

—¿Es ése tu sistema de dar la bienvenida a los amigos, Mac?

Mac Dougall se encogió de hombros y dejó el revólver encima de una mesa que se encontraba en el centro de su aposento.

—No tengo amigo alguno en el campamento —indicó haciendo una mueca—. ¿Qué diablos pretendes, Phil? He tratado de comprenderlo, pero ha sido inútil que me devanara los sesos.

Felipe estaba colgando su gorra y su americana en una de las perchas que había en la habitación, pero al oír las palabras del ingeniero volvióse rápidamente.

—¿Comprender qué? —inquirió.

—El motivo de las instrucciones que me mandaste desde Churchill —contestó Mac Dougall cogiendo una gran pipa que estaba encima de la mesa.

Sentóse Felipe, lanzando un suspiro de alivio; llenó su pipa y la encendió.

—Creo que las redacté muy claras, hasta para un escocés, Sandy —dijo—. Me enteré en Churchill de que no vamos a tardar en vernos metidos en una descomunal pelea, relacionada con el asunto de los incendios, y te indiqué, por lo tanto, que dispusieras el Campamento para la lucha y armases a todos los hombres aptos de que dispusieras. ¿Está claro ahora? ¿Qué pasa?

Mac Dougall le miraba fijamente, estupefacto.

—¿Me indicaste... que armara a los hombres... y dispusiera el campamento para luchar?

—Sí: te mandé instrucciones detalladas hace un par de semanas.

Mac Dougall se llevó el dedo índice a la frente.

—O te has vuelto loco o intentas gastarme una broma pesada —exclamó—. Si estás soñando, despierta ya de una vez, Phil. Mira prosiguió acalorándose—: desde que abandonaste el campamento estoy sumido en un mar de dudas y confusiones y deseo que hablemos con seriedad.

Fue ahora Felipe quien quedó boquiabierto.

—¿Acaso no has recibido mi carta en la que te indicaba que dispusieras el campamento para la lucha?

—No, no la he recibido —contestó Mac Dougall—. Pero recibí la otra.

—¡Si no había otra!

Levantóse el ingeniero, se dirigió a su camastro y regresó un minuto después con una carta que puso bruscamente en manos de Felipe. Al ver el efecto que su lectura producía en su compañero, sintió que un sudor frío bañaba su frente. Cuando levantó los ojos de la carta, tenía Felipe el rostro mortalmente pálido.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡No habrás hecho eso!

—¿Pues qué querías que hiciera? —indicó Mac Dougall—. La carta lo dice muy claro, ¿no es cierto? Me encargas en ella que equipe seis partidas de exploradores en grupos de diez, que arme a cada hombre con un rifle, que les dé víveres para dos meses y los envíe a los puntos que me indicas. Esta carta llegó hace diez días, y la última partida, al mando de Tom Billinger, partió la semana pasada. Me ordenaste confiar el encargo que me dabas a los mejores hombres de que dispusiera y eso fue lo

que hice. He dejado el campamento casi desierto, y apenas nos quedan fusiles para matar la caza que ha de alimentarnos.

—Yo no escribí esa carta —dijo Felipe mirando fijamente a su compañero—. La firma es una burda falsificación. La que te mandé refiriéndote lo que había descubierto en Churchill debió de ser interceptada y substituida por ésta. ¿Sabes tú lo que significa eso?

Mac Dougall permanecía silencioso. Tenía las mandíbulas apretadas y los puños cerrados.

—Eso significa lucha —prosiguió Felipe—. Quizás esta misma noche, acaso mañana, tal vez ahora mismo... No comprendo como no ha empezado ya.

Rápidamente puso a Mac Dougall en antecedentes de los principales hechos que había descubierto en Fort Churchill. Al terminar, el escocés se acercó a la mesa, cogió su revólver y se lo entregó a Felipe por la culata.

—¡Por Dios vivo, descárgamelo en la cabeza, Felipe! —exclamó.

Felipe se echó a reír y le cogió la mano.

—Nada de eso, mientras tenga necesidad de luchadores como tú, Sandy —indicó—. Ahora estamos ya al borde del precipicio y es necesario que el día de mañana nos encuentre dispuestos a pelear. No disponemos de una hora, ni de un minuto, tal vez, que perder. ¿Cuántos hombres aptos para el combate puedes reunir esta noche?

—Sólo diez o doce. Hay, además, la brigada de peones a quienes esperábamos cuando te fuiste y que llegaron tres días después; son veintiocho, robustos todos y excelentes trabajadores. Creo que podrá contarse con ese pelotón, aunque no lo sé a punto fijo, porque no les he dado nunca ninguna orden; las han recibido todas de Thorpe, el capataz que vino con ellos, y no obedecen las de nadie más. Thorpe puede inducirlos a luchar, pero carecen de medios para ello, puesto que sólo poseen algunos cuchillos. Me han quedado diez rifles, que puedo dar a los hombres de mi confianza, y, si es preciso, el pelotón de Thorpe podrá ser de gran utilidad como reserva.

Mac Dougall pasóse nerviosamente la mano por su enmarañado pelo.

—A pesar de todo, te confieso que no me gusta la cuadrilla esa —añadió—. Me produce el efecto de un hato de bandidos, a pesar de que trabajan endiabladamente. Sin embargo, constituyen una fuerza numerosa y no despreciable. Si pudiéramos contar con Thorpe...

—Iremos a verle esta misma noche —interrumpió Felipe— o, para hablar con más propiedad, esta mañana, puesto que es ya la una. ¿Cuánto tiempo necesitamos para reunir a nuestros mejores hombres?

—Media hora —contestó rápidamente Mac Dougall levantándose de un salto—. Tenemos a Roberts, a Henshaw, a Tom Cassidy, a Lecault, el francés, y a los dos hermanos St. Pierre. Son todos excelentes tiradores. Se les da un rifle a cada uno de ellos y hacen el trabajo de veinte hombres.

Un momento después, Mac Dougall apagaba la lámpara, y los dos hombres salieron de la cabaña. Felipe llamó la atención de su compañero hacía la luz de la

ventana de la choza hasta la cual siguiera al desconocido poco rato antes.

—Allí vive Thorpe —indicó el ingeniero—. No le he visto desde por la mañana. Debe de estar levantado todavía.

—Vamos a verle antes que nadie —ordenó Felipe.

A la llamada de Mac Dougall siguió en el interior un momento de silencio primero, pasos pesados después, y al fin abrióse la puerta. Entró Sandy seguido de Felipe y Thorpe retrocedió. Era de estatura mediana, pero de complexión tan robusta, que parecía dos pulgadas más alto de lo que en realidad era. Iba recién afeitado. Tenía los ojos y el cabello negros y su aspecto era infinitamente superior a lo que Felipe había creído encontrar en un capataz de obreros. Sus primeras palabras y el modo como fueron pronunciadas corroboraron aquella primera impresión.

—Buenas noches, caballeros.

—Buenos días —contestó Mac Dougall. Y señalando a Felipe, añadió—: Aquí está el señor Whittermore, Thorpe. Vimos luz en su ventana y supusimos que no le molestaríamos con nuestra visita.

Felipe y Thorpe se estrecharon las manos.

—Han llegado ustedes a tiempo para tomar una taza de café conmigo —indicó alegremente el segundo, señalando una cafetera que estaba sobre la estufa—. Precisamente acabo de llegar después de dar una vuelta por la nueva carretera. Estuve siguiendo la orilla del Gray Beaver, y me han interesado tan profundamente las obras que no he regresado hasta que había oscurecido ya. ¿Quieren ustedes acompañarme? Les advierto que hay muy pocos que me aventajen en el arte de preparar el café.

Mac Dougall había notado un cambio repentino en el rostro de Felipe, y mientras Thorpe se volvía para retirar del fuego la cafetera, vio que su jefe hacía un rápido movimiento y se apoderaba de un objeto que parecía un pedazo de tela y estaba encima de la mesa. Con rapidez ocultólo Felipe en la palma de la mano y una oleada de sangre subió a sus mejillas. Cuando Thorpe se volvió de nuevo, brillaba en sus ojos extraño fuego.

—Siento mucho no poder aceptar su amable invitación —le dijo—. Estoy cansado y deseo acostarme. Sin embargo, no he podido resistir el deseo de entrar un momento para felicitarle por el notable trabajo que están realizando sus hombres en la carretera. ¡Es extraordinario!

—Son buena gente —indicó tranquilamente Thorpe—. Algo salvajes, pero excelentes obreros.

Y amablemente los acompañó el capataz hasta la puerta. Una vez en el exterior, la voz de Felipe temblaba al dirigirse a Mac Dougall.

—Ve en busca de los otros y tráelos a la oficina, Sandy —le ordenó—. No he dicho nada a Thorpe porque los embusteros no me inspiran confianza, y Thorpe es un embustero. Hoy no estuvo en el Gray Beaver, puesto que yo le he visto venir en dirección opuesta. Es un embustero y hay que vigilarle. Acuérdate de lo que te digo, Sandy: no separes los ojos de ese hombre ni pierdas de vista a su cuadrilla. Y ahora

apresúrate a reunir a los demás en la oficina.

Separáronse y Felipe volvió a la cabaña de la que salieran pocos minutos antes. Encendió la lámpara y examinó el objeto que había cogido de encima de la mesa; del capataz. Comprendía ahora por qué vino Thorpe por la montaña aquella noche, por qué estaba cansado y por qué había mentido. Oprimióse la cabeza con amabas manos, osando creer apenas lo que veían sus ojos, y un suspiro profundo, que era casi un sollozo, salió de sus labios. ¡Acababa de descubrir que Thorpe, el capataz de los peones, era el amante de Juana! Tenía en sus manos el delicado pañuelo bordado que había visto en poder de la joven aquella tarde, arrugado y húmedo todavía del llanto de Juana.

Capítulo XX

Permaneció Felipe inmóvil unos momentos, mirando el pedazo de tela que tenía en la mano. Su corazón estaba destrozado; sentíase enfermo; una emoción, mezcla de disgusto y de angustia, iba apoderándose de él. ¡Juana... Thorpe! Parecía haber entre ambos una absoluta diferencia... ¡Juana con su tierna hermosura, con su tranquila vida, con sus idílicos sueños, y Thorpe, el capataz! Había erigido un altar en su alma para Juana, adorándola de rodillas, convencido de su propia insignificancia; habíala querido como Dante pudo querer a Beatriz. A su juicio, resumíase en ella cuanto era dulce y digno de alabanza en la mujer... Y rechazando su amor, su idólatra adoración, había entregado ella su corazón al capataz... Estremecióse y dirigiéndose a la estufa echó en ella un puñado de papeles y el pañuelo.

Unos minutos más tarde abrióse la puerta y entró Mac Dougall, seguido de los hermanos St. Pierre, los cazadores del campamento. Estrechóles Felipe las manos y pasaron todos a una reducida habitación a la que daban el nombre de oficina. Cassidy, Henshaw y los demás se reunieron con ellos al poco tiempo. No hubo entre todos uno solo que pestañeara cuando Felipe les expuso el caso. Con la mayor decisión posible refirióles una parte de lo que antes revelara a Mac Dougall, indicándoles francamente que la conservación de la propiedad y de la vida en el campamento dependía por entero de ellos.

—No sois hombres de los que piden dinero por intervenir en un asunto de tal índole —terminó— y precisamente tengo yo suficiente confianza en vosotros para pedir os ayuda. Nos sería muy fácil reunir cincuenta hombres a quienes podríamos reclutar para la lucha por una cantidad, pero no me gustan los luchadores alquilados. No quiero hombres que echen a correr en cuanto oigan los disparos de algunos rifles, sino individuos que sepan morir, si es preciso, sin retroceder un paso. No os ofrezco dinero por eso, porque os conozco de sobra; pero desde este momento entraréis a formar parte de la Gran Compañía Norteña de Pesca, y apenas sea posible firmar los títulos os entregaré un centenar de acciones a cada uno. Sin embargo, no olvidéis que no se trata de pagaros: es sólo parte de un plan que he concebido, para el que necesito que ingreséis en la Compañía. Somos ocho; con un rifle cada uno, estoy seguro que no hay en todos estos bosques fuerza capaz de vencernos.

A la pálida luz de las dos lámparas de petróleo los rostros de aquellos hombres brillaban de entusiasmo. Cassidy fue el primero en, estrechar la mano de Felipe, en un transporte de lealtad.

—Cualesquiera que sean las dificultades que se presenten, nosotros somos siempre los mismos —dijo—. ¿Dónde está mi rifle?

Mac Dougall trajo las armas y las municiones.

—Por la mañana empezaremos a levantar un nuevo edificio junto a éste —indicó Felipe—. No es que tengamos necesidad alguna de él, pero eso me facilitará el pretexto para conservaros reunidos y a cincuenta pasos de distancia de los rifles, que dejaremos aquí mismo. Si a los demás no les parece mal, encargo a Cassidy la dirección del trabajo, para el cual bastarán cuatro hombres. Pondremos aquí otro par de camastros, de modo que con Mac Dougall y conmigo puedan dormir en la oficina cuatro hombres. Los otros cuatro podrán cazar cerca del campamento y cuidar de la vigilancia. ¿Os parece bien?

—Perfectamente; ¡no seremos vencidos! —dijo Henshaw abriendo la recámara de su rifle—. ¿Cargamos?

—Sí.

Durante unos segundos, en el aposento sólo se oyó el siniestro ruido metálico de cargar los fusiles y los golpes secos de las recámaras al ser montadas.

Cinco minutos después quedó solo Felipe con Mac Dougall. A lo largo de la pared, colocados en fila, estaban los rifles cargados y encima de cada uno de ellos había una cartuchera llena de municiones.

—Con hombres de este temple —exclamó Felipe— me atrevería a todo. ¿No te dije siempre que cuando hacen falta hombres de verdad hay que ir a buscarlos al Norte? Todos esos muchachos son norteños, excepto Cassidy; pero éste es un luchador de nacimiento que morirá antes que faltar a su palabra.

Mac Dougall frotóse las manos riendo suavemente.

—Bueno. ¿Qué más, Phil?

—Es necesario mandar a los hombres más ligeros de que dispongamos en el campamento en busca de Billinger y de los otros. Indudablemente, los demás llegarán demasiado tarde, pero Billinger puede llegar a tiempo.

—Partió hace una semana, y creo difícil darle alcance antes de dos o tres —indicó Mac Dougall—. Sin embargo, mandaré al primo de los St. Pierre. Harías bien en acostarte, Phil. Tienes muy mala cara.

A pesar del considerable esfuerzo físico a que se hallaba sometido desde hacía veinticuatro horas y del consiguiente cansancio, no estaba Felipe muy seguro de poder dormir; nervioso, dominábale el deseo de seguir en acción. Sólo aquello podía librarle de pensar en Juana y en Thorpe. Cuando Mac Dougall partió en busca del joven St. Pierre, desnudóse y se acostó en su camastro, esperando que el escocés regresara pronto; pero apenas cerró los ojos, dióse cuenta de la gran intensidad de su fatiga.

Al regresar Mac Dougall una hora después, Felipe dormía ya. No despertó hasta las nueve. Dirigióse entonces a la cantina, donde se desayunó con una tortilla de jamón y un vaso de café fuerte y dirigióse en busca de Mac Dougall, que salía precisamente de la cabaña de Thorpe.

—Ese Thorpe es un zorro hipócrita —dijo el ingeniero, luego de dar los buenos

días a su compañero—. Blasona de su trabajo y estoy seguro de que en su vida ha hecho ninguno por valor de una libra. Cuando vuelvas a verle, fíjate en sus manos. Parece que nunca haya hecho más que tocar el piano. Pero ¡hay que ver cómo hace trabajar a los demás! Vas a ver cómo se porta su cuadrilla.

—Eso deseo —contestó Felipe—. ¿Está Thorpe en su cabaña?

—Ahora sale. Mira, aquí está.

Al oír el silbido de Mac Dougall, Thorpe se volvió y aguardó a Felipe.

—¿A dar un paseo? —inquirió jovialmente cuando el joven llegó a su lado.

—Sí: voy a ver cómo trabajan sus subordinados en ausencia del jefe —contestó Felipe.

Hizo una breve pausa para encender la pipa y señaló a un grupo de hombres junto a la orilla del lago.

—¿Ve usted aquella cuadrilla? —preguntó—. Están construyendo una chalana; si les quitaran su capataz, el trabajo sufriría un alto. Son hombres a quienes contratamos en Winnipeg.

Sujetando bajo el brazo un par de guantes claros, Thorpe liaba cuidadosamente un cigarrillo.

—Los míos son muy distintos —indicó riendo silenciosamente.

—Conozco la especie —contestó Felipe observando la finura y la suavidad de los dedos de su interlocutor—. Por eso deseaba verlos trabajar mientras estaba usted ausente.

—Mi política se reduce únicamente a conocer con exactitud lo que puede dar de sí cierto número de hombres en un tiempo determinado —explicó Thorpe mientras se dirigían hacia la llanura—. Mi deber es lograr que mi gente rinda el trabajo apetecido; esté yo presente o no; logrado eso, he cumplido mi misión. Es sencillísimo, ¿verdad?

Había en Thorpe extraordinaria jovialidad y Felipe tuvo que convenir en ello. El capataz le sorprendía por varias cosas. Su voz era baja, llena de una especie de camaradería que inspiraba inmediatamente confianza. Al parecer, era un hombre educado y culto, a pesar del rudo vocabulario que solía usar en la conversación. Pero lo que mayor sorpresa produjo a Felipe fue el aspecto personal de Thorpe. Juzgó que había cumplido ya los cuarenta, tal vez los cuarenta y cinco, y semejante idea le hizo estremecer. Doblaba, triplicaba casi la edad a Juana, a pesar de lo cual había en él un atractivo irresistible, una fascinación que ejercía su influjo incluso en el mismo Felipe. Las uñas de los dedos del joven se hundieron en las palmas de sus manos al relacionar en su mente a aquel hombre con Juana.

Los peones del pelotón de Thorpe trabajaban intensamente cuando ambos hombres llegaron a su lado. Apenas si uno de ellos se dio cuenta de su presencia: un hombrecillo delgado, de roja tez, que levantó la mano hasta la gorra al ver al capataz.

—Es el subcapataz —indicó Thorpe. Y al ver que el hombrecillo le hacía una seña, añadió—: Me llama; perdone usted un momento. Seguramente tendrá algo que decirme.

Acercóse Thorpe a su subordinado, y entre tanto Felipe empezó a recorrer la línea de trabajadores mirándolos detenidamente uno tras otro. Mac Dougall tenía razón: eran los hombres más robustos que viera nunca.

Unas voces airadas que llegaron a sus oídos le hicieron volverse y vio entonces que Thorpe y el subcapataz se habían acercado a un hombre alto y fornido con el que parecían sostener un fuerte altercado. Dos o tres peones se habían acercado a ellos. La voz de Thorpe resonaba clara y vibrante.

—Harás lo que te mande o te marcharás, Blake. Y no me vengas con amenazas, porque conozco a los de tu ralea y no puedes asustarme. Coge ese pico y ese azadón o lárgate. Ya lo sabes, no hay otro camino.

No pudo oír Felipe la contestación del peón, pero, repentinamente, el puño cerrado de Thorpe golpeó con fuerza la mandíbula del obrero. Inmediatamente dio el capataz un salto atrás e hizo frente a media docena de hombres enfurecidos. Había sacado un revólver y sus dientes brillaban al entreabrirse su boca en una fría y amenazadora sonrisa.

—Reflexionad con calma, muchachos —dijo tranquilamente—, y si no estáis conformes, esta noche os entregaremos vuestros jornales y os suministraremos víveres para que os marchéis a otra parte. No son hombres con ganas de trabajar lo que ha de faltarme.

Y sin añadir más, fue a reunirse con Felipe como si nada hubiera ocurrido.

—Eso retrasará solamente una semana el final de nuestro trabajo —indicó, guardando el revólver en una funda que llevaba oculta bajo la americana—. Hace tiempo que esperaba yo algo parecido de Blake y de cuatro o cinco de sus compañeros. Me alegro de que se vaya. Me amenazaba con una huelga si no le nombraba subcapataz y aumentaba el jornal de los hombres de seis a diez dólares diarios. ¡Figúrese usted! ¡Una huelga aquí! Sería graciosísimo, ¿verdad?

Echóse a reír silenciosamente y Felipe rió también, admirado del valor de aquel hombre.

—¿Cree usted que hubieran cumplido su amenaza? —inquirió Felipe ansiosamente.

—Estoy seguro de ello —asintió Thorpe— Es lo menos malo que podía haber ocurrido.

Una hora después estaba Felipe de regreso en el campamento. No volvió a ver a Thorpe hasta después de comer, cuando el capataz se presentó a él con expresión contrariada.

—Es algo peor de lo que creía —dijo—. Blake y ocho peones más vendrán a recoger sus pagas y sus equipos esta misma noche. No suponía yo que fueran más que tres o cuatro.

—No se preocupe; ya me encargaré yo de proporcionarle hombres que ocupen los puestos de los que se van.

—He aquí el inconveniente —replicó Thorpe mientras liaba un cigarrillo—.

Quiero que mis hombres trabajen sin que influya en ellos mi presencia. Mézcleles media docena de sus peones e indudablemente harán un veinte por ciento menos de trabajo y tal vez nazca la discordia. Son una verdadera colección de rufianes. He pensado ya en el medio de substituir a Blake y a los otros: bastará para ello ordenar que vengan lo antes posible algunos de sus hombres que trabajan en el Gray Beaver Lake, que me consta son excelentes obreros.

Tras su breve conversación con Thorpe, Felipe fue en busca de Mac Dougall. El ingeniero no disimuló su alegría por el giro que había tomado el asunto.

—Me alegro de que se marchen —declaró—. Si ha de haber lucha, me sentiré mucho más a gusto si esa pandilla está fuera del campamento. Daría mi sueldo de un mes porque Thorpe mandara su gente al lugar de donde los sacó; trabajan bien, pero no me seduce la idea de tenerlos a mi lado estando a punto de haber jaleo.

Felipe no volvió a ver a Thorpe aquel día. Eligió los hombres que pensaba mandar al Gray Beaver y por la tarde envió un mensajero a Fort Churchill, al encuentro de Brokaw. Estaba seguro de que Brokaw y su hija llegarían al campamento de un momento a otro, pero de todos modos ordenó al mensajero que llegara hasta Fort Churchill, si no los encontraba por el camino. A primeras horas de la noche, los St. Pierre, Lecault y Henshaw estuvieron un momento en la oficina. Durante el día, los cuatro habían explorado los alrededores del campamento en todas direcciones, en una longitud de cinco millas. Lecault había cazado un ante a tres millas hacia el Sur; uno de los St. Pierre vio a Blake y los suyos camino de Churchill; pero, excepto aquellos dos incidentes, no traían otras novedades. Un rato después compareció Mac Dougall con otros dos hombres de confianza de quienes podía fiarse y les dio los dos últimos rifles que quedaban en el campamento.

Con diez hombres armados a sus órdenes, Felipe empezó a sentirse dueño de la situación. Por lo menos sería imposible a los enemigos atacar por sorpresa, puesto que se repetirían todos los días las exploraciones, y los hombres estarían siempre cerca y constantemente dispuestos a luchar. En caso de descubrir la presencia de las fuerzas contrarias, la consigna era disparar una serie de tiros como si persiguieran a un ante.

Sin embargo, no conseguía Felipe alejar a Juana de su pensamiento. Durante los dos o tres días que siguieron a la partida de Blake, no se permitió una hora de descanso desde el amanecer hasta muy avanzada la noche. Todos los días se acostaba creyendo que el sueño disiparía su pena; pero la lucha le dejaba extenuado y Mac Dougall empezó a notar un gran cambio en el rostro de su amigo. El cuarto día desapareció Thorpe para no regresar hasta la mañana siguiente.

Cada hora de su ausencia producía en el corazón de Felipe el efecto del filo de un cuchillo hundiéndose en él, porque comprendía que el capataz había ido a ver a Juana. Tres días más tarde se repitió la visita y aquella noche Mac Dougall encontró a Felipe con fiebre.

—Estás extralimitándote —le reconvino—. No permaneces en cama cinco horas

de las veinticuatro del día. Es preciso que eso termine o tendremos que mandarte al hospital, en lugar de dejarte en la línea de fuego, cuando empiece la lucha.

Siguieron largas jornadas de agonía mental y dolor físico. Ni Felipe ni Mac Dougall comprendían el motivo de la paralización total de los acontecimientos que esperaban, ni entendían tampoco a qué obedecía el creciente descontento que reinaba entre los hombres de Thorpe, que de diecinueve se redujeron a quince, y de quince a doce. Al fin, el mismo Thorpe indicó voluntariamente a Felipe que redujera su salario a la mitad, puesto que con la marcha de sus peones no producía la mitad del trabajo. Aquel mismo día se despidieron el subcapataz y otros dos hombres, quedando sólo nueve trabajando. El retraso de la llegada de Brokaw era también motivo de perplejidad para Felipe. Transcurrieron dos semanas, durante las cuales Thorpe dejó tres veces el campamento, y el decimoquinto día regresó de Fort Churchill el mensajero enviado allí. Traía noticias sorprendentes: Brokaw y su hija habían salido de Fort Churchill en dos canoas, a los dos días de la marcha de Pedro, remontando la corriente del Churchill, a pesar de lo cual no había visto el mensajero el menor rastro de ellos.

En cuanto conoció las noticias, Felipe fue en busca de Mac Dougall. El escocés le miró atónito al referirle lo ocurrido.

—Con eso puede decirse que da comienzo la verdadera lucha —indicó Felipe con dureza—. No alejes mucho a tus hombres, Sandy, y desde hoy deja que cinco de ellos duerman de día para que velen por la noche.

Transcurrieron otros cinco días sin que ocurriera hecho alguno digno de mención. A eso de las ocho de la noche del sexto día, Mac Dougall penetró en la oficina, donde, a la sazón, se encontraba Felipe completamente solo. El rostro del escocés, habitualmente colorado, estaba pálido. Apoyándose en el respaldo de una silla, el ingeniero lanzó una terrible blasfemia. Era la tercera o cuarta vez en su vida que Felipe oía blasfemar a Mac Dougall.

—¡Maldito Thorpe! —exclamó el ingeniero en voz baja.

—¿Qué ocurre? —inquirió Felipe fríamente.

Mac Dougall sacudió la ceniza de su pipa.

—No quería molestarte con asuntos de poca monta y por eso he callado ciertos hechos —murmuró—. Pero lo cierto es que Thorpe trajo consigo una caja de *whisky*, y aunque eso era contra las reglas que impusiste en el campamento, nada te dije por suponer que estabas ya bastante preocupado. Y no contento con eso, resulta ahora que ha venido a visitarle dos veces a escondidas una mujer, y ha vuelto esta noche.

Sintió Felipe el corazón oprimido y una amenaza terrible brilló en sus ojos. No miraba Mac Dougall a su compañero y por eso no vio el cambio que acababa de operarse en su rostro.

—¿Una mujer, Mac...?

—Una joven —corrigió enfáticamente Mac Dougall—. Ignoro quién es, pero estoy seguro que no debe ser nada, bueno, puesto que se oculta como una ladrona.

Temo que sea la esposa de otro. En el campamento hay cinco o seis hombres casados.

—¿No has intentado nunca verla para saber si la conocías?

—No he podido —contestó Mac Dougall—. Las dos veces llevaba la cara cubierta con un velo, y como no era de mi incumbencia, nada hice. Ahora a ti te toca averiguarlo.

Levantóse Felipe lentamente. Sentía frío. Se puso la americana y la gorra y ciñóse el revólver. Al volverse hacia Mac Dougall, estaba mortalmente pálido.

—¿Está todavía con él?

—No hace aún media hora que entró en su cabaña. La vi salir del interior del bosque.

—¿Por el camino que conduce a la llanura?

—Sí.

Dirigióse Felipe hacia la puerta.

—Voy a ver a Thorpe —indicó tranquilamente—. Tardaré en volver, Sandy.

En la profunda oscuridad de la noche se detuvo un momento contemplando la luz que brillaba en la cabaña de Thorpe y al fin dirigióse lentamente hacia ella, deteniéndose antes de llegar a la puerta, apoyándose de espaldas en la pared de madera, junto a la ventana. Latían sus sienes con fuerza y el hielo de su sangre habíase trocado en fuego. La horrible duda que habían puesto en su ánimo las palabras de Mac Dougall le dominaba, haciéndole tomar una firme decisión.

Si era Juana la mujer en cuestión, mataría a Thorpe, y sí era otra mujer cualquiera, obligaría al capataz a abandonar la región aquella misma noche. Aguardó. Varias veces llegó a sus oídos la voz de Thorpe y su fuerte y burlona risa. También oyó la voz apagada de una mujer...

Permaneció inmóvil durante una hora y luego empezó a pasear por la sombra de los abetos. Transcurrió otra hora y al fin, de pronto, la luz de la ventana desapareció.

A los pocos segundos abrióse la puerta y salió por ella una mujer con un espeso velo por la cara, que se dirigió rápidamente hacia el sendero que cruzaba por entre los árboles. Dio Felipe la vuelta a la cabaña y siguió en pos de ella. Al llegar a un claro del bosque echó a correr para dar alcance a su perseguida, y cuando al fin su mano cayó sobre el brazo de la mujer, volvióse ésta, lanzando un grito de angustia. La mano de Felipe cayó inerte a, lo largo del cuerpo y retrocedió un paso.

—¡Dios Santo...! ¿Es usted... Juana?

Su voz era ronca como la de un hombre que se expresara con dificultad. Durante unos segundos el blanco rostro de Juana fijóse en el suyo y luego, sin decir palabra, huyó la joven rápidamente por el sendero.

No hizo Felipe el menor esfuerzo para seguirla. Durante breves minutos permaneció inmóvil, mirando hacia la oscuridad por donde ella desapareciera. Y de pronto retrocedió hasta la entrada del bosque, sacó el revólver y lo amartilló. La luz de las estrellas revelaba en su rostro la locura mientras se acercaba a la cabaña de Thorpe. Sonreía, pero su sonrisa presagiaba muerte; era una sonrisa implacable como

el mismo destino.

Capítulo XXI

Al acercarse a la cabaña vio Felipe una sombra que se deslizaba en las tinieblas. Su primera idea fue que había regresado un minuto demasiado tarde para consumir su venganza en la propia vivienda del capataz, por lo que apresuró el paso siguiendo al que se alejaba. Éste se dirigía en derechura hacia la cantina, lugar de reunión de quienes deseaban jugar a los naipes o chismorrear. La cantina no estaba ya a más de doscientos metros de donde se hallaba Thorpe, por cuyo motivo comprendió Felipe que no podía perder un segundo si quería realizar su propósito. Echó a correr vertiginosamente hasta llegar a unos doce pasos del hombre a quien perseguía; pero hizo entonces un descubrimiento que le obligó a detenerse. El hombre que le precedía no era el capataz. Volviéndose repentinamente vio una figura que atravesaba lentamente la iluminada puerta de la cantina, y, a pesar de la distancia, reconoció a Pedro. Guardó el revólver bajo la americana y alejóse algo del hombre a quien confundiera con el capataz, de modo que cuando aquél pasó por el área que iluminaba una de las ventanas de la cantina separábanle de él cincuenta pasos en lugar de doce. Había en los movimientos del otro, en su delgada figura, en su modo de andar, algo extraño y portentosamente familiar que sorprendió a Felipe, acelerando su respiración. Iba a pronunciar un nombre, pero no se atrevió. Sin embargo, un momento después el hombre cruzó la puerta y ya no cupo a Felipe la menor duda de que el que confundiera con Thorpe era Pedro Couchée.

Sobrecogióle repentino temor mientras se dirigía hacia el establecimiento. Al cruzar el umbral, asistió a una escena que se desarrolló con inusitada rapidez. Estaba el capataz de pie junto al mostrador y Pedro permanecía junto a él; el mestizo estaba hablando y Thorpe le escuchaba orgullosamente; de pronto, la mano del capataz dirigióse a su cintura y simultáneamente brilló el destello de un acero por encima del hombro de Pedro. La terrible caída del cuchillo y el disparo del revólver de Thorpe produjéronse a un tiempo. El capataz se desplomó encima del mostrador, llevándose las manos al pecho, en tanto que Pedro se volvió tambaleándose y vio a Felipe. Brillaron sus ojos y lanzando un grito de agonía extendió los brazos a tiempo que Felipe se abalanzaba sobre él. En medio del tumulto de las voces exaltadas, murmuró el mestizo el nombre de Juana. Los rodeaban media docena de hombres; abriéndose paso entre ellos, apareció Mac Dougall revólver en mano. Pedro había perdido el conocimiento entre los brazos de Felipe.

—Ayúdame a trasladarlo a la cabaña, Mac —indicó Felipe. Y mirando a su alrededor, sorprendido al no ver a ningún hombre de la cuadrilla de Thorpe, prosiguió —: ¿Qué ha sido de Thorpe?

Haciendo un gran esfuerzo, abrió Pedro los ojos.

—Ha muerto —contestó uno de los hombres.

—¡Muerto! —suspiró.

Y en aquella sola palabra del mestizo vibraba la alegría del triunfo.

—Llevad a Thorpe a su cabaña —ordenó Felipe, mientras él y Mac Dougall levantaban a Pedro—. Yo me encargo de éste.

Podían oír la jadeante respiración de Pedro mientras se lo llevaban. Le instalaron en el camastro de Felipe, y una vez en él abrió el mestizo nuevamente los ojos y miró al joven.

—¡Pronto, *m'sieu!* —imploró—. Dígame... si me voy a morir.

Mac Dougall, que tenía nociones de medicina y cirugía, hizo las veces de médico. Separóse Felipe para dejarle que desabrochara las ropas del herido y examinara su pecho, después de lo cual quitóse el ingeniero la americana y corrió en busca de su botiquín. Entre tanto, inclinóse Felipe hacia Pedro; del pecho del mestizo brotaba lentamente un chorro de sangre y sobre su corazón tenía colocado un medallón tinto en sangre, sujeto al cuello con una delgada cadena. Las manos del herido estrecharon desesperadamente las de Felipe.

—¿Me dirá usted si voy a morir, *m'sieu?* —suplicó—. Si debo morir, es necesario que le confíe algo acerca de Juana. No sufriré por ello; no me asusta la muerte... Puede decírmelo sin temor...

—Se lo diré con franqueza —asintió Felipe.

Expresábase el joven con dificultad, y por encontrarse Mac Dougall curando al herido, estaba él colocado de modo que Pedro no podía verle el rostro. Había en la respiración del mestizo una nota silbante que sabía de sobra lo que significaba; habíala oído más de una vez cuando cazaba antes renos y les atravesaba los pulmones. Cinco minutos después, Mac Dougall se levantó; había hecho cuanto sabía y podía. Siguióle Felipe al otro extremo del aposento y balbuceó con labios temblorosos:

—¿Morirá?

—Sí —contestó Mac Dougall—. No hay esperanza de salvación. Sólo vivirá hasta mañana... si llega.

Cogió Felipe un taburete y sentóse al lado de Pedro. No demostraba el rostro del herido temor alguno. Sus ojos estaban serenos y su voz no temblaba.

—¿Moriré, *m'sieu?* —inquirió con gran calma.

—Temo que sí, Pedro.

Los dedos de Pedro estrecharon los de Felipe, sus ojos brillaron dulcemente y sonrió.

—Es mucho mejor —dijo—. Lo prefiero. Me siento bastante bien. ¿Viviré mucho rato?

—Quizás unas pocas horas, Pedro.

—Dios es bueno conmigo —suspiró Pedro— y le doy gracias por ello. ¿Estamos

solos?

—¿Desea usted hablarme a solas?

—Si

Hizo Felipe una seña a Mac Dougall y éste salió del aposento.

—Voy a morir —indicó Pedro casi triunfalmente— y si no supiera que ama usted a Juana y que cuidará de ella cuando yo falte, moriría todo conmigo. Un día dije a usted que la amaba, *m'sieu*. Pues bien: amarla es poco; la adoro como a un Dios. Muero feliz, porque muero por ella. Si viviera, sufriría porque no soy correspondido. Nunca ha pensado ella que mi amor fuera distinto al cariño fraternal que me profesaba, porque yo no se lo he dicho nunca. No quería apenarla y por eso no debe usted decírselo nunca. Ella sólo ama y ha amado a un hombre: a usted.

Lanzó Pedro un profundo suspiro, a tiempo que Felipe sentíase dominado por una gran confusión. ¿Había oído bien? ¿Podía creer aquellas palabras? Cayó de rodillas junto a Pedro y echó hacia atrás el cabello del herido.

—Sí, la amo —inquirió quedamente—; pero ignoraba que ella me quisiera.

—No es raro —murmuró Pedro mirándole fijamente a los ojos—. Pero ahora lo comprenderá usted, *m'sieu*. Me siento con bastantes fuerzas y voy a referírsele todo desde el principio. Quizás he obrado mal; no tardará usted en poder juzgarme. ¿Se acuerda usted de la historia de la niña y de la mujer helada en la nieve que refirió Juana? Aquello fue para mí el comienzo de una larga lucha interior. Espero que lo que voy a confiarle será sagrado para usted.

—¡Lo juro! —afirmó Felipe.

Permaneció Pedro unos momentos silencioso, como si reuniera sus ideas para referir en breves palabras la tragedia de varios años.

Brillaban en sus mejillas dos manchas rojas, y la mano que aprisionaba Felipe ardía.

—Hace muchos años, veinte casi, llegó un hombre a Fort O'God —comenzó—. Era del Sur y excesivamente joven. D'Arcambal era entonces de mediana edad, pero tenía una esposa joven y bella. Me dijo Juana que usted había visto su retrato, el que estaba de cara a la pared. D'Arcambal la idolatraba: era su vida entera. Puede usted suponer lo que ocurrió. El hombre del Sur y la joven esposa huyeron juntos...

Pedro tosió y unas gotas de sangre enrojecieron sus labios. Secólas Felipe cuidadosamente, evitando que el herido viera la tela manchada.

—Comprendo —indicó.

—Con su fuga destrozó el corazón de D'Arcambal —prosiguió Pedro—. Lentamente, su amor fue convirtiéndose en odio; destruyó cuanto había pertenecido a su mujer y volvió su retrato de cara a la pared. Dos años después, una noche, en la llanura helada, encontré a Juana junto a su madre muerta. La mujer, la madre de Juana, *m'sieu*, era la esposa de D'Arcambal. Regresaba a Fort O'God y la justicia de Dios la alcanzó casi en su misma puerta. Llevé a Juana a mi madre y me dispuse luego a entregar el cuerpo de la mujer a su marido; pero entonces ocurrióseme una

idea terrible: Juana no era hija de D'Arcambal. Era una parte del hombre que le había robado a su esposa. Desde entonces empecé a adorar a la chiquilla y por ella juramos mi madre y yo guardar el secreto, y enterramos a la mujer. Entonces llevé a la niña a Fort O'God como una extraña y con ello la salvamos y también salvamos a D'Arcambal. Nadie ha sabido nunca una palabra de ello.

Detúvose Pedro para cobrar aliento.

—¿No era aquello lo mejor? —inquirió.

—¡Era sublime! —asintió Felipe temblando.

—Todo habría terminado satisfactoriamente si no hubiese vuelto el padre. Es necesario que abrevie —indicó Pedro—, porque empiezo a notar gran dificultad al hablar. Vino hace un año y se presentó a Juana revelándole quién era. D'Arcambal es rico y Juana y yo no carecíamos de dinero. Nos amenazó con referir la verdad, y para que D'Arcambal no se enterara le entregamos lo nuestro. Aquel dinero le tuvo alejado una temporada, pero regresó al fin. A ello fue debida nuestra ida a Churchill. Ofrecí matarle, pero Juana no quiso de ningún modo. Sin embargo, el Todopoderoso deseaba que lo hiciera y, al fin, esta noche lo he matado.

En el corazón de Felipe una gran alegría reemplazaba su tristeza anterior. La emoción le impedía hablar, pero estrechó con mayor fuerza la mano de Pedro y se miró en sus brillantes ojos.

Las palabras siguientes del mestizo rompieron el sello de sus labios, haciéndole proferir un grito ahogado.

—Ese hombre, Thorpe, el padre de Juana, es el que conoce usted con el nombre de lord Fitzhugh Lee, *m'sieu*.

Tosió violentamente y con temor repentino levantóle Felipe la cabeza. Tras el acceso de tos, el rostro de Felipe estaba tan pálido como el de Pedro.

—Hablé con él a solas durante la tarde del día de la lucha en la escollera —prosiguió el mestizo con voz ronca—. Pero no se lo dije a Juana hasta más tarde, cuando me reuní con ustedes en el río. Thorpe nos aguardaba ya en Fort O'God y a él fue a quien vio Juana aquella noche junto a la roca... Pero entonces no podía decirle a usted la verdad. A partir de entonces, vino muy a menudo, hasta dos o tres veces por semana. Atormentaba a Juana, la insultaba... Ella se dejó besar porque se trataba de su padre. Le dábamos cuanto dinero podíamos obtener y le prometimos más, cinco mil dólares, si se ausentaba tres años. Aceptó el trato y ofreció marcharse en cuanto terminara el trabajo que le retenía aquí. Y ese trabajo, *m'sieu*, era la destrucción de usted. Se lo dijo a Juana para asustarla más. La obligaba a ir a su cabaña; la trataba como si fuera su esclava... Le refirió el complot tramado contra usted; le dijo que le había engañado con una lucha fingida con uno de sus hombres; que aquellos mismos hombres le atacarían dentro de poco; indicóle de qué manera logró interceptar su carta desde Fort Churchill, substituyéndola por otra que hizo que su campamento quedara indefenso... No temía a Juana; la tenía en su poder y se burlaba de sus temores, torturándola como un gato al pajarillo que ha caído en sus garras... Pero

Juana...

El rostro de Pedro se contrajo en una mueca de dolor; tiñó nuevamente sus labios la sangre y recorrió su cuerpo un estremecimiento de angustia.

—¡Dios mío!... Un poco de agua, *m'sieu*... Lo que sea... Algo... Es preciso que termine...

Levantóle Felipe nuevamente la cabeza entre sus brazos, a tiempo que aparecía por la puerta el rostro de Mac Dougall.

—Así estará usted mejor, Pedro —le dijo.

Unos segundos después proseguía el mestizo con voz que era sólo un murmullo.

—Es preciso que lo sepa usted todo —indicó—. Debo apresurarme. No podíamos advertirle a usted lo que ocurría, pues con ello hubiéramos descubierto al padre de Juana, y D'Arcambal no debía saber nada de ello. El plan de Thorpe era disfrazar a sus hombres de indios, y pensaba atacar su campamento mañana por la noche. Para evitarlo, hace diez días nos dirigimos en busca de Sachigo, el anciano jefe *cree*, que quiere a Juana como a una hija. Resuelta a salvarle a usted, Juana refirió a Sachigo el complot encaminado a atacar a su gente achacándoles el hecho a los indios. Para evitarlo, Sachigo está escondido allí, en la montaña, con treinta de los suyos. Hace dos días, Juana pudo averiguar dónde estaban ocultos los secuaces de su padre, lo que nos permitió planear la defensa. Mañana por la noche, cuando se decidan a atacar, encenderemos una fogata en lo alto de la colina del extremo del lago, para que sirva de señal. Al verla, Sachigo se pondrá en campaña y tenderá una emboscada a los otros en el valle situado entre las dos colinas. No escapará con vida ninguno de los hombre de Thorpe; Sachigo y su gente los destruirán, y nadie sabrá nunca lo ocurrido, puesto que los *crees* saben guardar de un modo inviolable sus secretos. Pero es ya demasiado tarde para mí; cuando tenga efecto la lucha, ya no estaré aquí. La hoguera está ya preparada en la cumbre de la colina; Juana me aguardará en la llanura, pero yo no podré ir... Debe usted encender la hoguera en cuanto anochezca, *m'sieu*. Es preciso, además, que nadie sepa nunca lo que acabo de contarle. El padre de Juana ha muerto y usted... guardará el secreto de... su madre... siempre...

—Eternamente —afirmó Felipe.

Mac Dougall penetró en la habitación trayendo un vaso lleno de un líquido rojo, que acercó a los labios de Pedro. Bebióse Pedro el contenido, haciendo un esfuerzo, y el ingeniero dejó nuevamente la habitación con un significativo movimiento de cabeza que sólo Felipe pudo ver.

—¡*Mon Dieu*, cómo quema! —exclamó Pedro—. ¿Quiere usted hacer el favor de volver a tenderme?

Obedeció Felipe silenciosamente, apoyando con suavidad la cabeza del mestizo en la almohada. Los ojos de Pedro brillaban ahora con la fuerza pasajera que le proporcionara la medicina que acababa de tomar.

—D'Arcambal cree que me he llevado a Juana a visitar a un cazador que vive cerca de Churchill —prosiguió el herido, algo más tranquilo—. Esta tarde vi a Thorpe

a solas; se había embriagado y se burló de mí diciéndome que Juana y yo estábamos locos, que no pensaba marcharse en modo alguno y que se quedaría aquí para siempre... Se lo referí a Juana y le pedí que me dejara matarlo, pero no quiso y me recordó mi juramento de no hacerlo. Ella volvió a visitarle esta noche; yo estaba cerca de la cabaña y le vi a usted. Al marcharse ella entré yo y le dije a Thorpe que si no se marchaba le mataría; y me pegó; cuando me levanté, estaba ya lejos: le seguí y olvidé el juramento prestado; me cegaba la rabia... Ya sabe usted el resto. Refiéraselo a Juana para que ella me perdone...

—¿Quiere usted que mande a alguien en su busca? —inquirió Felipe—. No debe de estar muy lejos.

—No, *m'sieu* —contestó suavemente el mestizo—. Le causaría demasiada pena verme... como estoy. Tenía que encontrarse conmigo esta noche, a las doce, en el cruce del sendero con la carretera. Vaya usted a su encuentro en mi lugar y, cuando sepa todo lo ocurrido, tráigala si desea venir. Luego, mañana por la noche, podrán ir los dos juntos a encender la fogata.

—Pero, puesto que Thorpe ha muerto —indicó Felipe—, ¿atacarán sin él?

—Hay otro jefe —replicó Pedro—: el que paga para que lo destruyan a usted. Ignoramos quién sea, porque Thorpe no ha revelado a Juana su nombre. Sí, atacarán de todos modos.

Felipe se inclinó hacia Pedro.

—Hace ya tiempo que sabía algo de ese complot, Pedro —dijo—. Sé que ese Thorpe, a quien conocía yo con el nombre de lord Fitzhugh Lee, era sólo el agente de una fuerza superior que se esconde tras él. ¿Me lo ha dicho todo, Pedro? ¿No sabe nada más?

—No sé más, *m'sieu*.

—¿Fue Thorpe quien le atacó a usted en la escollera de Churchill?

—No. Estoy seguro de que no fue él, puesto que ninguna ventaja sacaba suprimiéndome. Y los rufianes que me atacaron pretendían matarme a mí y llevarse a Juana... ¿Comprende usted?...

—Sí, pero no acierto a entender entonces cuál pudo ser el motivo del ataque —contestó Felipe—. ¿Tenía Thorpe que ver a alguien en Churchill?

—No lo sé. Permanecía oculto en el bosque.

Estremecióse Pedro convulsivamente, lanzó un grito ahogado de dolor y su mano oprimió la cadena que le rodeaba el cuello, de la que pendía un medallón.

—Este medallón lo llevaba Juana al cuello cuando la encontré en la nieve, *m'sieu* —murmuró rápidamente—. Lo recogí porque llevaba las iniciales de la mujer muerta. Acaso sea una locura y una debilidad, pero me gustaría que me enterraran con él, bajo el mismo árbol centenario a cuyo pie descansa la madre de Juana. Y si es posible, *m'sieu*, si es posible, póngame en las manos algo de Juana. Moriría más tranquilo.

Asintió Felipe con la cabeza mientras se nublaban sus ojos. Pedro le estrechó la mano.

—Ella le quiere a usted tanto como yo la quiero a ella —dijo en voz tan baja que Felipe apenas le oyó—. Debe usted quererla siempre... siempre... De lo contrario, Dios permitirá que la maldición de Pedro Couchée caiga sobre su cabeza.

Sofocando los sollozos que pugnaban por escapar de su garganta, Felipe se dejó caer de rodillas al lado de Pedro y ocultó el rostro entre los brazos como un chiquillo desconsolado. Durante algunos segundos reinó un gran silencio, interrumpido sólo por la respiración anhelante del herido. Repentinamente, cesó aquel ruido, y frío temor sobrecogió a Felipe. Escuchó atentamente, sin levantar la cabeza, y de pronto de labios del mestizo salió un grito salvaje. Cuando Felipe dirigió los ojos hacia él, Pedro luchaba por incorporarse, tintos en sangre los labios, brillantes los ojos, húmedo su pálido rostro al viscoso contacto de la muerte, mirando fijamente, por la ventana que daba al lado, la colina que se hallaba a media milla de distancia. Volvióse Felipe horrorizado y sorprendido, y a través de la ventana vio en el firmamento el resplandor de una gran fogata que llameaba en la cumbre.

Nuevamente salió de los labios de Pedro un grito quejumbroso de agonía, a tiempo que el herido extendía los brazos hacia la señal que los prevenía en la noche.

—¡Juana!... ¡Juana!... —exclamó sollozando—. ¡Juana mía!...

Desplomóse de espaldas y siguió hablando con palabras entrecortadas.

—¡La señal! —indicó esforzándose en lograr que Felipe le comprendiera—. Juana... vio a... Thorpe... esta noche... Juana... Juana... mi Juana... ha encendido la... la hoguera... Sin duda... Thorpe... modificó sus planes... y... atacará... esta misma... noche.

Estremecióse su cuerpo con ligero temblor y permaneció inmóvil. Mac Dougall penetró rápidamente por la entreabierta puerta y acercándose a la cama apoyó la cabeza en el pecho de Pedro.

—¿Ha muerto? —preguntó Felipe.

—Todavía no.

—¿Recobrará el conocimiento otra vez?

—Es muy probable.

Felipe cogió a Mac Dougall del brazo.

—El ataque va a tener efecto esta noche, Mac —exclamó—. Avisa a los hombres que estén preparados. Pero tú, Mac Dougall, cuida a este hombre y procura conservarle la vida.

Y sin añadir más, corrió hacia la puerta y se perdió en la obscuridad de la noche. La fogata que servía de señal besaba el cielo con sus llamas e iluminaba la negra falda de la colina, lanzando miles de destellos sobre el lago. Y mientras se dirigía rápidamente, a través del campamento, hacia el sendero que conducía a la cumbre de la colina, repetía Felipe las palabras que pronunciaran los moribundos labios de Pedro:

—Juana... Juana... ¡Juana mía!...

Capítulo XXII

La noticia de la doble tragedia se había extendido rápidamente por el campamento y ante la cantina hallábase reunida una gran muchedumbre. Felipe pasó junto a la cabaña de Thorpe para evitar ser visto, corrió un centenar de metros por el sendero en que viera a Juana un rato antes y luego cortó en línea recta, penetrando en el bosque del extremo del lago. Era la suya una carrera desenfrenada, loca; las ramas de los arbustos le azotaban el rostro, dejándole en él cárdenas huellas; la velocidad misma de su paso dificultaba su respiración, pero no se daba cuenta de ello. Lo ocurrido aquella noche, las revelaciones de Pedro, a pesar del dolor y de la amargura que le produjeran, transportaron su alma a una nueva existencia de felicidad que parecía darle la fuerza y la resistencia de cinco hombres. ¡Juana le amaba! La maravillosa verdad vibraba en su alma a cada paso que daba y se la repetía a sí mismo una y otra vez mientras corría.

El resplandor de la hoguera de la colina reflejábase en el cielo y se elevaba más y más alto, trepando veloz de roca en roca, hasta que la lengua de fuego lamió las nubes. Había emprendido el camino más recto y al llegar a la cumbre descansó unos momentos, jadeante y sudoroso.

La hoguera estaba encendida al pie de un pino muerto, al que se había propagado el fuego. Sintió el calor de la monstruosa antorcha que iluminaba la falda de la colina hasta las orillas del lago... Miró a su alrededor, buscando a Juana, pero no la vio, y el nombre de la joven acudió a sus labios; pero no llegó a pronunciarlo, porque de pronto, a través del fuego encendido, entrevió a Juana de pie al borde del precipicio, mirando hacia el Sudoeste. Llamóla por su nombre; volvióse Juana hacia él, lanzando un grito de asombro, y en un segundo estuvo Felipe a su lado. El rostro de la joven aparecía pálido y rígido; sus labios se contrajeron dolorosamente al ver a Felipe. No dijo palabra alguna, pero algo parecido a un sollozo subió a su garganta y una expresión de angustia asomó a sus ojos. Permanecieron separados uno del otro breves segundos, durante los cuales Felipe trató de hablar, aunque sin conseguirlo. Y de pronto se acercó a ella y la cogió en sus brazos, tan rápidamente que no le dejó tiempo de escapar; tan estrechamente la apretaba que el dulce rostro de la joven quedaba aprisionado contra su pecho, como lo estuviera ya una vez, ante el retrato de la madre de Juana, en Fort O'God. Luchaba la joven por desasirse de su abrazo, y viendo retratado el temor en sus ojos, procuró Felipe hablarle con calma, sintiendo que su corazón estallaba bajo las contenidas frases de amor que anhelaba susurrar al oído de su amada.

—Es Pedro quien me envía a ti, Juana —le dijo—. Acaba de referírmelo todo...

todo, amor mío. Nada hay ya secreto en tu vida para mí. Sé, comprendo... y te amo... te amo... te amo, Juana mía.

Tembló ella al oír estas palabras; sintió Felipe que se estremecía entre sus brazos, y sus ojos le miraron sorprendidos, maravillados e incrédulos, mientras sus labios se agitaban sin acertar a pronunciar palabra alguna. Acercóse a ella más aún, hasta que los rostros de ambos se juntaron, llenándole el corazón de inefable alegría.

—Todo me lo ha referido, Juana de mi alma —repitió en voz tan baja que apenas dejaba oírla la crepitación del encendido pino—. Me lo dijo todo, porque sabía que te quiero y porque...

Las palabras detuviéronse en sus labios. Al notar su vacilación, echó Juana hacia atrás la cabeza y, poniendo las manos sobre el pecho del joven, miróle al rostro. Brillaban sus ojos con la emoción de lo inesperado y a ello se añadía un dulce titubeo, una tierna llamada, la fe que se elevaba por encima de sus temores, mientras temblaban sus labios como los de un niño cuando llora. Inclínose y besó los temblorosos labios; un segundo después, la cabeza de Juana, desfallecida, sollozaba contra su pecho. Y mirando el crepitante pino que erguía en la noche su penacho de llamas, una palabra de agradecimiento, una plegaria, elevóse silenciosamente en el alma del joven, y abrazando fuertemente a Juana, repitió una y otra vez:

—¡Juana!... ¡Juana!... ¡Amor mío!... ¡Juana!...

Disminuyó la intensidad de los sollozos de ella y Felipe decidióse al fin a darle la espantosa noticia de lo ocurrido a Pedro. Comprendió que en el egoísmo de su inmensa alegría había perdido un tiempo precioso, por lo que, para subsanar su falta, cogió delicadamente entre sus manos el rostro bañado en lágrimas de la joven y lo acercó suavemente hacia el suyo.

—Pedro me lo ha referido todo —repitió por tercera vez—, desde el día lejano que te encontré en la nieve, hasta que regresó tu padre para atormentarte.

Hablaba tranquilamente, a pesar de sentir que su amada se estremecía de dolor entre sus brazos.

—Esta noche ha habido en el campamento una pequeña reyerta, querida. Pedro está herido y desea que vayas a su lado. Thorpe... ha muerto.

Asustóse Felipe del efecto que en la joven produjeron sus palabras. Juana no respiraba; parecía que no hubiera en su cuerpo el menor soplo de vida, y durante unos segundos descansó en sus brazos, inerte. Y luego, de pronto, lanzó un grito terrible y separóse bruscamente de él, mortalmente pálido el rostro.

—¿Ha muerto?...

—Sí; ha muerto.

—Y... ¿fue Pedro... Pedro quien le mató?

Tendióle Felipe los brazos, pero la joven pareció no darse cuenta de ello; en el rostro del joven acababa de leer la respuesta a su pregunta.

—Y Pedro... ¿está herido? —prosiguió sin separar los ojos del rostro de Felipe.

—Sí; está herido, Juana —asintió el joven—. Debemos apresurarnos, porque no

hay tiempo que perder.

—¿Está muriéndose?

—Creo que sí, Juana.

Separó sus ojos de los de la joven y dio con ella la vuelta a la hoguera para descender a la llanura. De pronto detúvose Juana y sus dedos oprimieron los de Felipe. Tenía el rostro vuelto hacia el Sudoeste, en cuya dirección, a una o dos millas de distancia, una hoguera semejante a la que estaba encendida junto a ellos acababa de rasgar la oscuridad de la noche. La joven dirigió entonces los ojos al rostro de su amado, brillando en sus pupilas el amor y la amargura, el dolor y la alegría a un tiempo.

—¡Allí están! —exclamó con voz ahogada—. Son Sachigo y los suyos que vienen en nuestra ayuda... Ya se acercan... ya se acercan...

Nuevamente cogióla Felipe entre sus brazos y la besó; y esta vez no rechazó Juana la caricia, a la que se abandonó tierna y confiada. Silenciosos y graves, amorosamente cogidos de la mano, descendieron de la colina, cruzaron el bosque de abetos y llegaron a la iluminada cabaña donde agonizaba Pedro. En el aposento en que descansaba el herido estaba Mac Dougall, quien, al verlos entrar, levantóse silenciosamente y dejó la habitación, desapareciendo por la puerta de la oficina. Felipe acompañó a Juana al lado de Pedro, e inclinándose hacia él le habló dulcemente. El moribundo abrió los ojos y, al ver a Juana, brilló en sus pupilas una luz maravillosa; agitáronse sus labios, y sus manos se esforzaron en levantarse. Cayó Juana de rodillas junto a la cama, y de repente, al cruzar las diáfanas manos sobre el pecho, iluminóse su rostro con la llama de una divina comprensión. Cogió el rostro de Pedro entre sus manos e inclinóse hacia él hasta cubrirle con la aureola de su sedosa cabellera.

Felipe tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para rechazar un sollozo. Siguió un minuto de terrible silencio, durante el cual no osó el joven moverse. Al fin, tras breve espacio de tiempo, que a Felipe se le antojó larguísimo, levantó Juana la cabeza lenta, suave y tiernamente, como sí temiera despertar a una criatura dormida. Volvióse hacia él y el joven pudo leer la verdad en su rostro antes de que hablara.

Con voz ahogada, pero tranquila, llena de aquella ternura y aquella fuerza que sólo las mujeres pueden encontrar en el momento final de un pesar inmenso que ha conturbado sus almas, poniendo en ellas la triste amargura de un dolor inconsolable, exclamó:

—¡Déjame, Felipe! ¡Pedro ha muerto!

Capítulo XXIII

Bajó Felipe silenciosamente la cabeza y abandonó el aposento. Antes de cerrar suavemente la puerta, volvió sus ojos hacia Juana y comprendió, por la actitud de la joven, que estaba murmurando una oración. Y la escena evocó en su mente un recuerdo, el recuerdo de un día muy lejano en que Pedro se puso de rodillas junto al cadáver de la mujer encontrada en la nieve y murmuró quedamente una plegaria. Encontraba ahora el mestizo su recompensa teniendo a Juana arrodillada a su lado, mientras el alma que tanto la amara emprendía el vuelo.

Al penetrar en la oficina atenazaba el alma de Felipe un inmenso dolor. Escapó de sus labios un sollozo y secóse los ojos con el pañuelo. Sabía que Mac Dougall veía su debilidad, pero, momentáneamente, no se dio cuenta de que en el aposento había otra persona junto al ingeniero. El individuo en cuestión levantóse para saludarle, mientras Mac Dougall permanecía sentado, y al verle a plena luz, apenas pudo Felipe dar crédito a sus ojos.

¡Era Gregson!

—Siento presentarme a ti en este momento, Phil —dijo el recién llegado en voz baja.

Miróle Felipe fijamente, sorprendido. Nunca había visto a Gregson con el aspecto que se le presentaba ahora. El artista no se acercaba a él, ni le tendía la mano, ni demostraba su rostro la menor alegría de volver a verle. Sus ojos, fijos en la puerta de la habitación mortuoria, tenían una expresión de profunda tristeza. Lentamente, tendió Felipe la mano a su amigo, pero Gregson no se la estrechó.

—No, ahora no —dijo—. Espera antes a oír lo que tengo que decirte.

Algo anormal en su voz fría y sin matices sorprendió a Felipe. Vio que su amigo miraba a Mac Dougall, y comprendió el significado de aquella mirada. Dirigiéndose al ingeniero, púsole una mano en el hombro y habló de modo que sólo él pudiera oírle:

—Juana está sola con Pedro y desea permanecer a su lado unos minutos, Mac. ¿Quieres hacerme el favor de aguardar en la puerta a que salga y acompañarla a casa de la esposa de Cassidy? Puedes decirle que iré a su lado en seguida.

Acompañó a Mac Dougall hasta la puerta, hablándole en voz baja, y volvióse luego hacía Gregson. El artista se había sentado en uno de los extremos de la mesa y Felipe instalóse en la parte opuesta, tendiéndole nuevamente la mano.

—¿Qué ocurre, Greggy?

—No es ésta la ocasión de enzarzarse en explicaciones extensas, Phil —empezó el artista, sin estrechar la mano—. Las dejaremos para mejor ocasión. Pero esta

noche, ahora mismo, debes saber por qué no puedo estrechar tu mano. Hemos sido amigos durante muchos años, y sin embargo, en breves momentos podemos convertirnos en enemigos o, por lo menos, puedes convertirte tú en enemigo mío. Una cosa deseo pedirte antes de proseguir, y es que, ocurra lo que ocurra entre nosotros durante los diez minutos que van a seguir, nada digas contra Elena Brokaw. Sé que vas a decirme que su alma estaba casi perdida, pero te contestaré que ha sabido recobrarla a tiempo y que se conserva noble y pura. Confieso que la amo y, a pesar de mi escaso valor, ella me corresponde y accede a casarse conmigo.

La mano de Felipe permanecía tendida.

—¡Te deseo muchas felicidades, Greggy! —exclamó afectuosamente—. Sé muy bien lo que es amar y ser correspondido. ¿Por qué quieres que me transforme en enemigo tuyo por el solo hecho de que el corazón de Elena se haya convertido en oro puro y te lo haya entregado? ¡Vamos! ¡Vengan esos cinco, Greggy!

—Espera —interrumpiéndole Gregson con voz ronca—. Atiende. Sin duda, recibiste mi carta, ¿verdad? Sin embargo, debes saber que lo que en ella te decía no era cierto. No podía abandonarte yo de un modo tan abominable. Lo cierto fue que la última noche que estuviste tú en Churchill vi a Elena Brokaw e hice un descubrimiento... Pero dejemos eso para mañana o para cuando lo creas conveniente. Ahora, lo primero que debes saber es que encontré al que lucha por arruinarte, al hombre que desde la oscuridad dirige el complot que tiende a arruinar a tu Compañía, el responsable de los crímenes de Thorpe, el responsable de la muerte del que yace en el aposento contiguo.

Inclinóse sobre la mesa y señaló la cerrada puerta.

—Y ese hombre... —añadió, y vaciló un momento, pero terminó— es Brokaw, el padre de mi futura esposa.

—¡Dios Santo! —exclamó Felipe—. ¿Te has vuelto loco, Gregson?

—A punto estuve de ello cuando hice el descubrimiento —indicó Gregson con excesiva frialdad—. Pero ahora estoy en mi pleno juicio. El plan de Brokaw era lograr que el gobierno anulara tu concesión provisional, y tenía empleados a Thorpe y a sus hombres para que destruyeran este campamento y te mataran. El motivo de ello es que por entre los dedos de Brokaw se han escurrido seiscientos mil dólares que pertenecían a la sociedad. No es necesario que añada detalle alguno para que comprendas su afán de poder justificar su desfalco achacándote la culpa a ti. Conocía a Thorpe desde mucho atrás y por eso lo empleó. Lo de llamarse lord Fitzhugh fue una fantasía de Thorpe. Tres meses antes de su ida a Churchill, Brokaw necesitaba dar instrucciones detalladas a Thorpe, pero no se fiaba de nadie, hasta que se le ocurrió mandar a Elena. Durante una semana permaneció Elena en Fort O'God y dirigióse luego a Churchill, donde la vi yo. Tenían ya convenido que Brokaw sobornaría al capitán del buque para que se acercara por la noche al Blind Eskimo Point, donde podrían recoger a Elena y a Thorpe, que estarían esperando. Así se hizo y por eso vino Elena en el buque. Recordarás que, al desembarcar, a Elena le salió al

encuentro la muchacha de Fort O'God, a la que fingió no conocer para no traicionarse ante ti. Refirió luego a su padre lo ocurrido, y Thorpe y Brokaw vieron en ello una buena ocasión para dar el primer golpe. Brokaw había traído consigo dos hombres de confianza y Thorpe tenía cuatro o cinco en Churchill. Prodújose entonces el ataque de la escollera, cuyo objeto era apoderarse de la joven, incólume, y matar a su compañero. Un mensajero se encargaría de llevar la noticia a Fort O'God, imputando el crimen a varios de tus hombres, que habían ido a Churchill. Aquella noche la Providencia te favoreció permitiéndote burlar su plan. También a mí me favoreció la suerte y encontré a Elena. Creo innecesario darte más detalles de lo que ocurrió luego; lo que sí debo indicarte es que Elena nada sabía del proyectado ataque e ignoraba la perversidad del complot tramado contra ti... En una palabra, que era casi una víctima de su padre, como tú, Phil. —Y al decir estas palabras, inclinó Gregson la cabeza, pidiendo clemencia con la mirada—. Si no fuera por Elena, no estaría yo aquí, Phil. Llegué a temer que se suicidara cuando le referí la historia esa, o lo que de ella sabía. Por su parte, me contó lo que había hecho y se confesó por su padre. Estaba ya vencido por su amor, y para complacerla y salvarte simulamos una carta e hice lo posible por acompañar a Elena y a Brokaw en su marcha hacia el campamento. Como no era mi propósito reunirme contigo, decidimos que Elena se fingiera enferma, y así lo hizo, por lo que acampamos junto al río y enviamos a los dos indios que nos acompañaban a Churchill, porque en la hora terrible que se acercaba deseábamos estar a solas con Brokaw. Le arrancamos su confesión, y entonces me apresuré a ir en tu busca. Sin embargo, debo confesarte que en mi egoísmo no hubiera protegido a Brokaw, pretextando que podía pagar y despedir a Thorpe y portarse honradamente en lo sucesivo; tú no hubieras sabido nada nunca... Pero Elena me exigió que te hiciera esta revelación. Me dijo: “Puesto que pretende usted amarme, debe declarárselo todo a Felipe. Únicamente si, conociéndolo, nos otorga un perdón que no merecemos, podré ser su esposa”. Y ahora sólo me falta indicarte lo que te ofrece Brokaw para reparar su culpa: te cederá todos sus derechos en la Compañía y te reembolsará los seiscientos mil dólares que ha perdido, entregándote lo que constituye prácticamente toda su fortuna: quinientos mil dólares. Además, desaparecerá por completo y para siempre de tu vista, y Elena y yo nos estableceremos, también en un mundo nuevo y no volverás a oír pronunciar nuestros nombres. Esto es lo que hemos decidido hacer si te dignas perdonarnos.

No había pronunciado Felipe palabra alguna durante la terrible confesión de Gregson. Permanecía sentado e inmóvil, cual si se hubiera convertido en piedra. La rabia, la sorpresa y el horror agitábanse en su alma, impidiendo que la emoción se apoderara de ella. Pero de pronto se produjo una interrupción que enrojeció sus mejillas: sonó un tímido golpe en la cerrada puerta, oyóse mover el picaporte y apareció Juana. A través de sus lágrimas sólo vio al hombre que amaba, y sollozando como una niña tendióle los brazos. Corrió Felipe hacia ella y, estrechándola contra su pecho, repitió varias veces su nombre acariciándole el rostro con la mano. Había en

su abrazo la gloria del amor; y cuando Juana levantó la cabeza, implorando con dulce anhelo un beso de consuelo y cariño, vio Felipe a Gregson que, con la cabeza baja, se dirigía tristemente hacia la puerta de salida. Todo el rencor, toda la amargura de su corazón desaparecieron, y, tendiendo una mano al artista, le indicó afectuosamente:

—Gregson, amigo mío: si el amor que has hallado es como este mío, da gracias a Dios de que no quiera que lo destruya, porque con ello me parecería que el mío perdería en intensidad. Ve a buscar a Elena, Tom, y dile al mismo tiempo a Brokaw que acepto sus ofertas. Y cuando vuelvas, dentro de algunos días, trae contigo a Elena, que estoy seguro de que mi Juana la querrá.

Y mirando hacia donde se dirigía el rostro de Felipe, vio Juana por vez primera a Gregson, en el momento en que cruzaba el umbral de la puerta.

Capítulo XXIV

Al marcharse Gregson, Juana y Felipe permanecieron silenciosos; su único movimiento era la caricia de la mano de Felipe sobre el finísimo cabello de la joven. Sus corazones estaban demasiado henchidos de felicidad para que pudieran hablar. Realmente, las revelaciones de Gregson ponían término a la lucha entablada contra él, pero en su mente aquel asunto carecía de importancia, comparado con la prueba que afligía a Juana. Su padre y Pedro habían muerto, y, exceptuando a la misma joven, nadie más que él conocía el secreto que había muerto con ambos. Notaba en su pecho el eco de los latidos del corazón de Juana y en contestación a ellos nada dijo, pero la obligó delicadamente a levantar el rostro, con lo que sus ojos pudieron mirar fija e interrogadoramente hasta el fondo de los de la joven.

—¿Me amas? —preguntó Juana sencillamente, con tranquilidad tal que produjo un estremecimiento a Felipe.

—Más que a nadie en el mundo —contestó él.

Miróle la joven sin decir palabra, cual si buscara leer en sus ojos el fondo de su alma.

—¿Sabiedo...? —murmuró al fin.

Abrazóla Felipe tan fuertemente que no podía moverse, a tiempo que oprimía su rostro contra el de la joven.

—Todo está bien como está, Juana —le dijo—. Me alegro de que te encontrarán en la nieve y de que la mujer del retrato fuera tu madre. No desearía que nada de lo sucedido hubiera ocurrido de distinto modo, porque en tal caso no serías tú la Juana que yo conozco y no te querría tanto. Sufriste mucho, amor mío, y también yo he conocido grandes pesares; pero, al fin, Dios ha querido juntarnos y con ello quedan compensados los sufrimientos, Juana... Mi dulce Juana.

Gregson había dejado la puerta de salida ligeramente entreabierta y una ráfaga de aire la abrió de par en par. Y a oídos de los dos jóvenes llegó de pronto un ruido que hizo que se detuvieran las palabras en los labios de Felipe y produjo un estremecimiento a Juana. Procedía el ruido de la descarga de los rifles al otro lado de las montañas, al extremo del Lago. Llevados por un mismo impulso, corrieron ambos a la puerta, cogidos de la mano.

—¡Es Sachigo! —murmuró Juana. Hablaba con dificultad, como si le faltara aliento—. Lo había olvidado; están luchando...

Mac Dougall salió precipitadamente de junto a la puerta, donde había estado aguardando la aparición de Juana.

—Se oyen tiros por allí —dijo—. ¿Qué significa eso?

—No sé; hay que averiguarlo —contestó Felipe—. Manda a dos o tres de tus hombres a que investiguen lo que ocurre, Mac. Me reuniré contigo en cuanto deje a la señorita D’Arcambal en casa de la esposa de Cassidy.

Alejóse rápidamente Felipe en compañía de Juana. Una repentina ráfaga de viento trajo a sus oídos el ruido del tiroteo con mayor claridad. Luego fue muriendo a lo lejos y terminó con tres o cuatro disparos intermitentes; siguió un gran silencio y al fin, de la falda de la montaña, llegó trémulo y poderoso el grito triunfal de los *crees*, un grito salvaje, lúgubre en su misma alegría, sólo a medias humano, semejante al aullido feroz de un lobo cogido en una trampa. Y por último se produjo un ininterrumpido silencio.

—Todo ha concluido —indicó Felipe suspirando. Sintió que los dedos de Juana estrechaban con fuerza los suyos y añadió entonces—: Nadie, ni aun él mismo Mac Dougall, deben saber ni sospechar jamás lo que ha ocurrido esta noche allá en la montaña.

Detúvose Felipe a una docena de pasos de la cabaña de Cassidy, cuyas ventanas estaban iluminadas. Desde allí podían oírse las risas y los juegos de los dos hijos de Cassidy. El joven atrajo tiernamente a Juana hacia sí.

—Esta noche la pasarás aquí, querida —le dijo—, y mañana iremos a Fort O’God

—Tienes que llevarme a casa esta misma noche, Felipe —murmuró Juana—. Es necesario que vaya; manda a alguien conmigo y tú puedes ir mañana por la mañana... con Pedro...

Acaricióle Felipe nuevamente él rostro con su manó, dulce caricia que hablaba de amor mejor que todas las frases del mundo.

—Te lo ruego, amor mío —prosiguió ella con ansiedad en los ojos—. Está noche tengo fuerzas todavía y debo aprovecharlas para volver al lado de mi padre e informarle de lo ocurrido para que lo sepa ya a tu llegada a Fort O’God.

—Mandaré a Mac Dougall contigo —decidió Felipe al fin, tras breve vacilación—. Y mañana iré yo...

—¿Con Pedro?

—Sí; con Pedro.

Permanecieron un momento detenidos ante la cabaña de Cassidy, y al fin, levantándole el rostro, Felipe indicó dulcemente a la joven:

—¿Quieres besarme, querida? Será tu primer beso.

Inclinóse, y los labios de Juana se unieron a los suyos.

No, no es el primero —confesó la joven quedamente—. El primero te lo di aquel día que cruzamos los rápidos, cuando creí que te morías...

Cinco minutos después, regresó Felipe junto a Mac Dougall. Roberts, Henshaw, Cassidy y Lecaault estaban con el ingeniero.

—He mandado a los St. Pierre a que indagaran el motivo de esos disparos. Todos en el campamento los han oído y han visto el fuego en la cumbre de la montaña, y la

opinión general es que los indios se habrán servido de él para asustar con su resplandor a una o dos antas y acorralarlas así mejor.

—Eso debe de ser, indudablemente —asintió Felipe—. Quiero hablar contigo, Mac.

Alejóse un poco del grupo con el ingeniero y le refirió cuanto creyó conveniente acerca de la identidad de Thorpe y de la misión de Gregson en el campamento. Y al fin habló de Juana.

—Creo que, en realidad, la muerte de Thorpe aleja de nosotros todo peligro. Voy a darte ahora un encargo algo más agradable que una lucha, Mac. Es imprescindible que la señorita D’Arcambal regrese a su casa inmediatamente, y si no te resulta molesto quisiera que la acompañaras. Elijo para esta misión al hombre de más confianza de que dispongo, porque... bueno, porque va a ser mi esposa, Mac. ¡Esta noche soy el hombre más feliz del mundo!

Mac Dougall no dio la menor señal de sorpresa.

—Lo suponía —dijo con sencillez, sonriendo burlescamente en las mismas narices de su amigo—. Tenía que ocurrir por fuerza, Felipe. Y los disparos y Thorpe y aquel mestizo...

En su rostro empezó a dibujarse una expresión comprensiva.

—Conocerás cuanto a ellos se refiere algo más tarde, Mac —dijo Felipe suavemente—. Ahora no tenemos tiempo que perder; es necesario que la señorita D’Arcambal vuelva a su casa. ¿Quieres hacerme el favor de acompañarla?

—Con mucho gusto.

—Podéis ir a caballo hasta la orilla del Pequeño Churchill —prosiguió Felipe—, y allí te indicará ella dónde hay una canoa. Yo iré mañana con el cuerpo de Pedro, el mestizo.

Un cuarto de hora después, alejábanse Juana y Mac Dougall por el sendero que conducía al río, mientras Felipe permanecía inmóvil, siguiéndolos con la vista hasta que se perdieron en la oscuridad de la noche. Una hora más tarde regresaron los St. Pierre. Hasta que los dos cazadores de tez bronceada penetraron en la oficina y dejaron sus rifles, estuvo Felipe intranquilo, temiendo que Sachigo hubiera dejado tras de sí alguna huella de su emboscada. Pero los St. Pierre nada habían descubierto y sólo encontraron el pino ardiendo en lo alto del monte, lo que les indujo a creer que lo habían encendido los *crees* para asustar a las antas, aunque sin duda la cacería debió resultar infructuosa.

Era ya medianoche cuando se decidió Felipe al fin a retirar las guardias que había mantenido hasta entonces, a pesar de su convencimiento de que la gente de Thorpe, a las órdenes de Blake, había sido derrotada por Sachigo y los suyos.

A aquella hora abandonáronle sus hombres para dirigirse a sus respectivas cabañas, excepto Cassidy, a quien pidió que se quedara a pasar la noche en el despacho. Y una vez solo, se fue a disponerlo todo para que Pedro hiciera su postrer viaje a Fort O’God.

Una lámpara brillaba débilmente junto al camastro en que yacía el cuerpo de Pedro. Acercóse Felipe, dio vuelta a la llave del quinqué para aumentar la intensidad de la luz y miró luego la maravillosa transformación operada en el rostro del mestizo. Pedro había fallecido con una sonrisa en los labios; y con algo de malestar pensó Felipe que, aun después de muertos, aquellos labios parecía que fueran a murmurar el nombre de Juana. Permaneció un momento inmóvil y silencioso, y le pareció entonces que Pedro no estaba muerto, sino que dormía en sosegado y tranquilo sueño, poblado de visiones del gran amor por el que había dado su vida y su alma. En sus postreros segundos, las manos de Juana habían mitigado por completo todas sus penas y reinaba la paz en la pálida sombra de sus ojos cerrados. El Gran Espíritu de su fe había acudido en su busca cuando necesitaba de él y se lo había llevado hacia el Valle de los Hombres Silenciosos, envuelto en el dulce aliento de las plegarias de Juana. La joven le había cruzado piadosamente las manos sobre el pecho; había cepillado y peinado su larga cabellera...

—¡Que Dios te bendiga, Pedro! —exclamó Felipe.

Levantó las heladas manos y retiró cuidadosamente la sábana que había ocultado las huellas de la muerte a los ojos de Juana. Entreabrió la camisa de Pedro y a la luz de la lámpara brilló el medallón dorado que llevaba siempre al cuello. Era la primera vez que Felipe podía verlo de cerca. Tenía un tamaño como la mitad de su mano y era sumamente delgado. Estaba a la sazón torcido y roto; indudablemente la bala que mató a Pedro había dado primero en el medallón, abriéndolo en parte. Lo cogió en su mano y pudo darse cuenta entonces de que por la parte rota asomaba el extremo de un papel. Durante unos segundos, el descubrimiento le hizo olvidar casi la presencia del muerto. Pedro no había abierto nunca el medallón porque estaba construido siguiendo la antigua moda del resorte con llave y la llave no existía. Aquel medallón lo llevaba Juana alrededor del cuello cuando la encontró en la nieve. ¿Era posible que aquel trozo de papel tuviera alguna relación con la joven a quien amaba?

Cuidadosamente, para evitar que se rompiera, lo sacó de su escondrijo. Como había supuesto, el papel estaba escrito con escritura débil. Inclinado bajo la lámpara, leyó lo siguiente:

Esposo mío: Aunque no es posible deshacer lo hecho, me arrastro hada ti arrepentida, amándote como nunca te quise, para confiarte nuestra hijita. Es tuya y mía; nació el 8 de septiembre, al séptimo mes de haber abandonado yo Fort O'God. Porque es tuya te la traigo, esperando que consiga llenar el vacío del franco y noble corazón que yo destrocé. No puedo pedirte que me perdones, porque soy indigna de ello, y no quiero que me veas, porque me mataría a tus pies. Si he vivido hasta ahora ha sido sólo por la niña; la dejaré en un lugar en que tengas que encontrarla forzosamente y cuando leas esto habré respondido ya de mi pecado... de mi locura, si por caridad quieres tú darle este nombre. Y si Dios es bueno conmigo, permitirá que mi espíritu revolotee constantemente a tu alrededor, con lo que la que fue tu amada

esposa y la madre de tu hija gozará de una felicidad que no podía esperar ya en la vida.

TU ESPOSA

Levantóse Felipe lentamente, irguióse y miró con fijeza el frío y sereno rostro de Pedro el mestizo.

—¿Por qué no abriste el medallón? —murmuró—. ¿Por qué no lo abriste?... ¡Cuántos sinsabores se hubieran evitado, Dios mío!...

Durante un minuto estuvo mirando a Pedro como si esperara que los labios exangües se agitaran para contestarle. Y de pronto pensó que Juana se dirigía rápidamente hacia Fort O'God para revelar hechos horribles a su padre, porque ella era realmente la hija de D'Arcambal. ¡Cuántos pesares, cuántos dolores de padre e hija hubieran podido evitarse abriendo antes el medallón! Consultó el reloj y calculó que hacía ya tres horas que se había marchado Juana. Era imposible dar alcance a Mac Dougall y a la joven, a menos que les hubiera ocurrido algún percance en el mismo camino, obligándolos a detenerse.

Dirigióse apresuradamente hacia donde había dejado a Cassidy y en breves palabras le indicó que necesitaba seguir sin pérdida de tiempo a Juana y al ingeniero a casa de D'Arcambal, y le ordenó que cuidara de los asuntos del campamento y de mandar el cuerpo de Pedro con una escolta apropiada apenas amaneciera.

—Creo innecesario indicarle lo que debe usted hacer, porque juzgo que ya lo comprende.

Asintió Cassidy; seis meses atrás había enterrado él a uno de sus pequeñuelos bajo el gran abeto que daba sombra a su cabaña.

Dirigióse Felipe hacia las cuadras, y eligiendo uno de los caballos más veloces no tardó en tenerlo ensillado y dispuesto. Al poco rato galopaba por el sendero que conducía al Pequeño Churchill. Azotaba su rostro un viento frío que venía de la bahía de Hudson y de vez en cuando sentía el alfilerazo de unos finos cristales en los ojos.

Llegó al bosque, donde el viento silbaba entre las copas de los abetos y de los cedros, produciendo sonidos lastimeros y sollozantes que hacían estremecer a Felipe, induciéndole a evocar la imagen de Pedro en la cabaña. De igual manera debió de arrastrar el viento la nieve aquella noche lejana en que Pedro encontró a la mujer y a la niña; y le parecía ahora que la mano que guiara entonces al mestizo le amparara a él en circunstancias semejantes, como si tal hubiera sido el deseo de Pedro al morir. Cambió la dirección del viento y los finos cristales se transformaron en copos de nieve. Felipe dejó de oír entonces los sollozos y lamentos de las copas de los árboles y sólo llegó a sus oídos el suave murmullo de un immaculado diluvio que le sumía en una extraña oscuridad, borrando el sendero.

En el Pequeño Churchill, al final del camino, había dos canoas varadas. Eligió Felipe la menor y embarcóse en ella en seguimiento de Juana y Mac Dougall. Desde el centro del río no acertaba a ver las orillas, por lo que temía que pudiera pasar de

largo ante la cala que conducía a Fort O'God. Se guió por su reloj, y cuando llevaba dos horas remando se acercó a la orilla de su izquierda, avanzando tan lentamente que apenas recorrió una milla en media hora. Y luego, de pronto, a muy poca distancia, oyó el aullido quejumbroso de un perro, lo que le indicó que estaba cerca de Fort O'God. Encontró en seguida la negra abertura que daba entrada a la cala y un centenar de metros más allá pudo ver la luz que se filtraba por las ventanas del salón donde viera a D'Arcambal por vez primera. Siguió el camino que le había indicado Pedro aquella noche y encontró la puerta entornada. Entró silenciosamente y avanzó por el oscuro corredor hasta que vio a su izquierda una línea de luz que procedía del salón. Un instinto indefinible hizo que se adelantara silenciosamente, abriera la puerta y penetrara en el aposento procurando no hacer ruido.

Inclinada su cabeza gris, el dueño de Fort O'God estaba sentado en su sillón; a sus pies estaba Juana de rodillas, tan cerca de él que el rostro del anciano permanecía oculto entre la brillante cabellera de la joven. La inesperada presencia de Felipe pareció reanimar a D'Arcambal; levantó lentamente la cabeza, dirigiendo la mirada hacia la puerta, y al ver quién era el intruso, tendió hacia él uno de sus brazos.

—¡Hijo mío! —exclamó.

Inmediatamente estuvo Felipe de rodillas al lado de Juana, y una de las manos de D'Arcambal se apoyó en su hombro tan tristemente, que le hizo comprender que llegaba tarde para evitar que Juana refiriera la horrible historia que indudablemente conocía ya ahora el anciano. La joven no dijo palabra al verle a su lado; parecía esperarle ya y se limitó a enlazar una de las manos de él con su diestra, fría como el hielo.

—He venido a toda prisa del campamento tratando de alcanzar a Juana —indicó Felipe—. Alrededor del cuello de Pedro encontré un medallón y dentro del medallón... estaba esto...

Fijóse en el rostro descompuesto de D'Arcambal al darle el escrito manchado de sangre y comprendió que para lo que iba a ocurrir era preferible que el dueño de Fort O'God y su hija se encontraran solos.

—Aguardaré en la habitación de los retratos —dijo en voz baja.

Y al levantarse, posó sus labios en la mano de Juana.

El antiguo aposento seguía lo mismo que lo dejara unas semanas antes; el retrato de la madre de Juana permanecía colgado todavía vuelto del revés y seguía el movimiento oscilatorio de aquel otro cuadro colocado encima del radiador de la calefacción. Parecía que en aquella habitación alentara un espíritu protector, el espíritu de la esposa y madre cuyas últimas palabras fueron la promesa de permanecer siempre velando por aquellos a quienes había amado y que indudablemente recobraría con ello el afecto que no osó esperar en vida. Pensó luego si tal vez había sido aquel mismo espíritu el que estuvo con él en sus noches de soledad, junto a las amortiguadas fogatas de los campamentos; si sería él quien le infundiera sueños de amor y de esperanza y el que acudió a su lado aquella noche en

la escollera, conduciéndole a presencia de Juana...

Oyó nuevamente silbar el viento en el exterior y el azote de la tormenta contra la ventana, y a ella acercóse tratando de penetrar con la mirada en la blanca y profunda oscuridad del más allá. Nada vio durante algunos minutos, hasta que llegó a sus oídos un ruido que le hizo volverse. Ante él, en el umbral de la puerta, estaban Juana y su padre. Resplandecía el rostro de D'Arcambal de placer y dulzura infinitos. No parecía ver a Felipe, no parecía ver nada, excepto el cuadro vuelto hacia la pared. Atravesó el salón con paso firme, erguida su hirsuta cabeza, y con el orgullo del que revela al mundo una obra de arte, la obra de su alma y de su vida, volvió el retrato de modo que el rostro de la esposa y madre le mirara. Y durante un breve instante prodújose la extraña ilusión de que la sonrisa abandonó los hermosos labios de la imagen y una luz profunda y suave llenó sus ojos en súplica de amor y de perdón. Felipe se estremeció. Juana se acercó a él y silenciosamente se arrojó en sus brazos.

Y entonces, lentamente, el dueño de Fort O'God se dirigió hacia ellos y estrechó a ambos en un mismo abrazo.

—¡Hijos míos! —exclamó.

Capítulo XXV

Durante la noche siguió desencadenándose la tormenta con todo su furor. Cuando Juana y su padre se hubieron separado de él, Felipe salió quedamente de su aposento, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta de salida. Oíase el rugido del viento en lo alto de la gran roca y los quejidos que su paso producía entre los abetos y los cedros del bosque. Cerró la puerta tras de sí y se hundió en las tinieblas y en la tormenta. Incluyó la cabeza bajo la caricia de la nieve que le azotaba el rostro en ráfagas tajantes y se dirigió hacia el refugio de la Roca del Sol, donde llegó tras haber oído sobre su cabeza los salvajes rugidos de la tempestad.

Aquella roca había presenciado innumerables tormentas como la que desataba entonces sus furores. Más de doscientos años habían transcurrido desde que Grosellier descubriera un mundo maravilloso desde su cumbre, un mundo que iba a ser ahora el suyo, el de Felipe. E incluso la tormenta aquella, silbando y lamentándose a su alrededor, atronando el espacio con su tristeza, su triunfo y su locura, parecía también pertenecerle, estar destinada a él, sólo a él. Sí; con el corazón alegre y el alma emocionada, confesábase Felipe que la tempestad de aquella noche era suya, que formaba parte integrante del mundo aquel, que no abandonaría ya nunca. Allí, junto a la gran Roca del Sol de los *crees*, había hallado hogar, vida, felicidad, su Dios. Allí viviría en lo futuro con su adorada Juana, sin que sus ensueños se alejaran nunca de la paz de las montañas y de los bosques. Levantó los ojos hacia donde bramaba la tempestad y por un momento imaginó que en el borde de la gran roca podía haber estado Pedro con su noble y hermoso corazón henchido de amargura y de pesar, puestos los ojos en el rostro del Todopoderoso; y junto al mestizo creyó ver también aletear el espíritu de la esposa y madre... Miró luego hacia Fort O'God. Todas las luces estaban apagadas. El descanso, ya que no el sueño, había descendido sobre cuantos moraban allí. Y al regresar bajo la tormenta, parecióle a Felipe que en el desenfrenado tumulto de la noche había música en lugar de tristeza...

No pudo conciliar el sueño hasta muy cerca ya de la mañana. Y cuando despertó notó que había cesado la tormenta y el sol iluminaba un mundo de inmaculada albura. Miró por la ventana y vio brillar la cumbre de la Roca del Sol con fuego de oro; y donde por la noche gemían y se humillaban los árboles del bosque, aparecían ahora interminables doseles de nieve, cual si la tempestad, al alejarse, hubiera dejado tras de sí una estela de luz, de belleza y de felicidad en todas las cosas y objetos.

Alegre por ello, dirigióse Felipe hacia la puerta, salió al pasillo y encaminóse al aposento donde esperaba encontrar al dueño de Fort O'God. Pero era Juana quien

estaba allí. Al oírle llegar, volvióse hacia él radiante de hermosura, cual si el resplandor y la belleza del día se reflejaran en su rostro y en la seda de su cabello. Permanecía esperándole, pálida, y a pesar de ello ruborizándose ligeramente, brillantes los ojos, puesta su alma entera en la sencilla palabra que pronunciaron sus labios temblando...

—¡Felipe!...

—¡Juana!...

Nada más dijeron sus labios, dejando que hablaran los corazones. Por la ventana, tan lejos como alcanzaba la vista, veíase la extensa llanura blanca de donde trajera Pedro a la pequeña Juana. Un sollozo subió a la garganta de la joven y levantando hacia Felipe sus ojos henchidos de amor y anegados en llanto, cogió el rostro de su amado con ambas manos.

—¿Traerán hoy a Pedro? —murmuró.

—Sí; hoy lo traerán.

—Le enterraremos allí —indicó la joven acariciándole.

Y Felipe comprendió que se refería a la árida extensión donde descansaba su madre e inclinó la cabeza junto a la de la joven para ocultar a sus ojos la debilidad que ponía una ligera nube en sus ojos.

—¿Me amas? —inquirió Juana—. ¿Me amas y no me abandonarás nunca? ¿Estarás siempre conmigo? ¿Viviremos siempre aquí... en mi hermoso mundo... los dos juntos, amor mío?...

—¡Siempre...! ¡Siempre...! —asintió Felipe.

Oyeron los pasos firmes del dueño de Fort O'God que se acercaba; unos pasos recios, vibrantes, con la fuerza de una nueva vida.

—Siempre... Los dos juntos siempre... —replicó Felipe con ternura.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazán, perro lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921),

El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] Diminutivo de Philip, Felipe. <<

[2] *Los pares de Inglaterra o Quién es quién.* <<